

JAMES BOND ⁰⁰⁷

Goldfinger



Ian Fleming

Lectulandia

El agente secreto James Bond ha recibido una advertencia: no cruzarse en el camino de Goldfinger. Pero la última obsesión de este criminal es demasiado peligrosa y hay que detenerla. Para llevarla a cabo, Goldfinger ha buscado la ayuda de los grandes delincuentes de Estados Unidos, incluidas unas atractivas ladronas del Bronx neoyorquino. Y ha concebido un plan tan infalible que se necesitará todo el talento del agente 007 para hacerlo fracasar...

Lectulandia

Ian Fleming

Goldfinger

James Bond: 007 /7

ePUB v1.1

000 28.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Goldfinger*
Ian Fleming, 1959.
Traducción: Pere Rubiés
Ilustraciones: Jordi Ciuró
Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)
ePub base v2.0

A mi amable lector William Plomer

Goldfinger dijo: «Señor Bond, en Chicago tienen un proverbio: "Una vez es casualidad; dos, coincidencia, y la tercera vez... una acción hostil"».

Primera parte

CASUALIDAD

Capítulo 1

Reflexiones frente a un bourbon doble

Con dos bourbons dobles en el cuerpo, James Bond estaba sentado en la sala de embarque del aeropuerto de Miami pensando acerca de la vida y la muerte.

Matar gente formaba parte de su profesión. Como eso nunca le había gustado, cuando tenía que matar a alguien, lo hacía lo mejor que sabía y luego lo olvidaba. Como agente secreto con el raro prefijo *doble 0* —la licencia del Servicio Secreto para matar—, era su deber ser tan frío respecto a la muerte como un cirujano. Si sucedía, sucedía. La compasión era poco profesional; peor aún, era carcomerse el espíritu sin necesidad.

Y, no obstante, había habido algo curiosamente impresionante en la muerte del mexicano. Y no porque no mereciera morir. Era un malvado, un hombre de esos que en México llaman *capungos*. Un capungo es un bandido que mata por cuarenta pesos, que son unos veinticinco chelines —aunque era probable que le hubiesen pagado más por intentar matar a Bond—, y, por su aspecto, había sido un instrumento de dolor y de aflicción toda su vida. Sí, ciertamente ya era hora de que muriese; pero cuando Bond lo mató, menos de veinticuatro horas antes, la vida había escapado de aquel cuerpo con tal rapidez, tan por completo, que Bond casi la había visto salir de su boca como sale, en forma de pájaro, en las pinturas haitianas primitivas.

¡Qué diferencia tan extraordinaria existía entre un cuerpo lleno de vida y un cuerpo vacío de ella! Ahora hay alguien, ahora no lo hay. Aquél había sido un mexicano con nombre y dirección, una cartilla de trabajo y quizá un permiso de conducir. Entonces, algo se había escapado de él, fuera de la envoltura de carne y ropa barata, convirtiéndolo en una bolsa de papel vacía que esperaba el camión de la basura. Y la diferencia, lo que se había ido del asqueroso bandido mexicano, era mayor que todo México.

Bond bajó los ojos hacia el arma homicida. El canto de su mano derecha estaba rojo e hinchado. Pronto le saldría un cardenal. Bond flexionó la mano, sobándosela con la izquierda. Había estado haciendo lo mismo a intervalos durante el rápido viaje en avión que lo alejó de allí. Aunque era un proceso doloroso, sabía que si mantenía la circulación en funcionamiento, la mano sanaría antes. No podía saberse cuándo se necesitaría de nuevo el arma. El cinismo asomó en las comisuras de los labios de Bond.

—*National Airlines, «la Compañía de las Estrellas», anuncia la salida de su vuelo NA 106 con destino a La Guardia, Nueva York. Se ruega a los señores pasajeros que se dirijan a la puerta número siete. Pasen a embarcar, por favor.*

El sistema de altavoces se apagó con un sonoro clic. Bond echó un vistazo a su reloj. Faltaban por lo menos diez minutos para que llamaran a los de Transamérica.

Avisó a una camarera y le pidió otro bourbon doble con hielo. Cuando tuvo en la mano el ancho y macizo vaso, lo hizo girar para agrupar el hielo y se tragó la mitad de la bebida. Apagó la colilla de su cigarrillo y se quedó sentado con la barbilla apoyada en la mano izquierda, contemplando melancólicamente el centelleante asfalto por el cual la última mitad del sol se deslizaba magnífica en el Golfo.

La muerte del mexicano había sido el toque final de una mala misión, una de las peores: miserable, peligrosa y sin ningún aspecto bueno, excepto que lo había alejado del cuartel general.

Un hombre importante tenía unos campos de amapolas en México. Las flores no se empleaban para adornar. Se procesaban para obtener opio, el cual era vendido de inmediato y a un precio relativamente bajo por los camareros de un pequeño café en Ciudad de México llamado Madre de Cacao. El Madre de Cacao gozaba de total protección. Si uno necesitaba opio, entraba y pedía lo que quería junto con la consumición. Luego pagaba la bebida al cajero, y éste le decía cuántos ceros tenía que añadir a la cuenta. Era un negocio ordenado, sin interés alguno para nadie de fuera de México. Entonces, en la lejana Inglaterra, el gobierno, instado por las Naciones Unidas en su esfuerzo contra el narcotráfico, anunció que la heroína sería prohibida en Gran Bretaña. Aquello produjo la alarma en el Soho, así como entre médicos respetables que deseaban ahorrar sufrimientos a sus pacientes. La prohibición es la semilla del crimen. Muy pronto, los canales rutinarios de contrabando de China, Turquía e Italia quedaron prácticamente secos por la acumulación ilegal de reservas en Inglaterra. En Ciudad de México, un amable agente de importación-exportación llamado Blackwell tenía una hermana en Inglaterra adicta a la heroína. El la adoraba y lo sintió mucho por la joven, y cuando ésta le escribió diciéndole que moriría si alguien no la ayudaba, él la creyó y comenzó a investigar el tráfico ilícito de drogas en México. A su debido tiempo, a través de amigos y amigos de amigos, llegó al Madre de Cacao y de allí al gran cultivador mexicano. En el curso de ese proceso adquirió conocimientos sobre la economía del comercio en cuestión, y decidió que si él podía hacer una fortuna y, al mismo tiempo, ayudar a la humanidad sufriente, había encontrado el Secreto de la Vida. El negocio de Blackwell se basaba en los fertilizantes. Tenía un almacén y una pequeña fábrica con una plantilla de tres personas para pruebas de suelos e investigaciones con plantas. Fue fácil persuadir al pez gordo mexicano de que, tras su respetable fachada, el equipo de Blackwell podía ocuparse de extraer heroína del opio. El mexicano organizó rápidamente el transporte a Inglaterra. Por un equivalente de mil libras el viaje, cada mes uno de los correos diplomáticos del ministerio de Asuntos Exteriores llevaba una maleta de más a Londres. El precio era razonable. El contenido de la valija (después de que el mexicano la depositara en la consigna de la estación Victoria y enviara por correo el

resguardo a un hombre llamado Schwab, c/o Boox-an-Pix, Ltd, W.C.I) valía veinte mil libras.

Por desgracia, Schwab era un mal hombre, indiferente a la humanidad sufriente. Pensaba que si los delincuentes juveniles norteamericanos consumían millones de dólares al año en heroína, lo mismo podían hacer sus primos y primas británicos. En dos habitaciones de Pimlico, su personal cortaba la heroína con bicarbonato y la enviaba a discotecas y locales de atracciones.

Schwab ya había hecho una fortuna cuando la Brigada de Estupefacientes del Departamento de Investigación Criminal le echó el guante. Scotland Yard decidió dejarle ganar un poco más de dinero mientras investigaba su fuente de suministro. Lo pusieron bajo vigilancia y, a su debido tiempo, los condujo a la estación Victoria y de allí al correo diplomático mexicano. En ese momento, puesto que estaba implicado un país extranjero, había que avisar al Servicio Secreto. Bond recibió la orden de descubrir de dónde procedía el suministro del correo y destruir el canal en su origen.

Bond cumplió lo mandado. Voló a Ciudad de México y se dirigió rápidamente al Madre de Cacao. Una vez allí, haciéndose pasar por un comprador para el mercado de Londres, llegó hasta el pez gordo mexicano. Este lo recibió amistosamente y le remitió a Blackwell. A Bond le cayó bastante bien Blackwell. No sabía nada de su hermana, pero era evidentemente que se trataba de un aficionado, y su amargura por la prohibición de entrada de heroína en Inglaterra sonaba sincera. Bond se deslizó una noche en su almacén, puso una bomba de termita y se fue. Se sentó en un café, a dos kilómetros de distancia, y vio las llamas subir por el horizonte de tejados, mientras oía la algarabía de las campanas de los bomberos. A la mañana siguiente llamó a Blackwell por teléfono. Colocó un pañuelo sobre el micrófono y habló a través de él.

—Siento que perdiera su negocio anoche. Temo que su seguro no cubra ese surtido de tierras que estaba investigando.

—¿Quién es? ¿Con quién hablo?

—Soy inglés. Ese material suyo ha matado a bastantes chicos por allí y ha hecho daño a muchos otros. Santos ya no volverá más a Inglaterra con su valija diplomática. Schwab estará en la cárcel esta noche. Ese muchacho llamado Bond con quien usted se ha estado viendo tampoco se escapará de la red. La policía ya lo está buscando.

Del otro lado de la línea llegaron palabras temerosas.

—De acuerdo, pero no vuelva a hacerlo. Limítese a los fertilizantes.

Bond colgó.

Blackwell no tenía la percepción suficiente. Evidentemente, el pez gordo mexicano era el que se había dado cuenta de la pista falsa. Bond había tenido la precaución de cambiar de hotel; pero aquella noche, cuando regresaba de una última copa en el Copacabana, un hombre se interpuso de pronto en su camino. Vestía un sucio traje blanco de hilo y se cubría con una gorra de chófer blanca, demasiado

grande para su cabeza. Había profundas sombras azules bajo sus pómulos aztecas. En un extremo de una boca como una cuchillada llevaba un mondadientes y en el otro un cigarrillo. Sus ojos tenían el brillo producido por la marihuana.

—¿Le gustan las mujeres? ¿Le va un cha-cha-cha?

—No.

—¿Una mulata? ¿Un buen culito salvaje?

—No.

—¿Fotos guarras?

El gesto de la mano deslizándose bajo la chaqueta era tan conocido por Bond, tan preñado de viejos peligros, que cuando la mano salió disparada y el largo dedo plateado buscó su garganta, Bond estaba equilibrado y preparado para ello.

Casi automáticamente, Bond aplicó la «parada defensiva contra puñalada arterial» del libro. Su brazo derecho cortó el aire mientras su cuerpo giraba con él. Los dos antebrazos de los antagonistas se encontraron a mitad de camino entre ambos cuerpos; el de Bond apartó el brazo armado del mexicano de su objetivo y abrió su guardia para un demoledor gancho corto al mentón con el puño izquierdo. La dura y rígida muñeca de Bond no había recorrido mucho espacio, tal vez medio metro, pero la parte posterior de su palma, con los dedos extendidos para dar rigidez, había llegado bajo la barbilla del hombre con terrible fuerza. El impulso casi lo levantó de la acera. Quizá fue ese golpe el que mató al mexicano, rompiéndole el cuello, pero mientras se caía tambaleándose hacia el suelo, Bond había retrasado su mano derecha y golpeado de canto la tensa garganta al descubierto. Era el golpe mortal, con el borde de la mano a la nuez de Adán, aplicado con los dedos cerrados como una hoja, que había sido el recurso favorito de los comandos. Si el mexicano aún seguía vivo, con toda seguridad estaba muerto antes de tocar el suelo.

Bond se paró un momento, jadeando, y miró el arrugado montón de ropa barata tirado en el polvo. Echó un vistazo a ambos extremos de la calle. No había nadie. Vio algunos coches circulando. Quizá habían pasado otros durante la lucha, pero ésta se había desarrollado en las sombras. Bond se arrodilló junto al cuerpo. No había pulso. Los ojos, que habían estado tan brillantes por la marihuana, comenzaban a ponerse vidriosos. La casa en que había vivido el mexicano estaba vacía. Su inquilino se había ido.

Bond tiró del cuerpo y lo apoyó contra una pared, entre sombras más espesas. Se limpió las manos en la ropa, comprobó que tenía la corbata en su lugar y se fue a su hotel.

Al amanecer, Bond se había levantado y afeitado e ido en coche al aeropuerto, donde tomó el primer avión que salía de México. Resultó que iba a Caracas. Una vez en Caracas, esperó en la sala de tránsitos un vuelo a Miami, en un Constellation de la Transamérica, que esa misma noche le llevaría a Nueva York.

El altavoz zumbó y sonó de nuevo:

—*Transamérica siente anunciar un retraso en la hora de salida de su vuelo TR 618 a Nueva York debido a un problema técnico. La salida tendrá lugar a las ocho de la mañana. Se ruega a los señores pasajeros que pasen por el mostrador de Transamérica, donde se efectuarán los trámites para su alojamiento nocturno. Gracias.*

¡Vaya! ¡Ahora esto! ¿Debería cambiar de vuelo o pasar la noche en Miami? Bond había olvidado su copa. La cogió y, echando la cabeza hacia atrás, se tragó el bourbon hasta la última gota. El hielo tintineó alegremente contra sus dientes. Eso era. Tenía una buena idea. Pasaría la noche en Miami y se emborracharía, se pondría de bebida hasta las cejas de forma que cualquier furcia que hubiese recogido tuviera que llevarlo a la cama. Hacía años que no se emborrachaba. Ya iba siendo hora. Esa noche de más, como caída del cielo, era una noche libre, una noche perdida. Le daría un buen uso. Era hora de dejarse ir. Estaba demasiado tenso, demasiado introspectivo. ¿Qué demonios hacía entristeciéndose por aquel mexicano, aquel capungo enviado para matarle? Se había tratado de matar o de morir. De todos modos, las personas se mataban entre sí continuamente, por todo el mundo. La gente utilizaba sus automóviles para matar. Propagaban enfermedades infecciosas por todas partes, arrojaban microbios a las rostros de sus congéneres, dejaban las espitas del gas abiertas en las cocinas, llenaban de monóxido de carbono los garajes cerrados. ¿Cuántas personas, por ejemplo, estaban implicadas en la fabricación de bombas de hidrógeno, desde los mineros que extraían el uranio hasta quienes poseían acciones de las minas? ¿Había alguien en el mundo que no estuviera de alguna manera, aunque sólo fuese a nivel estadístico, implicado en matar a su vecino?

La última luz del día se había ido. Bajo el añil del cielo, las luces de las pistas centelleaban de verde y amarillo y producían pequeños reflejos en la aceitosa superficie de asfalto. Con un rugido ensordecedor, un DC7 rodó estrepitosamente por la pista verde principal. Las ventanas de la sala de tránsito vibraron con suavidad. La gente se levantó a mirar. Bond trató de leer sus expresiones. ¿Tenían la esperanza de que el avión se estrellara, proporcionándoles algo que ver, algo de qué hablar, algo que llenara sus vacías vidas? ¿O le deseaban suerte? ¿Cómo se sentirían los sesenta pasajeros? ¿Vivir o morir?

Los labios de Bond se curvaron. «Basta. Ya está bien de ser tan condenadamente morboso. Todo eso no es más que la reacción después de una misión sucia. Estás cansado, harto de tener que ser duro. Precisas un cambio. Has visto demasiada muerte. Necesitas un pedazo de vida tranquila, suave, ardiente.»

Bond tuvo conciencia de unos pasos que se aproximaban y se detenían a su lado. Levantó los ojos. Vio a un hombre de mediana edad, aseado y de aspecto pudiente.

Su expresión era de azoramiento, de turbación.

—Discúlpeme, pero seguramente usted es el señor Bond... ¿el señor..., ejem, James Bond?

Capítulo 2

Echar una cana al aire

A Bond le gustaba el anonimato.

—Así es —su respuesta fue desalentadora.

—Bien, ésta es una extraordinaria coincidencia. —El hombre le tendió su mano.

Bond se incorporó lentamente para estrechársela y la soltó. La mano era pulposa e inarticulada, como una bolsa de fango con forma de mano, o un guante de goma hinchado.

—Mi nombre es Du Pont. Junius Du Pont. Creo que no me recordará, pero ya nos conocemos. ¿Le importa que me sienta?

¿Aquel rostro, aquel nombre? Sí, *había* algo familiar en ellos. De tiempo atrás. No en América. Bond buscaba en sus archivos mentales mientras evaluaba rápidamente al hombre. El señor Du Pont tenía unos cincuenta años; de piel rosada, bien afeitado y vestido con el disfraz convencional con que Brooks Brothers ocultan la vergüenza de los millonarios americanos. Llevaba un traje tropical marrón oscuro, sin cruzar, y una camisa de seda blanca. Las puntas del estrecho cuello estaban unidas con un alfiler de oro bajo el nudo de una fina corbata a rayas oscuras rojas y azules que era casi de la brigada de la Guardia. Los puños de la camisa sobresalían un centímetro por debajo de las bocamangas de la chaqueta y mostraban gemelos *cabochon*^[1] de cristal con señuelos para trucha en miniatura en su interior. Los calcetines eran de seda gris marengo y los zapatos, de color caoba vieja, muy brillantes, pregonaban la firma de Peal. El hombre llevaba un oscuro sombrero de paja de ala estrecha, con una ancha banda de color burdeos.

El señor Du Pont se sentó enfrente de Bond y sacó cigarrillos y un encendedor Zippo de oro liso. Bond se percató de que sudaba ligeramente. Decidió que el señor Du Pont era lo que aparentaba, un americano muy rico, ligeramente azorado. Sabía que lo había visto antes, pero no tenía ni idea de dónde o cuándo.

—¿Fuma?

—Gracias. —Era un Parliament. Bond simuló no darse cuenta del encendedor que le ofrecían. No le gustaba que le dieran fuego. Cogió su propio mechero y encendió el cigarrillo.

—Francia, año 51, Royale les Eaux. —El señor Du Pont miró con impaciencia a Bond—. Aquel casino. Ethel, o sea la señora Du Pont, y yo estábamos a su lado en la mesa la noche en que usted jugó aquella gran partida contra el francés.

La memoria de Bond retrocedió rápidamente. Sí, por supuesto. Los Du Pont habían sido los números 4 y 5 en la mesa de bacarrá; Bond, el 6. Entonces le parecieron personas inofensivas. Había estado contento de tener aquel sólido baluarte a su izquierda la fantástica noche en que arruinó a Le Chiffre. Ahora Bond lo veía

todo de nuevo: la brillante luz sobre el tapete verde, las rosadas manos de cangrejo agitándose sobre la mesa en busca de las cartas. Olió el humo y el áspero aroma de su propio sudor. ¡Qué noche! Bond miró al señor Du Pont y sonrió con el recuerdo.

—Sí, tiene usted razón. Siento no haberlo reconocido antes. Pero fue toda una noche. No pensaba en nada, salvo en mis cartas.

El señor Du Pont sonrió a su vez, contento y aliviado.

—¡Pero, hombre, señor Bond, claro que lo comprendo! Y espero que me disculpe por interrumpirle. Verá... —Chasqueó los dedos para llamar a una camarera—. Pero tenemos que tomar una copa para celebrarlo. ¿Qué tomará?

—Bourbon con hielo, gracias.

—Y un Haig con agua.

Cuando la camarera se hubo ido, el señor Du Pont se inclinó hacia delante, sonriente. Un ligero aroma a jabón o a loción para después del afeitado cruzó por encima de la mesa. ¿Lentheric?

—Sabía que era usted. En cuanto lo vi aquí sentado. Pero me dije a mí mismo: Yo debía volar esta noche con Transamérica y cuando anunciaron el retraso observé su rostro y, si me disculpa, señor Bond, estaba bastante claro por su expresión que usted también iba en ese vuelo. —Esperó que Bond asintiera y continuó rápidamente—. Así que corrí al mostrador y eché un vistazo a la lista de pasajeros. Efectivamente, allí estaba, «J. Bond».

El señor Du Pont se puso cómodo, satisfecho de su agudeza. Cuando las bebidas llegaron, alzó su copa.

—A su salud, señor. Éste debe ser mi día de suerte.

Bond esbozó una sonrisa evasiva y bebió.

Du Pont se inclinó de nuevo hacia delante. Miró a su alrededor. No había nadie en las mesas próximas. No obstante, bajó la voz.

—Supongo que se estará diciendo: «Bueno, está muy bien esto de ver otra vez a Junius Du Pont, pero ¿cuál es el motivo?, ¿por qué se siente tan contento de verme justo esta noche?» —El señor Du Pont enarcó las cejas como si representara el papel de Bond. Este puso una expresión de cortés interrogación. El señor Du Pont se recostó aún más sobre la mesa—. Espero que me disculpe, señor Bond. No es mi costumbre entrometerme en los secre..., esto..., asuntos de otras personas. Pero después de aquella partida en el Royale, alguien comentó que usted no sólo era un gran jugador de cartas, sino también... ¿cómo diría yo?, que usted era una especie de... ¿investigador? Ya sabe, algo como un agente de inteligencia.

La indiscreción del señor Du Pont le había hecho enrojecer intensamente. Se recostó en la silla y, sacando un pañuelo, se enjugó la frente. Miró ansioso a Bond.

Este se encogió de hombros. La mirada de los ojos gris azulado que se clavó en los ojos del señor Du Pont, que se habían vuelto duros y vigilantes a pesar de su

azoramiento, era una mezcla de candor, ironía y disculpa.

—Solía meterme en ese tipo de cosas. Secuelas de la guerra. Uno aún se cree que es divertido jugar a los indios. Pero eso no tiene futuro en tiempo de paz.

—Claro, claro. —El señor Du Pont hizo el gesto de quitar importancia al asunto con la mano que sostenía el cigarrillo. Su mirada eludió la de Bond mientras hacía la siguiente pregunta y esperaba la consabida mentira.

«Dentro de este traje de Brooks Brothers hay un lobo. Es un hombre astuto», pensó Bond.

—Y ahora que se ha retirado —sonrió paternalmente el señor Du Pont—, ¿a qué se dedica, si me perdona la pregunta?

—Importación y exportación. Trabajo para Universal. Tal vez conozca la firma.

Du Pont le siguió el juego.

—Hum. ¿Universal? Déjeme pensar. ¡Ah, sí, claro que he oído hablar de ellos! No puedo decir que hayamos hecho negocios juntos, pero supongo que nunca es demasiado tarde. —Soltó una risita untuosa—. Tengo un montón de intereses por todas partes. En lo único en que puedo honradamente decir que no estoy interesado es en los productos químicos. Tal vez sea mi desgracia, señor Bond, pero no soy uno de los Du Pont de industrias químicas.

Bond decidió que el hombre estaba bastante satisfecho de la rama Du Pont a que pertenecía. No hizo comentario alguno. Echó un vistazo al reloj para urgir a Du Pont a que mostrara sus cartas. Se dijo a sí mismo que jugaría las suyas propias con cautela. Du Pont tenía un amable rostro sonrosado de bebé, con una boca fruncida y curvada hacia abajo un poco femenina. Parecía tan inofensivo como cualquiera de los norteamericanos de mediana edad con cámara fotográfica que se ven delante del palacio de Buckingham. Pero Bond percibía muchos rasgos duros y agudos tras aquella fachada anticuada.

El perceptivo ojo del señor Du Pont captó la mirada de Bond al reloj y consultó el suyo propio.

—¡Caramba! Ya son las siete y yo sigo aquí hablando sin ir al grano. Mire, señor Bond, tengo un problema sobre el cual me gustaría consultarle. Si pensaba pasar la noche en Miami, y puede dedicarme su tiempo, me haría un gran favor aceptando ser mi huésped. —El señor Du Pont levantó la mano—. Le prometo que estará cómodo. Resulta que poseo una parte del Floridiana. Quizá haya oído decir que lo inauguramos alrededor de Navidad. Tengo la satisfacción de decir que va muy bien. Le estamos quitando el sitio al viejo Fountain Blue —el señor Du Pont sonrió con indulgencia—. Así es como llamamos aquí al Fontainebleau. Bien, ¿qué me dice, señor Bond? Tendrá la mejor suite, aunque ello represente echar a la calle a algunos buenos clientes de pago. Y me haría un gran favor. —La expresión de Du Pont era implorante.

Bond ya había decidido aceptar a ciegas. Fuese cual fuese el problema de Du Pont —chantaje, gánsteres, mujeres—, sería una de las típicas preocupaciones de un hombre rico. Se le presentaba en bandeja una tajada de aquella vida fácil que había estado anhelando. «Cógela pues.» Bond empezó a decir algo excusándose cortésmente, pero el otro lo interrumpió:

—Venga, venga, señor Bond. Y créame que le quedo agradecido, muy agradecido por ello.

Chasqueó los dedos para llamar a la camarera. Cuando ésta acudió, se giró y pagó la cuenta fuera de la vista de Bond. Como muchos hombres muy ricos, consideraba que enseñar su dinero y dejar ver el importe de la propina era una exhibición indecente. Se metió de nuevo el fajo de billetes en el bolsillo derecho del pantalón (el bolsillo de atrás no es el lugar adecuado entre los ricos) y cogió a Bond por el brazo. Notando la reticencia de Bond al contacto, retiró la mano. Bajaron por la escalera que conducía al vestíbulo principal.

—Ahora arreglaremos lo de su reserva —dijo, dirigiéndose hacia el mostrador de Transamérica. Con unas pocas frases secas demostró su poder y eficiencia en su reino americano, que era el suyo.

—Sí, señor Du Pont. Naturalmente, señor Du Pont. Yo me ocuparé de esto, señor Du Pont.

En el exterior, un resplandeciente Chrysler Imperial se acercó al bordillo de la acera con un suave susurro. Un chófer de aspecto duro con un uniforme color crema se apresuró a abrir la portezuela. Bond entró y se arrellanó en la blanda tapicería. El interior del coche estaba deliciosamente fresco, casi frío. El representante de Transamérica salió corriendo del vestíbulo con la maleta de Bond, se la entregó al chófer y, tras una inclinación de cabeza, regresó a la terminal.

—Al Bill's on the Beach —ordenó Du Pont al chófer, y el gran coche se deslizó suavemente por el atestado aparcamiento y salió a la carretera.

Du Pont se retrepó en el asiento.

—Espero que le gusten los cangrejos de piedra, señor Bond. ¿Los ha probado alguna vez?

Bond dijo que sí y que le gustaban mucho.

Du Pont habló acerca del Bill's on the Beach y sobre los méritos relativos de la carne de los cangrejos de piedra y los de Alaska, mientras el Chrysler Imperial cruzaba rápidamente el centro de Miami por el bulevar Biscayne y atravesaba la bahía Biscayne por la carretera elevada Douglas MacArthur. Bond hizo los comentarios apropiados, dejándose llevar por la elegante corriente de la velocidad, la comodidad y la conversación intrascendente de ricos.

Se detuvieron delante de una fachada blanca de tablas y estuco que imitaba el estilo Regencia. Un garabato de neón rosado decía: bill's on the beach. Mientras Bond se

apeaba, Du Pont dio instrucciones al chófer. Bond oyó sus palabras:

—La suite Aloha. Si hay algún problema, diga al señor Fairlie que me llame aquí, ¿de acuerdo?

Subieron algunos escalones. En el interior, la gran sala estaba decorada de blanco, con cortinas de muselina rosa en las ventanas. Sobre las mesas había lamparitas rosa. El restaurante estaba atestado de personas bronceadas con trajes tropicales caros: brillantes camisas de colores chillones, tintineantes brazaletes de oro, gafas oscuras con monturas enjovadas, lindos sombreros de paja nativos. Había una confusión de aromas. Predominaba el olor ácido de cuerpos que han estado al sol todo el día.

Bill, un italiano panzudo, se precipitó hacia ellos.

—Caramba, señor Du Pont. Es un placer, señor. Un poco lleno hoy. En seguida lo arreglamos. Por aquí, por favor. —Sosteniendo una gran carta encuadernada en piel por encima de su cabeza, el hombre se abrió camino entre los comensales hasta la mejor mesa de la sala, una mesa rinconera para seis. Retiró dos sillas, chasqueó los dedos para llamar al maître y al sumiller, puso dos cartas abiertas frente a ellos, intercambió cumplidos con Du Pont y los dejó.

Du Pont cerró la carta de golpe.

—¿Le importaría dejarlo en mis manos? —preguntó a Bond—. Si hay algo que no le guste, devuélvalo. —Y, dirigiéndose al maître, ordenó—: Cangrejos de piedra. Que no sean congelados. Frescos. Mantequilla fundida. Tostadas gruesas. ¿De acuerdo?

—Muy bien, señor Du Pont.

El sumiller, frotándose las manos, ocupó el lugar del maître.

—Dos botellas de champán rosado. Pommery del 50. Copas de plata. ¿De acuerdo?

—Pegfecto, señog Du Pont. ¿Un cóctel paga empezag?

Du Pont se volvió hacia Bond y le sonrió enarcando las cejas.

—Un Martini seco con vodka —pidió Bond—, por favor. Con una corteza de limón.

—Que sean dos —dijo Du Pont—. Dobles.

El sumiller se marchó de prisa. Du Pont se repantigó y sacó los cigarrillos y el encendedor. Miró la sala a su alrededor, contestó a un par de saludos con una sonrisa y una elevación de la mano y echó un vistazo a las mesas más próximas. Luego acercó su silla a la de Bond.

—Me temo que no podemos evitar el ruido —dijo en tono de disculpa—. Sólo vengo aquí por los cangrejos. No parecen de este mundo. Confío que usted no sea alérgico a ellos. Una vez traje aquí a una chica, hice que comiera cangrejos, y los labios se le hincharon como neumáticos de bicicleta.

A Bond le divertía el cambio operado en él. Aquella forma viva de hablar, el tono

autoritario que empleaba una vez creía tenerlo ya enrolado y en su nómina. Era un hombre distinto del tímido y azorado pretendiente que le había abordado en el aeropuerto. ¿Qué querría de Bond? La proposición llegaría de un momento a otro.

—No tengo ningún tipo de alergia —repuso Bond.

—Bien, bien.

Hubo una pausa. Du Pont levantó y bajó la tapa de su encendedor varias veces. Se dio cuenta de que hacía un ruido irritante y lo puso a un lado. Mirándose las manos puestas sobre la mesa ante sí, preguntó:

—¿Ha jugado alguna vez a la canasta, señor Bond?

—Sí, es un juego interesante. Me gusta.

—¿La canasta de uno contra uno?

—La he jugado, pero no es muy divertida. Si no se hacen tonterías, si ninguno de los dos las hace, tiende a nivelarse. Es la ley de las probabilidades en las cartas. La posibilidad de que haya mucha diferencia en el juego no existe.

Du Pont asintió con énfasis.

—¡Eso es! Así me lo he dicho muchas veces a mí mismo. Al cabo de un centenar de partidas, dos jugadores equivalentes acabarán igualados. No es tan interesante como el gin rummy o el Oklahoma, pero en cierto modo me gusta por eso. Se pasa el tiempo, se juegan muchas cartas, se tienen altibajos, y al final nadie sale trasquilado, ¿no cree?

Bond asintió. Llegaron los martinis.

—Traiga otros dos dentro de diez minutos —ordenó Du Pont al camarero. Luego se volvió hacia Bond. Su rostro reflejaba malhumor y desánimo. Dijo—: ¿Qué pensaría, señor Bond, si le dijera que he perdido veinticinco mil dólares en una semana jugando a la canasta de dos? —Bond iba a responder, pero Du Pont levantó la mano—. Y entienda que soy un buen jugador de cartas. Soy miembro del club Regency. Juego mucho con gente como Charlie Goren, Johnny Crawford^[2], al bridge, por supuesto. Pero lo que quiero decir es que en la mesa de juego, sé dónde estoy. —Du Pont sondeó los ojos de Bond.

—Si ha estado jugando todo el tiempo con el mismo jugador, le han hecho trampa.

—E-xac-ta-men-te. —Du Pont dio un manotazo al mantel y se echó hacia atrás—. E-xac-ta-men-te. Es lo que pensé después de perder durante cuatro días seguidos. Así que me dije: «Este hijo de puta está haciéndome trampas, por Dios que descubriré cómo lo hace y lo expulsaré de Miami». De manera que doblé las apuestas y luego las volví a doblar. Eso le gustó bastante. Y vigilé cada carta que jugaba, cada movimiento que hacía. ¡Nada! Ni un indicio, ni una señal. Las cartas no estaban marcadas. Baraja nueva siempre que yo quería. Mis propias cartas. Nunca vio mi mano, no podía porque siempre me sentaba justo frente a él. Ningún mirón para

soplarle. Y el tipo continuó ganando y ganando. Esta mañana ha vuelto a ocurrir. Y otra vez esta tarde. Al final yo estaba tan furioso con la partida... No lo demostré, faltaría más... —Bond pensaría que no sabía comportarse—. He pagado educadamente. Pero sin decirle nada a ese tipo, he hecho la maleta, he ido al aeropuerto y he comprado un pasaje en el primer vuelo a Nueva York. ¡Figúrese! —Du Pont levantó los brazos—. Huía. Pero veinticinco de los grandes son veinticinco de los grandes. Ya me veía llegando a cincuenta, a cien. Y no soportaba otra de esas malditas partidas, y mucho menos ser incapaz de descubrir a ese tipo. Así que me fui. ¿Qué le parece? ¡Yo, Junius Du Pont, arrojando la toalla porque ya no podía sufrir otra paliza!

Bond gruñó con simpatía. Llegó la segunda ronda de bebidas. Bond estaba ligeramente interesado, siempre le atraía cualquier asunto relacionado con las cartas. Casi podía ver la escena: los dos hombres jugaban y jugaban; uno de ellos barajaba y repartía tranquilamente y anotaba su puntuación, mientras que el otro arrojaba siempre sus cartas al centro de la mesa con un gesto de disgusto contenido. Era evidente que le hacían trampas a Du Pont. ¿Cómo?

—Veinticinco mil es mucho dinero —dijo Bond—. ¿Cuáles eran las apuestas?

Du Pont parecía sentir vergüenza.

—Un cuarto de dólar el punto, después cincuenta centavos, y luego un dólar. Muy elevadas, supongo, con partidas de unos dos mil puntos de promedio. Incluso a un cuarto de dólar, ya sube a quinientos dólares la partida. A dólar el punto, si se pierde continuamente, es un horror.

—Alguna vez debe haber ganado.

—Por supuesto, pero de alguna manera, justo cuando yo tenía al hijo de puta listo para la matanza, él se sacaba de encima todas las cartas que podía exponer. Se escabullía. Ganaba calderilla, pero sólo cuando él necesitaba ciento veinte para abrir y yo tenía todos los comodines. Ya sabe cómo es la canasta, hay que descartarse bien. Se ponen cebos para que el de enfrente pique y te dé toda la baraja. Pero diantre, ¡parecía tener poderes ocultos! Cada vez que yo le tendía una trampa, la eludía, y casi siempre que él me ponía una a mí, yo caía en ella. En cuanto a darme la baraja, bueno, cuando él estaba en apuros escogía las cartas más condenadamente raras, se descartaba de semifallos, ases, Dios sabe de qué, y siempre le salía bien. Era como si supiese todas las cartas de mi mano.

—¿Algún espejo en la sala?

—¡Diablos, no! Siempre jugábamos al aire libre. Decía que quería ponerse moreno. Ciertamente, lo consiguió. Rojo como un tomate. Sólo jugaba por la mañana y por la tarde. Decía que si lo hacía por la noche no podía dormir.

—¿Quién es ese hombre? ¿Cómo se llama?

—Goldfinger.

—¿Nombre de pila?

—Auric. Significa dorado, ¿no? Desde luego, lo es. Tiene el cabello de un color rojo fuego.

—¿Nacionalidad?

—No lo creerá, pero es británico. Con residencia en Nassau. Aunque por el apellido se diría que es judío, no lo parece. En el Florida somos muy restrictivos, no le habrían dejado entrar si lo fuese. Tiene pasaporte de Nassau. Cuarenta y dos años. Soltero. De profesión, agente de bolsa. Lo he sabido por el pasaporte. Me lo dejaron ver por mediación del detective del hotel.

—¿Qué clase de agente de bolsa?

Du Pont sonrió ferozmente.

—Ya se lo pregunté. Y me respondió: «Oh, cualquier cosa que se presente». Es una persona de carácter evasivo. Se cierra en banda si se le hace una pregunta directa. Pero charla con bastante animación de cosas banales.

—¿Tiene dinero?

—¡Ah! —dijo Du Pont explosivamente—. Eso es lo más extraordinario. Está forrado. ¡Forrado de verdad! Hice que mi banco se informara sobre él en Nassau. Está podrido de dinero. En Nassau, se encuentran millonarios a diez centavos la docena, pero él está el primero o el segundo de la lista. Al parecer, guarda el dinero en lingotes de oro. Los mueve mucho por todo el mundo para beneficiarse de las fluctuaciones en el precio del oro. Actúa como un maldito banco federal. No confía en el dinero. No puedo decir que no tenga razón en esto, y si es uno de los hombres más ricos del mundo, algo bueno debe tener su sistema. Pero el tema es: si es tan rico, ¿por qué demonios quiere limpiarme unos asquerosos veinticinco de los grandes?

Un enjambre de camareros alrededor de su mesa libró a Bond de pensar una respuesta. Con gran ceremonia, una amplia fuente de plata llena de cangrejos de gran tamaño y con los caparazones y pinzas rotos, fue depositada sobre el centro de la mesa. Se colocó una salsera de plata rebosante de mantequilla fundida y una larga hilera de tostadas al lado de cada plato. Las copas de champán se llenaron de espuma rosada. Finalmente, con una zalamera sonrisa de satisfacción, el maître pasó detrás de sus asientos y, uno después de otro, les ató alrededor del cuello sendos baberos largos de seda blancos que les llegaban hasta el regazo.

Bond se acordó de Charles Laughton en el papel de Enrique VIII, pero ni Du Pont ni los comensales vecinos parecieron sorprendidos por aquella aparatosa exhibición. Du Pont lanzó un regocijado:

—¡Cada uno a lo suyo! —Reunió varios pedazos de cangrejo en su plato, los regó generosamente con mantequilla fundida y les hincó el diente. Bond siguió su ejemplo y se puso a comer, o mejor dicho a devorar, la comida más deliciosa de su vida.

Los cangrejos de piedra eran el marisco más tierno y sabroso que había probado

nunca. Quedaba perfectamente contrastado por las secas tostadas y el sabor ligeramente quemado de la mantequilla fundida. El champán parecía tener un sutilísimo aroma a fresas. Estaba helado. Después de cada bocado de cangrejo, la rosada bebida dejaba el paladar limpio para el siguiente. Ambos comieron sin parar, sin apenas cambiar una palabra hasta terminar el plato.

Con un ligero eructo, Du Pont se limpió por última vez la barbilla de mantequilla con el babero de seda y se retrepó. Su rostro estaba encendido. Miró con orgullo a Bond.

—Señor Bond —dijo con reverencia—, dudo que en algún lugar del mundo alguien haya comido una cena tan buena como ésta. ¿Qué opina usted?

Bond pensó: «Yo pedía vida fácil, vida de rico. ¿Que si me gusta comer como un cerdo y escuchar observaciones como ésta?» De repente, la idea de compartir otra cena como aquella, o cualquier otra comida, con Du Pont le repugnó. Se sintió momentáneamente avergonzado de su aversión. Era su parte puritana la que no podía aceptarlo. Había formulado su deseo, y éste no sólo se había cumplido, sino que le había atiborrado.

—No entiendo de esto —respondió Bond—, pero estaba muy bueno.

Du Pont quedó satisfecho. Pidió café. Bond rehusó el ofrecimiento de puro y licor. Encendió un cigarrillo y esperó con interés que se le presentara la oferta. Sabía que habría alguna. Era evidente que todo aquello formaba parte del señuelo. Bien, ya llegaría.

Du Pont se aclaró la garganta.

—Y ahora, señor Bond, tengo una proposición que hacerle. —Miró a Bond, tratando de captar su reacción por adelantado.

—¿Sí?

—Seguramente ha sido providencial encontrarle de aquel modo en el aeropuerto. —La voz de Du Pont era grave y sincera—. No he olvidado nunca nuestro primer encuentro en el Royale. Recuerdo todos los detalles: su sangre fría, su osadía, su manejo de las cartas. —Bond tenía la mirada en el mantel. Pero Du Pont, que ya se había cansado de su perorata, añadió apresuradamente—: Señor Bond, le pagaré diez mil dólares si se queda como invitado mío hasta que descubra cómo ese Goldfinger me gana a las cartas.

Bond lo miró a los ojos.

—Es una generosa oferta —dijo—, señor Du Pont, pero debo regresar a Londres. He de estar dentro de cuarenta y ocho horas en Nueva York para coger mi avión. Si ustedes juegan sus sesiones habituales mañana (por la mañana y por la tarde), supongo que tendría tiempo suficiente para encontrar la respuesta. Pero mañana por la noche habré de irme, tanto si puedo ayudarle como si no. ¿Hecho?

—Hecho —respondió Du Pont.

Capítulo 3

El hombre que tenía agorafobia

El batir de las cortinas despertó a Bond. Apartó la única sábana y anduvo por la gruesa alfombra de pelo hasta la ventana panorámica que ocupaba toda una pared. Descorrió las cortinas y salió al soleado balcón.

Las baldosas, blancas y negras como un tablero de ajedrez, estaban tibias, casi calientes bajo sus pies, aunque no podían ser ni las ocho. Una brisa vigorosa llegaba soplando desde el mar, poniendo tirantes las banderas de todas las naciones que ondeaban a lo largo del embarcadero de la dársena privada para yates. La brisa era húmeda y con un fuerte olor a mar. Bond supuso que era la brisa que gustaba a los visitantes, pero que los residentes odiaban. Debía de oxidar los objetos metálicos de sus casas, manchar las páginas de sus libros, pudrir empapelados y cuadros y producir manchas de humedad en las ropas.

Doce plantas más abajo, los cuidados jardines, salpicados de palmeras y macizos de brillantes flores y trazados con pulcros senderos de grava entre avenidas de buganvillas, eran exquisitos y sosos. Unos jardineros estaban trabajando, rastrillando las veredas y recogiendo hojas con la letárgica lentitud de movimientos de los servidores negros. Dos segadoras cortaban el césped y, donde ya habían pasado, unos aspersores lanzaban graciosos pulsos de agua pulverizada.

Directamente debajo de Bond, la elegante curva del club Cabana descendía majestuosa hasta la playa: dos pisos de cabinas para cambiarse y, más abajo, una terraza salpicada de sillas y mesas y alguna ocasional sombrilla a rayas rojas y blancas. En el interior de la curva estaba el brillante óvalo verde de una piscina de dimensiones olímpicas, rodeada por fila tras fila de tumbonas con colchoneta sobre las cuales los clientes pronto estarían poniéndose morenos a cincuenta dólares diarios. Unos hombres con chaquetas blancas trabajaban entre ellas, arreglando las filas de tumbonas, dando la vuelta a las colchonetas y barriendo las colillas del día anterior. Más allá estaba la larga playa dorada y el mar, y más hombres pasaban el rastrillo por la arena, e instalaban las sombrillas y colocaban las colchonetas. No era de extrañar que la pulcra cartulina del interior del armario ropero de Bond dijese que el precio de la suite Aloha era de doscientos dólares por noche. Hizo un cálculo aproximado. Si tuviese que pagar la cuenta, en tres semanas se habría gastado el salario de todo un año. Bond sonrió alegremente para sí mismo. Entró de nuevo en la habitación, cogió el teléfono y encargó un delicioso y pródigo desayuno, un cartón de cigarrillos Chesterfield largos y los periódicos.

Cuando se hubo afeitado, tomado una ducha helada y vestido, eran las ocho. Salió al elegante salón y encontró a un camarero con uniforme de color ciruela y oro disponiendo su desayuno junto a la ventana. Bond echó una ojeada al *Miami Herald*.

La primera plana estaba dedicada al fallo, el día anterior, de un misil balístico intercontinental norteamericano en el cercano Cabo Cañaveral y a unos malos resultados en una gran carrera de caballos en Hialeah.

Bond dejó el periódico en el suelo, se sentó y comió lentamente su desayuno pensando en los señores Du Pont y Goldfinger.

Sus pensamientos no le llevaron a ninguna conclusión. O bien Du Pont era un jugador mucho peor de cuanto él mismo se creía, lo cual parecía improbable según la lectura que hacía Bond de su carácter duro y astuto, o bien Goldfinger era un fullero. Si Goldfinger hacía trampas en el juego sin necesitar el dinero, entonces con toda seguridad también se habría enriquecido empleando ardides o prácticas poco escrupulosas a una escala mucho mayor. A Bond le interesaban los grandes criminales. Estaba ansioso por conocer a Goldfinger. Así como por descubrir el sumamente exitoso y, a la vista de los hechos, muy misterioso método de esquilmar a Du Pont. El día se presentaba muy entretenido. El ocioso Bond esperaba que se pusiese en marcha.

El plan era reunirse con Du Pont en el jardín a las diez. Simularían que Bond había llegado en avión desde Nueva York para tratar de vender a Du Pont un paquete de acciones que una compañía inglesa poseía de una propiedad canadiense de gas natural. Como el asunto era claramente confidencial, a Goldfinger no se le ocurriría pedir detalles a Bond. Acciones, gas natural, Canadá. Eso era todo lo que Bond tenía que recordar. Irían juntos hasta la terraza del club Cabana, donde se jugaba la partida, y Bond leería el periódico y observaría. Después del almuerzo, durante el cual Bond y Du Pont discutirían de sus «negocios», seguirían con la misma rutina. Cuando Du Pont le preguntó si podía facilitarle alguna otra cosa, Bond le había pedido el número de la suite de Goldfinger y una llave maestra, explicándole luego que si Goldfinger era algún tipo de tahúr profesional, o hasta un experto aficionado, viajaría con las herramientas habituales del oficio: cartas marcadas y «afeitadas», el artilugio para darse cartas por la manga, etcétera. Du Pont había dicho a Bond que le daría la llave cuando se reunieran en el jardín. No tendría dificultad alguna en conseguirla del director.

Después de desayunar, Bond se relajó y contempló el mar, en segundo término. No estaba excitado por la labor que tenía entre manos, sólo interesado y divertido. Era justo la clase de trabajo que necesitaba para lavarse el paladar después de lo de México.

A las nueve y media Bond dejó su suite y vagó por los pasillos de su planta — perdiéndose en su camino hacia el ascensor— para hacer un reconocimiento de la disposición del hotel. Después de haberse encontrado dos veces con la misma camarera, le preguntó el camino y bajó en el ascensor. Discurrió por entre los primeros madrugadores en las galerías comerciales Pineapple. Echó una ojeada a la

cafetería Bamboo, al bar Rendezvous, al comedor La Tropicala, al Kittekat Klub para niños y a la discoteca BoomBoom. Luego se encaminó resueltamente al jardín. Du Pont, vestido ahora «de playa» por Abercrombie Fitch, le dio la llave maestra de la suite de Goldfinger. Fueron paseando sin prisas hacia el club Cabana y subieron por los dos cortos tramos de escaleras hasta la terraza superior.

La primera visión que Bond tuvo de Goldfinger fue sorprendente. En el extremo opuesto de la terraza, justo debajo de la fachada del hotel, un hombre estaba recostado en una tumbona con las piernas levantadas. No llevaba encima más que un eslip de satén amarillo, gafas de sol y un par de amplias aletas metálicas bajo la barbilla. Dichas aletas, que parecían sujetas alrededor del cuello, se extendían por encima de sus hombros y luego se curvaban ligeramente en puntas redondeadas.

—¿Qué demonios lleva alrededor del cuello? —preguntó Bond.

—¿Nunca ha visto uno? —Du Pont estaba sorprendido—. Es un truco para ponerse moreno. Estaño pulido. Refleja el sol hacia debajo del mentón y detrás de las orejas, lugares donde normalmente el sol no llega.

—Entendido —dijo Bond.

Cuando estaban a unos pocos metros de la figura yacente, Du Pont llamó alegremente con la que a Bond le pareció una voz demasiado fuerte.

—¡Eh, hola!

Goldfinger no se movió.

—Es muy sordo —dijo Du Pont con tono normal.

Se encontraban a los pies de Goldfinger, y Du Pont repitió su saludo.

Goldfinger se incorporó rápidamente, quitándose las gafas de sol.

—¡Hola, qué tal! —Se desprendió las aletas del cuello, las dejó cuidadosamente en el suelo junto a él y se levantó pesadamente. Observó a Bond con mirada inquisitiva.

—Tengo el gusto de presentarle al señor Bond, James Bond. Un amigo mío de Nueva York. Paisano suyo. Ha venido a verme para tratar un asunto de negocios.

Goldfinger tendió la mano.

—Encantado de conocerle, señor Bomb.

Bond le estrechó la mano. Era dura y seca. Hizo una levísima presión sobre la suya y la retiró. Durante un instante, los pálidos ojos azul claro de Goldfinger se abrieron del todo y miraron fijamente a Bond. Le atravesaron el rostro hasta la parte posterior del cráneo. Entonces los párpados cayeron, el telón se cerró sobre los rayos X y Goldfinger cogió la placa revelada y la deslizó en su sistema de archivos.

—Así que hoy no hay partida. —Su voz fue plana, descolorida. Las palabras eran más una constatación que una pregunta.

—¿Qué quiere decir con que no hay partida? —gritó Du Pont con estridencia—. ¿No pensará que voy a dejar que se quede con todo mi dinero? Tengo que recuperarlo

o nunca me iré de este maldito hotel. —Du Pont se rió intensamente—. Le diré a Sam que prepare la mesa. Mi amigo James dice que no sabe mucho de cartas y que le gustaría aprender el juego. —Se volvió hacia Bond—. ¿No es así, James? ¿Seguro que estarás bien con el periódico y tomando el sol?

—Me encantará descansar un poco —dijo Bond—. He viajado demasiadas horas. La mirada perforó de nuevo a Bond y luego se apartó.

—Voy a ponerme algo de ropa. Pensaba ir a recibir una clase de golf del señor Armour esta tarde en el Boca Ratón. Pero las cartas tienen prioridad entre mis aficiones. Mi tendencia a separar las muñecas demasiado pronto con los hierros medios tendrá que esperar. —Su mirada se posó sin interés en Bond—. ¿Juega usted al golf, señor Bomb?

Bond levantó la voz:

—En alguna ocasión, cuando estoy en Inglaterra.

—¿Y dónde juega?

—En Huntercombe.

—¡Ah!, un pequeño campo muy agradable. Yo me he hecho socio hace poco del Royal St. Marks. Sandwich está cerca de una de mis empresas. ¿Lo conoce?

—He jugado allí.

—¿Cuál es su handicap?

—Nueve.

—¡Qué coincidencia! El mismo que yo. Tenemos que jugar un partido algún día. —Goldfinger se agachó y recogió sus aletas metálicas. Se dirigió a Du Pont—: Dentro de cinco minutos estoy con usted. —Se fue andando lentamente hacia las escaleras.

A Bond le hizo gracia. Aquella nota de desdén social había sido realizada con el correcto tono distraído propio del magnate a quien en realidad le importa un bledo que alguien esté vivo o muerto; pero ya que se encuentra allí y vivo, no tiene reparos en situarlo en una categoría próxima.

Du Pont dio instrucciones a un camarero de chaqueta blanca. Otros dos estaban ya preparando una mesa de juego. Bond fue hasta la barandilla que rodeaba la terraza y miró hacia el jardín de abajo, reflexionando sobre Goldfinger.

Le había impresionado. Era uno de los hombres más tranquilos que Bond había conocido. Se notaba en la economía de sus movimientos, de sus palabras, de sus expresiones. Goldfinger no malgastaba esfuerzos inútiles y, sin embargo, había algo enroscado, comprimido, en la inmovilidad de aquel hombre.

Al levantarse Goldfinger, lo primero que chocó a Bond fue que todo él estaba desproporcionado: era bajo, de no más de un metro y medio de estatura, y sobre el grueso cuerpo y toscas piernas de campesino se hallaba situada, casi directamente encima de los hombros, una enorme cabeza que parecía perfectamente redonda. Era

como si Goldfinger hubiese sido montado con piezas de otros cuerpos. Nada parecía encajar. Quizá, pensó Bond, Goldfinger tenía obsesión por el bronceado para ocultar su fealdad. Sin el camuflaje pardo rojizo, el pálido cuerpo sería grotesco. El rostro, bajo la vertical del cabello de zanahoria cortado casi al rape, resultaba tan asombroso, sin ser tan feo, como el cuerpo. Tenía forma de luna, sin el aspecto de la luna. La frente era delicada y alta y las finas cejas rojizas estaban justo encima de los grandes ojos azul claro orlados con pálidas pestañas. La nariz, carnosa y aguileña, sobresalía entre pómulos altos y mejillas más musculosas que gordas. La boca, delgada y completamente recta, se veía bien dibujada. Tenía el mentón y las mandíbulas sólidas y rebosantes de salud. En resumen, pensó Bond, era el rostro de un pensador, tal vez de un científico, despiadado, sensual, estoico y duro. Una extraña combinación.

¿Qué más podía adivinar? Bond desconfiaba siempre de los hombres bajos. Desde la infancia crecían con complejo de inferioridad. Toda la vida se afanaban por ser grandes, mucho más que quienes se habían burlado de ellos de pequeños. Napoleón era bajo, Hitler también. Los bajos causaban todas las desgracias en el mundo. ¿Y qué se podía esperar de un hombre bajo y deforme, de cabello rojo y rostro raro? Todo junto producía un auténtico y total inadaptado. Se sentían ciertamente sus represiones. Había tal energía en aquel hombre, que daba la impresión de que si se le ponía una bombilla en la boca, se encendería. La idea le hizo sonreír. ¿En qué canales descargaba Goldfinger su fuerza vital? ¿En hacerse rico? ¿En el sexo? ¿En el poder? Probablemente en los tres. ¿Cuál sería su historia? Quizás ahora era inglés, pero ¿y cuando nació? No era judío, aunque podía tener sangre judía. Ni latino, ni nada más meridional. Tampoco eslavo. Tal vez alemán... ¡No, debía de ser báltico! Tenía que proceder de allí, de uno de los viejos países bálticos. Probablemente huyó para escapar de los rusos. Habrían advertido a Goldfinger, o sus padres se olieron dificultades y lo hicieron salir a tiempo. ¿Y qué sucedió entonces? ¿Cómo se había abierto camino hasta convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo? Algún día sería interesante averiguarlo. De momento, bastaba con descubrir cómo ganaba a las cartas.

—¿Todo listo? —gritó Du Pont a Goldfinger, que se dirigía por la terraza hacia la mesa de juego. Vestido con un traje azul oscuro bien cortado y una camisa blanca con el cuello abierto, Goldfinger componía una figura casi pasable. Pero nada podía disimular la gran cabeza como un balón de fútbol pardo y rojo, y el aparato auditivo color carne conectado a su oído izquierdo no suponía una mejora.

Du Pont se sentó de espaldas al hotel. Goldfinger se acomodó enfrente y cortó una baraja. Du Pont montó el corte, empujó la otra baraja hacia Goldfinger, le dio un golpecito para indicar que ya estaban barajadas y que no quería molestarse en cortar. Goldfinger empezó a dar.

Bond se acercó lentamente y se sentó en una silla al lado de Du Pont. Se echó hacia atrás, con aire despreocupado. Representó la comedia de doblar su periódico por la página de deportes y observó el reparto de naipes.

En cierto modo, Bond ya se lo esperaba, pero allí no había trampa. Goldfinger repartía con rapidez y eficiencia, pero sin traza del Agarre Mecánico, aquellos tres dedos curvados alrededor del lado largo de los naipes y el índice en la parte exterior del lado corto superior, el agarre que significa que se está preparado para dar las cartas de debajo o las segundas. Tampoco llevaba ningún sello para rayarlas, ni un esparadrapo en un dedo para marcarlas.

Du Pont se volvió hacia Bond.

—Reparto de quince cartas —comentó—. Se roban dos y se descarta una. Aparte de eso, las reglas Regencia corrientes. Nada de líos con los treses rojos que cuentan uno, tres, cinco u ocho, o cualesquiera de esas tonterías europeas.

Du Pont recogió sus naipes. Bond se dio cuenta de que los ordenaba como un experto, no según un valor descendiente de izquierda a derecha, ni poniendo sus comodines, de los cuales tenía dos, a la izquierda, una pauta que podría ayudar a un adversario observador. Du Pont juntaba sus cartas buenas en el centro de su mano, con las desaparejadas y las combinaciones incompletas a ambos lados.

Empezó el juego. Du Pont robó primero, una milagrosa pareja de comodines. Su cara no lo traicionó. Se descartó con aire despreocupado. Sólo precisaba otras dos cartas buenas para un cierre oculto. Pero necesitaba tener suerte. Robar dos cartas dobla las posibilidades de coger las que se necesitan, pero también dobla las de coger cartas inútiles que estropean la mano.

Goldfinger jugaba más despacio, con una lentitud casi irritante. Tras robar, una y otra vez fue de una carta a otra antes de dedil ir su descarte.

En su tercer turno, Du Pont había mejorado su mano hasta el punto de que sólo necesitaba una de cinco cartas para salir y cerrar, i ogiendo a su adversario con un montón de cartas que se contarían en su contra. Como si Goldfinger se diera cuenta del peligro que coma, abrió con cincuenta e hizo una canasta con tres comodines y cuatro cincos. También se sacó de encima algunas combinaciones más y terminó con sólo cuatro cartas en la mano. En cualquier otra circunstancia, habría sido una jugada ridículamente mala, pero tal como fue, había ganado unos cuatrocientos puntos en lugar de perder más de cien, pues en su siguiente turno el Sr. Du Pont completó su mano y, con la mayor parte de su triunfo evaporado por la espantada de Goldfinger, cerró oculto con las dos canastas precisas.

—Por Dios que esta vez casi lo destrozo. —La voz de Du Pont tuvo un deje de exasperación—. ¿Qué demonios le ha hecho salir corriendo?

—He oído el peligro —dijo Goldfinger con indiferencia. Contó sus puntos, los anunció y los anotó, esperando mientras Du Pont hacía lo mismo. Luego cortó el

mazo, se echó hacia atrás y observó a Bond con educado interés.

—¿Estará aquí mucho tiempo, señor Bomb?

Bond sonrió.

—Es Bond, B-O-N-D. No, tengo que regresar a Nueva York esta noche.

—¡Qué pena! —La boca de Goldfinger se curvó en un cortés lamento. Volvió a sus cartas y la partida prosiguió. Bond cogió su periódico y miró, sin verlos, los resultados de béisbol, mientras escuchaba la tranquila rutina del juego. Goldfinger ganó la mano, así como la siguiente y la otra. Ganó la partida. La diferencia era de mil quinientos puntos: mil quinientos dólares para Goldfinger.

—¡Ya estamos otra vez! —sonó lastimera la voz de Du Pont.

Bond bajó el periódico.

—¿Es que gana a menudo?

—¡A menudo! —la voz fue un bufido—. ¡Gana siempre!

Cortaron de nuevo y Goldfinger empezó a dar.

—¿No se juegan nunca el sitio? —preguntó Bond—. Con frecuencia he visto que cambiar de sitio ayuda a la suerte. Tentar a la fortuna y todo eso.

Goldfinger paró de repartir y dirigió una mirada seria a Bond.

—Desgraciadamente, señor Bond, eso no es posible o yo no podría jugar. Como le expliqué al señor Du Pont en nuestra primera partida, padezco una oscura enfermedad, agorafobia, es decir, terror a los espacios abiertos. No soporto el horizonte abierto, tengo que sentarme de cara al hotel. —Continuó repartiendo.

—¡Oh, lo siento mucho! —La voz de Bond mostraba seriedad e interés—. Realmente, es un mal extraño. Siempre he entendido la claustrofobia, pero no su inversa. ¿Cómo se le originó?

Goldfinger recogió sus cartas y empezó a ordenar su mano.

—No tengo ni idea —dijo tranquilamente.

Bond se levantó.

—Bueno, creo que voy a estirar un poco las piernas. Me acercaré a ver cómo está la piscina.

—Buena idea —dijo Du Pont jovial—. Tómalo con calma, James. Tenemos tiempo de sobras para hablar de negocios durante el almuerzo. Esta vez procuraré pasar por la piedra a mi amigo Goldfinger en lugar de al revés. Nos vemos luego.

Goldfinger no levantó la mirada de sus cartas. Bond se alejó con paso lento por la terraza, paseando delante de algún ocasional cuerpo echado, hasta la barandilla del extremo opuesto que daba sobre la piscina. Permaneció allí un rato, contemplando las hileras de carnes rosadas, morenas y blancas tendidas abajo en las tumbonas. Hasta su nariz ascendió un fuerte olor a aceite bronceador. En la piscina había unos cuantos niños y jóvenes. Un hombre, evidentemente un saltador profesional, quizá el profesor de natación, estaba en el trampolín. Se equilibró sobre las puntas de los pies, como un

musculoso dios griego de cabello rubio. Botó una sola vez y voló hacia afuera y abajo, con los brazos extendidos como alas, que luego juntó en forma de flecha para hender el agua por donde tenía que pasar el cuerpo. El impacto dejó sólo una pequeña turbulencia. El saltador salió del agua como un resorte, sacudiendo juvenilmente la cabeza. Hubo unos cuantos aplausos. El hombre braceó con lentitud por la piscina con la cabeza sumergida y los hombros moviéndose con despreocupado vigor. Bond pensó: «¡Buena suerte! No podrás seguir haciendo esto más de cinco o seis años.» Los saltadores de trampolín no pueden hacerlo durante mucho tiempo a causa de los repetidos golpes del cráneo contra el agua. Junto con los saltos de esquí, que tienen el mismo efecto contundente en todo el cuerpo, el salto de trampolín es el deporte de menor duración. Bond retransmitió mentalmente al saltador:

«¡Date prisa en sacar todo lo que puedas! Dedícate al cine ahora que aún tienes el cabello rubio.»

Bond se giró y miró atrás en la terraza a los dos jugadores de canasta bajo la vertical del hotel. De modo que a Goldfinger le gustaba estar de cara al hotel. ¿O acaso quería que Du Pont estuviese de espaldas al mismo? ¿Y por qué? ¿Cuál era la suite de Goldfinger? La 200, la suite Hawai; la de Bond, en el piso más alto, era la 1200. Por tanto, si todo era simétrico, la suite de Goldfinger estaría directamente debajo de la de Bond, pero en la segunda planta, a unos dieciocho metros por encima de la terraza del club Cabana, a dieciocho metros de la mesa de juego. Bond contó hacia atrás. Examinó cuidadosamente la fachada donde debían estar los aposentos de Goldfinger. Nada. Un balcón soleado y vacío. Una puerta abierta al oscuro interior de la suite. Bond midió distancias y ángulos. Sí, debía ser así. ¡Así tenía que ser! ¡Muy listo el señor Goldfinger!

Capítulo 4

Con las manos en la masa

Después del almuerzo —el tradicional cóctel de gambas, pargo «del país» con una diminuta taza de papel de salsa tártara, chuletas de buey asadas *au jus* y *surprise* de piña— era la hora de la siesta, antes de encontrarse con Goldfinger a las tres para la sesión de la tarde.

Du Pont, que había perdido otros diez mil dólares o más, confirmó que Goldfinger tenía una secretaria.

—Nunca la he visto. No sale de la suite. Es probable que se trate de alguna corista que se ha traído para pasearla, ya me entiende. —Sonrió con expresión maliciosa—. ¿Por qué? ¿Cree haber encontrado algo?

Bond se mostró evasivo.

—Todavía no puedo decirlo. Esta tarde no bajaré. Diga que me he aburrido de mirar y he ido a la ciudad. —Hizo una pausa—. Pero si estoy en lo cierto, no se sorprenda de lo que ocurra. Si Goldfinger empieza a comportarse de una forma extraña, usted siga tranquilo y observe. No le prometo nada. Creo que le tenemos, pero puedo haberme equivocado.

Du Pont estaba entusiasmado.

—¡Muy bien, colega! —dijo efusivo—. No puedo esperar a coger a ese hijo de puta con las manos en la masa. ¡Maldita sea su estampa!

Bond cogió el ascensor hasta su suite. De su maleta sacó una Leica M3, un fotómetro, un filtro K2 y un flash. Puso una bombilla en el flash y comprobó la cámara. Fue al balcón, miró el sol para calcular dónde estaría hacia las tres y media, y volvió al salón dejando abierta la puerta del balcón. Se situó en la entrada del balcón y apuntó el fotómetro. Señalaba una centésima de segundo. Lo fijó así en la Leica, puso el diafragma en f-11 y la distancia a unos tres metros y medio. Sujetó un portaobjetivos e hizo una fotografía para ver que todo funcionaba. Pasó la película, instaló el flash y dejó la cámara a un lado.

Bond volvió junto a su maleta de nuevo y sacó un grueso libro —*La Biblia concebida para leerla como literatura*—, lo abrió y de él sacó su Walther PPK metida en su pistolera Berns Martin. La deslizó dentro de su cinturón, a la izquierda. Probó a sacar con rapidez un par de veces y quedó satisfecho. Examinó de cerca la geografía de su suite, bajo el supuesto de que sería igual a la de Goldfinger. Se imaginó la escena que casi con seguridad se encontraría al cruzar la puerta de la suite de abajo. Probó la llave maestra en varias cerraduras y practicó para abrirlas sin ruido. A continuación puso una cómoda silla frente al balcón abierto y se sentó a fumar un cigarrillo mientras contemplaba el mar y pensaba cómo le plantearía las cosas a Goldfinger llegado el momento.

A las tres y media Bond se levantó, salió al balcón y miró con precaución las dos minúsculas figuras frente al tapete verde. Volvió a la habitación y comprobó el fotómetro de la Leica. La luz era la misma. Se puso la americana de su traje tropical de estambre azul marino, se arregló la corbata y se colgó la correa de la Leica del cuello, de forma que la cámara quedó suspendida sobre su pecho. Luego, con una última mirada a su alrededor, salió de la suite y se dirigió hacia el ascensor. Bajó hasta la planta baja y examinó los escaparates del vestíbulo. Cuando el ascensor subió de nuevo, fue hacia la escalera y ascendió con pasos lentos dos pisos. La geografía del segundo piso era idéntica a la del duodécimo. La habitación 200 estaba donde él esperaba. No había nadie a la vista. Sacó la llave maestra y abrió silenciosamente la puerta, cerrándola a su espalda. En la pequeña antecámara, un impermeable, un ligero abrigo de pelo de camello y un sombrero de fieltro gris claro colgaban del perchero. Bond sujetó con firmeza la Leica en su mano derecha, la sostuvo cerca de su rostro y probó a abrir la puerta del salón con suavidad. No estaba cerrada. Bond la abrió.

Incluso antes de ver lo que esperaba, oyó la voz. Era una voz grave y atractiva de chica, una voz inglesa. Estaba diciendo:

—Ha robado un cinco y un cuatro. Tiene una canasta completa de cincos con dos doses. Se descarta del cuatro. Tiene sueltos un rey, una jota, un nueve y un siete.

Bond se deslizó en la habitación.

La chica estaba sentada en dos cojines sobre una mesa que había puesta a un metro de la puerta del balcón abierta. Necesitaba los cojines para estar lo bastante alta. Era la hora de más calor de la tarde y sólo llevaba puestos un sujetador y unas braguitas de seda negras. Balanceaba las piernas con gesto aburrido. Acababa de pintarse las uñas de la mano izquierda. Alargó el brazo frente a ella para examinar el resultado. Se acercó la mano a los labios y sopló sobre las uñas. Tendió la mano derecha a un lado y metió de nuevo el pincel en el frasco de esmalte Revlon que tenía junto a ella, sobre la mesa. A unos centímetros de sus ojos estaban las lentes de unos prismáticos de aspecto potente, puestos en un trípode cuyo pie descendía entre sus bronceadas piernas hasta el suelo. Debajo de los prismáticos había un micrófono del cual salían unos cables que iban hasta una caja del tamaño de un tocadiscos portátil situada bajo la mesa. Otros cables iban de esa misma caja a una brillante antena de interior, colocada en el aparador situado contra la pared.

Las braguitas se tensaron cuando ella se inclinó otra vez hacia delante y acercó sus ojos a los prismáticos.

—Ha robado una dama y un rey. Trío de damas. Puede combinar reyes con un comodín. Se descarta de un siete. —Desconectó el micrófono.

Mientras ella estaba concentrada, Bond atravesó con paso rápido la habitación hasta situarse casi a su espalda. Había una silla. Se encaramó a ella, rogando que no crujiera. Ahora se hallaba a la altura adecuada para enfocar por entero la escena.

Apoyó el ojo en el visor. Sí, allí estaba todo alineado, la cabeza de la chica, el borde de los prismáticos, el micrófono y, dieciocho metros más abajo, los dos hombres a la mesa, con las cartas de Du Pont delante. Bond distinguió las rojas y las negras. Accionó el disparador.

La brusca explosión del flash y el cegador fogonazo de luz provocó el inmediato chillido de la chica, que se giró en redondo.

Bond bajó de la silla.

—Buenas tardes.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca? —La joven tenía una mano sobre la boca. Sus ojos gritaban.

—Ya tengo lo que quería. No se preocupe, ahora ya está. Y mi nombre es Bond, James Bond.

Bond depositó con cuidado su cámara sobre la silla y se acercó hasta entrar en el radio de su aroma. Era muy hermosa. El cabello, de un rubio muy claro, muy largo, le caía sobre los hombros. Sus ojos, de un azul oscuro, contrastaban con la piel ligeramente bronceada. Su boca era atrevida y generosa. Debía tener una sonrisa encantadora.

Ella se puso de pie y se apartó la mano de la boca. Era alta, quizá un metro setenta y ocho, y sus brazos y piernas parecían firmes como los de una nadadora. Sus senos tensaban la negra seda del sujetador.

Parte del miedo había desaparecido de sus ojos.

—Y ahora ¿qué va a hacer? —preguntó con voz grave.

—A ti, nada. Puede que le tome un poco el pelo a Goldfinger. Apártate como una buena chica y déjame echar un vistazo.

Bond se puso en el lugar de la chica y miró a través de los prismáticos. El juego proseguía normalmente. Goldfinger no daba señales de que su comunicación se hubiese interrumpido.

—¿No le importa no recibir las señales? ¿No interrumpirá el juego?

Ella respondió indecisa:

—Ya ha sucedido antes, cuando se ha soltado un enchufe o algo así. Se limita a esperar para recibirme de nuevo.

Bond le sonrió.

—Bueno, dejemos que sufra un poco. Fúmame un cigarrillo y tranquilízate. —Le alargó el paquete de Chesterfield. Ella cogió uno—. De todas formas, ya es hora de que te pintes las uñas de la mano derecha.

Una sonrisa jugó en sus bonitos labios.

—¿Cuánto tiempo llevabas aquí? Me has dado un susto espantoso.

—No mucho, y siento lo del susto. Goldfinger le ha estado dando sustos al pobre señor Du Pont toda una semana.

—Sí —dijo ella dubitativa—. Supongo que eso es bastante feo. Pero es muy rico, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Yo no perdería el sueño por el señor Du Pont. Pero Goldfinger podría escoger a alguien que no pudiese permitírselo, y de todas formas él también es multimillonario. ¿Por qué lo hace? Está podrido de dinero.

La animación inundó de nuevo el rostro de la joven.

—Ya lo sé. Simplemente, no lo entiendo. Ganar dinero es una especie de manía para él. No puede dejar de hacerlo. Se lo he preguntado y todo lo que me responde es que hay que ser idiota para no ganar dinero cuando las posibilidades están a nuestro favor. Siempre insiste en lo mismo, tener las posibilidades a favor. Cuantío me propuso hacer esto —señaló los prismáticos con el cigarrillo—, y le pregunté por qué se molestaba en correr todos estos estúpidos riesgos, todo lo que me respondió fue: «Ésta es la segunda lección. Cuando las posibilidades no están a favor, haz que lo estén».

—Bien —dijo Bond—, tiene suerte de que yo no trabaje para Pinkerton^[3] o para el Departamento de Policía de Miami.

La chica se encogió de hombros.

—Oh, eso no le importaría mucho. Te compraría. El compra a quien sea. Nadie puede resistirse al oro.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre lleva consigo el equivalente a un millón de dólares en oro, excepto cuando debe pasar una aduana, en cuyo caso se pone un cinturón lleno de monedas de oro alrededor de la barriga. De otro modo, lo transporta en láminas finas en el fondo y las paredes de sus maletas. Desde luego, son maletas de oro cubiertas de piel.

—Deben de pesar una tonelada.

—Siempre viaja en coche, uno con amortiguadores especiales. Y su chófer es un tipo enorme. Nadie más toca esas maletas.

—¿Por qué lleva tanto oro por ahí?

—Sólo por si lo necesita. Sabe que el oro le permitirá comprar cuanto quiera. Es todo de veinticuatro quilates. Y además, adora el oro, como les ocurre a otros con las joyas, los sellos, o, bueno —sonrió—, las mujeres.

Bond le devolvió la sonrisa.

—Y a ti ¿te quiere?

Ella se ruborizó.

—¡De ninguna manera! —replicó, indignada. Y después, más razonable, añadió—: Por supuesto, puedes pensar lo que desees, pero en verdad no. Quiero decir, creo que le gusta que la gente *piense* que nosotros..., que yo estoy..., en fin, que estamos liados y todo eso. Ya sabe. No es muy atractivo y supongo que se trata de una cuestión de vanidad o algo así.

—Ya veo. ¿De modo que sólo eres una especie de secretaria?

—Acompañante —le corrigió ella—. No tengo que escribir a máquina ni nada de eso. —De repente se puso la mano en la boca—. ¡Oh, pero yo no debería contarte todo esto! No se lo dirás, ¿verdad? Me despediría.... —El miedo apareció en sus ojos—. O lo que fuese. No sé qué me haría. Es la clase de hombre capaz de hacer cualquier cosa.

—Desde luego que no se lo diré. Pero esto no es vida para ti. ¿Por qué lo haces?

—Cien libras a la semana y todo esto —repuso ella con aspereza, señalando la habitación— no se encuentran en una esquina. Ahorro. Cuando tenga lo suficiente, me iré.

Bond se preguntó si Goldfinger la dejaría marchar. ¿No sabía demasiado? Contempló su hermoso rostro, su espléndido cuerpo desinhibido. Quizá la joven no lo sospechara, pero, a cambio del dinero, corría un grave peligro con aquel hombre.

La muchacha se agitaba nerviosa.

—Creo que no estoy vestida muy correctamente —dijo con una sonrisa azorada—. ¿Me dejas que vaya a ponerme algo encima?

Bond no estaba seguro de poder confiar en ella. No era él quien le pagaba las cien libras a la semana.

—Tienes muy buen aspecto —repuso con ligereza—. Tan respetable como el de esos cientos de personas de la piscina. De todas formas —añadió, estirando los brazos—, ya va siendo hora de encender una hoguera debajo de Goldfinger.

Bond había estado echando vistazos a la partida de vez en cuando. Todo parecía ocurrir con normalidad. Se inclinó de nuevo sobre los prismáticos. Du Pont parecía otro hombre; sus gestos eran expansivos y el medio perfil de su sonrosado rostro estaba lleno de animación. Mientras Bond miraba, cogió una parte de las cartas que tenía en la mano y las extendió sobre la mesa: una canasta limpia de reyes. Bond elevó los prismáticos un par de centímetros. La gran cara de luna moreno-rojiza permanecía impassible, indiferente. Goldfinger esperaba paciente que las posibilidades se pusieran de nuevo a su favor. Mientras Bond miraba, el otro levantó una mano hasta el aparato auditivo, introduciendo el amplificador más firmemente en su oído, listo para volver a oír las señales.

Bond dio un paso atrás.

—Un aparatito estupendo —comentó—. ¿En qué frecuencia transmite?

—Me lo dijo, pero no me acuerdo. —Entornó los ojos—. Ciento setenta no sé qué. ¿Podrían ser mega-algo?

—Megaciclos. Podría ser, pero me sorprendería que no cogiera un montón de mensajes de taxistas y de la policía mezclados con tu voz. Necesitaría tener una concentración diabólica. —Bond sonrió—. Bueno, vamos. ¿Todo a punto? Ya es hora de tirar de la manta.

De repente, ella alargó un brazo y le puso la mano en la manga. En su dedo anular llevaba un anillo de Claddagh: dos manos de oro abrazando un corazón.

—¿Tienes que hacerlo? —su voz fue llorosa—. ¿No podrías dejarlo como está? No sé lo que me hará. Por favor. —Vaciló, muy sonrojada—. Y tú me gustas. Hace mucho tiempo que no veo a nadie como tú. ¿Por qué no te quedas aquí un rato más? —Bajó la mirada al suelo—. Si pudieses dejarlo en paz, yo haría... —las palabras le salieron atrepellándose—, haría *cualquier cosa*.

Bond sonrió. Retiró la mano de la chica de su brazo y la estrechó entre las suyas.

—Lo siento, me pagan por realizar este trabajo y tengo que hacerlo. Además —su voz se hizo categórica— quiero hacerlo. Ya es hora de que alguien baje los humos al señor Goldfinger. ¿Lista?

Sin esperar una respuesta se inclinó sobre los prismáticos. Aún estaban enfocados en Goldfinger. Bond se aclaró la garganta. Estudió el gran rostro con sumo cuidado. Su mano tanteó en busca del interruptor del micrófono y lo pulsó.

Debió producirse un zumbido de interferencias en el aparato auditivo. La expresión de Goldfinger no se alteró, pero levantó la cabeza lentamente hacia el cielo y la volvió a bajar, como aliviado.

Bond habló con voz suave y amenazadora por el micrófono.

—Escúcheme, Goldfinger. —Se interrumpió. No hubo ni rastro de expresión, pero Goldfinger hizo una imperceptible inclinación de cabeza, como si escuchara. Estudió detenidamente sus cartas, con las manos muy firmes.

—Le habla James Bond. ¿Se acuerda de mí? El juego se ha terminado y es hora de pagar. Tengo una fotografía de todo el montaje, rubia, prismáticos, micrófono, usted y su aparato auditivo. Dicha fotografía no irá al FBI ni a Scotland Yard si me obedece con exactitud. Diga que sí con la cabeza si lo ha entendido.

El rostro seguía siendo inexpresivo. Lentamente, la gran cabeza redonda se inclinó hacia delante y volvió a levantarse.

—Ponga sus cartas sobre la mesa, boca arriba.

Las manos descendieron, se abrieron y las cartas se deslizaron entre los dedos, sobre la mesa.

—Saque el talonario y extienda un cheque al portador de cincuenta mil dólares. Eso representa los treinta y cinco mil que se ha llevado del señor Du Pont, diez mil por mis honorarios y los otros cinco mil por malgastar tanto del valioso tiempo del señor Du Pont.

Bond miró para ver si su orden era obedecida. Echó una ojeada a Du Pont. Éste estaba inclinado hacia delante, boquiabierto.

Goldfinger separó lentamente el cheque y lo refrendó en el dorso.

—Muy bien. Ahora anote esto en la matriz de su talonario y procure hacerlo bien. Resérveme un compartimiento en el Silver Meteor de esta noche a Nueva York. Que

en el compartimiento haya una botella de champán selecto con hielo y un montón de emparedados de caviar. Caviar del mejor. Y no se ponga en mi camino.

Y nada de trucos. La fotografía estará en el correo con un informe completo, para ser abierto si no me encuentro mañana en Nueva York en perfecto estado de salud. Asienta si me ha entendido.

De nuevo, la gran cabeza subió y bajó lentamente. Había indicios de sudor en la lisa y alta frente.

—Bien, ahora entréguele el cheque al señor Du Pont y dígame: «Le presento mis más humildes disculpas. He estado haciéndole trampas». Después puede irse.

Bond observó la mano cruzar por encima de la mesa y dejar caer el cheque enfrente de Du Pont. La boca se abrió y habló. La mirada era plácida y tranquila. Goldfinger había recuperado su autodomínio. Sólo se trataba de dinero. Había pagado su libertad.

—Un momento, Goldfinger, aún no hemos terminado. —Bond miró a la chica, que lo observaba con extrañeza. Su expresión traslucía sufrimiento y miedo, pero también sumisión y deseo.

—¿Cómo te llamas?

—Jill Masterton.

Goldfinger se había levantado y se disponía a irse.

—¡Alto! —dijo Bond con tono brusco.

Goldfinger se detuvo a media zancada. Sus ojos miraron hacia el balcón. Se habían abierto del todo, como cuando Bond lo vio por primera vez. Su mirada dura, uniforme, como de rayos X, parecía buscar las lentes de los prismáticos y atravesarlas junto con los ojos de Bond hasta la parte posterior de su cráneo. Parecían decir: «Me acordaré de esto, señor Bond.»

—Me olvidaba de una última cosa —añadió Bond con tono suave—. Me llevaré un rehén para el viaje a Nueva York, la señorita Masterton. Procure que esté en el tren. Ah, y que el compartimiento sea un salón. Eso es todo.

Capítulo 5

Servicio nocturno

Una semana más tarde, Bond estaba de pie ante la ventana abierta de la oficina en la séptima planta del elevado edificio de Regent's Park, donde se encontraba el cuartel general del Servicio Secreto. Londres dormía bajo una luna llena que se cernía sobre la ciudad a través de un banco de nubes como espigas. El Big Ben dio las tres. El timbre de uno de los teléfonos sonó en la habitación a oscuras. Bond giró sobre sus talones y fue rápidamente al escritorio central y al oasis de luz que arrojaba la lámpara de lectura de pantalla verde. Descolgó el auricular negro de una hilera de cuatro.

—Oficial de guardia —respondió.

—Es la estación H, señor.

—Pásemelos.

Hubo el resonante zumbido de la habitual mala conexión con Hong Kong. ¿Por qué siempre había manchas solares sobre China?

—¿Universal Export? —preguntó una voz monótona.

—Sí.

—Tiene línea con Hong Kong —dijo una voz profunda y próxima, en Londres—. Hable, por favor.

—Deje libre la línea— ordenó Bond con impaciencia—, por favor.

—Tiene usted línea —repitió la voz monótona—. Hable, por favor.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Universal Export?

—Sí.

—Habla Dickson. ¿Puede oírme?

—Sí.

—Es sobre el telegrama que le mandé acerca del cargamento de mangos. Fruta. ¿Está enterado del tema?

—Sí, lo tengo aquí. —Bond cogió el expediente. Ya sabía de qué se trataba. La estación H quería algunas minas adherentes para acabar con tres juncos espías comunistas que utilizaban Macao para interceptar buques mercantes británicos y registrarlos en busca de refugiados chinos.

—Necesitamos recibir el pago antes del día diez.

Eso significaba que los juncos se marchaban, o que sus guardias se doblaban a partir de esa fecha, o cualquier otra emergencia.

—Lo tendrán —repuso Bond.

—Gracias. Hasta luego.

—Hasta luego.

Bond cortó la comunicación. Descolgó el auricular del teléfono verde, marcó el

número de la Sección Q y habló con el oficial de guardia de la misma. Todo iría bien. Un Britannia de BOAC salía por la mañana. La sección Q se ocuparía de que el embalaje llegara al avión.

Bond se recostó en su asiento. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Pensó en la pequeña oficina con el aire acondicionado deficiente en el puerto de Hong Kong; vio las marcas de sudor en la camisa blanca de 279, a quien conocía bien y que se había identificado como Dickson. Ahora 279 estaría hablando con su segundo:

«Muy bien. Londres dice que puede hacerlo. Repasemos de nuevo el esquema operativo».

Bond sonrió con ironía. Mejor no encontrarse allí. Nunca le había gustado enfrentarse a los chinos. Había demasiados. Puede que la estación H estuviera removiendo un avispero, pero M había decidido que ya era hora de demostrar a la oposición que el Servicio en Hong Kong no permanecía ocioso en absoluto.

Cuando, tres días antes, M le había dicho por primera vez que su nombre se hallaba en la lista del servicio nocturno, a Bond no le había gustado la idea. Había argumentado que no conocía bien el trabajo rutinario de las estaciones, que era una labor de excesiva responsabilidad para dársela a un hombre que había estado en la sección doble 0 durante seis años y que había olvidado todo lo que alguna vez supo sobre el trabajo de las estaciones.

—Pronto lo cogerá de nuevo —dijo M poco compasivo—. Si tiene problemas, están los oficiales de sección de servicio o el jefe de Estado Mayor, o yo mismo, si es necesario. —Bond había sonreído al pensar en despertar a M en mitad de la noche porque alguien en El Cairo o en Tokio estaba en un lío—. De todas formas, está decidido. Quiero que todos los oficiales superiores hagan su turno de rutina. —M había lanzado una mirada glacial a Bond.— Por cierto, 007, el otro día tuve que vérmelas con los de Hacienda. Su hombre de enlace cree que la sección doble 0 sobra. Dice que esta clase de cosas está pasada de moda. No podía molestarme en discutir —la voz de M era dulce—. Me limité a decirle que se equivocaba. —Bond se imaginaba la escena—. Sin embargo, no le hará ningún daño tener algunos deberes adicionales ahora que se encuentra de nuevo en Londres. Evitará que se oxide.

Y a Bond no le estaba importando. Había pasado ya la mitad de su primera semana y hasta el momento sólo se había tratado de tener sentido común o de pasar los problemas rutinarios a las secciones correspondientes. Le gustaba bastante aquella pacífica habitación, saber los secretos de todo el mundo y que de vez en cuando una de las guapas chicas de la cafetería le sirviera café y bocadillos.

La primera noche la chica le había llevado té, recibiendo por ello la severa mirada de Bond.

—No bebo té. Lo odio. Sabe a barro. Es más, el té es una de las principales razones de la caída del Imperio Británico. Sé buena chica y hazme café. —La chica

había emitido una risita, escabulléndose para divulgar la sentencia de Bond en la cantina. Desde entonces había tenido café. La expresión «una taza de barro» se filtraba por todo el edificio.

Una segunda razón por la cual a Bond le gustaban los largos vacíos del servicio nocturno era que le daban tiempo para impulsar un proyecto que llevaba acariciando durante más de un año, un manual de todos los métodos de combate sin amias secretos. Se llamaría *¡Sigue vivo!* y contendría lo mejor de cuanto se había escrito sobre el lema por los Servicios Secretos del mundo. Bond no había hablado con nadie del proyecto, pero esperaba que, si lo podía terminar, M permitiría incluirlo en la corta lista de manuales del Servicio que comprendían los trucos y técnicas de la Inteligencia británica.

Bond había tomado prestados los libros de texto originales, o, en caso necesario, sus traducciones, en la sección de Archivos. Casi todos los libros habían sido capturados a agentes u organizaciones enemigos. Algunos le habían sido regalados a M por Servicios Secretos amigos, como el OSS, la CIA y el Deuxième Bureau. Ahora Bond había cogido uno especialmente valioso, una traducción del manual, titulado *Defensa*, editado para los agentes de SMERSH, la organización soviética de venganza y muerte.

Aquella noche estaba leyendo el capítulo dos, cuyo título, libremente traducido, era «Llaves para obligar a seguir y para inmovilizar». Ahora volvió al libro y leyó durante media hora las secciones que trataban de «Obligar a seguir de muñeca», «Inmovilización del brazo para obligar a seguir», «Inmovilización del antebrazo», «Llave de cabeza» y «Utilización de los puntos de presión del cuello».

Al cabo de media hora, Bond apartó el texto mecanografiado. Se levantó, fue hasta la ventana y se quedó mirando hacia afuera. Había una repulsiva rudeza en la abrupta prosa que empleaban los rusos. Le había producido otro ataque de repulsión como aquel a que había sucumbido diez días antes en el aeropuerto de Miami. ¿Qué le sucedía? ¿Es que ya no aguantaba más? ¿Comenzaba a reblandecerse o sólo estaba enmohecido? Bond permaneció un rato mirando la luna en lo alto, que corría veloz entre las nubes. Después se encogió de hombros y regresó a su escritorio. Decidió que estaba tan harto de las variantes de violencia física como ha de sucederle a un psicoanalista con las aberraciones mentales de sus pacientes.

Bond releyó el pasaje que le había sublevado: «Una mujer borracha generalmente también puede ser dominada si se utiliza el pulgar y el índice para agarrar el labio inferior. Pellizcándolo con fuerza y retorciéndolo mientras se tira de él, la mujer os seguirá».

Bond gruñó. ¡Aquella obscena delicadeza del «pulgar y el índice»! Encendió un cigarrillo y miró el filamento de la lámpara de mesa, desviando su mente a otras cosas, con el deseo de que llegara alguna señal o sonara el teléfono. Aún le quedaban

cinco horas antes de dar el informe de las nueve al jefe de Estado Mayor o a M, si M llegaba temprano. Había algo que permanecía en su mente, algo que había querido comprobar cuando tuviese tiempo. ¿Qué era? ¿Qué había hecho surgir ese recuerdo? Sí, lo del índice, *forefinger*. Goldfinger^[4]. Quería ver si en Archivos había algo sobre aquel hombre.

Bond descolgó el teléfono verde y marcó el número de la sección de Archivos.

—No me suena, señor. Lo comprobaré y le llamaré.

Bond colgó el receptor.

Había sido un viaje estupendo el del tren. Comieron los emparadedados y bebieron el champán para luego, al ritmo de los gigantescos motores diésel que iban tragándose los kilómetros, hacer larga y lentamente el amor en la estrecha litera. Fue como si la chica estuviese hambrienta de amor físico. Le despertó dos veces más durante la noche con suaves y exigentes caricias, sin decir nada, sólo acercándose a su cuerpo, duro y delgado. Al día siguiente había bajado las cortinillas enrollables por dos veces para amortiguar la luz, le había cogido la mano y le había dicho:

—Ámame, James —era como una niña pidiendo caramelos.

Incluso ahora le parecía a Bond oír el poema inconstante de las campanas de los pasos a nivel, el lamento de la gran sirena de la locomotora y el apagado clamor exterior de las estaciones cuando estaban tendidos y esperaban que empezase de nuevo el sensual galope de las ruedas.

Jill Masterton le dijo que Goldfinger se había quedado tranquilo, indiferente con su derrota, pidiendo a la joven que comunicara a Bond que él estaría de regreso en Inglaterra al cabo de una semana y que le gustaría jugar aquel partido de golf en Sandwich. Nada más, ni amenazas, ni maldiciones. Él esperaba a Jill de vuelta en el siguiente tren. Ella había dicho a Bond que iría. Éste había discutido el tema con la joven, pero Jill no temía a Goldfinger. ¿Qué podía hacerle? Y era un buen trabajo.

Bond había decidido darle los diez mil dólares que Du Pont le había puesto entre las manos balbuceando agradecimientos y felicitaciones. Bond hizo que ella cogiera el dinero.

—Yo no lo quiero. No sabría qué hacer con él. De todos modos, guárdalo para una emergencia, por si deseas salir pitando. Tendría que ser un millón. Nunca olvidaré la noche pasada y el día de hoy.

Bond la había dejado en la estación. Después de besarla con fuerza en los labios una vez, se había ido. No hubo amor allí, pero una cita acudió a la mente de Bond mientras su taxi se alejaba de la estación Pennsylvania: «Hay un amor de fuego y hay un amor que corroe. Pero el amor mejor y más limpio es la lujuria». Ninguno de los dos tenía remordimientos. ¿Habían cometido un pecado? Si era así, ¿cuál? ¿Un

pecado contra la castidad? Bond sonrió para sí. También había una cita para eso, y de un santo además, san Agustín: «Dame, oh Señor, la castidad. ¡Pero no me la des aún!»

El timbre del teléfono verde sonó.

—Hay tres Goldfingers, señor, pero dos de ellos han muerto. El tercero es un correo ruso que está en Ginebra. Tiene una peluquería. Desliza los mensajes en el bolsillo derecho del abrigo preciso mientras cepilla al cliente. Perdió una pierna en Stalingrado. ¿Le sirve de algo, señor? Hay mucho más sobre él.

—No, gracias. Este no puede ser mi hombre.

—Podemos hacer una búsqueda en Archivos del Departamento de Investigación Criminal por la mañana. ¿Tiene alguna fotografía, señor?

Bond se acordó de la película de la Leica. Ni siquiera se había preocupado de revelarla. Sería más rápido construir una imagen con el Retrato Robot.

—¿Está libre la sala del Retrato Robot? —preguntó.

—Sí, señor. Puede utilizarla si lo desea.

—Gracias. Ahora bajo.

Bond informó a la telefonista de la centralita dónde encontrarle si los jefes de sección preguntaban por él, salió y bajó en ascensor a Archivos, en la primera planta.

El gran edificio estaba extraordinariamente callado por la noche. Bajo el silencio había un suave susurro de maquinaria y vida oculta: el repiqueteo apagado de una máquina de escribir al pasar Bond frente a una puerta, un tartamudeo rápidamente suprimido de interferencias al pasar frente a otra, el suave pitido de fondo del sistema de ventilación. Uno tenía la sensación de hallarse en un acorazado fondeado en puerto.

El oficial de servicio de Archivos ya estaba en los controles del Retrato Robot en la sala de proyecciones.

—¿Podría indicarme las líneas principales de la cara, señor? —preguntó a Bond—. Eso me permitiría eliminar las diapositivas que obviamente no encajan.

Así lo hizo Bond, se echó hacia atrás y miró la pantalla iluminada.

El Retrato Robot es una máquina para reconstruir la imagen aproximada de un sospechoso, o de alguien que quizá sólo se ha vislumbrado en la calle, en un tren o en un coche que pasaba. Funciona con el mismo principio de la linterna mágica. El operador proyecta en la pantalla diversas formas y tamaños de cabeza. Cuando se reconoce uno de ellos, se queda en la pantalla. Luego se muestran distintos cortes de cabello, y después se van escogiendo todos los demás rasgos, uno a uno: diferentes formas de ojos, narices, barbillas, bocas, cejas, mejillas, orejas... Al final hay la imagen completa de un rostro, tan aproximado como el testigo puede recordarla, que se fotografía y se archiva.

Llevó algún tiempo reunir la extraordinaria fisonomía de Goldfinger, pero el resultado final tenía un parecido aproximado en blanco y negro. Bond dictó unas notas sobre el bronceado, el color del cabello y la expresión de sus ojos. El trabajo quedó finalizado.

—No me gustaría encontrármelo en una noche oscura —comentó el hombre de Archivos—. Voy a pasárselo al Departamento de Investigación Criminal cuando empiecen el servicio. Debería tener la respuesta a la hora del almuerzo.

Bond regresó a la séptima planta. Al otro lado del mundo era más o menos medianoche. Las estaciones estaban cerrando. Había una gran afluencia de señales de las cuales ocuparse, había que rellenar el cuaderno nocturno, después de todo lo cual ya eran las ocho. Bond telefoneó a la cafetería para pedir su desayuno. Acababa de terminarlo cuando sonó el áspero ronroneo del teléfono rojo. ¡M! ¿Por qué demonios habría llegado media hora antes?

—Sí, señor.

—Venga a mi despacho, 007. Quiero comentarle algo antes de que acabe el servicio.

—Sí, señor. —Bond colgó el auricular. Se puso la chaqueta y se atusó el cabello con la mano. Dijo a la centralita dónde estaría, cogió el cuaderno nocturno y subió en ascensor al octavo y último piso. Ni la atractiva señorita Money Penny, ni el jefe de Estado Mayor habían llegado. Bond llamó a la puerta de M y entró.

—Siéntese, 007. —M estaba procediendo a su rutina de encender la pipa. Tenía un aspecto sonrosado y aseado. El arrugado rostro de marino situado sobre el rígido cuello blanco y la pajarita moteada poco apretada se veía condenadamente enérgico y alegre. Bond era consciente de la oscura barba incipiente en su mentón y del aspecto de su piel y ropa después de toda la noche de servicio. Agudizó su mente.

—¿Una noche tranquila? —La pipa de M humeaba ya. Sus ojos, duros y saludables, miraron a Bond atentamente.

—Muy tranquila, señor. La estación H...

M levantó la mano izquierda un par de centímetros.

—No se moleste. Ya lo leeré todo en el cuaderno. Démelo.

Bond entregó la carpeta ultrasecreta. M la puso a un lado. Esbozó una de sus raras sonrisas, bastante sardónicas y de dientes para afuera.

—Las cosas cambian, 007. Voy a sacarle del servicio nocturno, de momento.

La sonrisa que mostró Bond como respuesta fue tensa. Notó la aceleración del pulso que había experimentado tantas veces en ese mismo despacho. M tenía algo para él.

—Empezaba a acostumbrarme, señor —dijo Bond.

—Desde luego. Ya tendrá un montón de oportunidades más adelante. Ha sucedido algo. Un asunto extraño. No está realmente en su línea habitual, salvo por un ángulo

concreto que —M agitó lateralmente su pipa con gesto de desechar algo—, en realidad, quizá no sea un ángulo en absoluto.

Bond se echó hacia atrás en su asiento sin decir nada, expectante.

—Ayer noche cené con el gobernador del Banco Nacional. Siempre se escucha algo nuevo. Por lo menos, aquello era nuevo para mí. Oro: la parte oscura del tema. Contrabando, falsificación y todo eso. Nunca hubiera imaginado que el Banco de Inglaterra supiera tanto sobre estafadores. Supongo que forma parte del trabajo del Banco proteger nuestra moneda. —M enarcó las cejas—. ¿Sabe algo sobre el oro?

—No, señor.

—Bueno, esta tarde lo sabrá. Tiene una cita en el Banco a las cuatro con un hombre llamado coronel Smithers. ¿Le queda tiempo suficiente para dormir un poco?

—Sí, señor.

—Bien. Al parecer, ese Smithers es el jefe del departamento de investigación del Banco. Por lo que me dijo el gobernador, sólo se trata, ni más ni menos, que de un sistema de espionaje. Es la primera vez que oigo que tienen uno. Eso demuestra la clase de compartimientos estancos en que trabajamos todos. De cualquier forma, Smithers y sus muchachos mantienen el ojo avizor sobre el mínimo asunto sospechoso relacionado con el mundo de la banca, en especial cualquier jugarreta con nuestra moneda y nuestras reservas en oro, y lo que no lo es. El otro día hubo el asunto de los italianos que falsificaban soberanos. Los hacían con oro auténtico. Con los quilates precisos y todo eso. Pero parece ser que un soberano o un napoleón francés tiene mucho más valor por sí solo que el del oro que contiene. No me pregunte por qué. Smithers se lo explicará si le interesa. Sea como sea, el Banco fue tras esa gente con una batería completa de abogados (no era técnicamente un delito criminal) y, tras perder en los tribunales italianos, acabaron con ellos en Suiza. Seguramente leyó algo sobre ello. Luego hubo aquel asunto de Beirut de los saldos en dólares. Hizo bastante ruido en los periódicos. Yo no entendí nada. Una especie de grieta en la cerca que ponemos alrededor de nuestra moneda. Los chicos listos de la City^[5] lo descubrieron. Bien, el trabajo de Smithers consiste en detectar ese tipo de estafa. El motivo de que el gobernador me contara todo esto es porque durante años, al parecer casi desde la guerra, Smithers ha tenido la idea fija de que hay una gran salida permanente de oro de Inglaterra. Dedución en su mayor parte, unida a una especie de instinto. Smithers reconoce que tiene maldita la prueba en qué basarse, pero ha impresionado al gobernador lo suficiente como para que éste haya obtenido permiso del primer ministro para pedir nuestra intervención. —M dejó de hablar y miró a Bond, inquisitivo. Luego prosiguió—: ¿Alguna vez se ha preguntado quién es el hombre más rico de Inglaterra?

—No, señor.

—Bien, haga alguna conjetura. O, mejor aún, plantéesele de esta forma: ¿quiénes

son los ingleses más ricos?

Bond se estrujó la mente. Había muchos hombres que parecían ricos o que los periódicos habían hecho que lo parecieran. Pero, ¿quién *tenía* mucho dinero en el Banco? Tenía que decir algo.

—Bueno, señor —dijo de forma vacilante—, está Sassoon. Luego ese armador que sigue teniéndolo todo él solo..., Ellerman. Dicen que lord Cowdray es muy rico también. Están los banqueros: Rothschild, Baring, Hambro... Estaba Williamson, el de los diamantes. Oppenheimer, en Sudáfrica. Algunos duques aún tienen un montón de dinero... —La voz de Bond fue desvaneciéndose.

—No está mal. Nada mal. Pero le ha faltado el comodín de la baraja. Un hombre en quien yo jamás habría pensado hasta que el gobernador mencionó su nombre. Es el más rico de todos. Un tal Goldfinger, Auric Goldfinger.

Bond no lo pudo evitar. Se echó a reír estrepitosamente.

—¿Qué sucede? —La voz de M era malhumorada—. ¿Qué demonios es tan cómico?

—Lo siento, señor. —Bond se dominó—. La verdad es que esta misma noche estaba reconstruyendo su rostro en el Retrato Robot. —Miró su reloj. Con voz ahogada dijo—: Ya está camino de Archivos, del Departamento de Investigación Criminal. He pedido datos sobre él.

M se estaba enfadando.

—¿Qué demonios significa todo eso? ¡Deje de comportarse como un puñetero colegial!

—Verá, señor, es que... —Bond, con seriedad, contó toda la historia sin omitir detalle alguno.

La expresión de M se aclaró. Escuchó con toda su atención, inclinándose hacia delante sobre el escritorio. Cuando Bond terminó, M se retrepó en su silla.

—Bien, bien, bien... —dijo M en una escala descendente. Se puso las manos detrás de la cabeza y contempló unos minutos el techo.

Bond sintió que le volvía la risa. ¿Cómo formularía el Departamento de Investigación Criminal el resonante rechazo que le llegaría en el curso del día? Fue devuelto bruscamente a la tierra por las siguientes palabras de M:

—A propósito, ¿qué hizo con aquellos diez mil dólares?

—Se los di a la chica, señor.

—¡Hombre! ¿Y por qué no a la Cruz Blanca?

Los fondos de la Cruz Blanca se destinaban a las familias de los hombres y mujeres del Servicio Secreto muertos en acto de servicio.

—Lo siento, señor. —Bond no estaba preparado para discutir aquello.

—¡Bah! —M no había aprobado nunca el aspecto mujeriego de Bond. Era anatema para su espíritu Victoriano. Decidió dejarlo pasar. Dijo—: Bien, no hay nada

más de momento, 007. Ya se enterará de todo esta tarde. Es curioso lo de Goldfinger. Un tipo raro. Lo he visto una o dos veces en el Blades. Juega al bridge allí cuando está en Londres. Es el hombre al que el Banco de Inglaterra le va detrás. —M se interrumpió. Miró amablemente a Bond a través de la mesa y añadió—: Lo mismo que, desde este momento, también usted.

Capítulo 6

Hablando de oro

Bond subió por los escalones, cruzó las imponentes puertas de bronce y penetró en el espacioso y suavemente resonante vestíbulo del Banco de Inglaterra. Miró a su alrededor. Bajo sus pies relucían los dorados esquemas brillantes de los mosaicos de Boris Anrep; más allá, al otro lado de abovedados ventanales de siete metros de altura, un césped verde y unos geranios resplandecían en el patio central. A derecha e izquierda había espaciosas vistas de la piedra pulida de Hopton Wood. Sobre todo ello se cernía el olor neutro del aire acondicionado y la atmósfera pesada y grave de inmensas riquezas.

Uno de los conserjes de aspecto atlético y levita rosada se le acercó.

—¿Sí, señor?

—¿El coronel Smithers?

—¿Es usted el comandante Bond, señor? Por aquí, por favor.

El conserje se dirigió a la derecha por entre las columnas. Las puertas de bronce de un ascensor discretamente oculto estaban abiertas. Entraron en él y subieron unos pocos metros, hasta el primer piso. Salieron a un largo pasillo artesonado que terminaba en una alta ventana estilo Adam. El suelo estaba recubierto por una tupida alfombra Wilton beige. El conserje llamó a la última de varias puertas de roble primorosamente tallado que eran más altas y elegantes que las puertas corrientes. Una mujer de cabellos grises estaba sentada detrás de un escritorio. Tenía el aspecto de primera de la clase. Las paredes de la habitación estaban llenas de archivadores metálicos grises. La mujer había estado escribiendo en un cuaderno de notas amarillo tamaño holandesa. Sonriendo con aire de complicidad, descolgó un teléfono y marcó un número.

— El comandante Bond está aquí. —Colgó el auricular y se puso de pie—. ¿Tiene la bondad de seguirme? —Cruzó el antedespacho hasta una puerta forrada de fieltro verde y la mantuvo abierta para que Bond pasara.

El coronel Smithers se había levantado de su escritorio.

—Muy amable por haber venido —dijo con acento grave—. ¿Quiere sentarse? —Bond se sentó—. ¿Fuma? —El coronel Smithers acercó una caja de plata de Senior Service, se sentó a su vez y empezó a llenar una pipa. Bond cogió un cigarrillo y lo encendió.

El coronel Smithers tenía exactamente el aspecto de alguien que se llamara coronel Smithers. Resultaba evidente que había sido coronel, casi con toda seguridad de Estado Mayor, y tenía el porte afable, distinguido y básicamente serio que iba con su nombre. Si no hubiese sido por sus gafas de montura de concha, habría podido ser un eficiente y no muy bien alimentado cortesano de una corte real.

Bond sintió el aburrimiento acumulado en los rincones del despacho.

—Parece ser que usted tiene que explicármelo todo sobre el oro —dijo alentador.

—Eso creo. He recibido una nota del gobernador del Banco de Inglaterra. Entiendo que no debo ocultarle nada. Por supuesto, usted se hace cargo —el coronel Smithers miró por encima del hombro derecho de Bond— de que la mayor parte de cuanto voy a decirle es confidencial. —Su mirada pasó rápidamente por el rostro de Bond.

La expresión de Bond era pétrea.

El coronel Smithers acusó el silencio que Bond tuvo la intención de hacerle sentir. Miró hacia el techo, se dio cuenta de que había metido la pata y trató de arreglarlo.

—Es evidente que no necesitaba ni mencionarlo. Una persona con su formación...

—Todos creemos —dijo Bond— que nuestros secretos son los únicos que importan. Usted está en lo cierto recordándomelo. Los secretos de otros nunca son tan importantes como los nuestros. Pero no tiene por qué preocuparse. Discutiré estas cosas con mi jefe, pero con nadie más.

—Claro, claro. Es muy amable tomándose así. En el Banco se adquiere la costumbre de ser excesivamente discreto. Entonces, bien... —El coronel Smithers buscó refugio en su tema—. Este asunto del oro. ¿Me imagino que no es un asunto en que usted haya pensado mucho?

—Sé que es oro cuando lo veo.

—Ajá, sí. Bien, lo más importante que hay que recordar respecto al oro es que se trata del artículo más valioso y de más fácil comercialización del mundo. Se puede ir a cualquier ciudad del mundo, casi a cualquier aldea, entregar un pedazo de oro y obtener a cambio bienes y servicios. ¿De acuerdo? —La voz del coronel Smithers había adquirido una energía nueva. Una luz especial iluminaba sus ojos. Se sabía la lección al dedillo. Bond se echó hacia atrás en su silla. Siempre estaba dispuesto a escuchar a cualquiera que dominase un tema, cualquiera que fuera—. Y la segunda cosa a recordar —el coronel Smithers sostenía la pipa en señal de advertencia— es que el oro no deja rastros. Los soberanos no tienen número de serie. Si los lingotes de oro llevan grabadas marcas de la Casa de la Moneda, dichas marcas se borran, o se funde el lingote y se hace uno nuevo. Esto imposibilita hacer un seguimiento del oro, de su origen o de sus movimientos alrededor del mundo. En Inglaterra, por ejemplo, nosotros en el Banco sólo podemos contar el oro de nuestras cámaras acorazadas, el de las cámaras de otros bancos y el de la Casa de la Moneda y hacer una estimación aproximada de las cantidades de este metal en poder de las joyerías y de las casas de empeño.

—¿Por qué tiene usted tanto interés en saber cuánto oro hay en Inglaterra?

—Porque el oro y el dinero respaldado por ese oro son la base de nuestro crédito

internacional. Sólo sabemos cuál es la auténtica fuerza de la libra, y los demás países sólo pueden saberlo, si conocemos el valor en divisas que respalda a nuestra moneda. Y mi principal tarea, señor Bond —los suaves ojos del coronel Smithers se habían hecho inopinadamente penetrantes—, es vigilar cualquier fuga de oro fuera de Inglaterra, o de cualquier lugar en el área de la libra esterlina. Y cuando detecto una fuga, un escape de oro hacia algún país donde pueda cambiarse con mayor beneficio que a nuestro precio de compra oficial, tengo el deber de poner a la Brigada del Oro del Departamento de Investigación Criminal tras el metal fugitivo, tratar de devolverlo a nuestras cámaras acorazadas, cegar la fuga y arrestar a los responsables. Y el problema es, señor Bond —dijo el coronel Smithers encogiéndose de hombros con resignación—, que el oro atrae a los mayores criminales y a los más ingeniosos. Son muy difíciles, realmente muy difíciles, de atrapar.

—¿Esto no sucede sólo temporalmente? ¿Por qué ha de continuar escaseando el oro? Se diría que en Africa lo extraen a un ritmo suficiente. ¿No basta para compensar esas pérdidas? ¿No sucede como con cualquier otro mercado negro, que desaparece cuando los suministros aumentan, como ocurrió con el tráfico de penicilina después de la guerra?

—Me temo que no, señor Bond. El asunto no es tan fácil. La población mundial está creciendo al ritmo de cinco mil cuatrocientas personas por cada hora del día. Un pequeño porcentaje de éstas se convierte en acumulador de oro, gente que desconfía de los bancos y las monedas, que gusta de enterrar unos cuantos soberanos en el jardín o debajo de la cama. Otro porcentaje necesita oro para dientes postizos. Otros, para gafas con montura de oro, joyas o anillos de compromiso. Todas esas nuevas personas retirarán del mercado toneladas de oro al año. Las nuevas industrias necesitan hilo de oro, placas de oro, amalgamas de oro. El oro tiene propiedades extraordinarias que se aplican a nuevos usos cada día. Es brillante, maleable, dúctil, casi inalterable y más denso que cualquiera de los metales corrientes, salvo el platino. Su utilidad es interminable. Pero tiene dos defectos. No es lo bastante duro. Se desgasta con rapidez, se queda en las arrugas de nuestros bolsillos y en el sudor de nuestra piel. Cada año, la provisión mundial se reduce sin darnos cuenta por fricción. He dicho que el oro tiene dos defectos. —El coronel Smithers pareció afligido—. El otro, y de lejos el principal defecto, es que es el talismán del miedo. El miedo, señor Bond, retira oro de la circulación y lo acumula en previsión de desgracias. En un período de la historia en que la desgracia puede llegar cualquier día, es posible decir con bastante justicia que una gran proporción del oro que se extrae en un rincón de la Tierra es enterrado de inmediato en otro rincón.

Bond sonrió ante la elocuencia del coronel Smithers. Aquel hombre vivía oro, pensaba oro, soñaba oro. Bueno, era un tema interesante. Podría muy bien revolcarse en oro. En los días en que Bond había ido tras los contrabandistas de diamantes, antes

tuvo que educarse en la fascinación y el mito de las gemas.

—¿Qué más tengo que saber —dijo Bond— antes de abordar su problema inmediato?

—¿No le aburro? Bien, usted ha insinuado que la producción de oro se ha incrementado de tal manera en la actualidad, que debería bastar para todos esos distintos consumidores. Desgraciadamente, no es así. En realidad, el contenido en oro del planeta se está agotando. Si piensa que quedan enormes superficies de la Tierra por explorar en busca de oro, se equivoca. A grandes rasgos, sólo queda la tierra sumergida y el propio mar, el cual tiene un contenido en oro notable. La gente ha estado arañando la superficie terrestre en busca de oro durante miles de años. Hubo los grandes tesoros de oro de Egipto y Micenas, de Moctezuma y los incas. Creso y Midas vaciaron de oro los territorios medio-orientales. Toda Europa fue recorrida buscándolo: los valles del Rin y del Po, Málaga y las llanuras de Granada. Se vaciaron Chipre y los Balcanes. La fiebre llegó a la India. Unas hormigas que salían de la tierra transportando granos de oro condujeron a los indios a sus yacimientos de aluvión. Los romanos explotaron Gales, Devon y Cornualles. En la Edad Media los indígenas descubrieron oro en México y Perú. Después siguió la apertura de la Costa de Oro, entonces llamada Tierra de Negros, y luego aparecieron las Américas. Las famosas carreras por el oro del Yukon y Eldorado, y los ricos hallazgos de Eureka señalaron la primera Edad del Oro moderna. Mientras, en Australia, Bendigo y Ballarat habían iniciado la producción, y los depósitos rusos del Lena y los Urales hicieron de Rusia el mayor productor de oro del mundo a mediados del siglo xix. Entonces llegó la segunda Edad del Oro moderna, los descubrimientos de Witwatersrand. A ello contribuyó el nuevo método de separar con cianuro el oro de la roca, en vez de hacerlo con mercurio. Hoy estamos en la tercera Edad del Oro, con la apertura de los depósitos del Estado Libre de Orange^[6]. —El coronel Smithers levantó rápidamente las manos—. Podemos decir que el oro está saliendo a raudales de la tierra. Mire, la producción total de Klondike, Homestake y Eldorado, que en un tiempo asombró al mundo, ¡supondría sólo dos o tres años de la actual producción de África! Sólo para que se dé cuenta, entre 1500 y 1900, en que tenemos datos aproximados, el mundo entero produjo unas dieciocho mil toneladas de oro. ¡Entre 1900 y el momento actual hemos extraído cuarenta y una mil toneladas^[7]! A este ritmo, señor Bond —el coronel Smithers se inclinó hacia delante con un semblante serio—, y por favor no me cite, ¡no me sorprendería que en cincuenta años hayamos agotado totalmente el oro contenido en la tierra!

Bond, anonadado por esa catarata de historia del oro, no tuvo dificultad en parecer tan serio como el coronel Smithers.

—Ciertamente —dijo Bond—, hace de ello una historia fascinante. Quizás la situación no sea tan mala como dice. Ya se está extrayendo petróleo bajo el mar. Tal

vez se encuentre la forma de extraer oro. Hablemos de ese contrabando.

Sonó el teléfono. El coronel Smithers asió el receptor con impaciencia.

—Al habla Smithers. —Escuchó, mientras la irritación crecía en su rostro—. Estoy seguro que le mandé una nota sobre los partidos del verano, señorita Philby. El próximo encuentro es el sábado contra las Cooperativas. —Escuchó de nuevo—. Bueno, si la señorita Flake no quiere jugar de portera, me temo que se quedará sentada en el banquillo. Es la única posición del campo que tenemos para ella. Todo el mundo no puede jugar de delantero centro. Sí, hágalo, por favor. Dígale que le estaría muy agradecido si aceptara sólo por esta vez. Estoy seguro de que lo hará muy bien, tiene el físico adecuado y todo eso. Gracias, señorita Philby.

El coronel Smithers sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Lo siento. Los deportes y la seguridad social se están convirtiendo casi en una obsesión en el Banco. Ya me ha caído encima el equipo femenino de hockey. Como si no tuviera bastante con la gimcana anual que ya se aproxima. Sin embargo —prosiguió el coronel Smithers, apartando con un gesto esas irritaciones menores—, como usted ha dicho, ya es hora de que vayamos a lo del contrabando. Bien, para empezar, y ciñéndonos a Inglaterra y el área de la libra esterlina, es un negocio muy grande. Tenemos tres mil empleados en el Banco, señor Bond, de los cuales no menos de mil trabajan en el departamento de control de cambios. De ellos, por lo menos quinientos, incluyendo mi pequeña organización, se ocupan de controlar los movimientos ilícitos de divisas, los intentos de pasar oro de contrabando o de evadir las normas de Control de Cambios.

—Eso es mucho. —Bond lo comparó con el Servicio Secreto, que tenía un personal total de doscientos—. ¿Puede ponerme un ejemplo de contrabando? En oro. No entiendo todas esas estafas con dólares.

—De acuerdo. —El coronel Smithers hablaba ahora con la voz suave y cansada de un hombre abrumado por el trabajo al servicio de su Gobierno. Era la voz del especialista en un aspecto concreto del cumplimiento de la ley. Daba a entender que sabía la mayor parte de cosas en relación con dicho aspecto y que era capaz de calibrar bastante bien las del resto. Bond conocía bien aquel tono de voz, el adecuado de un funcionario de primera clase. A pesar de ser tan prosaico, a Bond empezaba a caerle bien el coronel Smithers.

—De acuerdo —repitió el coronel—. Supongamos que tiene un lingote de oro en su bolsillo del tamaño aproximado de un par de cajetillas de Players. Pesa unos dos kilos y medio. No importa de dónde lo ha sacado: robado, heredado o algo así. Debe ser de veinticuatro quilates, el que llamamos de mil milésimas. Ahora bien, la ley dice que tiene que venderlo al Banco de Inglaterra al precio estipulado de dos libras tres por gramo. Esto representaría unas mil libras. Pero usted es codicioso. Tiene un amigo que va a la India o quizás está en buenas relaciones con un piloto de aviación o

conoce a un camarero de vuelo que cubre la línea del Lejano Oriente. Todo lo que debe hacer es cortar el lingote en láminas o placas finas más pequeñas que un naípe (encontrará fácilmente quien se lo haga), coser las placas a un cinturón de algodón y abonar a su amigo una comisión por llevarlo. Puede muy bien permitirse pagar cien libras por el trabajo. Su correo vuela hasta Bombay y va al primer tratante en oro del bazar. Este le dará mil setecientas libras por su lingote de dos kilos y medio, y usted será más rico que antes. Fíjese —el coronel Smithers gesticuló con la pipa—, eso supone un beneficio de sólo un setenta por ciento. Nada más acabarse la guerra se podía sacar un trescientos por ciento. Si hubiese hecho sólo media docena de pequeñas operaciones como ésta al año, ahora podría jubilarse.

—¿Por qué es tan elevado el precio del oro en la India? —En realidad a Bond no le importaba, pero pensó que quizás M se lo preguntaría.

—Es una larga historia. En resumen, la India tiene una mayor escasez de oro que ningún otro país, en especial para su comercio de joyería.

—¿Qué magnitud tiene este tráfico?

—Enorme. Para que se haga una idea le diré que el Servicio de Inteligencia indio y sus aduanas *capturaron* mil doscientos kilos de oro en 1955. Dudo que eso alcance el uno por ciento del tráfico. El oro ha estado llegando a la India desde todos los puntos cardinales. El último truco es volar desde Macao y lanzarlo en paracaídas a un comité de recepción, una tonelada cada vez, del mismo modo en que solíamos lanzar suministros a la Resistencia durante la guerra.

—Ya entiendo. ¿Hay algún otro lugar en que pueda obtener una buena prima por mi hipotético lingote de oro?

—En la mayor parte de países; en Suiza, por ejemplo, pero no valdría la pena. La India sigue siendo el lugar adecuado.

—Muy bien —dijo Bond—. Creo que tengo una idea de conjunto. Ahora bien, ¿cuál es su problema concreto? —Se recostó en la silla y encendió un cigarrillo. Estaba extremadamente ansioso por tener noticias del señor Auric Goldfinger.

Los ojos del coronel Smithers adquirieron su clásica mirada dura y taimada.

—Hay un hombre que llegó a Inglaterra en 1937. Era un refugiado de Riga, de nombre Auric Goldfinger. Sólo tenía veinte años, pero debía ser un muchacho brillante, porque se olió que los rusos se tragarían su país muy pronto. Era joyero y orfebre de profesión, como su padre y su abuelo, que habían refinado oro para Fabergé. Tenía un poco de dinero y quizás uno de esos cinturones con oro de los que le he hablado. No me sorprendería que se lo hubiese robado a su padre.

»Bien, poco después de nacionalizarse (era un tipo inofensivo, perteneciente a un comercio útil y obtuvo sus documentos sin dificultad) empezó a comprar pequeñas casas de empeño por todo el país. Puso sus propios empleados, les pagaba bien y cambió el nombre de las tiendas por el de Goldfinger. Entonces varió la orientación

de las tiendas y se dedicó a vender bisutería y a comprar oro viejo. Esa clase de lugar del tipo de: «Los mejores precios por su oro viejo. Nada es demasiado grande o demasiado pequeño», y tenía su eslogan particular: «Compre su anillo de compromiso con el medallón de la abuela».

»Le fue muy bien. Siempre escogía buenos lugares, justo en la divisoria entre las calles de la gente acomodada y las de clase media baja. Nunca tocó artículos robados y, entre la policía, adquirió un buen nombre en todas partes. Vivía en Londres, hacía una gira por sus tiendas una vez al mes y recogía todo el oro viejo. La parte de joyería no le interesaba. Dejaba que sus encargados la llevaran a su gusto. —El coronel Smithers miró inquisitivo a Bond—. Usted puede pensar que esos medallones, cruces de oro y otros objetos así son asuntos de muy poca monta. Lo son, pero aumentan si se tienen veinte tiendecitas, cada una de las cuales compra tal vez media docena de pedazos y pedacitos cada semana.

»Bien, llegó la guerra y Goldfinger, como todos los joyeros, tuvo que declarar sus existencias de oro. He mirado el dato en nuestros registros antiguos. ¡Tenía un kilo cuatrocientos para toda la cadena!, justo lo suficiente para mantener el suministro a las tiendas de monturas de anillos, etcétera, lo que en el comercio llaman «cantidad de mostrador». Naturalmente, se le permitió quedárselo. Durante la guerra se ocultó en una fábrica de herramientas en Gales, lejos de la línea de fuego, pero mantuvo abiertas todas las tiendas que pudo. Le debe haber ido bien con los soldados norteamericanos, que por lo general viajan con un Águila de Oro o una pieza mexicana de cincuenta pesos como última reserva. Después, cuando llegó la paz, Goldfinger se puso en movimiento.

»Se compró una mansión, un edificio ostentoso, en Reculver, en la desembocadura del Támesis. Invirtió también en la adquisición de un sólido pesquero Brixham y de un viejo Rolls Royce Silver Ghost, un coche blindado construido para algún presidente sudamericano asesinado antes de poder recibir el encargo. Puso una pequeña fábrica llamada «Investigaciones en aleaciones Thanet» en los terrenos de su casa, dando trabajo en ella a un metalúrgico alemán (un prisionero de guerra que no quería regresar a Alemania) y media docena de estibadores coreanos que recogió en Liverpool. Estos no sabían ni una palabra de ningún idioma civilizado, por lo que no suponían riesgo alguno para la seguridad. Después, durante diez años, todo lo que sabemos de él es que hacía un viaje anual a la India en su pesquero y varios viajes al año a Suiza en su coche. Instaló una sucursal de su compañía de aleaciones cerca de Ginebra. Mantuvo sus tiendas en funcionamiento. Dejó de recoger el oro viejo personalmente, empleando para ello a uno de los coreanos a quien había enseñado a conducir.

»De acuerdo, quizás el señor Goldfinger no sea un hombre muy honrado, pero como se comporta bien y mantiene buenas relaciones con la policía (y con fraudes

mucho más escandalosos por todo el país), nadie le prestó atención.

El coronel Smithers se interrumpió y miró a Bond con aire de disculpa.

—¿No estará aburriéndole? Quiero que se haga una idea de la clase de hombre que es Goldfinger: tranquilo, cuidadoso, respetuoso con la ley y con la clase de energía y resolución que todos admiramos. Ni siquiera oímos hablar de él hasta que sufrió un ligero percance.

»En el verano de 1954, su pesquero, con rumbo a casa desde la India, embarrancó en los Goodwin^[8] y vendió el barco a precio de saldo a la Compañía de Salvamento de Dover. Cuando los trabajadores de dicha compañía empezaron a desguazar el pesquero y llegaron hasta la bodega, encontraron las cuadernas impregnadas de una especie de polvo marrón que no pudieron identificar. Entonces enviaron una muestra del mismo a un químico local. Quedaron muy sorprendidos cuando les comunicó que el material era oro.

»No le fastidiaré con la fórmula, pero resulta que el oro se puede disolver con una mezcla de ácidos clorhídrico y nítrico y unos agentes reductores (dióxido de azufre y ácido oxálico) precipitan el metal como polvo marrón. Este polvo puede ser reconstituido en lingotes de oro fundiéndolo a una temperatura de unos mil grados centígrados. Hay que tener cuidado con el gas de cloro, pero aparte de eso, es un proceso sencillo.

»El fisgón habitual de la compañía de salvamento se lo cotilleó a un empleado de la aduana de Dover y, a su debido tiempo, un informe se filtró a través de la policía y del Departamento de Investigación Criminal hasta llegar a mí, junto con una copia de los documentos de embarque visados por la aduana de todos los viajes de Goldfinger a la India. Todos los cargamentos aparecían consignados como polvo mineral de base para fertilizantes, todo de lo más plausible, dado que los fertilizantes modernos emplean pequeñísimas cantidades de diversos minerales en su composición. Todo el cuadro estaba claro como el cristal. Goldfinger se había dedicado a refinar su oro viejo, precipitándolo en forma de ese polvo marrón, y a enviarlo a la India como fertilizante. Pero ¿podíamos probarlo? En absoluto.

»Con gran discreción examinamos sus balances bancarios y declaraciones de impuestos. Veinte mil libras en el Barclays de Ramsgate. Impuesto sobre la renta y suplementarios pagados puntualmente cada año. Las cifras mostraban el progreso natural de un negocio de joyería bien dirigido. Disfrazamos a un par de agentes de la Brigada del Oro y los mandamos a llamar a la puerta de la fábrica de Goldfinger en Reculver. «Disculpe, señor, es una inspección de rutina de la Sección de Pequeñas Industrias del Ministerio de Trabajo. Tenemos que cerciorarnos del cumplimiento de los decretos sobre Fábricas relativos a seguridad y salud.» «Pasen, pasen.» El señor Goldfinger los recibió con verdadera amabilidad. Mire, pudo haberle pasado el soplo el director de su Banco o cualquier otra persona, pero la fábrica estaba dedicada por

entero a buscar una aleación barata para el consumo corriente de las joyerías; probaban metales poco habituales, como el aluminio y el estaño, en lugar de los corrientes cobre, níquel y paladio utilizados en las aleaciones de oro. Había rastros de oro, desde luego, y hornos capaces de alcanzar temperaturas de dos mil grados y todo eso, pero después de todo, Goldfinger era joyero y fundidor a pequeña escala y aquello era de lo más normal.

»*La Brigada del Oro* se retiró desconcertada, nuestro departamento legal decidió que el polvo marrón en las cuadernas del pesquero no era prueba suficiente para acusarlo, y eso fue más o menos todo. —El coronel Smithers agitó lentamente la boquilla de su pipa—. Excepto que dejé el expediente abierto y empecé a husmear por los bancos de todo el mundo.

Smithers hizo una pausa. El rumor de la City les llegaba a través de la ventana medio abierta en lo alto de la pared de detrás de su silla. Bond miró con disimulo su reloj: las cinco. El coronel se levantó de la silla, puso las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—He tardado cinco años, señor Bond, en descubrir que el señor Goldfinger es, en dinero contante y sonante, el hombre más rico de Inglaterra. En Zurich, Nassau, Panamá, Nueva York, tiene el equivalente a veinte millones de libras esterlinas en lingotes de oro guardados en cajas de seguridad. Y esos lingotes, señor Bond, no son de la Casa de la Moneda. No llevan marca de origen oficial alguna. Son lingotes que el mismo Goldfinger ha fundido.

»Fui a Nassau y eché un vistazo a unos cinco millones de libras en oro que tiene allí en las cámaras acorazadas del Royal Bank canadiense. Curiosamente, como todos los artistas, no pudo evitar firmar su trabajo. Es preciso un microscopio para verla, pero en alguna parte de todos los lingotes de Goldfinger, hay grabada una Z diminuta en el metal. Y ese oro, o la mayoría de él, pertenece a Inglaterra. Dado que el Banco nada puede hacer al respecto, le pedimos a usted, señor Bond, que traiga a Goldfinger a rendir cuentas, y que recupere usted ese oro. ¿Está al corriente de la crisis monetaria y de los elevados tipos de interés? Por supuesto que sí. Bien, Inglaterra tiene una acuciante necesidad de este oro, y cuanto antes mejor.

Capítulo 7

Pensamientos en un Aston Martin

Bond siguió al coronel Smithers hasta el ascensor. Mientras lo esperaban, echó un vistazo por la alta ventana del final del pasillo. Daba al profundo pozo del patio posterior del Banco. Un pulcro camión color chocolate sin rótulos había entrado en el patio por las puertas de acero triples. Del mismo, estaban siendo descargadas unas cajas cuadradas de cartón y puestas en una corta cinta transportadora que desaparecía en las entrañas del Banco.

El coronel Smithers se acercó.

—Billetes de cinco libras —comentó—. Recién sacados de nuestra imprenta de Loughton.

Llegó el ascensor y entraron en él. Bond dijo:

—Los nuevos no me causan muy buena impresión —dijo Bond—. Se parecen a los de cualquier otro país. Los antiguos eran los billetes más bonitos del mundo.

Cruzaron el vestíbulo de entrada, débilmente iluminado y desierto.

—A decir verdad —dijo el coronel Smithers—, pienso lo mismo. El problema era que aquellas falsificaciones que hizo el Reichsbank^[9] durante la guerra eran muy buenas, demasiado. Cuando los rusos capturaron Berlín, entre el botín se apoderaron de las planchas. Aunque se las pedimos al Banco Narodni, rehusaron entregárnoslas. Nosotros y el Tesoro lo consideramos demasiado peligroso. En cualquier momento, si Moscú lo hubiese querido así, habrían podido desencadenar un gran ataque contra nuestra moneda. Tuvimos que retirar los viejos billetes de cinco. Los nuevos no son gran cosa, pero por lo menos les costaría muchísimo falsificarlos.

El guardia nocturno les dejó salir hacia las escaleras. La calle Threadneedle estaba casi desierta. Empezaba la larga noche de la City. Bond se despidió del coronel Smithers y se encaminó hacia el metro. Nunca se había parado a pensar mucho sobre el Banco de Inglaterra, pero una vez había estado en su interior, decidió que la Vieja Dama de la calle Threadneedle podía ser una anciana, pero aún le quedaban unos cuantos dientes.

Bond tenía instrucciones de informar a M a las seis y así lo hizo. El rostro de M ya no era sonrosado y reluciente. La larga jornada lo había maltratado, sometido a tensión, arrugado. Cuando Bond entró y se sentó al otro lado del escritorio, se percató del esfuerzo consciente de M para aclarar su mente y enfrentarse al nuevo problema que el día le planteaba. M se enderezó en su sillón y cogió la pipa.

—¿Y bien?

Bond, que conocía la falsa beligerancia de aquel ladrido concreto, le contó lo

esencial de la historia en menos de cinco minutos.

—Supongo que nos tendremos que encargar nosotros —dijo M pensativo cuando Bond hubo terminado—. No entiendo una palabra sobre la libra, los tipos de interés y todo eso, pero todo el mundo parece tomárselo muy en serio. Personalmente, yo hubiese jurado que la fuerza de la libra dependía de lo duro que trabajáramos los británicos y no de cuánto oro poseemos. Los alemanes no tenían mucho oro después de la guerra. Mire dónde están sólo en diez años. Sin embargo, ésta debe ser una respuesta demasiado fácil para los políticos, o, más probablemente, demasiado difícil. ¿Tiene alguna idea sobre cómo meterse con ese Goldfinger? ¿Hay forma de acercársele ofreciéndose a hacerle algún trabajo sucio o algo así?

—No llegaría a ningún lado dándole coba —respondió Bond pensativo—, pidiéndole trabajo, ni nada por el estilo, señor. Diría que es la clase de hombre que sólo respeta a las personas que son más duras y astutas que él. Le di una paliza y el único mensaje que recibí de él fue que le gustaría jugar al golf conmigo. Quizás lo mejor sea hacer exactamente esto.

—Buena manera para uno de mis mejores hombres de pasar el tiempo. —El sarcasmo en la voz de M fue cansino, resignado—. De acuerdo. Hágalo. Pero si lo que dice es cierto, será mejor que le gane. ¿Cuál será su historia de cobertura?

Bond se encogió de hombros.

—Aún no lo he pensado, señor. Quizás es mejor que decida dejar Universal Export. No tiene futuro. Mientras estoy de vacaciones busco algo. Estoy pensando en irme a Canadá. Me he hartado de esto. Algo así. Pero tal vez es mejor que juegue según vaya viendo las cartas. No le considero una persona fácil de engañar.

—De acuerdo. Informe de sus progresos. Y no piense que no estoy interesado en este caso. —La voz de M cambió, así como su expresión. Sus ojos se hicieron apremiantes, dominantes—. Voy a darle una información que el Banco no ha dado. Resulta que yo también sé el aspecto que tienen los lingotes de Goldfinger. En realidad, hoy he tenido uno de ellos en mis manos, con la Z grabada y todo. Llegó con la redada que hicimos la semana pasada cuando se «incendió» la oficina del director local de Redland en Tánger. Habrá visto las marcas. Bien, es el vigésimo de esos lingotes de oro que ha llegado a nuestras manos desde la guerra.

—Pero ese lingote de Tánger —lo interrumpió Bond— salió de la caja fuerte de SMERSH.

—En efecto, ya lo he comprobado. Los otros diecinueve lingotes con la Z grabada han sido cogidos a agentes de SMERSH. —M hizo una pausa. Dijo suavemente—: ¿Sabe, 007?, no me sorprendería en absoluto que Goldfinger resultara ser el banquero en el extranjero, el tesorero como si dijéramos, de SMERSH.

James Bond aceleró el Aston Martin en el último par de kilómetros de recta y

efectuó una reducción deportiva a tercera y luego a segunda en la pequeña cuesta, antes de la inevitable lentitud del tráfico al cruzar Rochester. Retenido por la tenaza de terciopelo de los discos delanteros, el motor expresó su protesta con un suave petardeo de los tubos de escape gemelos. Bond puso otra vez tercera, superó el semáforo al final de la bajada y se situó con resignación detrás de la caravana que se arrastraría durante un cuarto de hora, si tenía suerte, a lo largo de Rochester y Chatham.

Bond volvió a poner segunda y dejó el coche a su paso. Alcanzó la ancha cajetilla metálica de cigarrillos Morland del asiento de al lado, sacó uno sin mirar y lo encendió con el mechero del tablero de instrumentos.

Había escogido la A2 en lugar de la A20 para ir a Sandwich, porque quería echar una mirada rápida a la tierra de Goldfinger, a Reculver y a aquellas extensiones abandonadas y melancólicas del Támesis que Goldfinger había escogido como madriguera. Cruzaría a continuación la isla de Thanet hasta Ramsgate, dejaría su bolsa en el Channel Packet, tomaría un almuerzo temprano y saldría hacia Sandwich.

El coche era de la organización. A Bond le ofrecieron el Aston Martin DB III o un Jaguar 3.4. Se había quedado con el DB III. Cualquiera de los dos coches habría convenido a su cobertura, un joven acomodado y bastante aventurero, con afición a las cosas buenas y rápidas de la vida. Pero el DB III tenía la ventaja de un tríptico actualizado, de un discreto color gris acorazado y ciertos extras que podrían resultarle útiles o no: mandos para alterar el tipo y color de las luces anteriores y posteriores, si de noche era seguido o seguía a alguien; parachoques de acero reforzados, delante y detrás, por si tenía que embestir; un Colt 45 de cañón largo en un compartimiento secreto bajo el asiento del conductor; un receptor de radio, sintonizado para captar un aparato llamado *Homero*, y gran cantidad de espacios ocultos que engañarían a la mayoría de agentes de aduanas.

Bond vio una oportunidad y ganó cincuenta metros, deslizándose en un hueco de diez metros dejado por un turismo familiar de reacciones lentas. El conductor, que llevaba el distintivo infalible del mal conductor, un sombrero encasquetado firmemente en el centro exacto de la cabeza, dio un bocinazo irritado. Bond sacó el brazo por la ventanilla y levantó un puño enigmáticamente cerrado. La bocina calló.

Y ahora, se preguntó, ¿qué pensar de esa hipótesis de M? No carecía de sentido. Los rusos tenían reconocida fama de incompetencia para pagar a sus hombres. Sus centros siempre se quedaban sin fondos y sus agentes se quejaban a Moscú de no poder hacer ni una comida decente siquiera. Tal vez SMERSH no obtenía las divisas necesarias del ministerio del Interior. O quizás el ministerio del Interior no las podía obtener del ministerio de Hacienda. Pero siempre había ocurrido lo mismo: problemas financieros interminables que eran causa de oportunidades perdidas, promesas rotas y un peligroso despilfarro de tiempo de radio. Por eso sería lógico

tener un astuto cerebro financiero en algún lugar fuera de Rusia que pudiera, no sólo transferir fondos a los centros, sino también, en este caso, generar los beneficios suficientes como para hacer que los centros de SMERSH funcionaran en el extranjero sin ayuda financiera de Moscú. Y no sólo eso. Al mismo tiempo, Goldfinger erosionaba sensiblemente la base monetaria de un país enemigo.

Si aquello tenía algo de cierto, era típico de SMERSH: un brillante esquema, impecablemente llevado a cabo por un hombre excepcional. Y eso, reflexionó Bond mientras subía rugiendo la cuesta de entrada a Chatham, adelantando a media docena de vehículos, explicaría en parte la codicia de Goldfinger por conseguir más y más dinero. La devoción a la causa, a SMERSH y quizá la perspectiva de una Orden de Lenin serían el estímulo para hacerse hasta con diez o veinte mil dólares si las probabilidades eran correctas o podían ajustarse favorablemente. Los fondos para la Revolución Roja, para la disciplina del terror que era la particular especialidad de SMERSH, nunca serían bastantes. Goldfinger no ganaba el dinero para sí mismo. Lo hacía para la conquista del mundo. El pequeño riesgo de ser descubierto, como lo había sido por Bond, no significaba nada. ¿Por qué? ¿Qué condena conseguiría el Banco de Inglaterra si pudiera hacer públicas todas y cada una de sus operaciones anteriores? ¿Dos años? ¿Tres?

El tráfico se hacía menos denso por las afueras de Gillingham. Bond volvió a ir más rápido, pero con tranquilidad, sin apresuramientos, siguiendo sus reflexiones mientras manos y pies efectuaban sus movimientos automáticamente.

Por consiguiente, el año treinta y siete SMERSH debió haber enviado a Goldfinger con su cinturón de oro alrededor de su joven cintura. Habría demostrado sus aptitudes especiales, sus inclinaciones adquisitivas, durante su formación en la escuela de espías de Leningrado. Le habrían dicho que estallaría una guerra, que tenía que ocultarse y empezar a acumular oro en secreto.

Goldfinger nunca tenía que ensuciarse las manos, ni verse nunca con agente alguno, no debía recibir ni transmitir nunca ningún mensaje. Debían haber establecido cierta rutina. «Vauxhall del 39 de segunda mano. Adjudicado a la primera oferta de 1.000 libras», «Rover immaculado, 2.000 libras», «Bentley, 5.000 libras»... Siempre un anuncio que no atrajera la atención o algo de correspondencia. Los precios serían demasiado elevados y la descripción inadecuada. Quizás en la sección de anuncios personales del *Times*. Y, obediente, Goldfinger dejaría el lingote de dos mil libras o el de cinco mil en el primero de una larga, muy larga, serie de buzones acordados en Moscú antes de irse. Un puente concreto, un árbol hueco, bajo una piedra en algún lugar de un arroyo, en cualquier sitio de Inglaterra. Y jamás, bajo ningún concepto, volvería a visitar aquel buzón. Correspondía a Moscú hacer que el agente llegara al tesoro escondido.

Más tarde, después de la guerra, cuando Goldfinger hubiese prosperado,

convirtiéndose en un hombre importante, los buzones ya no serían puentes o árboles. Se le darían fechas y números de cajas de seguridad o casilleros de consignas en estaciones. Pero seguiría en vigor la norma de que Goldfinger nunca debería volver a la escena, y no exponerse jamás. Quizás sólo recibía instrucciones una vez al año, en un encuentro casual en un parque o por medio de una carta deslizada en su bolsillo durante un viaje en tren. Pero siempre serían lingotes de oro, anónimos, imposibles de rastrear si eran capturados, salvo por la minúscula Z que su vanidad había labrado en su obra y con la cual un gris sabueso del Banco de Inglaterra llamado coronel Smithers se había tropezado en el curso de su labor.

Bond circulaba por los interminables huertos de los agricultores de Faversham. El sol se había asomado por detrás de la niebla de Londres. Se veía el distante brillo del Támesis a su izquierda. Había tráfico en el río: largos petroleros relucientes, rechonchos mercantes, antediluvianos pontones holandeses... Bond abandonó la carretera de Canterbury y pasó a la incongruentemente suntuosa autovía que discurre por el mundo de bungalows baratos de las áreas de vacaciones: Whitstable, Herne Bay, Birchington, Margate. Continuó sin prisas a ochenta por hora, sosteniendo con poca firmeza el volante, mientras oía el sosegado ronroneo de los tubos de escape, a cuyo compás encajaba las piezas de sus pensamientos en el rompecabezas, al igual que había hecho dos noches antes con el rostro de Goldfinger en el Retrato Robot.

Y, reflexionaba Bond, al tiempo que Goldfinger inyectaba un millón, dos millones de libras al año en las sangrientas fauces de SMERSH, amontonaba sus reservas, continuaba aumentándolas. Mientras hacía que trabajaran para él siempre que las probabilidades eran favorables, acumulaba el excedente para el día en que las trompetas del Kremlin sonasen y todos los recursos áureos fueran movilizados. Y nadie fuera de Moscú había seguido el proceso, nadie sospechaba que Goldfinger, el joyero, el metalúrgico, el residente en Reculver y en Nassau, el respetable socio del Blades, del Royal St. Marks de Sandwich, era uno de los mayores conspiradores de todos los tiempos, que había financiado el asesinato de centenares, quizá millares de víctimas de SMERSH por todo el mundo. SMERSH, *Smiert Spionam*, Muerte a los Espías, ¡el aparato criminal del Presidium^[10]! Y sólo M lo sospechaba, sólo Bond lo sabía. Y allí estaba Bond, lanzado contra aquel hombre por una serie de casualidades, un rosario de coincidencias que había empezado con la avería de un avión en el otro extremo del mundo.

Bond sonrió para sí con acritud. Con cuánta frecuencia había sucedido eso en su profesión, la minúscula bellota de coincidencia que se había encumbrado en el poderoso roble cuyas ramas oscurecían el cielo. Y, una vez más, se ponía en marcha para derribar aquel peligroso desarrollo. ¿Con qué? ¿Con una bolsa de palos de golf?

Un Ford Popular repintado de color azul celeste con grandes guardabarros amarillos iba circulando por el centro de la calzada. Bond dio un par de toques cortos y educados a la bocina. No hubo reacción. El Ford Popular iba a unos sesenta y cinco kilómetros por hora. ¿Por qué querría alguien ir a más de esa respetable velocidad? El del Ford encorvó obstinadamente sus hombros y siguió su marcha. Bond le lanzó un fuerte bocinazo, esperando que se apartara. Tuvo que frenar cuando el otro no se apartó. ¡Maldito tipo! ¡Por supuesto! La tensa figura habitual, con las manos demasiado altas en el volante y el inevitable sombrero, esta vez un bombín negro horrible, sobre una gran cabeza en forma de obús. En fin, pensó Bond, al fin y al cabo se trataba de la úlcera de estómago del otro. El hombre redujo y el DB III pasó desdeñoso por el interior a toda velocidad. «¡Estúpido hijo de puta!»

Ocho kilómetros más adelante Bond cruzaba el dantesco mundo televisivo de Herne Bay. El aullido de Manston sonaba a lo lejos, a su derecha. Un escuadrón de tres Super Sabres se disponía a aterrizar. Pasaron en vuelo rasante bajo el horizonte de su derecha como si se hundieran en la tierra. Con la mitad de su mente Bond oyó el rugido de sus reactores mientras aterrizaban y se deslizaban hasta los hangares. Llegó a un cruce. Hacia la izquierda, el poste indicador señalaba Reculver. Debajo había un símbolo de monumento antiguo por la iglesia de Reculver. Bond frenó, pero no se detuvo. Nada de merodear. Continuó circulando despacio, con los ojos bien abiertos. La línea de costa estaba demasiado expuesta para que un pesquero hiciera otra cosa que no fuese atracar o fondear. Era probable que Goldfinger hubiera utilizado Ramsgate, un puerto bastante pequeño. La aduana y la policía seguramente sólo estaban atentos al brandy que llegaba de Francia. Había un tupido grupo de árboles entre la carretera y la orilla. Bond tuvo una visión momentánea de tejados y de una chimenea de fábrica de mediano tamaño con un delgado penacho de humo ligero o de vapor. Debía ser allí. Pronto llegó a la puerta de una larga avenida. Un cartel discretamente autoritario decía: ALEACIONES THANET, y debajo: *prohibida la entrada excepto por negocios*. Todo muy respetable. Bond siguió adelante, despacio. No había nada más que ver. Tomó el siguiente giro a la derecha, a través de la planicie de Manston hasta Ramsgate.

Eran las doce. Bond inspeccionó su habitación, una doble con baño, en el piso superior del Channel Packet. Desempaquetó sus pocas pertenencias y luego bajó a la cafetería, donde se tomó un vodka con tónica y dos bocadillos de jamón. Luego volvió al coche y condujo lentamente hasta el Royal St. Marks, en Sandwich.

Bond llevó sus palos a la tienda del profesional y entró hasta el taller. Alfred

Blacking estaba poniendo empuñadura nueva a un driver^[11].

—Hola, Alfred.

El profesional levantó la mirada. Su rostro tostado y curtido por el sol se quebró en una amplia sonrisa.

—¡Que me aspen si no es el señor James! —Se estrecharon las manos—. Debe hacer quince o veinte años. ¿Qué le trae por aquí, señor? Precisamente alguien me dijo hace poco que estaba usted en el servicio diplomático o algo así. Siempre en el extranjero. ¡Caramba! ¿Todavía con aquel golpe plano, señor? —Alfred Blacking juntó sus manos e hizo un movimiento en arco bajo y plano.

—Mucho me temo que sí, Alfred. Nunca he tenido tiempo de corregirlo. ¿Cómo están la señora Blacking y Cecil?

—No me puedo quejar, señor. Cecil quedó subcampeón en el campeonato de Kent el año pasado. Debería ganarlo este año si puede dejar la tienda y salir al campo un poco más.

Bond apoyó sus palos contra la pared. Estaba contento de encontrarse allí de nuevo. Todo seguía igual. Hubo un tiempo, cuando aún no tenía veinte años, en que había hecho dos recorridos diarios en St. Marks. Blacking siempre había querido cogerlo por su cuenta. «Un poco de práctica, señor James, y tendría handicap cero. En serio, de verdad lo conseguiría. ¿Para qué quiere quedarse siempre alrededor de seis? Lo tiene todo excepto ese golpe plano y el querer enviar la bola fuera de la vista, cuando no hay necesidad de ello. Y tiene el temperamento. Un par de años, quizás sólo uno, y le tendría en el campeonato amateur.» Pero algo le dijo a Bond que no habría mucho golf en su vida y que si le gustaba el juego, sería mejor que se olvidase de las lecciones y que jugase tanto como pudiese. Sí, debía hacer unos veinte años desde que hizo su último recorrido en St. Marks. Jamás había vuelto, ni cuando surgió aquel condenado asunto del Moonraker en Kingsdown, dieciséis kilómetros más allá, en la costa. Quizás había sido sentimentalismo. Desde lo de St. Marks, Bond había jugado mucho al golf durante los fines de semana cuando estaba en el cuartel general. Pero siempre en los campos de los alrededores de Londres: Huntercombe, Swinley, Sunningdale, el Berkshire. El handicap de Bond había subido hasta nueve. Pero era un nueve auténtico, y tenía que serlo con los partidos que le gustaba jugar, los *nassaus*^[12] a diez libras con los duros y joviales hombres que estaban siempre tan ansiosos de invitarte a un par de *kümmels*^[13] después de comer.

—¿Hay alguna posibilidad de jugar, Alfred?

Blacking miró por la ventana de atrás el espacio para aparcar que rodeaba la alta asta de la bandera. Movi6 la cabeza.

—No tiene muy buen aspecto, señor. No vienen muchos jugadores a mitad de semana en esta época del año.

—¿Y contigo?

—Lo siento, señor. No estoy libre. Juego con un socio del club. Es un compromiso fijo, cada día a las dos. Y el problema es que Cecil ha ido a Princes a practicar un poco para el campeonato. ¡Qué condenada lata! —Alfred jamás empleaba una palabra más fuerte—. *Tenía* que pasar. ¿Cuánto tiempo se quedará, señor?

—No mucho. No te preocupes. Daré unos golpes a una bola por ahí con un caddie. ¿Quién es ese individuo con quien juegas?

—Un tal señor Goldfinger, señor. —El tono de Alfred era desalentador.

—¡Ah, Goldfinger! Sé de quien se trata. Lo conocí el otro día en América.

—¿Ah sí, señor? —Resultaba evidente que a Alfred se le hacía difícil creer que alguien conociese al señor Goldfinger. Observó atentamente el rostro de Bond en busca de alguna reacción más.

—¿Es bueno?

—Así, así, señor. Un nueve muy justito.

—Ha de tomarse el juego muy en serio si juega contigo cada día.

—Bueno, sí, señor. —Su rostro tenía la expresión que Bond recordaba tan bien. Significaba que Blacking tenía una opinión desfavorable de un socio concreto, pero era un empleado del club demasiado bueno para transmitirla.

Bond sonrió.

—No has cambiado, Alfred. Lo que quieres no decir es que nadie más se ofrece a jugar con él. ¿Te acuerdas de Farquharson? Era el jugador más lento de Inglaterra. Te recuerdo haciendo un recorrido tras otro con él hace veinte años. ¿Qué pasa con Goldfinger?

El profesional se echó a reír.

—El que no ha cambiado es usted, señor James. Siempre ha sido puñeteramente curioso. —Se acercó un paso y bajó la voz—. La verdad es, señor, que algunos socios piensan que el señor Goldfinger es un poco marrullero. Ya sabe, mejora su bola y todo eso. —Alfred cogió el driver que sostenía, adoptó la postura correcta, miró hacia un agujero imaginario y movió el extremo del palo hacia arriba y hacia abajo sobre el suelo, como si golpeará una bola imaginaria—. Veamos, ¿está para jugarla con una madera-2? ¿Qué opinas, caddie?

Alfred Blacking rió entre dientes.

—Bueno —prosiguió—, claro, cuando ha terminado de dar golpes al terreno de detrás de la bola, ésta se ha elevado un par de centímetros y *está* para una madera-2. —La cara de Alfred Blacking se aproximó de nuevo. Dijo evasivo—: Pero no son más que habladurías, señor. Yo nunca he visto nada. Un caballero poco hablador. Tiene una casa en Reculver. Solía venir mucho por aquí, pero en los últimos años ha venido a Inglaterra sólo durante unas semanas cada vez. Telefona y pregunta si alguien quiere jugar, y cuando no hay nadie, contrata a Cecil o a mí. Esta mañana ha

llamado preguntando si había alguien por aquí. A veces se deja caer algún foráneo. — Alfred Blacking miraba inquisitivo a Bond—. ¿Supongo que no querrá jugar con él esta tarde? Parecerá raro estando usted aquí y buscando un partido. Sobre todo si le conoce. Usted podría pensar que he tratado de quedármelo para mí o algo así. Eso no estaría bien.

—Tonterías, Alfred. Tú necesitas ganarte la vida. ¿Por qué no jugamos un partido de tres?

—No quiere, señor. Dice que son demasiado lentos, y yo estoy de acuerdo. No se preocupe por mi tarifa. Hay mucho trabajo pendiente en la tienda y estaré encantado de dejarlo por una tarde.

—Alfred Blacking consultó su reloj—. Llegará en cualquier momento. Tengo un caddie para usted. ¿Se acuerda de Hawker? —Alfred Blacking se rió con indulgencia—. El mismo viejo Hawker. El también estará encantado de verle de nuevo por aquí.

—Bueno, gracias, Alfred. Tengo interés en ver cómo juega ese tipo. Pero ¿te importaría contar otra historia? Digamos que me he dejado caer por tu negocio para hacerme arreglar un palo. Antiguo socio. Solía jugar aquí antes de la guerra. Y necesito una madera⁴ de todas formas. La que me vendiste ha empezado a abrirse un poco por las juntas. Coméntalo de manera despreocupada. No digas que has mencionado que él estaba por aquí. Me quedaré en la tienda para que pueda decidir sin ofenderse; tal vez no le gusta mi cara, o algo así. ¿De acuerdo?

—Muy bien, señor James. Déjemelo a mí. Ahí llega su coche, señor. —Blacking señaló por la ventana. A unos ochocientos metros, un coche amarillo claro estaba girando desde la carretera para tomar la avenida privada—. Un armatoste de aspecto curioso. El tipo de automóvil que solíamos ver por aquí cuando yo era un muchacho.

Bond contempló el viejo Silver Ghost avanzar majestuoso por la avenida hacia el club. ¡Era toda una belleza! El sol relucía en el cromado radiador y en el capó de aluminio que recubría el motor invertido bajo la alta pantalla perpendicular de vidrio del parabrisas. El portaequipajes del techo de la pesada carrocería de limusina en forma de carroza —tan fea veinte años atrás, tan extrañamente bonita en la actualidad— era de latón bruñido, al igual que los faros Lucas «King of the Road» —que miraban altivos la carretera a su frente— y la ancha boca de la vieja boa que era la bulbosa bocina. El coche entero, excepto el techo, las rayas de la carrocería y los paneles curvos bajo las ventanillas, que eran negros, era de color amarillo claro. A Bond le pasó por la cabeza que el presidente sudamericano lo había acaso copiado de la famosa escudería amarilla que lord Lonsdale había conducido para ir al Derby y a Ascot.

¿Y ahora qué? En el asiento del conductor se sentaba una figura con guardapolvo y gorra color café con leche, con la gran cara redonda oculta tras unas gafas de piloto negras. A su lado había una achaparrada figura de negro, con un sombrero hongo

encasquetado en la cabeza. Las dos figuras miraban al frente con una curiosa inmovilidad. Era casi como si llevaran un coche fúnebre.

El vehículo se acercaba. Los seis pares de ojos —los de los dos hombres y los grandes globos gemelos del coche— parecían mirar a Bond a través de la pequeña ventana.

En un gesto instintivo, Bond dio unos pasos atrás hacia los oscuros escondrijos del taller. Se percató del movimiento y sonrió para sí. Cogió el putter de alguien, se inclinó y, con aire pensativo, simuló un golpe a un nudo del suelo de madera.

Segunda parte

COINCIDENCIA

Capítulo 8

Todo listo para jugar

—Buenas tardes, Blacking. Ya está dispuesto. —El tono era despreocupado y autoritario—. He visto un coche fuera. ¿Supongo que no será alguien que quiera jugar un partido?

—No lo sé, señor. Es un antiguo socio que ha venido a que le arreglemos un palo. ¿Quiere que se lo pregunte, señor?

—¿De quién se trata? ¿Cuál es su nombre?

Bond esbozó una agria sonrisa. Aguzó el oído. Quería captar cada inflexión.

—Un tal señor Bond, señor.

Hubo una pausa.

—¿Bond? —El tono no había cambiado. Mostraba un interés educado—. Conocí a un individuo llamado Bond el otro día, ¿cuál es su nombre de pila?

—James, señor.

—Ah, sí. —Esa vez la pausa fue más larga—. ¿Sabe él que he venido? —Bond sentía las antenas de Goldfinger calibrando la situación.

—Está en el taller, señor. Tal vez haya visto llegar su coche.

Bond pensó: «Alfred no ha dicho una mentira en su vida, no va a empezar ahora.»

—Podría ser una buena idea. —El tono de Goldfinger fue más afable. Quería algo de Alfred Blacking, alguna información—. ¿Qué tal juega? ¿Qué handicap tiene?

—Solía ser bastante bueno cuando era un muchacho, señor. No le he visto jugar desde entonces.

—Hum.

Bond podía sentir al hombre sopesándolo todo. Se olió que se tragaría el cebo. Metió la mano en su bolsa, sacó su driver y empezó a frotar la empuñadura con un bloque de cera. Más valía que pareciese ocupado. Una tabla del suelo de la tienda crujió. Bond siguió puliendo con laboriosidad de espaldas a la puerta abierta.

—Creo que nos hemos visto antes. —La voz que le llegó de la puerta era baja, neutra.

Bond miró rápidamente por encima del hombro.

—Caramba, me ha dado un buen susto. Hombre —hizo que lo reconocía—, si es Gold, Goldman... esto, Goldfinger. —Esperaba que la comedia no fuese excesiva. Y añadió con un deje de antipatía, o desconfianza—: ¿De dónde sale?

—Ya le dije que jugaba aquí, ¿se acuerda? —Goldfinger lo miraba con perspicacia. Entonces los ojos se abrieron por completo. La mirada de rayos X cruzó hasta la parte posterior del cráneo de Bond.

—No.

—¿Es que la señorita Masterton no le dio mi mensaje?

—No, ¿de qué se trataba?

—Le dije que yo vendría por aquí y que me gustaría jugar un partido de golf con usted.

—Ah, bien —el tono de Bond fue fríamente cortés—, podemos hacerlo cualquier día.

—Iba a jugar con Blacking. En lugar de eso, lo haré con usted. —Goldfinger constataba un hecho.

No había duda de que había mordido el anzuelo. Bond tenía que manejarlo con habilidad para no perderlo.

—¿Por qué no en otro momento? He venido a encargar un palo. De todas formas estoy fuera de juego. Además, es probable que no haya caddie. —Bond estaba siendo todo lo grosero que podía permitirse, aparentando que lo último que quería hacer era jugar con Goldfinger.

—Yo también hace tiempo que no juego. —«Maldito embustero», pensó Bond—. Encargar un palo no le llevará ni un momento. —Goldfinger volvió a la tienda—. Blacking, ¿tiene un caddie para el señor Bond?

—Sí, señor.

—Entonces, todo arreglado.

Bond introdujo con gesto aparentemente cansado su drive otra vez en la bolsa.

—Bien, de acuerdo. —Pensó una última forma de desanimar a Goldfinger—: Pero le advierto que me gusta jugar con dinero de por medio. No me divierte estar dando golpes a la bola sólo para pasar el rato. —Bond se sintió complacido con el personaje que se estaba fabricando.

¿Se produjo un centelleo de triunfo, rápidamente disimulado, en los pálidos ojos de Goldfinger?

—Me parece bien —dijo con indiferencia—. Lo que usted quiera. Quitando el handicap, claro. Creo que me dijo que tenía nueve.

—Sí.

—¿Dónde, si me permite preguntarlo? —dijo Goldfinger cuidadosamente.

—Huntercombe. —Bond también tenía nueve en Sunningdale, pero Huntercombe era un campo más fácil. Nueve en Huntercombe no asustaría a Goldfinger.

—Y yo también tengo nueve. Aquí. Está puesto en el tablón. Así que partimos igualados, ¿de acuerdo?

Bond se encogió de hombros.

—Me parece que usted es demasiado bueno para mí.

—Lo dudo. Sin embargo —Goldfinger improvisaba—, le diré lo que haremos. Aquella pizca de dinero que me sacó en Miami, ¿recuerda? Su cifra era de diez mil dólares. Me gusta arriesgarme. Me irá bien tener que esforzarme. Jugaremos esa cantidad a doble o nada.

—Es demasiado —dijo Bond con indiferencia. A continuación, como si hubiese pensado mejor que podía ganar, añadió, con las dosis adecuadas de astucia y renuencia—: Desde luego se puede decir que era «dinero caído del cielo». No lo echaré a faltar si se va otra vez. Oh, bien, de acuerdo. Lo que llega con facilidad con facilidad se va. Partimos igualados. Van diez mil dólares.

Goldfinger se giró y dijo con una súbita dulzura en su voz uniforme:

—Entonces, todo arreglado, señor Blacking. Muchas gracias. De todos modos, cárgueme su tarifa en mi cuenta. Siento mucho que nos perdamos nuestro partido. Dígame a cuánto ascienden los honorarios de los caddies.

Alfred Blacking entró en el taller y recogió los palos de Bond.

—Recuerde lo que le dije, señor. —Cerró y volvió a abrir un ojo—. Me refiero a ese golpe bajo que usted tiene. Hay que fijarse. Siempre.

Bond le sonrió. Alfred tenía las orejas largas. Quizás no había oído la cantidad, pero sabía que de alguna manera iba a ser un partido crucial.

—Gracias, Alfred, no lo olvidaré. Cuatro Penfold, con corazones. Y una docena de tees^[14]. No tardaré ni un minuto.

Bond cruzó la tienda y fue hasta su coche. El hombre del sombrero hongo estaba sacando brillo a las partes metálicas del Rolls con un paño. A Bond le dio la impresión de que se detenía y sacaba su bolsa de mano e iba a la casa club. El hombre tenía un chato y cuadrado rostro amarillo. ¿Uno de los coreanos?

Bond pagó sus derechos de campo a Hampton, el administrador, y fue al vestuario. Seguía igual, con idéntico olor pegajoso de zapatos y calcetines viejos y del sudor del verano pasado. ¿Por qué constituía una tradición de los clubes de golf más famosos que sus normas de higiene fueran las de un colegio privado Victoriano? Bond se cambió de calcetines y se puso los viejos zapatos claveteados. Se quitó la chaqueta de su amarillento traje de mezclilla blanco y negro y se enfundó una chaqueta forrada negra descolorida. ¿Cigarrillos? ¿Encendedor? Estaba listo.

Bond caminaba con paso lento, preparando su mente para el partido. Había provocado adrede a aquel hombre a un desafío elevado y duro para aumentar el respeto que Goldfinger sentía por él, y para confirmar la opinión del mismo sobre Bond: que era el tipo de aventurero implacable y duro que podría serle muy útil a él. ¡Bond había pensado tal vez en cien dólares! Seguramente no se habría jugado un partido individual con tales apuestas en la historia, excepto en las finales de los campeonatos norteamericanos, o en las grandes subastas modalidad Calcuta^[15], en que los apostadores son, más que los jugadores, los que se juegan el dinero. La cuenta personal de Goldfinger debía de haber sufrido una desagradable mella, lo cual no le habría gustado. Seguro que estaba suspirando por recobrar una parte del dinero.

Cuando Bond había hablado de jugar fuerte, Goldfinger había visto su oportunidad. De acuerdo. Pero una cosa era cierta: por un centenar de razones, Bond no podía permitirse el lujo de perder.

Volvió a la tienda y recogió las bolas y los tees que Alfred Blacking le dio.

—Hawker tiene los palos, señor.

Bond cruzó paseando los quinientos metros del bien cortado césped que conducía al primer hoyo. Goldfinger estaba ensayando su golpe en el green^[16] de prácticas. Su caddie se hallaba a su lado, pasándole bolas rodando. Goldfinger empleaba el putter^[17] según la nueva moda, entre las piernas, con un putter de mazo. Bond se sintió animado. No creía en aquel sistema. Sabía que a él no le hacía ningún bien practicar. Su viejo palo Calamity Jane tenía sus días buenos y sus días malos. No había nada que hacer al respecto. También sabía que el green de prácticas del St. Marks no tenía parecido alguno, ni en velocidad, ni en textura, con los greens del recorrido.

Bond alcanzó la renqueante y despreocupada figura de su caddie, que deambulaba por allí efectuando un golpe sobre una bola imaginaria con el palo de Bond.

—Buenas tardes, Hawker.

—Buenas tardes, señor. —Hawker dio el palo a Bond y echó al suelo tres bolas usadas. Su rostro perspicaz y burlón de cazador furtivo se partió en una torcida mueca de bienvenida—. ¿Cómo le ha ido, señor? ¿Ha jugado al golf en los últimos veinte años? ¿Todavía es capaz de colocarlas en el techo del cobertizo de salida?

Se refería al día en que Bond, tratando de hacer justamente eso antes de un partido, había colado dos bolas por la ventana.

—Veámoslo. —Bond cogió el palo y lo sopesó, calibrando la distancia. Los golpes a las bolas en el green de prácticas habían cesado.

Bond se dirigió a la bola, se balanceó con rapidez, levantó la cabeza y golpeó la bola, saliendo ésta casi en ángulo recto. Lo intentó de nuevo. Esa vez golpeó el suelo, un palmo de césped voló y la bola recorrió diez metros. Bond se giró hacia Hawker, que tenía un aire aún más burlón.

—De acuerdo, Hawker, éstas era para hacer teatro. Te dedico ésta. —Dio un paso hasta la tercera bola, echó el palo hacia atrás lentamente y dio un latigazo con la cabeza del palo. La bola se elevó treinta metros, se sostuvo con elegancia en el aire y cayó a veinticuatro metros, sobre el techo de paja del cobertizo de salida, de donde rebotó hasta el suelo.

Bond entregó el palo. La mirada de Hawker era pensativa y divertida. No dijo nada. Sacó el driver y se lo entregó a Bond. Caminaron juntos hasta el primer hoyo, charlando de la familia de Hawker.

Goldfinger se les unió, tranquilo e impasible. Bond saludó al caddie de Goldfinger, un hombre servil y locuaz llamado Foulks que a Bond nunca le había

gustado. Bond echó un vistazo a los palos de Goldfinger. Eran un flamante juego Ben Hogan nuevo, norteamericano, con elegantes fundas de cuero del St. Marks para las maderas. La bolsa era una de ésas de cuero negro preferidas de los jugadores profesionales estadounidenses. Los palos iban en tubos de cartón individuales para facilitar su extracción. Resultaba un equipo ostentoso, pero era el mejor.

—¿Cara o cruz para la salida?... —Goldfinger lanzó una moneda.

—Cruz.

Salió cara. Goldfinger extrajo su driver y desenvolvió una bola nueva.

—Dunlop 65 —dijo—. Número Uno. Siempre uso las mismas bolas. ¿Cuál es la suya?

—Penfold. Corazones.

Goldfinger miró intensamente a Bond.

—¿Normas de golf estrictas?

—Por supuesto.

—De acuerdo.

Goldfinger caminó hasta el tee y colocó la bola sobre el mismo. Efectuó uno o dos cuidadosos y concentrados swings^[18] de práctica. Era un tipo de golpe que Bond conocía bien, el swing ortodoxo, mecánico, repetitivo del que ha estudiado el juego con mucha atención, ha leído todos los libros y se ha gastado cinco mil libras en los mejores profesores profesionales. Sería un swing bueno y fiable que no se derrumbaría con la presión. Bond lo envidió.

Goldfinger se colocó en posición, se agitó con soltura, llevó la cabeza de su palo hacia atrás en un amplio y lento arco y, con los ojos fijos en la bola, separó correctamente las muñecas. Bajó la cabeza del palo mecánicamente, sin esfuerzo, golpeando la bola, para terminar con un final bastante artificial, de manual. La bola fue recta a unos ciento ochenta metros, en medio de la calle^[19].

Era un golpe excelente y poco animador. Bond sabía que Goldfinger sería capaz de repetir el mismo swing con distintos palos una y otra vez a lo largo de los dieciocho hoyos.

Bond tomó su lugar, se puso un tee más bien bajo, apuntó a la bola con una enemistad cautelosa y, con un swing bajo de jugador de raqueta en el que había demasiada muñeca para resultar seguro, golpeó la bola, la cual, con aquel buen golpe de salida agresivo, aterrizó más allá de la de Goldfinger y rodó otros cuarenta y cinco metros. Pero había tenido una ligera rosca y terminó en el borde del rough^[20] de la izquierda.

Eran dos buenos drives. Mientras Bond daba su palo a Hawker y caminaba tranquilamente en la estela del más impaciente Goldfinger, olió el dulce aroma del comienzo de un partido de golf de implacable violencia, en un hermoso día de mayo con las alondras cantando por encima del más imponente campo de golf a orillas del

mar del mundo.

El recorrido del primer hoyo del Royal St. Marks tiene una longitud de cuatrocientos once metros, cuatrocientos once metros de calle ondulada, con un bunker central para atrapar segundos golpes fallidos y una cadena de búnkers protegiendo tres cuartas partes del green para atrapar los bien dados. Se puede pasar por el cuarto desguarnecido, pero la calle se inclina allí hacia la derecha y es muy probable que se acabe con un desagradable primer chip del día desde el rough. Goldfinger estaba bien situado para esta oportunidad. Bond le observó coger lo que probablemente era un -3, efectuar sus dos swings de práctica y dirigirse a la bola.

Mucha gente impensable juega al golf (personas ciegas, mancas, o incluso sin piernas), y a menudo viste ropas pintorescas en ese juego. A los otros jugadores no les parecen raras, porque en el golf no hay normas de aspecto o indumentaria. Ese es uno de sus pequeños placeres. Pero Goldfinger había hecho un intento de tener un aspecto elegante y aquella era la única forma de vestir incongruente en un campo de golf. Todo estaba conjuntado en una llamarada de tweed de color herrumbre, desde la «gorra de golf» abotonada, centrada sobre la gran cabellera roja llameante, hasta los relucientes zapatos casi anaranjados. Los pantalones de golf estaban demasiado bien cortados, y los mismos pantalones habían sido planchados con raya. Las medias eran de una mezcla color brezo a juego y llevaban portaligas verdes. Como si Goldfinger hubiese ido a su sastre y le hubiera dicho: «Vístame para jugar al golf; ya sabe, como visten en Escocia.»

Los errores sociales no causaban gran efecto en Bond, y en realidad, raramente se percataba de ellos. Con Goldfinger no le ocurría lo mismo. Todo en aquel hombre le había dado dentera desde el primer momento en que lo vio. La enérgica agresividad de sus ropas era una parte más del malévolo magnetismo animal que había afectado a Bond desde el principio.

Goldfinger ejecutó su mecánico e impecable swing. La bola voló franca, pero no superó la pendiente por poco y se curvó a la derecha para terminar a la longitud del palo de la bandera de distancia al green, en el rough corto. Un cinco fácil. Un buen chip lo transformaría en un cuatro, pero tenía que ser muy bueno.

Bond caminó hasta su bola. Descansaba completamente despejada, justo fuera de la calle. Bond cogió su madera-4. Intentaría una rata totalmente aérea, un golpe alto que rebasase los búnkers transversales y le dejase con la oportunidad de dos putts para un cuatro. Bond recordó el proverbio de los jugadores profesionales: «Nunca es demasiado pronto para empezar a ganar.» Se lo tomó con calma, decidido a no darse prisa para ejecutar el largo, pero cómodo, lanzamiento.

En el mismo momento en que Bond conectó el golpe, supo que no lo lograría. En el golf, la diferencia entre un buen golpe y uno malo es la misma que entre una mujer hermosa y simplemente una mujer, una cuestión de milímetros. En este caso, la cara

del palo había golpeado justo ese milímetro demasiado bajo en la bola. El arco del vuelo fue alto y flojo, sin recorrido. ¿Por qué demonios no había cogido una madera-2 o un hierro-2 con aquella situación de la bola? Esta dio en el borde del bunker más lejano y rebotó hacia atrás. Ahora tendría que emplear el blaster y luchar por igualar el hoyo.

Bond nunca se preocupaba demasiado tiempo de sus golpes malos o estúpidos. Se olvidaba de ellos y pensaba en el siguiente. Llegó al búnker, cogió su blaster y calculó la distancia a la bandera. Dieciocho metros. La bola descansaba bastante hacia atrás. ¿Debía decidirse por una postura abierta y un swing de fuera a dentro o abrirse paso y levantar un montón de arena? Por motivos de seguridad, se abriría camino. Bond bajó al búnker. Cabeza baja y seguir bien hasta el final. El golpe más fácil del golf. Tratar de darle completamente. A medio camino del swing desde atrás, la intención hizo ir más deprisa las manos que la cabeza del palo. La subida quedó muerta y la bola rodó hacia atrás. «¡Sal de aquí, maldito idiota, y emboca un putt largo!» Esa vez Bond cogió demasiada arena. Sacó la bola, pero apenas hasta el principio del green. Goldfinger se inclinó para efectuar su chip y mantuvo la cabeza baja hasta que la bola estaba a medio camino del hoyo. Se detuvo a siete centímetros de la bandera. Sin esperar a que Bond le concediese el putt, Goldfinger le dio la espalda y se encaminó al segundo tee. Bond recogió su bola y tomó el driver que Hawker le tendía.

—¿Qué handicap dice que tiene, señor?

—Nueve. Es un partido a la par. Pero necesito hacerlo mejor. Tenía que haber cogido la madera-2 para el segundo golpe.

—Aún es muy pronto, señor —dijo Hawker con tono alentador.

Bond sabía que no. Siempre era demasiado pronto para empezar a perder.

Capítulo 9

La miel en los labios

Goldfinger ya había puesto su bola en el tee. Bond caminó lentamente detrás de él, seguido por Hawker. Bond se detuvo y se inclinó sobre su driver.

—Creí que había dicho que jugaríamos según las normas estrictas del golf, pero le concederé este putt. Eso le coloca uno arriba.

Goldfinger asintió con gesto seco. Llevó a cabo su práctica de rutina y ejecutó su excelente y seguro drive.

El segundo hoyo tiene trescientos cuarenta metros, con un ángulo cerrado a la izquierda y profundos búnkers transversales para disuadir al jugador de tomar la ruta directa. Pero había una ligera brisa favorable. Goldfinger usaría un hierro-5 en su segundo golpe. Bond decidió intentar tenerlo más fácil y necesitar sólo un wedge para alcanzar el green. Se concentró y golpeó la bola con fuerza directamente hacia los búnkers. La brisa proporcionó un ligero empuje y dio alas a la bola para superarlos. Esta cayó y desapareció en una hendedura justo antes del green. Un cuatro, con posibilidades de tres.

Goldfinger se alejó sin hacer comentarios. Bond alargó el paso y lo alcanzó.

—¿Cómo va su agorafobia? ¿No se resiente de ella con todo ese espacio abierto?

—No.

Goldfinger se desvió a la derecha. Observó la distante y medio oculta bandera, planeando su segundo golpe. Cogió su hierro-5 y dio un golpe bueno y estudiado que hizo un mal impacto antes del green y cayó en la espesa hierba de la izquierda. Bond conocía aquel terreno. Goldfinger tendría suerte si podía salir de allí en dos golpes.

Bond caminó hasta su bola, cogió el wedge y golpeó suavemente la bola, colocándola en el green con mucho efecto de frenado. La bola se retuvo y quedó a un metro más allá del hoyo. Goldfinger ejecutó un estimable golpe, pero falló el putt de tres metros y medio. Bond disponía de dos golpes para embocar desde un metro. No esperó a que le diesen el hoyo, sino que subió y ejecutó el putt. La bola quedó corta por un par de centímetros. Goldfinger se fue del green. Bond introdujo la bola. Empatados.

El tercero es un difícil par tres de doscientos veinte metros, sin visión de la bandera desde el tee. Bond eligió su madera-2 y dio un buen golpe. Debía estar en el green o cerca. El drive rutinario de Goldfinger fue bien ejecutado, pero probablemente no tenía fuerza suficiente para superar el tramo final del rough y rodar hasta la plataforma del green. En efecto, la bola de Goldfinger estaba en lo alto del terraplén que protegía el rough. Había quedado en una desagradable posición colgante, con un matojo de hierba bajo la bola. Goldfinger se paró y observó la posición. Parecía estar considerando su decisión. Pasó junto a la bola para pedir un

palo al caddie. Su pie izquierdo pisó justo detrás de la bola, aplastando el matojo. Ahora Goldfinger podía coger el putter. Así lo hizo, consiguiendo que la bola rodara por el terraplén hacia el hoyo. Se detuvo a un metro del mismo.

Bond frunció el entrecejo. En el golf, el único remedio contra un tramposo es no volver a jugar con él. Pero eso de nada servía en aquel partido. Bond no tenía intención de jugar otra vez con aquel tipo. Y tampoco servía de nada empezar una discusión del tipo «usted ha hecho», «yo no he hecho», a menos que pillara a Goldfinger haciendo algo aún más escandaloso. Bond tenía que tratar de vencerle, trampas incluidas.

Ahora el putt de seis metros y medio de Bond no era ninguna broma. No era cuestión de intentar embocar, tenía que concentrarse en dejarla muerta. Como es habitual cuando se juega para asegurar, la bola quedó corta, más de un metro. Bond se esforzó mucho en el putt y lo embocó sudando. Apartó la bola de Goldfinger de un golpe. Pensaba seguir concediéndole putts no del todo claros hasta que repentinamente Bond le pediría embocar uno de ellos. Quizás entonces aquél parecería un poco más difícil.

Seguía el empate. El cuarto hoyo tiene cuatrocientos veinte metros. Se ejecuta un drive por encima de uno de los búnkers más altos y profundos del Reino Unido y luego viene un segundo golpe a través de una calle de lomas onduladas, hasta un green en meseta protegido por una última pendiente abrupta que hace que sea más fácil necesitar tres putts que dos.

Bond sacó los habituales cuarenta y cinco metros de ventaja en el drive y Goldfinger dio dos de sus respetables golpes hasta la depresión anterior al green. Bond, decidido a cobrar ventaja, cogió una madera-2 en lugar de una madera-3 y sobrepasó el green casi hasta dar contra la cerca del límite. Desde allí, bastante tuvo en bajar en tres para igualar.

El quinto era de nuevo otro golpe largo, seguido del segundo golpe preferido de Bond del recorrido: por encima de búnkers y a través de un valle, entre altas dunas de arena hasta una lejana y burlona bandera. Es un hoyo exigente, para el cual resulta esencial empezar con un drive bien colocado. Bond estaba en el tee, en lo alto de las colinas de arena, haciendo una pausa antes del golpe, al tiempo que contemplaba el distante y reluciente mar y la lejana media luna de los blancos acantilados de Pegwell Bay. Se colocó en posición y visualizó la zona de hierba del tamaño de una pista de tenis que constituía su objetivo. Llevó el palo hacia atrás con tanta lentitud como él sabía e inició el descenso hasta la terrorífica aceleración final, antes de que la cabeza del palo encontrara la bola. Se produjo un sordo sonido metálico a su derecha. Era demasiado tarde para detenerse. Bond enfocó desesperadamente la bola y trató de mantener su swing de una sola pieza. Se oyó el feo cloc de una bola mal golpeada. La cabeza de Bond se levantó como un resorte. Era un golpe muy alto, con efecto hacia

la izquierda. ¿Tendría suficiente recorrido? ¡Vamos! ¡Vamos! La bola dio en la cima de una montaña de rough y botó al otro lado. ¿Habría alcanzado el principio de la calle?

Bond se volvió hacia Goldfinger y los caddies con una feroz mirada. Goldfinger se estaba incorporando. Sostuvo la mirada de Bond con indiferencia.

—Lo siento, se me ha caído el driver.

—No lo vuelva a hacer —dijo Bond con aspereza. Bajó del tee y entregó su driver a Hawker. Este sacudió la cabeza comprensivo. Bond sacó un cigarrillo y lo encendió. Goldfinger ejecutó su drive hasta sus ciento ochenta metros en línea recta de rigor.

Bajaron la colina en silencio, con un Goldfinger inesperadamente comunicativo.

—¿Para qué firma trabaja?

—Universal Export.

—¿Y dónde para eso?

—Londres. Regent's Park.

—¿Qué exportan?

Bond se despertó de sus amargas reflexiones. «¡Eh, pon atención! Esto es un trabajo, no un juego. De acuerdo, te ha hecho fallar el drive, pero tienes que pensar en tu cobertura. No dejes que te provoque hasta el punto de cometer errores en esto. Construye tu historia.»

—Oh, de todo —dijo Bond con acento despreocupado—, desde máquinas de coser hasta tanques.

—¿Cuál es su especialidad?

Bond sentía la mirada de Goldfinger sobre él.

—Me ocupo de la parte de armas ligeras. Paso casi todo el tiempo vendiendo quincalla variada a jeques y rajás, a cualquiera que el ministerio de Asuntos Exteriores considere que no la quiere para dispararnos a nosotros.

—Un trabajo interesante —el tono de Goldfinger fue monótono y aburrido.

—No mucho. Estoy pensando en dejarlo. He venido a pasar una semana de vacaciones para pensarlo bien. No hay mucho futuro en Inglaterra. Acaricio la idea de irme a Canadá.

Goldfinger dijo simplemente:

—¿De veras?

Habían cruzado el rough y Bond sintió alivio al ver que su bola se había impulsado adelante desde la colina hasta la calle. Ésta se curvaba ligeramente a la izquierda, y Bond había conseguido incluso sacarle unos palmos de ventaja a Goldfinger. Le tocaba jugar a éste. Goldfinger cogió su madera-3. No pretendía alcanzar el green, sino simplemente salvar los búnkers y correr por el valle.

Bond aguardó el seguro golpe habitual. Observó su propia posición. Sí, podía

utilizar la madera-2. Se oyó el golpe sordo y leñoso de un golpe errado. La bola de Goldfinger golpeó la varilla, rodó a gran velocidad por el suelo y fue a parar a los yermos rocosos del búnker del Infierno, el más amplio de todos y el único no cuidado —por ser de guijarros— del recorrido.

Por una vez, Homero se había dormido^[21], o, mejor dicho, levantado la cabeza. Quizá la mitad de su mente estaba ocupada en lo que Bond le había contado. ¡Bravo! Pero Goldfinger aún podía terminar con tres golpes más. Bond cogió su madera-2. No podía permitirse jugar de manera conservadora. Se concentró en la bola, viendo mentalmente la trayectoria de cañón de ochenta y ocho milímetros a través del valle y luego los dos o tres botes que la llevarían hasta el green. Se situó un poco a la derecha para tener en cuenta su tendencia. ¡Ahora!

De su derecha le llegó el suave sonido de un tintineo. Bond se apartó de la bola. Goldfinger, de espaldas a él, miraba el mar, absorto en su contemplación, mientras su mano derecha jugaba «inconscientemente» con las monedas que tenía en el bolsillo.

Bond esbozó una severa sonrisa.

—¿No podría dejar de trasegar su oro hasta después de que juegue?

Goldfinger no se volvió ni respondió. El ruido cesó.

Bond volvió a su golpe, intentando desesperadamente aclarar su mente de nuevo. Consideró que la madera-2 era un riesgo excesivo. Se precisaba un golpe demasiado bueno. Se la devolvió a Hawker, cogió la madera-3 y lanzó la bola con seguridad a través del valle. Esta corrió bien al caer y se detuvo al borde del green. Un cinco, tal vez un cuatro.

Goldfinger salió bien del búnker y dejó el chip muerto. Bond hizo un putt demasiado largo y falló el de vuelta. Continuaba el empate.

El sexto, llamado «La Virgen» con bastante propiedad, es un hoyo corto, famoso en el mundo del golf. Con un green estrecho, casi rodeado de búnkers, puede requerir cualquier palo entre un hierro-8 y un hierro-2, según el viento. Ese día, para Bond, era un siete. Efectuó un golpe alto, a la derecha, para que el viento llevara la bola al sitio. Terminó seis metros más allá de la bandera, para un difícil putt con un lomo en medio. Debería ser un tres. Goldfinger cogió su hierro-5 y golpeó recto. La brisa desvió la bola, que rodó hasta el profundo búnker de la izquierda. ¡Buenas noticias! Tendría enormes dificultades para conseguirlo en tres.

Caminaron en silencio hasta el green. Bond echó un vistazo al búnker. La bola de Goldfinger estaba profundamente enterrada. Bond se dirigió hacia la suya mientras escuchaba las alondras. Eso iba a colocarle uno arriba. Esperó que Hawker sacase su putter, pero aquél estaba en el otro lado del green, observando muy atento cómo hacía Goldfinger su jugada. Éste bajó al búnker con el blaster. Dio un salto para tener una visión del hoyo y se dispuso a ejecutar el golpe. El ánimo de Bond se elevó al mismo tiempo que el palo. Pensaba golpearla con delicadeza, una técnica inútil en aquella

posición tan enterrada. Su única esperanza habría sido hacerlo volar todo. El palo descendió con suavidad, sin prisa. ¡Con apenas un puñado de arena, la bola salió del profundo búnker describiendo un arco, dio un bote y quedó lista para embocar!

Bond tragó saliva. ¡Maldición! ¿Cómo demonios había conseguido Goldfinger aquello? Ahora, envidia aparte, Bond tenía que tratar de acabar en dos golpes. Fue a ello, falló el hoyo por un par de centímetros y la bola rodó un metro más allá. ¡Infiernos y condenación! Bond se dirigió lentamente para su putt, apartando la bola de Goldfinger. «¡Vamos, no hagas el idiota!» Pero el fantasma de aquel gran cambio —de un uno arriba casi seguro a un posible uno abajo— hizo a Bond desear que la bola se colase en el hoyo más que golpearla para que lo hiciera. La caprichosa bola, carente de decisión, resbaló por el borde. ¡Uno abajo!

Bond estaba irritado consigo mismo. Él, y sólo él, había perdido aquel hoyo. Había necesitado tres putts para seis metros. Verdaderamente tenía que concentrarse y empezar a jugar bien.

En el séptimo, de cuatrocientos cincuenta metros, ambos efectuaron buenos drives y el impecable segundo golpe de Goldfinger lo dejó a cuarenta y cinco metros del green. Bond cogió su madera-2. ¡A por el empate! Pero golpeó desde arriba, la cabeza del palo descendió demasiado por delante de las manos y la amortiguada bola fue a parar a uno de los búnkers de la derecha. No era una buena posición, pero tendría que colocarla en el green. Bond cogió un arriesgado hierro-7 y no consiguió sacarla. Goldfinger cumplió el par cinco. Dos abajo. Empataron el corto octavo en tres. En el noveno, Bond, decidido a llegar a la mitad con sólo uno abajo, trató de nuevo de hacer demasiado desde una mala posición. Goldfinger cumplió el par cuatro, para cinco de Bond. ¡Tres abajo a medio recorrido! No pintaba bien. Bond pidió a Hawker una bola nueva. Éste la desenvolvió con lentitud, esperando a que Goldfinger sobrepasara el altozano camino del siguiente tee.

—¿Vio lo que hizo en «La Virgen», señor? —preguntó Hawker con tono suave.

—Sí, maldito sea. Fue un golpe curioso.

Hawker estaba sorprendido.

—Oh, ¿no vio lo que hizo en el búnker, señor?

—No, ¿qué fue? Me encontraba demasiado lejos.

Los otros dos estaban fuera de la vista, más allá de la cuesta. Hawker bajó en silencio a uno de los búnkers que protegían el noveno hoyo, hizo un hoyo con la punta del pie y dejó caer la bola en el mismo. Después se colocó detrás de la semienterrada bola con los pies muy juntos. Miró a Bond.

—¿Recuerda que saltó para ver la dirección del hoyo, señor?

—Sí.

—Observe, señor. —Hawker miró hacia la bandera del noveno y saltó, igual que Goldfinger había hecho, como para tomar la dirección. Luego miró de nuevo a Bond

y señaló la bola a sus pies. El pesado impacto de ambos pies justo detrás de la bola había nivelado el agujero en que había estado aquella y la había expulsado hacia afuera, de forma que se encontraba en una posición perfecta para un golpe fácil, justo para el golpe corto que parecía completamente imposible en la posición de Goldfinger en «La Virgen».

Bond miró a su caddie en silencio durante un momento.

—Gracias, Hawker. Dame el palo y la bola. Alguien va a quedar segundo en este partido, y que me zurzan si voy a ser yo.

—Sí, señor —dijo Hawker impasible. Se marchó cojeando por el corto atajo que le llevaría a medio camino de la calle del décimo.

Bond subió con paso lento la cuesta hacia el tee del décimo. Apenas miró a Goldfinger, que estaba en el tee agitando el driver con impaciencia. Bond estaba expulsando todo de su mente, todo salvo una fría y agresiva resolución. Por primera vez desde el primer tee sintió plena confianza en sí mismo. Todo lo que necesitaba era una señal de los cielos y su juego cogería fuerza.

El décimo del Royal St. Marks es el hoyo más peligroso del recorrido. El segundo golpe hasta el escurridizo green. con cavernosos búnkers a derecha e izquierda y una escarpada loma más allá, ha roto muchos corazones. Bond recordó que Philip Scrutton, con cuatro bajo par en la Copa de Oro, dio catorce golpes en aquel hoyo, siete de los cuales fueron golpes de ping-pong de uno a otro búnker, de lado a lado del green. Bond sabía que Goldfinger jugaría su segundo golpe al borde del green o un poco antes, y se contentaría con un cinco. Bond tenía que ir a por él y conseguir un cuatro.

Dos buenos drives y Goldfinger, en efecto, llegó bien al borde del green con su segundo. Un posible cuatro. Bond cogió su hierro-7, se colocó muy desviado para compensar la brisa y lanzó la bola al cielo. Al principio pensó que se había colocado demasiado desviado, pero entonces la bola empezó a flotar hacia la izquierda. Cayó y se detuvo en la blanda arena arrastrada al green por el viento desde el búnker de la derecha. Un incómodo putt de cuatro metros y medio. En ese momento Bond hubiera firmado un empate. En efecto, Goldfinger dejó el putt a menos de un metro. Eso, pensó Bond mientras se dirigía a su putt con decisión, tenía que embocarlo. Ejecutó el putt con bastante vivacidad para cruzar la arena en polvo y vio con horror que la bola se deslizaba como un rayo por el resbaladizo green. ¡Cielos, iba a quedarle un putt de vuelta de un metro, si no de dos! Pero de súbito, como atraída por un imán, la bola se desvió derecha al hoyo, dio en la parte posterior de la cazuela, botó hacia arriba, y cayó en el agujero con un tamborileo audible. ¡La señal de los cielos! Bond fue hacia Hawker, le guiñó un ojo y cogió el driver.

Dejaron a los caddies, bajaron la cuesta y se dirigieron al siguiente tee.

Goldfinger dijo fríamente:

—Ese putt debió haberse ido fuera del green.

—¡El hoyo está ahí para algo! —contestó Bond con brusquedad.

Colocó su bola en el tee y ejecutó su mejor drive del día con la brisa a favor. ¿Wedge y un putt? Goldfinger hizo su golpe de rigor y se pusieron de nuevo en marcha.

—Por cierto —dijo Bond—, ¿qué fue de aquella encantadora señorita Masterton? Goldfinger miró recto al frente.

—Dejó el empleo.

Bond pensó: «¡Bien por ella!»

—Ah, tengo que ponerme en contacto con esa joven otra vez. ¿A dónde fue?

—No sabría decírselo. —Goldfinger se alejó de él en dirección de su bola. El drive de Bond estaba fuera de la vista, más allá de la cresta que dividía la calle. No podía encontrarse a más de cuarenta y cinco metros de la bandera. Bond creyó saber qué pasaba en ese momento por la cabeza de Goldfinger, lo mismo que pasa por la cabeza de la mayoría de jugadores de golf cuando huelen los primeros aromas de una buena ventaja fundiéndose. A Bond no le sorprendería ver ese rutinario swing acelerarse un poco.

En aquella situación, el partido terminaría si Bond cometiese un error y dejase escapar a su presa del anzuelo. Tenía una posición algo cuesta abajo, un chip fácil aparte de eso, pero hacia el green más traidor del recorrido. Bond lo jugó con valentía y la bola acabó a menos de dos metros de la bandera. Goldfinger salió bien de su bunker, pero falló el largo putt. Bond ya sólo estaba uno abajo. Empataron el anguloso duodécimo con sendos poco gloriosos cinco y el largo decimotercero también con cinco los dos. Goldfinger tuvo que embocar un buen putt para conseguirlo.

Una tenue arruga de concentración había aparecido en la amplia y lisa frente de Goldfinger. Bebió un vaso de agua del grifo situado junto al tee del catorce. Bond lo esperó. ¡No quería oír un agudo sonido metálico hecho con aquel vaso de estaño, cuando podía irse fuera de los límites, más allá de la cerca de la derecha, y el drive contra el viento favorecía el efecto a la derecha! Bond puso su mano izquierda más arriba para incrementar su atracción y ralentizó el swing. El drive, muy a la izquierda, era sólo correcto, pero por lo menos se había mantenido dentro de los límites. Goldfinger, indiferente en apariencia al peligro de fuera límites, ejecutó su golpe normativo. Ambos negociaron el canal transversal sin perjuicio y se produjo otro empate en cinco. Todavía uno abajo y sólo cuatro hoyos más.

El quince, un hoyo de cuatrocientos veinte metros, es quizás el único en que quien le da más fuerte puede esperar ganar con claridad un golpe. Dos maderas a romper le dejan a uno más allá de la línea de búnkers que se encuentra justo junto al

green. Goldfinger tenía que jugar antes de dicha línea en su segundo golpe. Era difícil que lograra bajar de cinco, y era tarea de Bond efectuar un segundo golpe realmente divino después de un drive apenas correcto.

El sol estaba bajando y las sombras de los cuatro hombres empezaban a alargarse. Bond se había colocado en posición. La bola estaba bien situada. Se había quedado con el driver. Un silencio absoluto los rodeaba mientras hacía sus dos enérgicos movimientos. Era un golpe crucial. «Recuerda pararte en lo alto del swing, bajar despacio y soltar un latigazo con la cabeza del palo en el último instante.» Bond empezó a llevar el palo hacia atrás. Algo se movió en el extremo de su ojo derecho. Venida desde ninguna parte, la sombra de la enorme cabeza de Goldfinger se aproximó a la bola en el suelo, la envolvió y continuó su curso. Bond dejó que su swing se hiciese pedazos por etapas. Seguidamente se apartó de su bola y levantó la vista. Los pies de Goldfinger aún se movían. Estaba mirando atentamente el cielo.

—Las sombras, Goldfinger, haga el favor. —El tono de Bond fue de furia contenida.

Goldfinger se detuvo y miró a Bond. Enarcó imperceptiblemente las cejas en señal de interrogación. Retrocedió y se quedó quieto, sin decir nada.

Bond volvió a su bola. «¡Y ahora, relájate! Al diablo con Goldfinger. Dispara esta bola hasta el green. Mantente tranquilo y golpéala.» Hubo un momento en que el mundo se detuvo, y luego..., luego, de alguna forma, Bond la golpeó en una trayectoria baja que la subió elegantemente hasta salvar las lejanas rompientes de los búnkers. La bola dio en el terraplén situado bajo el green, botó debido al impacto y rodó fuera de la vista al platillo de los alrededores de la bandera.

Hawker acudió y cogió el driver de las manos de Bond y echaron a andar juntos.

—Es uno de los mejores golpes que he visto en treinta años —dijo con seriedad. Luego bajó la voz—: Creí que él iba a pegársela otra vez, señor.

—El condenado casi lo consigue, Hawker. Fue Alfred Blacking quien golpeó esa bola, no yo. —Bond sacó los cigarrillos, ofreció uno a Hawker y encendió el suyo. Dijo con voz queda—: Empatados a falta de tres hoyos. Habrá que estar atento en esos tres hoyos, ¿entiendes lo que quiero decir?

—No se preocupe, señor, no le quitaré la vista de encima.

Llegaron al green. Goldfinger había caído dentro y tenía un putt largo para cuatro, pero la bola de Bond estaba a sólo cinco centímetros del hoyo. Goldfinger recogió su bola y abandonó el green. Empataron el corto dieciséis en tres buenos golpes. Quedaban los dos largos hoyos finales. Cuatro golpes ganarían en cualquiera de ellos. Bond efectuó un buen drive centrado. Goldfinger lanzó el suyo muy a la derecha, en el rough espeso. Bond caminó tratando de no estar demasiado eufórico, de no vender la piel del oso antes de cazarlo. Ganar aquel hoyo supondría que con sólo empatar en el decimotavo ganaría el partido. Rogó por que la bola de Goldfinger no se pudiera

jugar o, mejor aún, se hubiera perdido.

Hawker se había adelantado. Ya había dejado su bolsa y estaba muy ocupado — demasiado ocupado, para el gusto de Bond— buscando la bola de Goldfinger cuando llegaron.

Era un mal asunto: terreno enmarañado, hierba espesa y exuberante cuyas raíces aún conservaban el rocío de la noche anterior. A menos que tuviesen mucha suerte, sería impensable encontrar la bola. Tras unos minutos de búsqueda, Goldfinger y su caddie fueron aún más lejos, donde el rough se aclaraba en matojos aislados. «Eso está bien», pensó Bond. La bola no parecía haber ido por allí. Entonces pisó algo. Infiernos y condenación. Le hubiera gustado patearla. Se encogió de hombros, se inclinó y dejó cuidadosamente la bola al descubierto, tratando de no mejorar su posición. Sí, era una Dunlop 65.

—Aquí está —gritó de mala gana—. Ah, no, disculpe. Usted jugaba con una número Uno, ¿no?

—Sí —respondió impaciente la voz de Goldfinger.

—Bueno, ésta es una número Siete. —Bond la recogió y fue hacia Goldfinger.

Goldfinger echó una mirada superficial a la bola.

—No es mía —dijo, y continuó hurgando entre los matojos con la cabeza de su driver.

Era una bola buena, sin marcar y casi nueva. Bond se la metió en el bolsillo y continuó buscando. Echó un vistazo a su reloj. Casi se habían agotado los cinco minutos reglamentarios. Medio minuto más, y bien sabía Dios que iba a reclamar el hoyo. Normas estrictas de golf, había estipulado Goldfinger. «¡De acuerdo, amigo, las tendrás!»

Goldfinger regresó junto a Bond, apartando y removiendo los matojos con diligencia.

—Me temo que se acaba el tiempo —dijo Bond.

Goldfinger gruñó. Empezó a decir algo cuando se oyó un grito de su caddie:

—Aquí está, señor. Dunlop número Uno.

Bond siguió a Goldfinger al lugar donde se encontraba el caddie, sobre una pequeña meseta de terreno más elevado. Estaba señalando hacia abajo. Bond se inclinó e inspeccionó la bola. Sí, una Dunlop Uno casi nueva en una posición sorprendentemente buena. Era un milagro, algo más que un milagro. Bond paseó una dura mirada de Goldfinger a su caddie.

—Ha debido tener una suerte infernal —comentó con voz queda.

El caddie se encogió de hombros. La mirada de Goldfinger permanecía tranquila, imperturbable.

—Así parece. —Se volvió a su caddie—. Creo que a ésta podemos darle con una madera-3, Foulks.

Bond se apartó pensativo y luego se giró para ver el golpe. Fue uno de los mejores de Goldfinger. La bola se elevó por encima de un lejano lomo de rough hacia el green. Quizás había ido al búnker de la derecha.

Bond se dirigió hacia donde Hawker, con una larga hoja de hierba colgando de su boca torcida en una mueca, estaba en la calle observando el final del golpe. Bond le dirigió una amarga sonrisa.

—¿Está mi buen amigo en el búnker —preguntó en un tono contenido—, o el hijo de puta ha ido al green?

—Al green, señor —respondió Hawker impertérrito.

Bond llegó a su bola. Las cosas se habían puesto difíciles de nuevo. Una vez más estaba luchando por un empate después de haber tenido una victoria segura en el bolsillo. Miró hacia la bandera, estimando la distancia. Era complicado.

—¿Hierro-5 o hierro-6?

—Con el seis debería bastar, señor. Un bonito golpe. —Hawker le entregó el palo.

«Ahora aclárate la mente. Hazlo despacio y pensándolo bien. Es un golpe fácil. Dale con fuerza para que llegue con energía al terraplén y vaya al green. Quédate quieto y la cabeza baja.» ¡Clic! La bola, golpeada con la cara ligeramente curvada, siguió con exactitud la trayectoria que Bond pretendía. Cayó en el terraplén. ¡Perfecto! No, maldita sea. En su segundo bote había dado en el terraplén, se había detenido en seco, vacilante, para luego rodar de nuevo hacia atrás y abajo. ¡Rayos y truenos! ¿Fue Hagen^[22] el que dijo: «El drive es para exhibirse, y el putt para forrarse»? Dejarla muerta desde debajo de aquel terraplén era uno de los putts más difíciles del recorrido. Bond sacó sus cigarrillos y encendió uno, preparándose mentalmente para su siguiente golpe, vital para salvar el hoyo, ¡siempre y cuando aquel hijo de puta de Goldfinger no embocara el suyo desde nueve metros!

Hawker llegó a su lado a paso lento.

—¡Qué milagro encontrar aquella bola! —dijo Bond.

—No era su bola, señor. —Hawker ponía de manifiesto un hecho.

—¿Qué quieres decir? —El tono de Bond fue tenso.

—Un billete cambió de manos, señor. Tal vez uno de cinco libras. Foulks debe de haber dejado caer esa bola por la pernera de sus pantalones.

—¡Hawker!

Bond se detuvo en seco. Miró a su alrededor. Goldfinger y su caddie estaban a cincuenta metros, caminando lentamente hacia el green.

—¿Lo juras? —preguntó Bond furioso—. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

Hawker hizo una mueca de falsa vergüenza, pero una astuta beligerancia brillaba en sus ojos.

—Porque su bola estaba debajo de mi bolsa de palos, señor. —Cuando vio la expresión asombrada de Bond añadió en tono de disculpa—: Lo siento, señor. Debía

intentarlo después de cuanto ha estado haciéndole a usted. No lo habría mencionado, pero tenía que enterarse que se la ha vuelto a jugar.

Bond no pudo reprimir la risa.

—Bueno, Hawker, *eres un as* —exclamó con admiración—. ¡Así que ibas a ganar tú solo el partido por mí! —Luego añadió con amargura—: ¡Pero, demonios, ese tipo es el colmo! Tengo que poder con él. Es necesario. ¡Ahora, pensemos! —Echaron a andar lentamente.

Bond tenía su mano izquierda en el bolsillo del pantalón, raanoseando distraído la bola que había recogido en el rough. El mensaje llegó a su cerebro de repente. «¡Ya lo tengo!» Se acercó a Hawker, echando un vistazo a los otros. Goldfinger se había detenido. Estaba de espaldas a Bond y sacaba el putter de su bolsa. Bond dio un codazo a Hawker.

—Toma esto. —Deslizó la bola en su nudosa mano. Luego le dijo en voz baja, con urgencia—: Asegúrate de ser tú quien llegue antes a la bandera. Cuando recojas las bolas del green, con independencia de cómo haya ido el hoyo, dale ésta a Goldfinger. ¿De acuerdo?

Hawker reanudó su marcha, imperturbable. Su rostro no reflejaba expresión alguna.

—Entiendo, señor —dijo en su tono normal—. ¿Utilizará el putter en ésta?

—Sí. —Bond llegó a su bola—. Dame la dirección, ¿quieres?

Hawker subió al green. Se situó a un lado de la dirección del putt, dio la vuelta hasta detrás de la bandera y se puso en cuclillas. Al cabo de un instante se enderezó.

—Un poco por fuera del borde derecho, señor. Putt firme. ¿Bandera, señor?

—No, déjala, haz el favor.

Hawker se apartó. Goldfinger estaba junto a su bola, a la derecha del green. Su caddie se había detenido debajo de la pendiente. Bond se inclinó para el putt. «¡Venga, calamidad! Esta ha de quedar muerta o te daré unos azotes. Quieto. La cabeza del palo bien alineada en la dirección y seguir hacia el hoyo. Podría entrar. ¡Ahora!» La bola, golpeada firmemente con el centro del palo, había subido la pendiente e iba camino del hoyo. «¡Demasiado fuerte, maldita sea! ¡Dale al palo de la bandera!» Obediente, la bola describió una curva, golpeó con fuerza el palo de la bandera y rebotó hacia atrás ocho centímetros: ¡más muerta que Carracuca!

Bond dejó escapar un profundo suspiro y recogió el cigarrillo que había tirado. Echó una mirada a Goldfinger. «Ahora te toca a ti, hijo de puta, jódete. ¡Y que me parta un rayo si la embocas!» Pero Goldfinger no podía arriesgarse a intentarlo. Se detuvo sesenta centímetros antes.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Bond con generosidad—. Empatados y sólo un hoyo más.

Era vital que Hawker recogiese las bolas. Si le hubiese hecho embocar a

Goldfinger el putt corto, habría sido el mismo Goldfinger quien recogiera la bola del hoyo. Además, Bond no quería que Goldfinger fallara aquel putt. No formaba parte del plan.

Hawker se inclinó y recogió las bolas. Hizo rodar una hacia Bond y dio la otra a Goldfinger. Salieron del green, con Goldfinger por delante como era habitual. Bond observó que la mano de Hawker iba a su bolsillo. ¡Esperemos que Goldfinger no se dé cuenta de nada en el tee!

Pero con un empate y un solo hoyo por jugar, uno no examina su bola. Los movimientos se hacen más o menos automáticos. Se piensa en cómo colocar el drive, si se intenta alcanzar el green con el segundo golpe o bien en jugar a alcanzar el borde del mismo; también se piensa en la fuerza del viento o en el crucial número cuatro, que hay que conseguir como sea para ganar o, como mínimo, para empatar.

Teniendo en cuenta la impaciencia de Bond porque Goldfinger jugara a continuación (aunque fuera una sola vez) aquella traicionera Dunlop número Siete que se parecía tanto a una número Uno, su drive para iniciar los cuatrocientos diez metros del dieciocho fue digno de elogio. Si quería, llegaría al green. ¡Si quería!

Goldfinger se encontraba ya en el tee. Se había inclinado. La bola estaba en el soporte, con su falsa cara hacia él, pero Goldfinger se había incorporado, retirándose luego para efectuar sus dos concienzudos swings de ensayo. Fue hacia la bola con cautela, sin prisa. Se plantó encima de la misma y se balanceó, mirándola con atención. «¡Ahora lo vería! ¡Seguramente se pararía y se inclinaría en el último instante para inspeccionar la bola!» ¿No acabaría nunca con aquel balanceo? Pero la cabeza del palo ya iba hacia atrás y descendía, con la rodilla izquierda correctamente doblada hacia la bola y el brazo del mismo lado recto como el palo de una escoba. ¡Crac! La bola salió en un bonito drive, uno de los mejores que Goldfinger había realizado, derecha a la calle.

El corazón de Bond se llenó de júbilo. «¡Ya te tengo, hijo de puta! ¡Ya te tengo!» Bond bajó alegremente del tee y con lentitud por la calle, planeando los pasos siguientes, que ahora podrían ser excéntricos y tan diabólicos como quisiera. Goldfinger estaba derrotado ya, ¡con sus propias armas! Había que cocerlo a fuego lento, con exquisitez.

Bond no sentía remordimientos. Goldfinger le había hecho trampa por dos veces y se había salido con la suya. De no ser por sus trampas en «La Virgen» y en el hoyo diecisiete, por no mencionar su mejora de la posición en el tercero y las diversas veces en que había tratado de distraerle, Goldfinger ya estaría derrotado. Si Bond necesitaba una trampa para corregir la tarjeta, se trataba tan sólo de justicia poética. Además, en aquel enfrentamiento se jugaba algo más que un partido de golf. Bond tenía el deber de ganar. De acuerdo con la imagen que se había hecho de Goldfinger, necesitaba ganar. Si salía derrotado, el marcador entre ambos quedaría igualado. Si

ganaba el partido, como iba a hacerlo, se encontrarían dos a cero, un estado de cosas intolerable, adivinaba Bond, para un hombre que se sentía todopoderoso. «Ese Bond —se diría Goldfinger— *tiene* algo. Posee cualidades que me pueden ser útiles. Es un duro aventurero con muchos trucos en la manga. Es la clase de hombre que necesito para...» ¿para qué? Bond lo ignoraba. Quizás no tuviera nada para él. Tal vez su imagen de Goldfinger era errónea, pero desde luego no había ninguna otra forma de acercarse a aquel tipo.

Goldfinger cogió prudente su madera-3 para el largo segundo golpe por encima de los búnkers transversales hasta la estrecha entrada del green. Hizo un swing de práctica más que los habituales y efectuó el golpe exacto y controlado hasta el borde del green. Se aseguraba un cinco, quizás un cuatro. ¡Para lo que le iba a servir!

Bond, tras mucho teatro simulando esmerarse, hizo bajar sus manos muy por delante del palo y amagó el golpe de su hierro-3, de manera que la bola apenas hubiera superado los búnkers transversales. A continuación, ejecutó un golpe con el wedge que dejó la bola en el green, seis metros más allá de la bandera. Estaba donde quería, lo bastante en peligro como para que Goldfinger saboreara el dulce aroma de la victoria y lo bastante bien como para hacerle sudar de verdad para conseguir su cuatro.

Y en verdad Goldfinger estaba sudando. Tenía una mueca salvaje de concentración y avidez mientras se inclinaba para el largo putt subiendo el terraplén y hacia el hoyo. Ni muy fuerte, ni muy flojo. Bond podía leer todos los pensamientos angustiados que se cruzaban por su cabeza. Goldfinger volvió a enderezarse y cruzó pausadamente el green hasta detrás de la bandera para verificar la dirección de su golpe. Regresó de nuevo lentamente junto a su línea de tiro, quitando de camino con el dorso de la mano una o dos briznas de hierba y una mota de abono. Se inclinó de nuevo, hizo uno o dos swings de ensayo y se dispuso a ejecutar el putt, con las venas latiéndole en las sienes y una profunda hendedura de concentración en el ceño.

Goldfinger ejecutó el putt y siguió a la bola en su recorrido. Fue un bello putt que se detuvo quince centímetros más allá del hoyo. ¡Goldfinger estaba ahora seguro de que, a menos que Bond enterrase su difícil putt de seis metros, el partido era suyo!

Bond se entregó a una larga comedia para estudiar su putt.

Pasó largo tiempo, dejando que la tensión se acumulara como un nubarrón sobre las largas sombras del pálido y fatídico green.

—Bandera, por favor. Éste voy a enterrarlo.

Bond cargó sus palabras con un tono de mortal certeza, mientras consideraba si fallar el hoyo por la derecha, por la izquierda, o dejarlo corto. Se inclinó para el putt y falló, lanzando muy a la derecha del hoyo.

—¡He fallado, maldita sea! —Bond puso amargura y rabia en su voz. Fue hasta el hoyo y recogió las dos bolas, manteniéndolas bien a la vista.

El rostro de Goldfinger estaba radiante por el triunfo.

—Bueno gracias por el partido. Parece que después de todo yo era demasiado bueno para usted.

—Es usted un hándicap nueve realmente bueno —dijo Bond con el punto de acritud justo. Miró las bolas en su mano para coger la de Goldfinger y entregársela. Dio un respingo de sorpresa—. ¡Caramba! —Miró fijamente a Goldfinger—. Usted juega con una Dunlop número Uno, ¿no es así?

—Sí, desde luego. —Un sexto sentido de desastre barrió el triunfo del rostro de Goldfinger—. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Bueno —dijo Bond en tono de disculpa—. Me temo que ha estado jugando con la bola errónea. Aquí está mi Penfold Corazones y esto ésta es una Dunlop número Siete. —Tendió las dos bolas a Goldfinger. Éste se las arrancó de la mano y las examinó febril.

La sangre fue agolpándose en el rostro de Goldfinger. Se quedó moviendo la boca, miraba las bolas, luego a Bond y de nuevo a las bolas.

—Es una pena que juguemos ciñéndonos al reglamento —comentó Bond dulcemente—. Me temo que esto significa que ha perdido el hoyo. Y, por supuesto, el partido.

Bond observaba a Goldfinger con indiferencia.

—Pero, pero...

Eso era lo que Bond había estado ansiando, quitarle la miel de los labios. Se quedó quieto esperando, sin decir nada.

La rabia desfiguró como una bomba el rostro por lo general tranquilo de Goldfinger.

—La bola que usted ha encontrado en el rough era una Dunlop Siete. Su caddie me la dio. En el diecisiete. Me dio la bola equivocada a propósito, el maldito tram...

—Eh, cálmese —dijo Bond sin alterarse—. Se encontrará usted con una denuncia por difamación si no va con cuidado. Hawker, ¿dio usted la bola equivocada al señor Goldfinger, por error o por lo que sea?

—No, señor. —La expresión de Hawker permanecía impasible. Luego dijo con indiferencia—: Si quiere saber mi opinión, señor, el error puede haberse producido en el hoyo diecisiete, cuando el caballero encontró su bola muy lejos de donde todos la habíamos visto caer. Un siete se parece mucho a un uno. Yo diría que ha sucedido eso, señor. Habría sido un milagro que la bola del caballero hubiese llegado hasta el lugar donde la encontró, tan lejos.

—¡Gilipolles! —Goldfinger lanzó un bufido de rabia y se volvió airado hacia Bond—. Usted vio que mi caddie había encontrado una número Uno.

Bond sacudió la cabeza dubitativo.

—En realidad me temo que no la miré de cerca. Sin embargo —la voz de Bond se

tornó enérgica y seria—, es asunto del jugador asegurarse de que está utilizando la bola correcta, ¿no cree? No entiendo que alguien culpe a otra persona si él mismo coloca en el tee una bola errónea y juega tres golpes con ella. De todos modos — empezó a alejarse del green—, muchas gracias por el partido. Tenemos que repetirlo un día de éstos.

Goldfinger, magníficamente iluminado por el sol poniente, pero con una larga sombra negra cosida a sus tobillos, siguió a Bond lentamente, la mirada elevada en su espalda.

Capítulo 10

En El Feudo

Hay ricos que emplean sus riquezas como una porra. Bond, deleitándose en el baño, pensó que Goldfinger era uno de ellos. Se trataba de la clase de hombre que creía que le estaba permitido aplastar el mundo con su dinero, apartando a porrazos molestias y oposiciones con su grueso fajo de billetes. Había creído que quebrantaría los nervios de Bond haciendo que se jugara diez mil dólares, una picadura de mosquito para él, pero sin duda una pequeña fortuna para Bond. En la mayoría de circunstancias habría tenido éxito. Se precisan nervios de acero para «saber esperar» en el swing y para mantener la cabeza baja en los putts cortos cuando un montón de dinero depende de cada golpe, a lo largo de dieciocho hoyos. Los profesionales del golf, que juegan por su pan y por el de sus familias, conocen el frío aliento de la casa de caridad en sus cogotes cuando llegan empatados al tee del dieciocho. Ése es el motivo de que se cuiden —evitando fumar o beber— y porque suele ganar el que tiene menos imaginación.

Pero Goldfinger ignoraba que, en el caso de Bond, estar bajo tensión era la forma natural de vivir para él y que la presión y el peligro lo relajaban. Y no podía saber que Bond quería jugar con él haciendo las máximas apuestas posibles, ni que tendría los fondos del Servicio Secreto respaldándole si perdía. Goldfinger, tan acostumbrado a manipular a otros, había estado ciego frente a la manipulación de que, por una vez, había sido objeto.

¿De verdad lo había estado? Bond salió pensativo de la bañera y comenzó a secarse. La poderosa dinamo que había dentro de aquella gran cabeza redonda estaría zumbando en ese mismo momento, meditando sobre Bond, consciente de que éste lo había vencido superándole en trampas, preguntándose cómo las dos veces en que Bond había caído del cielo le había pisado un callo. ¿Había jugado Bond sus cartas correctamente consiguiendo que el juego pareciera un desafío interesante o el sensible olfato de Goldfinger se olería una amenaza? En este último caso no habría continuidad por parte de Goldfinger y Bond tendría que retirarse del caso, dejando a M que pensara un nuevo enfoque. ¿Cuánto tardaría en saber si el gran pez había mordido el anzuelo? Ese pez en concreto se tomaría su tiempo olisqueando el cebo. Estaría bien que diera sólo un pequeño mordisco para decirle que había escogido el señuelo adecuado.

Llamaron a la puerta de su habitación. Bond se enrolló la toalla en la cintura y fue a abrir. Era el conserje del vestíbulo.

—¿Sí?

—Hay un mensaje telefónico de un tal señor Goldfinger para usted. Le manda sus saludos y pregunta si tendría inconveniente en ir a cenar a su casa esta noche. Es «El

Feudo», señor, al otro lado de Reculver. A las seis y media para el aperitivo, y que no se moleste en vestirse con ropa formal.

—Por favor, dé las gracias al señor Goldfinger y dígame que iré encantado. — Bond cerró la puerta, fue hasta la ventana abierta y se quedó mirando hacia el tranquilo mar del atardecer. «¡Vaya, vaya! ¡Hablando del rey de Roma...!» Bond sonrió para sí. «¡Y ahora, a cenar con él!»

A las seis Bond bajó al bar y se tomó un gran vaso de vodka con tónica con una corteza de limón. El bar estaba vacío, salvo por un grupo de oficiales de las fuerzas aéreas norteamericanas de la base de Manston. Bebían whisky con agua y hablaban de béisbol. Bond se preguntó si habrían pasado el día cargados con una bomba de hidrógeno por los cielos de Kent y sobrevolando los cuatro puntitos en las dunas que habían constituido su partido con Goldfinger. «No os paséis con el whisky, hermanos», pensó con ironía; pagó su bebida y se marchó.

Condujo despacio hasta Reculver, saboreando el atardecer, la bebida que llevaba en el cuerpo y el silencioso burbujeo de los tubos de escape gemelos. Iba a ser una cena interesante. Era el momento de ofrecer sus servicios a Goldfinger. Si metía la pata, quedaría fuera de juego y dejaría el terreno muy estropeado para su sucesor. Iba desarmado, ya que sería fatal que Goldfinger oliera a gato encerrado. Tuvo un momento de duda, ya que todo estaba yendo demasiado aprisa. No se había declarado la guerra, si acaso todo lo contrario. Cuando se separaron en el club de golf, Goldfinger estuvo cordial de una manera forzada y untuosa, preguntándole adonde tenía que enviarle las ganancias; Bond le dio la dirección de Universal Export. Le preguntó dónde se hospedaba y Bond se lo dijo, añadiendo que sólo estaría en Ramsgate unos días, mientras decidía qué hacer sobre su futuro. Goldfinger esperaba jugar un día un partido de revancha, pero por desgracia se iba a Francia al día siguiente y no sabía a ciencia cierta cuándo regresaría. ¿En avión? Sí, tomaba el transbordador aéreo en Lydd. «Bueno, gracias por el partido.» «Gracias a usted, señor Bond.» Sus ojos le habían aplicado un último tratamiento de rayos X, como si lo fichasen por última vez en el sistema de archivos de Goldfinger, y después el gran coche amarillo se fue con un susurro.

Bond había echado una buena mirada al chófer. Era un fornido japonés, o coreano con más probabilidad, de rostro plano, con la mirada salvaje, casi demente, de unos ojos extraordinariamente oblicuos que pertenecían más a una película japonesa que a un Rolls Royce en una soleada tarde en Kent. Tenía el labio superior en forma de hocico que a veces acompaña a un paladar bífido; pero como no habló, Bond no tuvo oportunidad de comprobar si su conjetura era correcta. Con su ajustado traje negro, casi a punto de reventar, y su ridículo sombrero hongo, tenía el aspecto de un luchador japonés en su día libre. Pero no era un personaje que hiciese sonreír. Si alguien se hubiese sentido inclinado a sonreír, un toque siniestro, inexplicado, de los

apretados y relucientes zapatos de charol —que eran casi zapatillas de baile— o de los pesados guantes de conducir de cuero negro, le habría hecho cambiar de idea. Algo le resultaba vagamente familiar a Bond en la silueta del hombre. Cuando el coche se marchó, y Bond tuvo una visión de la cabeza desde atrás, se acordó. Eran la cabeza, los hombros y el sombrero hongo del conductor del Ford Popular azul celeste que con tanta obstinación se había aferrado al centro de la calzada aquella mañana, hacia las doce, en la carretera de Herne Bay. ¿De dónde vendría? ¿Qué encargo habría ido a cumplir? Bond recordó algo que había dicho el coronel Smithers. ¿Sería el coreano que recorría el país recogiendo el oro viejo de la cadena de joyerías de Goldfinger? ¿Estaría el maletero del inocente y corriente pequeño turismo lleno de relojes de regalo, anillos de sello, broches y cruces de oro? Mientras miraba como la alta silueta amarillo pálido del Silver Ghost desaparecía hacia Sandwich, pensó que la respuesta era sí.

Bond se desvió de la carretera principal para entrar en el paseo entre altas encinas victorianas hasta llegar a la extensión de grava, delante de justo la clase de casa que podía llamarse «El Feudo», una pesada y fea mansión de principios de siglo con un pórtico cerrado con cristales y un solarium cuyo olor a sol atrapado, ficus y moscas muertas llegó a la imaginación de Bond antes de que éste apagara el motor. Bond bajó lentamente del coche y se quedó contemplando la casa. Sus lisos y bien lavados ojos le devolvieron la mirada. La mansión tenía un ruido de fondo, un pesado latido rítmico como el de un enorme animal con un pulso bastante rápido. Bond supuso que procedía de la fábrica, cuya empenachada chimenea se alzaba como un gigantesco dedo de advertencia por detrás de las altas coníferas de la derecha, donde normalmente solían estar las caballerizas y los garajes. La silenciosa y expectante fachada de la casa parecía aguardar que Bond hiciera algo, que realizara algún movimiento agresivo, que tendría una rápida respuesta. Bond se encogió de hombros para librarse de esos pensamientos, subió por los escalones hasta la puerta provista de un panel de cristal opaco y pulsó el timbre. No se oyó que éste sonara dentro, pero la puerta se abrió lentamente. El chófer coreano todavía llevaba puesto su sombrero hongo. Miró con indiferencia a Bond y se quedó inmóvil, con la mano izquierda en el pomo interior de la puerta y la derecha extendida, señalando como un poste indicador el oscuro vestíbulo de la casa.

Bond pasó por su lado, venciendo el deseo alternativo de patear sus pulcros pies negros o de propinarle un fuerte golpe en el centro de su apretado estómago abotonado, también negro. Aquel coreano estaba a la altura de lo que siempre había oído decir de los coreanos, y además Bond sentía deseos de hacer algo violento contra la pesada atmósfera eléctrica de la casa.

El lóbrego vestíbulo era al mismo tiempo el salón principal. Un escuálido fuego brillaba con luz mortecina tras los hierros del hogar en la amplia chimenea y dos

sillones orejeros y un sofá Knole miraban impasibles las llamas. Entre ellos, en una mesita de madera baja, había una bien provista bandeja con bebidas. Los amplios espacios que rodeaban a aquella chispa de vida estaban atestados de macizos muebles Segundo Imperio propios de un Rothschild, y los bronce dorados, careys, cobres y nácares titilaban suntuosos a la luz del pequeño fuego. Detrás de aquel ordenado museo, un oscuro artesonado trepaba hasta una galería en el primer piso, a la cual se accedía por una pesada escalera curva a la izquierda del vestíbulo. El techo estaba guarnecido con las sombrías tallas de madera propias de la época.

Bond estaba contemplando todo aquello, cuando apareció el silencioso coreano, el cual disparó el poste indicador de su brazo hacia la bandeja de bebidas y los sillones. Bond asintió y continuó donde estaba. El coreano pasó por su lado y desapareció por una puerta que Bond supuso que daría a la zona de servicio. El silencio, acentuado por el lento tictac metálico de un reloj de pie con recargados adornos, se amontonaba y se acercaba cada vez más.

Bond avanzó y se puso de espaldas al mísero fuego. De nuevo contempló el lugar con aversión. ¡Menudo basurero! Qué lugar tan horrible y fúnebre para habitar en él. ¿Cómo se podía vivir en aquel suntuoso y pesado depósito de cadáveres, entre coníferas y encinas, cuando cien metros más allá estaba la luz, el aire y los horizontes amplios? Bond sacó un cigarrillo y lo encendió. ¿Qué hacía Goldfinger para divertirse, para distraerse, para tener relaciones sexuales? Quizás no necesitaba esas cosas. Tal vez la persecución del oro apagaba toda su sed.

En algún lugar sonó el timbre de un teléfono distante. Hubo dos estridentes timbrazos y se paró. Se oyó el murmullo de una voz, luego resonaron pasos en un pasillo y una puerta se abrió debajo de la escalera. Goldfinger entró por ella y luego la cerró sin ruido tras de sí. Vestía un esmoquin de terciopelo de color ciruela. Cruzó lentamente el pulido suelo de parqué. No tendió la mano.

—Ha sido muy amable en venir —dijo con una sonrisa en los labios— habiéndole avisado con tan poca antelación, señor Bond. Usted estaba solo, lo mismo que yo, y se me ocurrió que podíamos discutir el precio del trigo.

Era la clase de comentario que los ricos se hacen entre sí. Bond encontró divertido que lo convirtiera en miembro temporal del club.

—Me ha encantado recibir la invitación —repuso Bond—. Ya me estaba aburriendo de preocuparme por mis problemas. Ramsgate no tiene mucho que ofrecer.

—No. Y ahora debo pedirle disculpas. Acaban de llamarme por teléfono. Uno de mis empleados (por cierto, mis empleados son coreanos) ha tenido un pequeño problema con la policía de Margate y tengo que ir a solucionarlo. Un incidente en el parque de atracciones, creo. Esta gente se excita con facilidad. Mi chófer me llevará y no creo que tardemos más de media hora en volver. Mientras tanto, me temo que me

veré obligado a abandonarlo a sus propios recursos. Por favor, sírvase de beber. Hay revistas para leer. ¿Me perdona? No será más de media hora, se lo aseguro.

—No hay problema alguno. —Bond presintió que allí había gato encerrado, pero no pudo adivinar de qué se trataba en concreto.

—Bien, hasta luego entonces. —Goldfinger anduvo hasta la puerta de entrada—. Pero le daré un poco más de luz, esto está muy oscuro. —Pasó la mano por una placa de interruptores en la pared y de súbito las luces resplandecieron por todo el salón: de lámparas normales, de apliques y de cuatro racimos en el techo. La habitación se había vuelto tan brillante como un estudio de cine. Era una transformación extraordinaria. Bond, medio deslumbrado, vio a Goldfinger abrir la puerta de entrada y salir a grandes zancadas. Al cabo de un instante oyó el zumbido de un coche, aunque no del Rolls, que aceleraba ruidoso, cambiaba de velocidad y enfilaba la avenida.

Instintivamente, Bond fue hasta la puerta de entrada y la abrió. La avenida estaba vacía. Vio en la lejanía las luces del coche girando a la izquierda en la carretera principal, en la dirección de Margate. Entró en la casa y cerró la puerta. Se quedó quieto, escuchando. El silencio, salvo por el pesado tictac del reloj, era completo. Anduvo hasta la puerta de servicio y la abrió. Un largo pasillo oscuro desaparecía hacia la parte posterior de la casa. Se inclinó hacia delante, con todos los sentidos alerta. Silencio, un silencio mortal. Cerró la puerta y miró pensativo el brillante salón. Lo habían dejado solo en la casa de Goldfinger, solo con sus secretos. ¿Por qué?

Bond se encaminó a la bandeja de bebidas y se sirvió un gin tonic fuerte. Desde luego la llamada telefónica había existido, pero podía muy bien ser una llamada acordada desde la fábrica. La historia del sirviente resultaba plausible y era razonable que Goldfinger fuera personalmente a sacarlo bajo fianza y se llevara a su chófer consigo. Goldfinger había mencionado por dos veces que Bond estaría solo durante media hora, tiempo en que «estaría abandonado a sus propios recursos». Eso quizás no tuviera malicia, o fuera una invitación para que Bond enseñara sus cartas y cometiera alguna indiscreción. ¿Habría alguien observándole? ¿Cuántos de aquellos coreanos andarían por allí y qué estarían haciendo? Bond consultó su reloj. Habían transcurrido cinco minutos. Tomó una decisión. Con trampa o sin ella, era una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Echaría una mirada rápida, pero inocente, con algún pretexto de cobertura para explicar por qué había salido del salón. ¿Por dónde debería empezar? Por la fábrica. ¿Su pretexto? Que su coche le había dado problemas cuando venía —tal vez la alimentación de gasolina ahogaba el motor— y que había ido a ver si un mecánico podía echarle una mano. Endeble, pero serviría. Bond se tomó la bebida de un trago; se dirigió con deliberación hacia la puerta de servicio y la cruzó.

Había un interruptor. Encendió la luz y recorrió rápidamente un pasillo. Terminaba en una pared lisa con sendas puertas a derecha e izquierda. Escuchó un momento en la izquierda y oyó ruidos de cocina apagados. Fue a la derecha y la abrió, encontrándose en el patio de garaje pavimentado que podía esperarse. Lo único extraño era que estaba brillantemente iluminado con lámparas de arco. La larga pared de la fábrica ocupaba el lado más alejado y el rítmico latido de maquinaria era muy fuerte. En la pared opuesta, vio una puerta de madera lisa. Bond se dirigió hacia ella atravesando el patio, mirando a su alrededor con un interés despreocupado. La puerta no estaba cerrada. La abrió con cuidado y pasó a través del hueco, entrando en un pequeño despacho vacío, iluminado por una bombilla desnuda que colgaba del techo. Había un escritorio con papeles, un reloj registrador, un par de archivadores y un teléfono. Otra puerta conducía a la nave principal de la fábrica; una ventana junto a esa puerta servía para vigilar a los trabajadores. Debía de ser el despacho del capataz. Bond fue hasta la ventana y miró por ella.

No sabía qué esperaba encontrar, pero parecía el equipo normal de un pequeño negocio de manufacturas metálicas. Frente a él se veían las bocas abiertas de dos altos hornos, con el fuego apagado. Junto a ellos, una hilera de moldes para el metal fundido, del cual había láminas de distintos tamaños y colores apoyadas en la pared. Vio la pulimentada mesa de acero inoxidable de una sierra circular, supuso que se trataba de una sierra de diamante para cortar las láminas, y más a la izquierda, entre las sombras, un gran motor de gasolina conectado a un generador traqueteaba produciendo electricidad. A la derecha, bajo lámparas de arco, un grupo de cinco hombres —cuatro coreanos— vestidos con monos de trabajo, se hallaban trabajando, casualmente, en el Rolls Royce de Goldfinger. Allí estaba resplandeciendo bajo las luces, immaculado salvo por la portezuela derecha, que había sido sacada de sus goznes y colocada sobre dos bancos cercanos sin el panel. Mientras Bond miraba, dos hombres cogieron el panel nuevo, una pesada y descolorida lámina metálica color aluminio, y lo colocaron en el marco de la portezuela. En el suelo había dos remachadoras manuales y en seguida, pensó Bond, los hombres remacharían el panel en su lugar y lo pintarían a juego con el resto del coche. Todo de lo más inocente y a la vista. A Goldfinger se le había abollado el panel aquella tarde y lo había hecho reparar rápidamente para su viaje del día siguiente. Bond echó un vistazo rápido y desabrido alrededor, se apartó de la ventana y se fue por la puerta de la fábrica, cerrándola suavemente a su espalda. Allí no había nada, maldita sea. ¿Y ahora cuál era su pretexto? Que no había querido molestar a los hombres que trabajaban; tal vez después de cenar, si uno de ellos tenía un momento...

Bond volvió sin prisas por donde había ido y entró otra vez al salón sin percances.

Miró su reloj. Quedaban diez minutos. Iría a por el primer piso. Los secretos de una casa están en los dormitorios y en los cuartos de baño. Éstos son los lugares

privados donde el botiquín, el tocador o los cajones de la mesita de noche revelan las cosas íntimas, las flaquezas. Bond tenía un terrible dolor de cabeza. Había subido a buscar una aspirina. Representó su papel para un público invisible, se dio masajes en las sienes, levantó la vista hacia la galería, cruzó el salón con decisión y subió por las escaleras. La galería daba a un pasillo brillantemente iluminado. Bond lo recorrió abriendo las puertas a su paso y mirando en su interior, pero eran dormitorios sobrantes, con las camas sin hacer. Olían a moho y a ventanas cerradas. Un gran gato anaranjado salió de algún lugar y se puso a seguirle, maullando y restregándose contra las perneras de sus pantalones. La última habitación era la que buscaba. Bond entró en ella y entornó la puerta dejando sólo una rendija.

Todas las luces estaban encendidas. Tal vez uno de los sirvientes estaba en el cuarto de baño. Con osadía, Bond fue hasta la puerta de comunicación y la abrió. Más luces, pero no había nadie. Era un cuarto de baño grande, quizás una habitación de sobras convertida en cuarto de baño. Allí, además de la bañera y el lavabo, había diversos aparatos de ejercicio: un aparato de remo, una bicicleta fija, mazas de gimnasia y un cinturón de masaje Ralli. El botiquín no contenía nada, salvo una gran variedad de purgantes: vainas de sen, cáscara sagrada, Calsaltes, Eno y varios utensilios con el mismo fin. No había otros medicamentos, ni aspirinas. Bond regresó al dormitorio y tampoco encontró nada de interés. Era una típica habitación de hombre, cómoda, vivida, con muchos armarios empotrados. Hasta el olor era neutro. Junto a la cama había una pequeña librería cuyos libros eran todos de historia o biografías, en inglés. El cajón de la mesilla de noche reveló una solitaria indiscreción, un ejemplar de lomo amarillo de *El lado oculto del amor*, de Publicaciones Palladium, París.

Bond miró su reloj. Quedaban cinco minutos. Era hora de irse. Echó una última mirada por toda la habitación y se dirigió a la puerta. Se detuvo de repente. ¿Qué había notado, casi con su subconsciente, desde el momento en que entró en la habitación? Aguzó sus sentidos. Había una incongruencia en algún lugar. ¿De qué se trataba? ¿Un color? ¿Un objeto? ¿Un olor? ¿Un sonido...? ¡Eso era! Desde donde estaba oía un débilísimo quejido agudo. Su tono era tan elevado que resultaba casi inaudible. ¿De dónde procedía? Ahora había algo más en la habitación —que Bond conocía demasiado bien—: el aroma del peligro.

En tensión se acercó al armario empotrado situado junto a la puerta y lo abrió con cuidado. Sí, sonaba en el interior del armario, detrás de una hilera de chaquetas deportivas que colgaban hasta la parte superior de tres pisos de cajones. Bond apartó bruscamente las chaquetas. Apretó los dientes cuando vio lo que se escondía detrás.

De tres ranuras que había cerca de la parte superior del armario, sendas películas de dieciséis milímetros iban cayendo con lentitud dentro de una profunda caja situada tras la falsa fachada de los cajones. La caja estaba llena casi hasta la mitad de las

viscosas serpientes de celuloide. Los ojos de Bond se entornaron bajo la tensión mientras observaba aquella maldita prueba arrollarse sobre el montón. Así que era eso, cámaras de cine, tres de ellas, con sus objetivos escondidos Dios sabía dónde, en el salón, en el garaje del patio, en su habitación... habían estado vigilando todos sus movimientos desde el momento en que Goldfinger dejó la casa, cuando puso en marcha las cámaras y, por supuesto, conectado las deslumbradoras luces al salir por la puerta. ¿Cómo no se había dado cuenta del significado de aquellas luces? ¿Cómo no había tenido la elemental imaginación para ver la trampa, al mismo tiempo que la olía? ¡Y él pensando en pretextos de cobertura! ¿De qué le servirían después de pasar media hora figoneando por la casa sin encontrar algo que valiese la pena? ¡Encima eso! No había descubierto nada, ni desenterrado secreto alguno. Todo había sido una estúpida pérdida de tiempo. Y ahora Goldfinger lo tenía cogido. Estaba acabado, quemado. ¿Había forma de salvar algo de aquel naufragio? Bond se quedó allí, clavado, mirando fijamente las lentas cataratas de película.

«¡Veamos!» La mente de Bond trabajaba a toda prisa, ideando escapatorias, excusas... y desechándolas una tras otra. Por lo menos al abrir la puerta del armario había velado parte de la película. ¿Por qué no velarla toda? ¿Por qué no, y de qué manera? ¿Cómo podían explicarse la puerta del armario abierta sino por su mano? Por el resquicio abierto de la puerta de la habitación le llegó un maullido. ¡El gato! ¿Por qué no podía haberlo hecho el gato? Demasiado inconsistente, pero por lo menos era la sombra de una coartada. Bond abrió la puerta y cogió al gato. Regresó con él al armario, acariciándolo con premura. El felino ronroneó. Bond se inclinó sobre la caja de películas, cogiéndolas a puñados para que les diese la luz a todas ellas. Luego, cuando estuvo convencido de que ya debían estar inservibles, las dejó otra vez y puso el gato encima. Éste no podría salir fácilmente. Con un poco de suerte se aposentaría y se pondría a dormir. Bond dejó la puerta del armario entreabierta unos centímetros para estropear la película que fuese saliendo y lo mismo hizo con la puerta de la habitación, yéndose por el pasillo. En lo alto de las escaleras redujo la marcha y se puso a andar con parsimonia. El vacío salón bostezó con su actuación. Bond fue hasta la chimenea, se sirvió más bebida en su vaso y cogió *The Field*. Lo abrió por el comentario de golf de Bernard Darwin, le dio una ojeada para ver de qué trataba; luego se instaló en uno de los sillones y encendió un cigarrillo.

¿Qué había encontrado? ¿Con qué contaba en el aspecto positivo? Con muy poca cosa, excepto que Goldfinger tenía estreñimiento y mentalidad indecente y que había querido hacerle pasar una prueba elemental. Desde luego, la había ejecutado con destreza. No se trataba de un aficionado. La técnica era digna del nivel de SMERSH, y con seguridad era la técnica de alguien con mucho que ocultar. ¿Y ahora qué iba a suceder? Para que la coartada del gato se sostuviera, Goldfinger debía haberse dejado dos puertas, una de ellas vital, entreabiertas, y el gato sentirse intrigado por el

zumbido de las cámaras. Muy improbable, casi increíble. Goldfinger estaría un noventa por ciento seguro de que había sido Bond, pero sólo un noventa. Todavía quedaría aquel diez por ciento de incertidumbre. ¿Le serviría a Goldfinger para saber mucho más de cuanto ya sabía: que Bond era un tipo astuto, ingenioso, y que había estado curioseando, que podría ser un ladrón? Conjeturaría que Bond había estado en la habitación, pero sus otros movimientos, fuesen o no de utilidad, seguirían siendo el secreto de la película velada.

Bond se levantó, cogió un puñado de revistas y las tiró al suelo, junto a su sillón. Lo único que tenía que hacer era mantener descaradamente su historia y tomar nota para el futuro, si lo había después de eso, de que era mejor que pusiera en orden sus ideas y no cometiera más errores. No habría suficientes gatos anaranjados en el mundo para sacarle de otro apuro como aquél.

No había oído el ruido de ningún coche acercándose por la avenida, ni sonido alguno de la puerta, pero Bond notó la brisa vespertina en su nuca y supo que Goldfinger había entrado de nuevo en la sala.

Capítulo 11

El hombre de las chapuzas

Bond dejó *The Field* y se levantó. La puerta de entrada se cerró de golpe. Bond giró sobre sus talones.

—Hola. —Su rostro reflejó una sorpresa cortés—. No le he oído llegar. ¿Cómo ha ido todo?

La expresión de Goldfinger era igualmente suave. Parecían viejos amigos, vecinos del campo que tenían la costumbre de dejarse caer uno en casa de otro para tomar unas copas.

—Oh, la cosa se arregló sola. Mi muchacho había tenido una pelea en un pub con unos hombres de las Fuerzas Aéreas norteamericanas que le habían llamado condenado japonés. He explicado a la policía que a los coreanos no les gusta que los llamen japoneses. Le han dejado salir bajo fianza. Siento muchísimo haber tardado tanto. Espero que no se haya aburrido. Tómese otra copa.

—Gracias, pero apenas parece que hayan pasado más de cinco minutos desde que se fue. He estado leyendo los comentarios de Darwin sobre la regla de los catorce palos. Es un punto de vista interesante... —Bond se lanzó a hacer una revisión detallada del artículo, añadiendo sus propios comentarios sobre la regla en cuestión.

Goldfinger esperó pacientemente hasta el final.

—Sí —dijo al callar Bond—, es un asunto complicado. Desde luego, usted practica un juego muy distinto del mío, más competente. Con mi tipo de swing, me parece que necesito todos los palos que me permita el reglamento. Bueno, subo a lavarme y luego cenaremos. No tardaré ni un momento.

Bond procuró hacer ruido al servirse otra bebida, se sentó y cogió un *Country Life*. Miró a Goldfinger subir por las escaleras y desaparecer en el pasillo. Se imaginó cada etapa. Observó que estaba leyendo la revista del revés. La giró y miró fijamente sin verla una magnífica fotografía del palacio de Blenheim.

Arriba había un silencio mortal. Luego se oyó tirar de una lejana cadena de lavabo y el golpe de una puerta al cerrarse. Bond cogió su bebida, dio un largo trago y dejó el vaso junto a su sillón. Goldfinger bajaba por la escalera. Bond pasó las páginas del *Country Life* y sacudió con el dedo la ceniza de su cigarrillo en el hogar.

Goldfinger cruzaba el salón dirigiéndose hacia él. Bond retiró el periódico y levantó la vista. Goldfinger llevaba el gato anaranjado bajo el brazo, desmañadamente. Llegó hasta la chimenea, se inclinó hacia delante y pulsó el timbre. Se volvió hacia Bond.

—¿Le gustan los gatos? —Su mirada era inexpresiva, poco interesada.

—Bastante.

Se abrió la puerta de servicio. El chófer estaba en el umbral. Todavía llevaba el

sombrero hongo y los relucientes guantes negros. Miró impasible a Goldfinger. Éste dobló un dedo. El chófer se acercó y se situó dentro del círculo al lado del fuego.

Goldfinger se volvió hacia Bond.

—Este hombre es mi mano derecha —dijo en tono familiar con una larga sonrisa—. Es una especie de broma. *Chapuzas*, enseña las manos al señor Bond. —Volvió a sonreír a Bond—. Le llamo *Chapuzas* porque describe muy bien sus funciones dentro de mi personal.

El coreano se quitó los guantes, se acercó a la distancia de un brazo de Bond y extendió sus manos con las palmas hacia arriba. Bond se levantó y las miró. Eran grandes y muy musculosas. Todos los dedos parecían tener la misma longitud. Sus extremos eran muy romos y relucían como si fueran de hueso amarillo.

—Dales la vuelta y enseña los cantos al señor Bond.

No había uñas. En su lugar había aquel mismo carapacho amarillento. El hombre giró las manos poniéndolas de lado. Bajo cada canto de la mano había una cresta dura de la misma materia ósea.

Bond miró a Goldfinger enarcando las cejas.

—Hagamos una demostración —dijo Goldfinger.

Señaló el grueso pasamanos de roble de la escalera. La barandilla era maciza, con un grosor de quince centímetros por diez. El coreano, obediente, fue hasta la escalera y subió unos peldaños. Se quedó con las manos en el costado, mirando a su amo como un buen perro perdiguero. Goldfinger hizo una rápida seña con la cabeza. Impasible, el coreano levantó la mano derecha en línea recta por encima de su cabeza y la dejó caer de canto como un hacha contra la pesada barandilla pulimentada. Se produjo un estallido de astillas y la barandilla cedió, casi partida por el centro. La mano subió y descendió de nuevo como un rayo. Esa vez atravesó por completo la barandilla, dejando un hueco mellado. Las astillas cayeron con estrépito al suelo del salón. El coreano se irguió y se quedó en posición de firmes, esperando nuevas órdenes. En su rostro no había el más leve rubor por el esfuerzo, ni signo alguno de orgullo por su proeza.

Goldfinger lo llamó con una seña. El hombre acudió cruzando la sala.

—Sus pies también son así —comentó el dueño de la casa—, me refiero a los bordes externos. *Chapuzas*, la repisa de la chimenea. —Goldfinger señaló la pesada plataforma de madera tallada encima del hogar. Estaba a unos dos metros del suelo, quince centímetros más arriba que la parte superior del sombrero hongo del coreano.

—¿Ito e bredo?

—Sí, quítate la chaqueta y el sombrero. —Goldfinger se dirigió a Bond—. El pobre tiene un paladar bífido. No creo que, aparte de mí, lo entienda mucha gente.

Bond reflexionó en lo útil que sería tener un esclavo que sólo pudiera comunicarse con el mundo a través de su intérprete, mejor incluso que los

sordomudos de los harenes, aún más estrechamente ligado a su amo, y de forma más segura.

Chapuzas, que se había despojado de la chaqueta y el sombrero depositándolos pulcramente en el suelo, se enrolló las perneras de los pantalones por encima de las rodillas y se echó hacia atrás en la posición abierta y bien asentada del judoca experto. Daba la impresión de que ni un elefante cargando lo desequilibraría.

—Es mejor que se aparte, señor Bond. —Los dientes relucían en la amplia boca—. Este golpe quiebra el cuello de un hombre como si fuese un narciso. —Goldfinger puso a un lado la mesita con la bandeja de las bebidas. Ahora el coreano tenía un espacio despejado. Pero se encontraba a sólo tres pasos de distancia. ¿Cómo pensaba llegar a la alta repisa?

Bond observó, fascinado. Los ojos oblicuos en el chato rostro amarillo brillaban con atención feroz. Enfrentado a un hombre así, pensó Bond, no se podía hacer otra cosa que arrodillarse y esperar la muerte.

Goldfinger levantó la mano. Los dedos apiñados en los brillantes zapatos de charol parecieron agarrarse al suelo. El coreano dio una sola zancada larga agachado, con las rodillas bien dobladas, y luego salió disparado del suelo hacia arriba mientras giraba. Sus pies se juntaron en el aire como los de un bailarín de ballet, pero a más altura de cuanto un bailarín ha llegado jamás, y entonces el cuerpo se dobló hacia un lado y hacia abajo y el pie izquierdo salió disparado como un émbolo. Se oyó un estrépito sordo. El cuerpo cayó con elegancia sobre las manos, extendidas en el suelo, los codos se doblaron para absorber el peso y a continuación se extendieron bruscamente para lanzar al hombre hacia arriba y de nuevo sobre sus pies.

Chapuzas se quedó firme. Esa vez hubo un brillo de triunfo en sus ojos planos mientras miraba el mellado mordisco de ocho centímetros que el canto de su pie había arrancado de la repisa de la chimenea.

Bond miró al hombre con profundo temor. ¡Y pensar que sólo dos noches antes él, Bond, había estado trabajando en su manual de combate sin armas! No existía nada, nada en absoluto, en todas sus lecturas o experiencia, que se acercara a lo que acababa de presenciar. Aquello no era un hombre de carne y hueso. Era una maza viviente, acaso el animal más peligroso en la faz de la tierra. Bond tenía que hacerlo, debía rendir homenaje a aquella persona tan singularmente espantosa. Le tendió la mano.

—Con suavidad, *Chapuzas*. —La voz de Goldfinger era como el restallar de un látigo.

El coreano inclinó la cabeza y cogió la mano de Bond en la suya. Mantuvo los dedos rectos y se limitó a doblar el pulgar con un ligero apretón. Fue como agarrar un pedazo de tabla. Soltó la mano de Bond y anduvo hacia su pulcro montón de ropa.

—Disculpe, señor Bond, y le agradezco su gesto. —El rostro de Goldfinger

mostraba aprobación—. Pero *Chapuzas* no conoce su propia fuerza, en especial si está excitado. Y esas manos son como herramientas. Habría podido convertir su mano en pulpa sin pretenderlo. Bien —*Chapuzas* se había vestido y permanecía firme en una respetuosa postura—, lo has hecho muy bien, *Chapuzas*. Me alegra ver que te mantienes en forma. —Goldfinger cogió el gato de debajo de su brazo y se lo arrojó al coreano, que lo atrapó ansioso—. Toma, estoy harto de ver este animal por aquí. Te lo puedes comer para cenar. —Los ojos del coreano brillaron—. Y di en la cocina que cenaremos de inmediato.

El coreano inclinó bruscamente la cabeza y giró sobre sus talones para irse.

Bond ocultó su repugnancia. Se dio cuenta de que toda aquella exhibición era un mensaje para él, una advertencia, un ligero rapapolvo que le decía:

«Ya ha visto mi poder, señor Bond. Podría haberle matado o mutilado fácilmente. *Chapuzas* estaba haciéndonos una exhibición y usted se puso en medio. Con toda seguridad yo sería inocente y *Chapuzas* saldría con una condena ligera. En cambio, el gato será castigado en su lugar. Mala suerte para el gato, desde luego.»

—¿Por qué el hombre lleva siempre ese sombrero hongo? —preguntó Bond sin darle importancia.

—¡*Chapuzas*! —El coreano había llegado a la puerta de servicio—. El sombrero. —Goldfinger señalaba un panel en las molduras próximas a la chimenea.

Sin dejar de sostener el gato con el brazo izquierdo, *Chapuzas* se volvió y anduvo con indiferencia hacia ellos. Cuando se hallaba a medio camino, y sin hacer ninguna pausa ni apuntar, se quitó el sombrero, lo cogió por el ala y lo lanzó con todas sus fuerzas. Hubo un fuerte sonido metálico. Durante un instante, el ala del sombrero hongo se mantuvo incrustada dos centímetros en el panel que Goldfinger había indicado, luego cayó al suelo con estruendo.

Goldfinger dirigió una educada sonrisa a Bond.

—Una aleación ligera, pero muy fuerte, señor Bond. Me temo que habré estropeado el recubrimiento de fieltro, pero *Chapuzas* pondrá otro. Es sorprendentemente rápido con la aguja y el hilo. Como puede imaginar, ese golpe habría aplastado el cráneo de un hombre o dejado su cuello medio cortado. Un arma casera y disimulada con mucho ingenio. Estoy seguro de que opina como yo.

—Sí, desde luego. —Bond sonrió con la misma cortesía—. Un muchacho útil para tenerlo cerca.

Chapuzas había recogido su sombrero y desaparecido. Entonces se oyó el sonido de un gong.

—¡Ah, la cena! ¿Vamos? —Goldfinger abrió camino hasta una puerta disimulada en el artesonado de la derecha de la chimenea. Pulsó un seguro oculto y penetraron por ella.

El pequeño comedor hacía juego con la pesada opulencia del vestíbulo. Estaba

iluminado por una araña central y por velas sobre una mesa redonda, que brillaba con la plata y el cristal. Se sentaron uno frente a otro. Dos sirvientes de tez amarilla con chaquetas blancas les sirvieron platos de una cargada mesa de servicio. El primer plato era algo con curry y arroz. Goldfinger, dándose cuenta de la vacilación de Bond, emitió una aguda risita.

—Tranquilo, señor Bond. Son langostinos, no gato.

—Ah. —La expresión de Bond fue evasiva.

—Le recomiendo que pruebe el Mosela. Espero que sea de su gusto. Es un Piesporter Goldtröpfchen del 53. Sírvase usted mismo. Estos sujetos tanto pueden servirlo en el plato como en el vaso.

Había una esbelta botella en una cubitera delante de Bond. Se sirvió un poco de vino y lo probó. Era delicioso y estaba muy frío. Bond felicitó a su anfitrión. Goldfinger hizo una cortés inclinación de cabeza.

—Yo no bebo ni fumo, señor Bond. Encuentro que fumar es la más ridícula de todas las variedades de la conducta humana, y casi la única que es antinatural. ¿Se imagina a una vaca o a cualquier otro animal cogiendo un bocado de paja en ignición, respirando el humo y luego soprándolo por el hocico? ¡Bah! —Goldfinger mostró un insólito vestigio de emoción—. Es una práctica detestable, como la de beber.

»Yo tengo algo de químico y todavía no he encontrado una bebida alcohólica que esté desprovista de rastros de diversos venenos, algunos de ellos mortales, como aceite de fusel, ácido acético, acetato de etilo, acetaldehído y furfural. Un poco de alguno de estos venenos en estado puro le mataría. En las pequeñas cantidades que se encuentran en una botella de licor producen distintos efectos perniciosos, la mayoría de los cuales se despachan frívolamente con el nombre de «resaca». —Goldfinger se interrumpió, con el tenedor lleno de langostino al curry a medio camino hacia su boca. Luego prosiguió—: Ya que usted bebe, señor Bond, voy a darle un buen consejo: No beba nunca el coñac llamado Napoleón, en especial si se indica que está «envejecido en barrica». Ese mejunje en concreto contiene más cantidad de los venenos que le he mencionado que ninguna otra bebida alcohólica que yo haya analizado. El bourbon añejo viene a continuación. —Goldfinger terminó su diatriba con un bocado de langostino.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta. Quizás por este motivo hace poco me he pasado al vodka. Se dice que su filtrado a través de carbón activo es beneficioso. — Bond, sacando a la luz aquel detalle erudito de recuerdos confusos de algo que había leído, estaba bastante orgulloso de haber podido devolver el potente servicio de Goldfinger.

Este se lo quedó mirando atentamente.

—Parece tener algún conocimiento acerca de estos temas. ¿Ha estudiado química?

—Sólo un poco. —Ya iba siendo hora de que cambiara de tema—. Me ha impresionado ese chófer suyo. ¿Dónde aprendió a combatir de esa forma? ¿De dónde lo sacó? ¿Es el estilo coreano?

Goldfinger se tocó los labios con la servilleta. Hizo chasquear los dedos. Los dos hombres retiraron los platos y sirvieron un anadón asado, además de una botella de Mouton Rothschild de 1947 para Bond. Cuando se quedaron inmóviles, uno a cada extremo de la mesa de servicio, Goldfinger preguntó a Bond:

—¿Ha oído hablar alguna vez del karate? ¿No? Bien, este hombre es uno de los tres únicos del mundo que han conseguido el cinturón negro de karate. El karate es una derivación del judo, pero es al judo lo que una ametralladora a una catapulta.

—Ya me he dado cuenta.

—Esta demostración era elemental, señor Bond. —Goldfinger sostenía el muslo que había estado mordisqueando—. Puedo asegurarle que si *Chapuzas* hubiese empleado el golpe adecuado en cualquiera de siete puntos de su cuerpo, ahora usted estaría muerto. —Goldfinger mordió con placer un lado del muslo.

—Es muy interesante —repuso Bond muy serio—. Yo sólo sé cinco maneras de matar a *Chapuzas* de un solo golpe.

Goldfinger hizo como que no oía el comentario. Dejó el muslo y bebió un largo trago de agua. Se echó hacia atrás y habló mientras Bond seguía comiendo el excelente plato.

—El karate, señor Bond, se basa en la teoría de que el cuerpo humano posee cinco superficies para golpear y treinta y siete puntos vulnerables, esto es, vulnerables para un experto en karate cuyos cantos de manos y de pies y puntas de los dedos están endurecidos con capas córneas, mucho más fuertes y flexibles que el hueso. Todos los días de su vida, señor Bond, *Chapuzas* se pasa una hora golpeando, o bien sacos de arroz sin limpiar, o bien un fuerte poste cuyo extremo superior tiene varias vueltas de cuerda gruesa. Luego pasa otra hora de entrenamiento físico, que es más parecido a una escuela de ballet que a una de gimnasia.

—¿Y cuándo practica el lanzamiento del sombrero hongo? —Bond intentaba no sucumbir a aquella guerra psicológica.

Goldfinger frunció el entrecejo ante la interrupción.

—Nunca se lo he preguntado —dijo sin humor—. Pero creo que puede tener por cierto que *Chapuzas* no descuida ninguna de sus habilidades. No obstante, usted preguntaba dónde se originó el karate.

»Tiene su origen en China, donde los sacerdotes budistas errantes se habían convertido en presa fácil para salteadores de caminos y bandidos. Como su religión no les permitía llevar armas, desarrollaron su propia forma de combate sin ellas. Los habitantes de Okinawa refinaron ese arte hasta su forma actual cuando los japoneses les prohibieron llevar armas.

»Desarrollaron las cinco superficies de ataque del cuerpo humano: el puño, el canto de la mano, las puntas de los dedos, la masa del pie y los codos, y las fortalecieron hasta que quedaron recubiertas de capas córneas. Un golpe de karate no tiene continuidad. Todo el cuerpo se pone rígido en el momento del impacto, en especial las caderas, y luego se relaja de manera instantánea, de forma que nunca se pierde el equilibrio. Lo que *Chapuzas* puede hacer es sorprendente. Le he visto golpear una pared de ladrillos con toda su fuerza sin lastimarse la mano. Es capaz de partir tres tablas de un centímetro de grosor apiladas con un golpe de la mano. Ya ha visto lo que puede hacer con los pies.

Bond bebió un largo trago del delicioso tinto.

—Todo esto le debe salir muy caro en muebles.

Goldfinger se encogió de hombros.

—Esta casa ya no me sirve de mucho. He pensado que le divertiría una demostración. Espero que esté de acuerdo en que *Chapuzas* se ha ganado el gato. — La mirada de rayos X llameó a través de la mesa.

—¿Se entrena con gatos?

—Los considera un bocado exquisito. Les cogió el gusto durante una hambruna en su país, cuando era joven.

Bond pensó que ya era hora de ahondar un poco más.

—¿Para qué necesita un hombre así? No creo que sea una compañía muy agradable.

—Señor Bond —Goldfinger chasqueó los dedos para llamar a los criados—, resulta que soy rico, muy rico, y cuanto más rico es un hombre, más protección necesita.

»El guardaespaldas corriente suele ser un policía retirado. Tales hombres no sirven para eso. Sus reacciones son lentas; sus métodos, anticuados, y no permanecen inmunes al soborno. Además, sienten respeto por la vida humana. Eso no es bueno si quiero seguir vivo.

»Los coreanos no tienen esos sentimientos. Por esa razón los japoneses los utilizaron como guardianes en sus campos de concentración durante la guerra. Son la gente más cruel y despiadada del mundo. Mi personal está formado por individuos con esas cualidades. Me han servido bien, no tengo quejas. Tampoco ellos las tienen. Están bien pagados, alimentados y alojados. Cuando quieren sexo, se les traen de Londres mujeres de la calle, que son muy bien pagadas por sus servicios, y luego se las devuelve a la ciudad. Las mujeres no son ninguna belleza, pero tienen la piel blanca y eso es cuanto piden los coreanos, someter a la raza blanca a las peores indignidades. A veces se producen accidentes, pero —los pálidos ojos miraron inexpresivos la mesa— el dinero es una mortaja eficaz.

Bond sonrió.

—¿Le gusta el aforismo? Es mío.

Llegó un excelente soufflé de queso, seguido del café. Comieron en silencio, ambos cómodos y relajados al parecer por aquellas confidencias. Bond lo estaba de verdad. Goldfinger, obviamente a propósito, dejaba ver un poco de su personalidad, no mucho, no más allá de la superficie, pero estaba mostrando a Bond una de sus facetas íntimas; era de suponer que aquélla a la cual creía que Bond respondería: la del eficiente magnate despiadado de sangre fría. Quizás, después de todo, el espionaje llevado a cabo por Bond en la casa —que como mínimo Goldfinger debía suponer— había revelado a este último algo sobre Bond que le complacía saber: que tenía su propio lado deshonesto y que era un caballero sólo en apariencia. Ahora debería haber más tanteos y a continuación, con suerte, la proposición.

Bond se recostó en la silla y encendió un cigarrillo.

—Tiene un hermoso coche —dijo Bond—. Debe ser uno de los últimos de la serie, de alrededor de 1925, ¿no? ¿Con dos bloques de tres cilindros y dos bujías cada uno, una encendida por la magneto y la otra por la bobina?

—Está usted en lo cierto. Pero en otros aspectos he tenido que introducir algunas modificaciones. He añadido cinco láminas a las ballestas e instalado frenos de disco en las ruedas traseras para aumentar el poder de frenado. Los servofrenos de las ruedas delanteras no bastaban.

—¿Por qué? No creo que su velocidad máxima pase de ochenta kilómetros por hora. La carrocería no puede ser tan pesada.

Goldfinger enarcó las cejas.

—¿Usted cree? Una tonelada de carrocería blindada y un cristal blindado suponen una gran diferencia.

Bond sonrió.

—¡Ah! Ya comprendo. Desde luego, se cuida usted mucho. Pero ¿cómo se las arregla para cruzar el Canal por aire? ¿No atraviesa el coche el suelo del avión?

—Fleto el avión para mí solo. La compañía Silver City ya conoce el coche. Es una rutina regular, dos veces al año.

—¿Va a Europa sólo a hacer turismo?

—Unas vacaciones para jugar al golf.

—Apasionante. ¡Siempre he querido hacer algo así!

Goldfinger no mordió el anzuelo.

—Ahora puede permitírselo.

Bond sonrió.

—Oh, ¿se refiere a esos diez mil dólares extras? Pero quizás los necesite si decido irme a Canadá.

—¿Cree usted que allí ganará dinero? ¿Acaso es eso lo que quiere?

El tono de Bond fue ilusionado.

—Mucho. Trabajar no tiene ningún otro sentido.

—Por desgracia, casi todas las formas de ganar mucho dinero precisan un largo tiempo. Cuando se ha ganado el dinero, ya se es demasiado viejo para disfrutarlo.

—Ése es el problema. Siempre estoy al tanto de los atajos. Aquí no los hay. Los impuestos son demasiado elevados.

—Desde luego. Y las leyes muy estrictas.

—Sí, ya lo descubrí.

—¿Ah, sí?

—Estuve implicado en el tráfico de heroína. Me libré por los pelos sin pillarme los dedos. Supongo que esto no saldrá de aquí.

Goldfinger se encogió de hombros.

—Señor Bond, alguien dijo que «las leyes son los prejuicios cristalizados de la comunidad». Estoy de acuerdo con esa definición. Su aplicación resulta muy adecuada al tráfico de drogas. Y aunque no lo fuese, no es mi problema ayudar a la policía.

—Bueno, sucedió así... —Bond se lanzó a explicar la historia del tráfico mexicano, intercambiando su papel con Blackwell, y terminó diciendo—: Tuve suerte de conseguir escapar, pero eso no me dio una fama demasiado buena en Universal Export.

—Yo diría que no. Una historia interesante. Parece que es usted un hombre de recursos. ¿No le interesaría continuar en esa misma línea de negocios?

Bond se encogió de hombros.

—Un poco complicado, y a veces en exceso. A juzgar por aquel mexicano, los peces gordos del negocio no son lo bastante gordos cuando hay líos. Al ponerse las cosas feas, el hombre no se defendió más que de boquilla.

Goldfinger se levantó de la mesa y Bond lo imitó.

—Ha sido una velada muy interesante, señor Bond. No sé si yo volvería a meterme en eso de la heroína. Hay maneras más seguras de ganar mucho dinero. Uno debe asegurarse de que las probabilidades son favorables y entonces arriesgarlo todo. No es fácil doblar el capital y las posibilidades no se presentan a menudo. ¿Le gustaría oír otro de mis aforismos? —Sí.

—Bien, señor Bond —Goldfinger esbozó la sutil sonrisa de los ricos—. La forma más segura de doblar el dinero es doblar los billetes en dos y metérselos en el bolsillo.

Bond, en el papel del empleado de banco escuchando al director, sonrió obediente, pero no hizo comentario alguno. Aquello no le servía de mucho. Así no iba a ninguna parte. Pero el instinto le aconsejaba no poner el pie en el acelerador.

Volvieron al salón. Bond tendió la mano a su anfitrión.

—Muchas gracias por esta excelente cena. Ya es hora de que me vaya y duerma

un poco. Tal vez nos encontremos en otra ocasión.

Goldfinger estrechó la mano de Bond unos segundos y la apartó —otro gesto del millonario subconscientemente temeroso «del contacto»— mirándole con dureza.

—No me sorprendería lo más mínimo, señor Bond —dijo con tono enigmático.

En su viaje de regreso a la isla de Thanet a la luz de la luna, Bond dio una y mil vueltas a la frase en su mente. Se desvistió y se metió en la cama pensando en ella, incapaz de adivinar su significado. Quizás quisiera decir que Goldfinger tenía la intención de ponerse en contacto con él, o que él debía tratar de mantenerse en contacto con Goldfinger. Cara la primera idea; cruz la segunda. Bond saltó de la cama, cogió una moneda del tocador y la echó al aire. Salió cruz. ¡Así que le tocaba a él mantenerse cerca de Goldfinger!

Así lo haría. Pero su cobertura tendría que ser mucho mejor la siguiente vez que «se encontraran». Bond volvió a la cama y se durmió de inmediato.

Capítulo 12

Tras el rastro de un fantasma

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Bond llamó al jefe de Estado Mayor.

—James al habla. He echado un vistazo a la casa. La he recorrido por completo. Anoche cené con el propietario. Puedo asegurar con toda certeza que el punto de vista del director general es correcto. Desde luego en la finca hay algo poco claro. No tengo bastantes datos para mandar un informe topográfico. El propietario se marcha al extranjero mañana, en avión desde Ferryfield. Ojalá supiera su hora de salida. Me gustaría echar otro vistazo a su Rolls. Creo que le regalaré un equipo de radio portátil. Yo también iré un poco más tarde. ¿Podrías decir a la señorita Ponsonby que haga la reserva? Destino desconocido hasta el momento. Me mantendré en contacto. ¿Hay algo más por allí?

—¿Cómo fue el partido de golf?

—Gané.

Se oyó una risita al otro extremo de la línea.

—Ya pensé que lo harías. Unas apuestas muy elevadas, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Llamó el señor Scotland anoche. Dijo que le habían dado un soplo por teléfono de que alguien con tu nombre estaba en posesión de una gran cantidad de dólares no declarados. ¿Teníamos esa persona y lo demás era cierto? El chico no era muy veterano y no sabía nada de Universal. Le dije que tuviera unas palabras con el comisario y esta misma mañana nos han presentado sus excusas, ¡casi al mismo tiempo que tu secretaria encontraba un sobre con diez mil dólares entre tu correspondencia! Muy taimado por parte de tu hombre, ¿no crees?

Bond sonrió. Era típico de Goldfinger pensar en algo para que los dólares le causaran problemas. Tal vez hizo la llamada a Scotland Yard justo después del partido. Había querido enseñar a Bond que si uno daba un golpe a Goldfinger, como mínimo se llevaba una espina clavada en la mano. Pero la cobertura de Universal Export parecía haber aguantado.

—¡Este tío es un hacha! —exclamó Bond—. ¡El muy sinvergüenza! Comunica al director general que esta vez son para la Cruz Blanca. ¿Puedes arreglar todo lo demás?

—Por supuesto. Te llamo en unos minutos. Pero vigila tus pasos en el extranjero y avísanos enseguida si te aburres y necesitas compañía. Hasta luego.

—Adiós. —Bond colgó el auricular. Se levantó y se puso a hacer el equipaje. Podía ver la escena en el despacho del jefe de Estado Mayor al reproducirse la conversación grabada en cinta mientras el jefe de Estado Mayor traducía la llamada a la señorita Moneypenny.

—Dice que coincide en que Goldfinger tiene algo grande entre manos, pero no puede saber qué. G se va en avión esta mañana con su Rolls desde Ferryfield. 007 quiere seguirle. (*Digamos, dos horas más tarde para dar tiempo a que G llegue al otro lado. Haga las reservas, ¿quiere?*) Pide que hablemos con los de Aduanas para que él pueda echar un buen vistazo al Rolls y colocar un Homero en el portaequipajes. (*Arregle también esto, por favor*). Se mantendrá en contacto a través de las estaciones en caso de que necesite ayuda...

Y así sucesivamente. Era una máquina eficiente. Bond terminó de hacer su equipaje y, cuando llegó la llamada de Londres dándole sus diversas acreditaciones, bajó al vestíbulo, pagó su cuenta y abandonó de inmediato Ramsgate para dirigirse hacia la carretera de Canterbury.

Londres había dicho que Goldfinger tenía hecha la reserva en un vuelo especial que salía a las doce. Bond llegó a Ferryfield a las once y se dio a conocer al jefe de Control de Pasaportes y a los oficiales de Aduanas que lo esperaban. Hizo que se llevaran su coche fuera de la vista, a un hangar vacío, y se sentó a fumar y charlar de trivialidades con el personal de pasaportes. Creían que pertenecía a Scotland Yard y él no los sacó de su error. No, dijo, no sucedía nada con Goldfinger. Cabía la posibilidad de que uno de sus empleados intentara sacar algo del país de contrabando. Un asunto confidencial. ¿Podrían dejar solo a Bond con el coche durante diez minutos? Quería echar un vistazo a la caja de herramientas. Los de Aduanas, ¿serían tan amables de dar al resto del Rolls su tratamiento de lujo en busca de compartimientos secretos? Lo harían con mucho gusto.

A las doce menos cuarto, uno de los agentes de Aduanas asomó la cabeza por la puerta e hizo un guiño a Bond.

—Ya llega. Con el chófer. Pediremos a ambos que embarquen antes que el coche. Les diremos que es algo relacionado con la distribución del peso. No es tan extraño como parece. Ya conocemos ese viejo armatoste. Está blindado y pesa unas tres toneladas. Le avisaremos cuando estemos listos.

—Gracias.

La sala se vació. Bond se sacó el frágil paquetito del bolsillo. Contenía una pila seca conectada a un pequeño tubo de vacío. Revisó las conexiones, volvió a guardarse el aparato en el bolsillo de la chaqueta y esperó. A las doce menos cinco se abrió la puerta. El oficial le hizo una seña.

—Ningún problema. Ya están a bordo.

El enorme y reluciente Silver Ghost estaba en la nave de Aduanas, fuera de la vista del avión. El único coche que había allí, aparte del Rolls, era un Triumph TR3 descapotable gris paloma con la capota bajada. Bond fue a la parte trasera del Rolls. Los agentes de Aduanas habían desatornillado la tapa del compartimiento de herramientas. Bond extrajo el cajón de las mismas y simuló examinarlas con

detenimiento, así como el cajón. Se arrodilló. Con el pretexto de revisar las paredes del compartimiento deslizó la pila y el tubo en su parte trasera, luego colocó de nuevo el cajón de herramientas. Encajaba a la perfección. Se levantó y se restregó las manos.

—Negativo —dijo al oficial de Aduanas.

Éste puso la tapa en su sitio y la atornilló con la llave correspondiente. Se levantó.

—No hay nada raro en el chasis ni en la carrocería. Aunque queda mucho espacio en el bastidor y en la tapicería, no podemos llegar hasta él sin hacer un trabajo a fondo. ¿Ya está todo?

—Sí, y gracias. —Bond regresó a la oficina. Oyó el rápido quejido sólido del viejo arranque automático. Un instante después el coche salía de la nave y se encaminaba hacia la rampa de carga. Bond permaneció en la parte trasera de la oficina y lo contempló mientras subía por la rampa. Las grandes mandíbulas ruidosas del Bristol Freighter se cerraron. Apartaron los calzos y el jefe de pista levantó un pulgar. Los dos motores tosieron con fuerza antes de arrancar y la gran libélula plateada rodó hacia la pista de despegue.

Cuando el avión ya estaba en la pista, Bond volvió a su coche y saltó al asiento del conductor. Pulsó un interruptor situado bajo el tablero de instrumentos. Hubo un momento de silencio y luego el altavoz oculto emitió un fuerte chillido áspero. Bond giró un botón. El chillido se redujo a un zumbido profundo. Bond esperó hasta oír que el Bristol despegaba. A medida que el avión ascendía y se dirigía hacia la costa, el zumbido disminuyó. En cinco minutos había desaparecido. Bond sintonizó el aparato y lo cogió de nuevo. Lo siguió durante cinco minutos mientras el avión cruzaba el Canal y luego lo apagó. Condujo el coche hasta la nave de Aduanas, dijo al jefe que regresaría a la una y media para coger el vuelo de las dos, y se dirigió a un pub que conocía en Rye. Desde aquel momento, siempre que permaneciese dentro de unos ciento sesenta kilómetros de distancia del Rolls, el Homero, el tosco transmisor de radio que había colado en su compartimiento de herramientas, se mantendría en contacto con el receptor de Bond. Todo lo que tenía que hacer era vigilar los decibelios y no dejar que el ruido se desvaneciera.

Aquella era una forma simple de buscador direccional que permitía que un coche siguiera el rastro de otro durante largo tiempo manteniendo el contacto sin peligro de ser descubierto. Al otro lado del Canal, Bond tendría que averiguar la carretera que Goldfinger había tomado desde Le Touquet, mantenerse dentro del radio de acción del Homero y aproximarse cerca de las poblaciones grandes o donde quiera que hubiese una bifurcación o un cruce importante. En ocasiones, Bond tomaría una decisión equivocada y tendría que conducir a más velocidad para recuperar terreno. El DB III se ocuparía de ello. Iba a ser divertido jugar al gato y al ratón a través de Europa. El sol brillaba en un cielo despejado. Bond sintió un fuerte estremecimiento

en la espalda por un instante. Sonrió para sí, con una sonrisa dura, fría y cruel. «Goldfinger —pensó—, por primera vez en tu vida estás en dificultades, en graves dificultades.»

Siempre hay un *agent cycliste* en el peligroso cruce en que la tranquila N-38 de Le Touquet se encuentra con la viscosa turbulencia de la gran N-1. Sí, desde luego había visto al Rolls. Era imposible no fijarse en él. Un verdadero aristócrata entre los coches. A la derecha, *monsieur*, hacia Abbeville. ¡Debe de llevarle una hora de ventaja, pero con este *bolide* suyo...!

En cuanto Bond hubo hecho los trámites en el aeropuerto, el Homero había captado el zumbido del Rolls. Pero era imposible saber si Goldfinger iba hacia el norte —hacia Holanda, Austria o Alemania— o hacia el sur. Para ese tipo de localización se precisan dos radiocoches para orientarse. Bond saludó con la mano al agente y exigió toda la potencia a su motor. Tenía que aproximarse lo más deprisa posible. Goldfinger habría cruzado Abbeville y ya debía haber pasado la gran bifurcación de la N-1 hacia París, o la N-28 hacia Rouen. Si Bond tomaba una dirección equivocada, perdería gran cantidad de tiempo y de distancia.

Bond se precipitó por la mal peraltada carretera. No corrió riesgos innecesarios, pero cubrió los cuarenta y tres kilómetros hasta Abbeville en quince minutos. El zumbido del Homero era fuerte. Goldfinger no podía estar a más de treinta kilómetros por delante, pero ¿hacia dónde tomar en la bifurcación? Bond se decidió por la carretera de París. Apretó el acelerador a fondo. Durante un rato la voz del Homero no reflejó cambios. Bond tanto podía haber acertado como no. Luego, poco a poco, el zumbido empezó a desvanecerse. ¡Maldición! ¿Regresaba o continuaba a toda velocidad para tomar por una de las carreteras secundarias hacia Rouen y cogerlo allí de nuevo? Bond odiaba volver atrás. A diez kilómetros de Beauvais giró a la derecha.

La carretera fue mala durante un trecho, pero después se encontró en la rápida N-30 y pudo permitirse, guiado por el sonido del altavoz, dejarse llevar a Rouen. Se detuvo en las afueras de la ciudad y permaneció a la sombra mientras consultaba su guía Michelin. Por el zumbido creciente supuso que había adelantado a Goldfinger. Pero por delante tenía otra bifurcación vital, no tan fácil de recuperar si se equivocaba de nuevo. O bien Goldfinger tomaría la ruta de Alençon-Le Mans-Tours hacia el sur, o bien pensaba ir hacia el sudeste, evitando París, por Evreux, Chartres y Orleans. Bond no podía acercarse más al centro de Rouen para ver por un momento el Rolls y mirar el camino que tomaba. Tendría que esperar hasta que el Homero empezara a menguar y entonces confiar en su propia intuición.

Transcurrió un cuarto de hora antes de que Bond estuviera seguro de que el Rolls había pasado. Esa vez cogió de nuevo por el lado izquierdo de la bifurcación. Pegó el pedal del acelerador al suelo y se lanzó hacia delante. El zumbido fue convirtiéndose

en un chillido. Bond tenía el rastro. Redujo la velocidad a sesenta y cinco kilómetros por hora, sintonizó el receptor hasta recibir un susurro y se puso a divagar, preguntándose hacia dónde se dirigía Goldfinger.

Las cinco, las seis, las siete. El sol se reflejó en el espejo retrovisor de Bond mientras el Rolls continuaba su marcha. Atravesaron Dreux y Chartres y se encontraban en el largo tramo recto de ochenta kilómetros hasta Orleáns. Si iba a detenerse allí para pasar la noche, el Rolls no lo habría hecho nada mal: casi quinientos kilómetros en un poco más de seis horas. Goldfinger no era perezoso viajando en coche. Debía mantener el viejo Silver Ghost a su velocidad máxima cuando circulaba por fuera de las poblaciones. Bond empezó a aproximarse.

Delante vio unas luces traseras, débiles. Bond llevaba encendidos los faros antiniebla. Cambió a los normales. Era un pequeño coche deportivo. Bond se acercó. ¿MG? ¿Triumph? ¿Austin Healey? Era un Triumph biplaza gris claro con la capota levantada. Bond lanzó una ráfaga con los faros y lo adelantó. Delante brillaban los pilotos traseros de otro coche. Bond cambió de nuevo y puso los faros antiniebla. El otro coche se hallaba a un kilómetro y medio de distancia. Bond fue acercándosele. A cuatrocientos metros encendió y apagó las luces largas para echar una mirada rápida. Sí, era el Rolls. Bond volvió a retrasarse hasta un kilómetro y medio y se mantuvo a esa distancia, siendo vagamente consciente de las tenues luces del TR3 en su retrovisor. En las afueras de Orleáns, Bond se apartó a un lado de la carretera. El Triumph le adelantó con un rugido indiferente.

A Bond nunca le había gustado Orleáns. Era una ciudad dominada por los curas y las leyendas, sin gracia ni alegría. Se contentaba con vivir de Juana de Arco y ofrecer al visitante una dura imagen sagrada mientras se quedaba con su dinero. Bond consultó su guía Michelin. Seguramente, Goldfinger pararía en hoteles de cinco estrellas y comería filetes de lenguado y pollo asado. Tendría que ser Les Arcades o el Moderne. A Bond le habría gustado quedarse fuera de la ciudad y dormir en las riberas del Loira, en el excelente Auberge de la Montespan, con el estómago lleno de *quenelles de brochet*. Pero tendría que mantenerse más cerca del zorro que perseguía. Se decidió por el Hotel de la Gare y por cenar en la cantina de la estación.

En caso de duda, Bond siempre escogía los hoteles de las estaciones. Eran correctos, había mucho espacio para aparcar y las probabilidades estaban a favor de que la comida de la cantina fuera excelente. Y en la estación se podía oír el latido de la ciudad. Los sonidos nocturnos de los trenes estaban cargados de tragedia y romanticismo.

El zumbido del receptor había permanecido constante durante diez minutos. Bond comprobó la ruta hacia los tres hoteles y entró despacio y con precaución en la ciudad. Fue hasta el río y condujo a lo largo de los iluminados muelles. Había

acertado. El Rolls estaba delante de Les Arcades. Bond volvió a la ciudad y se dirigió a la estación.

El Hotel de la Gare era tal como había esperado: barato, anticuado y muy cómodo. Bond se dio un baño caliente, volvió a su coche para asegurarse de que el Rolls no se había movido, fue al restaurante de la estación y comió uno de sus menús preferidos: dos *oeufs cocotte á la crème*, un gran *solé meunière*^[23] (Orleáns estaba lo suficientemente cerca del mar; los peces del Loira tienden a tener sabor a fango) y un Camembert en su punto. Bebió una botella de Rosé d'Anjou muy frío y se tomó un Hennessy Tres Estrellas con el café. A las diez y media abandonó el restaurante, comprobó la señal del Rolls y se paseó por las virtuosas calles durante una hora. Tras una última comprobación al Rolls se fue a la cama.

A las seis de la mañana, el Rolls no se había movido. Bond abonó la cuenta, se tomó un *café complet* —con una ración doble de café— en la estación, condujo hasta los muelles y metió el coche marcha atrás en una calle lateral. No podía permitirse otra equivocación. Goldfinger, o bien cruzaría el río y se dirigiría al sur para entrar en la N-7 hacia la Riviera, o bien seguiría la orilla norte del Loira, quizás hacia la Riviera, pero también camino de Suiza e Italia. Bond salió del coche y se apoyó con actitud despreocupada contra el parapeto del muro del río, observando por entre los troncos de los plátanos. A las ocho y media, dos pequeñas figuras salieron de Les Arcades. El Rolls se puso en camino. Cuando Bond lo vio seguir los muelles hasta perderse de vista, se puso tras el volante del Aston Martin e inició la persecución.

Bond condujo con calma siguiendo el Loira a la luz del sol de principios de verano. Aquél era uno de sus rincones del mundo favoritos. En mayo, con los árboles frutales poniéndose blancos y el suave y ancho río aún crecido por las lluvias de invierno, el valle estaba verde y joven como vestido para el amor. Estaba pensando en todo eso cuando, antes de Châteauneuf, se produjo estridente el chillido de dos bocinas gemelas Bosch y el pequeño Triumph pasó por su lado a toda velocidad. Llevaba la capota bajada y Bond vislumbró el impreciso contorno de un bonito rostro oculto tras unas gafas de conducir blancas con cristales azul oscuro. Aunque Bond apenas vio sólo un perfil, la fugaz visión de unos labios rojos y el borde ondulado de unos cabellos negros bajo un pañuelo rosa con lunares blancos, supo que era bonita por la forma en que levantaba la cabeza. Tenía la autoridad de alguien acostumbrado a ser admirado, junto con la timidez de una chica que viaja sola y adelanta a un hombre en un coche elegante.

«¡Esto *tenía* que pasarme hoy!», pensó Bond. El Loira estaba vestido justamente para eso: para perseguir a esta chica hasta alcanzarla a la hora del almuerzo, el contacto en el restaurante vacío junto al río, en el jardín, bajo las parras trepadoras. La *fritare* y el Vouvray helado, la cautelosa inspección mutua y luego los dos coches viajando juntos hasta que al atardecer, ya muy al sur, encontrarían el lugar que habían

acordado durante el almuerzo: olivos, grillos cantando en el crepúsculo añil, el descubrimiento de que se gustaban y de que sus lugares de destino podían esperar. Al día siguiente («No, esta noche no. Yo no te conozco lo suficiente, y además estoy cansada») dejarían el coche de ella en el garaje del hotel y se irían a hacer un recorrido en el suyo, lentamente, sabiendo que no habría prisa para nada, yendo hacia el oeste, lejos de las grandes carreteras. ¿Cuál era aquel lugar al que siempre había querido ir sólo por su nombre? Sí, Entre-Deux-Seins^[24], un pueblo cerca de Les Baux. Quizás allí no hubiera ni siquiera una fonda. Bien, entonces irían al mismo Les Baux, en las Bouches du Rhône, en el borde de la Camarga. Allí cogerían habitaciones contiguas (no una habitación doble, sería demasiado pronto para eso) en el fabuloso Baumanière, el único hotel restaurante de Francia con el máximo galardón concedido por la guía Michelin. Comerían el *gratín de langouste* y tal vez, porque era tradicional en una noche así, beberían champán. Y luego...

Bond sonrió pensando en su historia y en los puntos suspensivos que la concluían. «Hoy no. Hoy estás trabajando. Hoy es para Goldfinger, no para el amor. El único aroma que olerás hoy es la costosa loción para después del afeitado de Goldfinger, no...» ¿Qué se pondría ella? Las chicas inglesas cometen errores con el perfume. Esperaba que fuese algo ligero y limpio. *Vent Vert* de Balmain tal vez o *Muguet* de Carón. Bond sintonizó su receptor para quedarse tranquilo, lo hizo enmudecer y condujo relajado, jugando con sus pensamientos sobre la chica, poniendo los detalles. Desde luego, podía encontrársela de nuevo. Parecían estar haciéndose compañía mutua. «Debe haber pasado la noche en Orleáns. ¿Dónde? Qué desperdicio. Pero ¡un segundo!» De repente Bond despertó de su ensoñación. La capota levantada le hizo recordar. Había visto antes aquel Triumph. Fue en Ferryfield, debió coger el vuelo después de Goldfinger. Era cierto que allí no había visto a la chica ni se había fijado en el número de la matrícula, pero seguramente se trataba del mismo. De ser así, que ella estuviera todavía siguiendo a Goldfinger después de cuatrocientos ochenta kilómetros era más que una coincidencia. ¡Y la noche anterior iba circulando con las luces amortiguadas! ¿Qué diantre estaba ocurriendo?

Bond pisó el acelerador mientras se acercaba a Nevers. De todas formas tenía que aproximarse para el siguiente cruce importante. Mataría dos pájaros de un tiro viendo cuál era el propósito de la chica. Si ella se mantenía entre él y Goldfinger, tendría que pensar en algo. Sería un maldito estorbo. Ya era bastante duro mantener el contacto con Goldfinger. Con otro perseguidor intercalado entre ambos, se haría endiabladamente difícil.

Aún seguía delante de él, a unos tres kilómetros por detrás del Rolls, manteniéndose a una buena distancia. En cuanto Bond vio su reluciente pequeño trasero (como se lo describió a sí mismo), redujo la marcha. ¡Bien, bien! ¿Quién *era*? ¿Qué demonios significaba aquello? Bond siguió conduciendo, con expresión

malhumorada y pensativa.

El pequeño convoy continuó rodando sin abandonar el ancho lustre negro de la N-7 que discurre como un grueso nervio malsano por el corazón de Francia. Pero en Moulins, Bond casi perdió el rastro. Tuvo que volver sobre sus pasos rápidamente y coger la N-73. Goldfinger había girado en ángulo recto y se dirigía por Lyon, hacia Italia, o por Macón a Ginebra. Bond tuvo que apresurarse y luego frenar justo a tiempo para no meterse en dificultades. No se había preocupado mucho del tono del Homero, ya que contaba con ver el Triumph para reducir la velocidad. De repente se dio cuenta de que el zumbido se había convertido en un chillido. Si no hubiese dado un frenazo brusco, a la velocidad que llevaba de ciento cuarenta kilómetros por hora se habría tragado el Rolls. Así y todo, apenas iba a paso de tortuga cuando llegó a lo alto de una cuesta y vio el gran coche amarillo parado en el arcén de la carretera, un kilómetro y medio más adelante. Por fortuna para Bond, a su derecha vio un bendito camino de carros. Dio un viraje brusco y se introdujo en él deteniéndose luego al abrigo de un seto bajo. Cogió unos pequeños prismáticos de la guantera, salió del coche y volvió atrás.

¡Sí, maldita sea! Goldfinger estaba sentado bajo un puentecito, en la orilla de un arroyo. Vestía un guardapolvo blanco y una gorra de conductor de tela blanca, al estilo de los turistas alemanes. Estaba comiendo, en plan *picnic*. Aquella visión despertó el apetito de Bond. Y su almuerzo, ¿qué? Examinó el Rolls. A través de la ventanilla vio parte de la negra silueta del coreano en el asiento delantero. Ni rastro del Triumph. Si la chica seguía aún a Goldfinger, habría debido alcanzarlo sin previo aviso, teniendo que inclinar la cabeza mientras aceleraba. Y se encontraría en algún lugar más adelante, esperando emboscada que el Rolls pasara. O tal vez no. Quizás Bond se había dejado llevar por su imaginación. Era probable que estuviera de camino hacia los lagos italianos para reunirse con una tía, unos amigos o un amante.

Goldfinger se puso de pie. Era un hombre metódico. «Eso es, recoge los pedazos de papel y ocúltalos cuidadosamente bajo el puente. ¿Por qué no tirarlos al arroyo?» Las mandíbulas de Bond se tensaron de pronto. ¿Qué le recordaban aquellas acciones de Goldfinger? ¿Estaba fantaseando de nuevo o era el puente un buzón? ¿Había recibido Goldfinger instrucciones de dejar algo, uno de sus lingotes de oro, en aquel puente en concreto? Francia, Suiza, Italia. Estaba en un lugar conveniente para los tres países; la célula comunista de Lyon, por ejemplo, una de las más poderosas de Francia. Y era un buen lugar, con un amplio campo de visión en ambas direcciones de la carretera.

Goldfinger trepó por la ribera. Bond se puso otra vez a cubierto. Oyó el chirrido distante del viejo arranque automático. Observó con precaución el Rolls hasta que lo vio desaparecer.

Era un bonito puente sobre un bonito arroyo. Tenía un número de registro en el arco, 79/6, el sexto puente a partir de alguna población en la N-79. Fácil de encontrar. Bond salió rápidamente del coche y se deslizó por el terraplén. Debajo del arco estaba oscuro y fresco. Se veían sombras de peces en la lenta y clara corriente con fondo de guijarros. Buscó en el borde de la mampostería, cerca del margen herboso. Exactamente en el centro, bajo la carretera, había un matojo de hierba espesa junto a la pared. Apartó la hierba. Se produjo una rociada de tierra recién removida. Bond hurgó con los dedos.

Sólo había uno. Era liso al tacto y con forma de ladrillo. Preciso un cierto esfuerzo para levantarlo. Bond limpió la arena del metal amarillo mate y envolvió el pesado lingote en su pañuelo. Lo sostuvo bajo su chaqueta y trepó por la ribera hasta la carretera vacía.

Capítulo 13

«Me toca aquí...»

Bond estaba satisfecho de sí mismo. Un montón de gente se iba a enfadar mucho con Goldfinger. Se puede hacer mucho trabajo sucio con veinte mil libras. Muchos planes tendrían que ser alterados, algunas conspiraciones aplazadas, quizás incluso varias vidas salvadas. Y si se llevaba a cabo una investigación por parte de SMERSH, algo improbable porque eran la clase de gente realista que corta por lo sano, sólo podrían llegar a la conclusión de que algún vagabundo en busca de refugio había encontrado el lingote de oro.

Bond levantó la trampa del compartimiento secreto situado bajo el asiento del copiloto e introdujo el lingote. Era una mercancía peligrosa. Tendría que ponerse en contacto con la estación más cercana del Servicio y entregársela. Volvería a Londres en la valija diplomática. Bond tendría que informar de aquello de inmediato. Confirmaba muchas cosas. Tal vez M hasta quisiera advertir al Deuxième Bureau para que vigilaran el puente y ver quién acudía, pero Bond esperaba que tal cosa no sucediera. No quería que cundiera el pánico justamente cuando se acercaba a Goldfinger. Quería que el cielo por encima de Goldfinger permaneciera azul y despejado.

Se puso en marcha. Había otras cosas en que pensar. Necesitaba alcanzar el Rolls antes de que llegara a Mácon y acertar en la siguiente bifurcación, a Ginebra o a Lyon. Debía resolver el problema de la chica y, a ser posible, quitarla de en medio. Bonita o no, estaba enredando el asunto. Y tenía que detenerse a comprar comida y bebida. Era la una y la visión de Goldfinger comiendo le había hecho sentir hambre. También necesitaba repostar gasolina y comprobar los niveles de agua y aceite.

El zumbido del Homero aumentó de intensidad. Estaba en las afueras de Mácon. No le quedaba más remedio que acercarse y correr el riesgo de ser visto. El intenso tráfico ocultaría su achaparrado coche. Era de vital importancia saber si el Rolls cruzaba el Saona en busca de la carretera de Bourg, o si torcía a la derecha en el puente y se metía en la N-6 hacia Lyon. A lo lejos, por la *rué* Rambuteau vislumbró algo amarillo. Por el puente del ferrocarril y cruzando la placita, la alta caja amarilla siguió hacia el río. Bond veía a los transeúntes volver la cabeza para seguir con la vista el resplandeciente Rolls. El río. ¿Giraría Goldfinger a la derecha, o continuaría por el puente? El Rolls siguió en línea recta. ¡Se trataba de Suiza!

Bond continuó por el suburbio de St. Laurent buscando una carnicería, una panadería y una bodega. A unos cien metros más adelante, suspendida por encima del pavimento, había la dorada cabeza de una ternera. Bond echó un vistazo a su retrovisor. ¡Vaya, hombre! El pequeño Triumph estaba a sólo unos palmos detrás suyo. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Bond había estado tan absorto siguiendo al Rolls

que no había mirado atrás desde la entrada a la ciudad. Tal vez se había escondido en una calle lateral. ¡Vaya! La coincidencia quedaba ya ciertamente descartada. Había que hacer algo. Bond frenó de repente delante de la carnicería y puso la marcha atrás. Se produjo un horrible ruido de chatarra y cristal. Bond apagó el motor y salió del coche.

Rodeó el vehículo hacia la parte trasera del mismo. La chica, con el rostro crispado de rabia, ya tenía una bella pierna enfundada en seda en la calzada. Hubo la visión fugaz de un muslo blanco. La chica se quitó las gafas y se quedó con las piernas bien apuntaladas y los brazos en jarras. La hermosa boca estaba tensa de ira. El parachoques trasero del Aston Martin estaba incrustado en los restos de los faros y la parrilla del radiador del Triumph.

—Si me toca aquí otra vez tendrá que casarse conmigo —dijo Bond afable.

Apenas acababan de salir las palabras de su boca cuando la palma de la mano abierta se estrelló en su rostro. Bond levantó una mano y se restregó la mejilla. Se había reunido un gentío considerable. Hubo un murmullo de aprobación y procacidad:

—*Allez-y la gosse! Maintenant le knock-out!*

La rabia de la chica no se había disipado con la bofetada.

—¡Maldito idiota! ¿Qué demonios cree que hace?

«Si las chicas guapas se enfadaran siempre estarían bellísimas», pensó Bond, y luego comentó:

—No parece tener muy buenos frenos.

—*¡Mis frenos!* ¡Usted ha venido en marcha atrás contra mí!

—Entró una marcha por otra. No sabía que su coche estaba tan cerca. —Ya era hora de calmarla—. Lo siento muchísimo. Le pagaré la reparación y todo lo demás. Ha sido mala suerte. Veamos cuáles son los daños. Intente dar marcha atrás. No parece que los parachoques estén trabados. —Bond puso un pie en el parachoques del Triumph y lo sacudió.

—¡No ose tocar mi coche! ¡Déjelo estar! —Airada, la chica saltó de nuevo al asiento del conductor y pulsó el arranque. El motor se puso en marcha. Se oyó ruido de metales entrechocando bajo el capó. Paró el motor y sacó la cabeza—. ¡Ya lo ve, estúpido! Ha aplastado el ventilador.

Era lo que Bond deseaba que sucediera. Entró en su coche y lo liberó del Triumph. Trozos de éste, soltados por el parachoques de Bond, cayeron al suelo tintineando. Bond se apeó del coche. La muchedumbre había disminuido. Un hombre con mono de mecánico se ofreció a llamar una grúa. Bond se dirigió al Triumph. La chica había salido y le estaba esperando. Su expresión había cambiado y parecía más tranquila. Bond se percató de que sus ojos, de un color azul oscuro, lo estudiaban con atención.

—No será muy grave —dijo él—. Probablemente el ventilador ha quedado desalineado. Pueden ponerle unos faros provisionales y enderezar los cromados. Mañana por la mañana lo tendrá listo. —Bond se sacó la cartera del bolsillo y añadió —: Esto ha de ser exasperante para usted, y desde luego acepto toda la responsabilidad. Le doy cien mil francos para cubrir daños, gastos de alojamiento, llamadas telefónicas a sus amigos, y todo eso. Por favor, cójalos y estaremos en paz. Me encantaría permanecer aquí hasta que usted se encuentre bien y de nuevo en camino mañana por la mañana, pero tengo un compromiso esta noche y no me queda más remedio que cumplirlo.

—No. —Su única palabra fue fría y definitiva. La chica se puso las manos a la espalda y esperó.

—Pero... —Qué quería, ¿llamar a la policía? ¿Acusarle de conducción temeraria?

— Yo también tengo un compromiso esta noche y debo cumplirlo. Necesito llegar a Ginebra. ¿Tendrá la amabilidad de llevarme allí? No queda lejos. Sólo unos ciento sesenta kilómetros. Llegaríamos en dos horas en esto. —Señaló con un gesto al DB III—. ¿Lo hará? Se lo ruego.

Había una urgencia desesperada en su voz. Sin halagos ni amenazas, sólo una necesidad apremiante.

Por primera vez Bond la examinó como algo más que una chica bonita que quizás —eran las únicas explicaciones que Bond había encontrado que encajaran con los hechos— quería que Goldfinger la recogiese o que ella lo chantajeaba. Había demasiado carácter en su rostro y demasiada franqueza. Y no llevaba el uniforme de seductora. Vestía una blusa de seda gruesa blanca, de corte bastante masculino. El cuello iba abierto, pero se abotonaba como un apretado cuello militar. La blusa tenía las mangas largas y holgadas, abrochadas en las muñecas. Las uñas estaban sin pintar y la única joya que lucía era un anillo de oro en el dedo anular (¿verdadero o falso?). Llevaba un cinturón de cuero negro muy ancho, con pespuntes y hebilla doble de latón. Se ensanchaba por detrás para darle un poco la sujeción de una faja-cinturón de piloto de carreras. Su corta falda gris carbón era plisada. De calzado llevaba unas sandalias de aspecto caro que debían ser muy cómodas y frescas para conducir. El único toque de color era el pañuelo rosa que se había quitado de la cabeza y que sostenía en una mano junto con las gafas blancas.

El conjunto era muy atractivo, pero a Bond le recordaba más un equipo que la ropa de una chica joven. Había algo vagamente hombruno y de aire libre en todo su comportamiento y apariencia. Podría, pensó Bond, ser miembro del equipo femenino de esquí inglés, o pasar gran parte de su tiempo en Inglaterra cazando o haciendo hípica.

Aunque muy hermosa, era del tipo de chica que no se preocupa de su belleza. No

había hecho intento alguno de arreglarse el peinado. Como consecuencia de ello, tenía el aspecto que debería tener el cabello de una chica: desordenado, con mechones dispersos y una raya bastante torcida. Proporcionaba el contraste de un oscuro marco desigual e irregular con la pálida simetría del rostro, cuyos rasgos principales eran unos ojos azules bajo unas cejas oscuras, una boca deseable y un aire de determinación e independencia que le daban los altos pómulos y la fina línea de la mandíbula. El mismo aire de confianza en sí misma lo daba su figura. Mantenía el cuerpo orgullosamente erguido, con los magníficos senos proyectándose hacia afuera con descaro bajo la tirante seda. Su postura, con los pies ligeramente separados y las manos a la espalda, era una mezcla de provocación y desafío.

El conjunto parecía decir: «Bueno, guaperas, hijo de puta, no creas que puedes tratarme con condescendencia masculina. ¡Me has metido en este lío y por todos los santos que me sacarás de él! Puede que seas atractivo, pero yo tengo mi propia vida y ya sé adonde voy.»

Bond sopesó su petición. ¿Qué estorbo representaría? ¿Cómo podría librarse de ella y dedicarse a sus asuntos? ¿Correría algún riesgo de seguridad? Contra las desventajas, estaba su curiosidad sobre ella y qué buscaba, el recuerdo de la fábula que había devanado en torno a ella y que ahora había dado el primer paso hacia su realización y, por último, el tema de «damisela en apuros», el atractivo de toda mujer que pide ayuda.

—Tendré mucho gusto en llevarla a Ginebra —dijo Bond cortés. Abrió el maletero del Aston Martin—. Pongamos aquí su equipaje. Mientras hablo con el taller, tenga un poco de dinero. Compre comida para los dos, hágame el favor. Para usted, lo que le apetezca; para mí, doscientos gramos de salchichón de Lyon, una barra de pan, mantequilla y medio litro de Mácon descorchado.

Sus ojos se encontraron e intercambiaron una ráfaga de señales de hombre/mujer, amo/esclava. La joven cogió el dinero.

—Gracias. Compraré lo mismo para mí. —Fue al maletero del Triumph y lo abrió—. No, no se preocupe. Puedo hacerlo yo. —Levantó una bolsa de palos de golf con la cremallera cerrada y una pequeña maleta de aspecto caro. Llevó ambas cosas al Aston Martin y, rechazando el ofrecimiento de ayuda de Bond, las puso junto a la maleta de éste. Miró cómo cerraba con llave el portaequipajes y volvió al Triumph. Cogió un amplio bolso de bandolera, de cuero negro con pespuntos, y se lo colgó del hombro.

—¿Qué nombre y dirección debo dar? —preguntó Bond.

—¿Cómo?

El le repitió la frase, preguntándose si mentiría en el nombre, en la dirección, o en ambos.

—Estaré yendo de un sitio a otro —repuso ella—. Es mejor que diga el Bergues,

en Ginebra. El nombre es Soames, señorita Tilly Soames. —No hubo vacilación alguna. Se fue a la carnicería.

Un cuarto de hora después estaban en camino.

La chica se sentaba erguida y mantenía la vista fija en la carretera. El zumbido del Homero era débil. El Rolls debía haber ganado unos ochenta kilómetros. Bond aceleró. Pasaron a toda marcha por Bourg y cruzaron el río en Pont d'Ain. Ahora estaban en las estribaciones del Jura y venían las curvas en S de la N-84. Bond las tomaba como si estuviera compitiendo en las pruebas alpinas. Después de abalanzarse sobre él por dos veces, la chica se mantuvo agarrada a la manija de la guantera y viajó en el coche como si fuera su copiloto. En una ocasión, tras un derrapaje especialmente violento que casi les hace volcar, Bond echó una mirada a su perfil. Tenía los labios entreabiertos y un ligero movimiento en las aletas de la nariz. Sus ojos estaban iluminados. Se lo estaba pasando bien.

Llegaron a lo alto del puerto y empezó el descenso hacia la frontera suiza. El Homero emitía un chirrido monótono. Bond pensó: «Tengo que ir despacio o los cogeremos en la aduana». Con la mano buscó bajo la guantera y bajó el volumen. Luego estacionó a un lado de la carretera. Se quedaron sentados en el coche y comieron un cortés pero casi silencioso *picnic*, sin que ninguno de los dos hiciera intento alguno por conversar; ambos, al parecer, con otras cosas en la cabeza. Pasados diez minutos, Bond se puso de nuevo en marcha. Iba relajado, bajando con una conducción fácil por la sinuosa carretera que discurría a través de pinos susurrantes.

—¿Qué es este ruido? —preguntó ella.

—El silbido de la magneto. Es peor cuando voy aprisa. Empezó en Orleáns. Tengo que hacer que me lo arreglen esta noche.

Pareció contentarse con aquel cuento.

—¿Hacia dónde va? —dijo con timidez—. Espero no haberle apartado demasiado de su camino.

—En absoluto —respondió Bond en tono amistoso—. En realidad, yo también voy a Ginebra, pero es posible que no me quede allí a pasar la noche. Quizás deba de continuar, depende de mi cita. ¿Cuánto tiempo estará usted allí?

—No lo sé. Juego al golf. Hay el Abierto femenino suizo en Divonne. No es que yo tenga esa categoría, pero pensé que me iría bien probarlo. Luego jugaré en otros campos.

Bastante plausible. No había razón alguna para que no fuese cierto.

—¿Juega mucho al golf? —preguntó Bond—. ¿Cuál es su campo habitual?

—Bastante. Temple.

Había sido una pregunta obvia. ¿Era auténtica la respuesta, o sólo el primer campo de golf que había acudido a su mente?

—¿Vive usted cerca de allí?

—Tengo una tía en Henley. ¿Para qué va a Suiza? ¿De vacaciones?

—Negocios. Importaciones y exportaciones.

—Ah.

Bond sonrió para sí. Era un diálogo teatral. Las voces eran corteses voces teatrales. Podía ver la escena —muy querida del teatro inglés—: el salón, la luz del sol en las malvas reales al otro lado de las cristaleras, la pareja sentada en el sofá, en el borde del mismo, con ella sirviendo el té.

Llegaron al pie de las montañas. Había un largo tramo recto de carretera y, a lo lejos, el pequeño grupo de edificios de la aduana francesa. Ella no le dio oportunidad de echar un vistazo a su pasaporte. En cuanto el coche se detuvo, dijo algo acerca de arreglarse y desapareció en el servicio de «Dames». Bond había pasado el *Controle* y estaba ocupado con el tríptico cuando la joven reapareció con el pasaporte ya sellado. En la aduana suiza dio la excusa de coger algo de su maleta. Bond no había tenido tiempo de rondar por allí y pescarla en un renuncio.

Bond condujo a toda velocidad hasta llegar a Ginebra y se detuvo en la imponente entrada del Bergues. El *baggage* cogió la maleta y los palos de golf de la chica. Se quedaron juntos en los escalones. Ella le tendió la mano.

—Adiós. —Los francos ojos azules no expresaban ternura—. Y gracias. Conduce estupendamente. —Su boca sonrió—. Me sorprende que pusiera una marcha por otra en Mácon.

Bond se encogió de hombros.

—No sucede a menudo. Estoy contento de haberlo hecho. Si liquido a tiempo mis asuntos, quizás podamos encontrarnos otra vez.

—Estaría muy bien. —El tono de su voz decía que no lo estaría. La chica dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta giratoria.

Bond bajó corriendo hasta su coche. ¡Al diablo con ella! Ahora a buscar a Goldfinger y luego a la pequeña oficina del *quai*^[25] Wilson.

Ajustó el Homero y esperó un par de minutos. Goldfinger estaba cerca, pero alejándose. Tanto podía estar siguiendo la orilla derecha como la izquierda del lago. Por el tono del Homero, se encontraba como mínimo a dos kilómetros de la ciudad. ¿Hacia dónde?

¿A la izquierda, hacia Lausana? ¿A la derecha, hacia Evian? El DB III estaba ya en la carretera del lado izquierdo y Bond decidió seguir su olfato. Se puso en marcha.

Alcanzó a la alta silueta amarilla justo antes de Coppet, la diminuta aldea ribereña hecha famosa por madame de Staël. Se ocultó tras un camión. En su siguiente inspección, el Rolls había desaparecido. Bond siguió adelante, mirando a la izquierda.

En la entrada de la aldea, unas grandes y sólidas puertas de hierro se estaban cerrando en un elevado muro. Había polvo suspendido en el aire. En el muro se veía un discreto letrero. Decía, en amarillo desvaído sobre fondo azul: ENTREPRISES AURIC, A.G. ¡El zorro se había metido en su madriguera!

Bond continuó hasta encontrar un desvío a la izquierda. Lo siguió hasta una senda que conducía a través de las viñas a los bosques de detrás de Coppet y al castillo de madame de Staël. Detuvo el coche entre los árboles. Supuso que debía encontrarse justo encima de las Entreprises Auric. Cogió los prismáticos, salió y siguió una vereda que bajaba hacia la aldea. Pronto halló a su derecha una verja de hierro con púas. A la largo de su parte superior tenía arrollado alambre de espino. Unos cien metros más abajo de la cuesta, la verja se convertía en una alta pared de piedra. Bond volvió a subir lentamente por la vereda, buscando la entrada secreta que los niños de Coppet debían haber hecho para llegar hasta los castaños. La encontró: dos barrotes de la reja ensanchados para que un cuerpo pequeño pasara entre ellos. Bond se apoyó en uno de los barrotes con todo su peso, ensanchándose así el hueco unos centímetros más, y pasó arrastrándose a través de él.

Bond avanzó con cautela por entre los árboles, vigilando cada paso que daba para no aplastar alguna rama seca. Los árboles se aclararon. Se vislumbraba un grupo de edificios bajos detrás de un pequeño *manoir*^[26]. Bond encontró el grueso tronco de un abeto y se ocultó tras él. Desde allí se veían los edificios. El más próximo estaba a unos cien metros de distancia. Había un patio abierto en medio del cual se encontraba el polvoriento Silver Ghost.

Bond sacó los prismáticos y examinó el lugar con toda minuciosidad.

La casa era un bloque cuadrado bien proporcionado de viejo ladrillo rojo con tejado de pizarra. Tenía dos plantas y un desván. Era probable que tuviera cuatro habitaciones y dos salas principales. Las paredes estaban casi cubiertas por una glicina viejísima en plena floración. Era una casa atrayente. En su imaginación, Bond vio el artesonado pintado de blanco del interior. Olió el dulce aroma a mohos y luz del sol de las habitaciones. La puerta trasera daba al amplio patio pavimentado en que se encontraba el Rolls. El patio estaba abierto del lado de Bond, pero cerrado en sus otros dos lados por talleres de plancha de hierro ondulada de un solo piso. Una alta chimenea de cinc se elevaba en el ángulo formado por ambos talleres. En lo alto, la chimenea tenía un sombrerete de cinc. Sobre éste veía la boquilla cuadrada giratoria de algo que a Bond le pareció similar a la antena de radar Decca que se ve en el puente de la mayoría de barcos. El aparato giraba sin cesar. Bond no imaginaba de qué serviría en el tejado de aquella pequeña fábrica entre los árboles.

De súbito, el silencio y la inmovilidad de la pacífica escena quedaron rotos. Fue como si Bond hubiese metido un penique en la ranura de un diorama del muelle de Brighton. En algún lugar, un cascado reloj dio las cinco. A esta señal, la puerta trasera

de la casa se abrió y Goldfinger salió por ella, vestido todavía con su guardapolvo de automovilista blanco, pero sin el casco. Le seguía un insignificante y servil hombrecillo con el bigote como un cepillo de dientes y gafas de concha. Goldfinger parecía contento. Fue hasta el Rolls y dio unas palmadas al capó. El otro hombre emitió una risa obsequiosa. Sacó un silbato del bolsillo de su chaleco y lo sopló. En el taller de la derecha se abrió la puerta, cuatro trabajadores en monos azules salieron y se dirigieron al coche. De la puerta que se habían dejado abierta llegó un chirrido y un motor pesado se puso en marcha, emitiendo el mismo latido rítmico que Bond recordaba de Reculver.

Los cuatro hombres se colocaron alrededor del coche y, a una palabra del hombrecillo, que parecía ser el capataz, empezaron a desmontar el vehículo. Cuando hubieron sacado de sus bisagras las cuatro puertas, quitado el capó del motor y empezaron a ocuparse de los remaches de uno de los guardabarros, quedó claro que estaban despojando al coche de sus placas de blindaje.

Casi al mismo tiempo en que Bond había llegado a esa conclusión, la negra figura rematada con un sombrero hongo de *Chapuzas* apareció en la puerta trasera de la casa y emitió alguna clase de raido en dirección a Goldfinger. Tras decir algo al capataz, Goldfinger se metió en la casa y dejó a los trabajadores con su tarea.

Ya era hora de que Bond se pusiera en marcha. Echó una última y atenta mirada a su alrededor para fijar la geografía del lugar en su mente y se alejó con cautela entre los árboles.

—Soy de Universal Export.

—¿Ah, sí?

Detrás del escritorio había una reproducción del retrato de la reina por Annigoni. En las demás paredes, anuncios de los tractores Ferguson y otra maquinaria agrícola. Del otro lado de la amplia ventana llegaba el murmullo del tráfico en el *quai* Wilson. Se oyó la sirena de un vapor. Bond miró afuera de la ventana y lo vio surcar las aguas en segundo plano. Dejaba una estela encantada en el impecable espejo vespertino del lago. Bond volvió a mirar los ojos cortésmente inquisitivos de aquel rostro suave y neutral de hombre de negocios.

—Teníamos interés en hacer algunas transacciones con ustedes.

—¿Qué clase de transacciones?

—Importantes.

La boca del hombre se abrió en una sonrisa.

—Es 007, ¿no? —dijo con cordialidad—. Creí reconocerle. Bien, ¿qué puedo hacer por usted? —La voz se tornó cautelosa—. Sólo una cosa, es mejor que lo haga deprisa y se vaya. Esto ha estado endiabladamente caliente desde el asunto de Dumont. Me tienen calado, tanto los de aquí como los rojos. Todo muy pacífico,

desde luego, pero no deseará que empiecen a husmearle.

—Ya pensé que podría ser así. Se trata de cosas rutinarias. —Bond se desabrochó la camisa y sacó el pesado pedazo de oro—. Tenga, devuelva esto a casa, ¿quiere? Y transmita lo que ahora le diré cuando tenga la oportunidad.

El hombre se acercó un bloc y anotó en taquigrafía lo que Bond le dictó. Cuando terminó se metió el bloc en el bolsillo.

—¡Bien, bien! Un material muy caliente. Entendido. Mi rutina es a medianoche. Esto —señaló el oro— ira a Berna para la valija diplomática. ¿Algo más?

—¿Ha oído alguna vez hablar de Entreprises Auric en Coppet? ¿Sabe a qué se dedican?

—Estoy al corriente de lo que hacen todos los negocios de ingeniería de la zona. Tengo que saberlo. El año pasado intenté venderles unas remachadoras manuales. Fabrican muebles metálicos. De muy buena calidad. Los ferrocarriles suizos emplean algunos de ellos, así como las líneas aéreas.

—¿Sabe qué líneas aéreas?

El hombre se encogió de hombros.

—He oído decir que trabajan en exclusiva para Mecca, la gran compañía de vuelos charter a la India. Su terminal está en Ginebra. Un competidor bastante fuerte de All-India. Mecca es una compañía privada. En realidad, oí que Auric y Cía. tenía dinero invertido en ella. No es extraño que hayan obtenido el contrato de los asientos.

Una lenta e implacable sonrisa se extendió por la cara de Bond. Se levantó y tendió la mano.

—Usted no lo sabe, pero acaba de resolver todo un rompecabezas en menos de un minuto. Muchas gracias. Muy agradecido por ello y suerte con el negocio de los tractores. Espero que nos volvamos a ver algún día.

Ya en la calle, Bond se dirigió rápidamente a su coche y recorrió el *quai* hasta el Bergues. ¡Así pues, aquél era el cuadro completo! Durante dos días había estado siguiendo un Silver Ghost por Europa. Un Silver Ghost blindado. Había visto cómo remachaban el último trozo de blindaje en Kent y cómo lo desmontaban todo en Coppet. Aquellas láminas ya estarían en los hornos de Coppet, listas para ser modeladas en forma de setenta asientos para un Constellation de la compañía Mecca. En unos días, dichos asientos serían sacados del avión en la India y sustituidos por otros de aluminio. ¿Y cuánto habría ganado Goldfinger? ¿Medio millón de libras? ¿Un millón?

Porque el Silver Ghost no era en absoluto de plata. Era un Gold Ghost^[27], en cuanto a las dos toneladas de su carrocería. Sólido oro blanco de dieciocho quilates.

Capítulo 14

Tropiezos en la noche

James Bond se registró en el Hotel des Bergues, se dio una ducha y se cambió de ropa. Sopesó la Walther PPK y se preguntó si llevársela o no. Se decidió por la última opción. No tenía intención de dejarse ver cuando volviera a las Entreprises Auric. Si, por una espantosa mala suerte, era visto, lo estropearía todo entablar una lucha. Tenía un pretexto, uno muy endeble, pero que al menos no rompería su cobertura. Debería confiar en eso. Pero Bond escogió un par de zapatos bastante más pesados de lo que parecían bajo su apariencia informal.

En recepción preguntó si estaba la señorita Soames. No se sorprendió cuando el recepcionista le dijo que no había ninguna señorita con ese nombre alojada en el hotel. La única cuestión era si había dejado el hotel cuando Bond se perdió de vista o si aparecía registrada con otro nombre.

Bond cruzó con su coche el bello Pont du Mont Blanc y siguió por el iluminado *quai* hasta el Bavaria, una modesta cervecería alsaciana que había sido lugar de cita de los grandes personajes en los días de la Sociedad de Naciones. Se sentó al lado de la ventana y bebió *enzian* rebajado con Löwenbrau clara. Primero pensó en Goldfinger. Ya no le cabía duda de qué hacía. Financiaba una red de espionaje, probablemente SMERSH, y había ganado verdaderas fortunas llevando oro de contrabando a la India, el país donde podía obtener los máximos beneficios. Tras la pérdida de su pesquero Brixham urdió esa nueva vía.

Primero hizo saber que tenía un coche blindado, lo cual sólo se consideraría una excentricidad. Muchos fabricantes de carrocerías ingleses los exportaban. Antes solían ir a parar a rajás indios; ahora iban a jeques del petróleo y a presidentes sudamericanos. Goldfinger había escogido un Silver Ghost porque, con sus modificaciones, el chasis era lo bastante resistente, el remachado ya era un rasgo de la carrocería y tenía la mayor superficie posible de plancha de metal. Quizás Goldfinger lo había sacado al extranjero una o dos veces para que la gente de Ferryfield se acostumbrara al mismo. Luego, en el viaje siguiente, retiró las planchas de blindaje en su fábrica de Reculver. Las sustituyó por oro blanco de dieciocho quilates. Su aleación de níquel y plata sería lo bastante resistente. El color del metal no lo traicionaría si tenía un accidente o si la carrocería sufría un arañazo. Y a Suiza, a la pequeña fábrica. Los trabajadores serían tan cuidadosamente escogidos como los de Reculver. Sacarían las planchas y las moldearían en forma de asientos de avión, que serían tapizados e instalados en Mecca Airlines, dirigida por algún secuaz de Goldfinger que sacaba una tajada en cada «carrera del oro». En esos viajes —¿una, dos, tres veces al año?— el avión aceptaría sólo carga ligera y unos cuantos pasajeros. En Bombay o Calcuta necesitaría un repaso general y sería reequipado. Iría

al hangar de Mecca, donde se le pondrían asientos nuevos.

Los viejos, los de oro, irían a parar a los tratantes en metales preciosos. Goldfinger haría que le colocaran sus magníficos haberes en Nassau o donde eligiera. Habría realizado su beneficio del cien o del doscientos por cien y podría volver a iniciar el ciclo, desde las tiendas de «Compramos oro viejo» británicas hasta Reculver-Ginebra-Bombay.

Sí, pensó Bond, mirando el reluciente lago iluminado por las estrellas, así es como debía hacerse, un circuito de contrabando de primera con un riesgo mínimo y un beneficio máximo. ¡Cómo debía sonreír Goldfinger cuando accionaba la vieja bocina en forma de boa y pasaba a toda velocidad junto a los admirados policías de tres países! Verdaderamente, parecía haber descubierto la piedra filosofal, ¡Goldfinger, el dedo de oro! Si no se hubiese tratado de una persona tan desagradable, si no estuviese haciendo todo aquello para mantener el dedo en el gatillo de SMERSH, Bond habría sentido admiración por aquel monumental estafador cuyas operaciones eran tan importantes que preocupaban incluso al Banco de Inglaterra. Dadas las circunstancias, Bond sólo desaba destruir a Goldfinger, meterlo entre rejas y hacerse con su oro. La codicia por el oro de Goldfinger era demasiado intensa, demasiado despiadada, demasiado peligrosa para permitirle circular por el mundo.

Eran las ocho. El *enzian*, aquel aguardiente destilado de genciana responsable del alcoholismo crónico suizo, empezaba a calentar el estómago de Bond y a fundir sus tensiones. Pidió otro doble y con él, una *choucroute* y una jarra de Fondant.

¿Y qué había de la joven, aquel bonito y autoritario comodín que había aparecido de repente en el juego? ¿Qué estaba buscando? ¿Y su historia del golf? Bond se levantó y fue a la cabina del teléfono que se hallaba al fondo de la sala. Llamó al *Journal de Genève* y pidió por el redactor-jefe de deportes. El hombre se mostró servicial, pero sorprendido por la pregunta de Bond. No. Los distintos campeonatos se jugaban, desde luego, en verano, cuando los otros programas nacionales habían terminado y se podía atraer a una buena participación extranjera a Suiza. Lo mismo hacían todos los demás países del continente. Querían conseguir a tantos jugadores británicos y americanos como pudieran. Eso aumentaba las recaudaciones. «*Pas de quoi, monsieur*».

Bond regresó a su mesa y comió la cena. Asunto resuelto. Quienquiera que fuese, era una aficionada. Ninguna profesional utilizaría una cobertura que podía destruirse con una llamada de teléfono. Había estado en el fondo de la mente de Bond —con reticencia, porque la chica le gustaba y le excitaba— que podría..., que muy bien podría tratarse de una agente de SMERSH enviada para tener un ojo encima de Goldfinger, de Bond o de ambos. Poseía algunas de las cualidades de un agente secreto: la independencia, la fortaleza de carácter, la capacidad para moverse sola. Pero aquella idea quedaba descartada. Carecía de entrenamiento.

Bond pidió una loncha de gruyere, pan de centeno integral y café. No, la chica era un misterio. Bond sólo rogaba que no estuviera envuelta en alguna maquinación privada concerniente a él o a Goldfinger que echara a perder su propia operación.

¡Y su trabajo estaba tan cerca del final! Todo lo que necesitaba era la prueba ante sus propios ojos de que la historia que había urdido alrededor de Goldfinger y el Rolls era cierta. Una mirada a la fábrica de Coppet —un grano de polvo de oro blanco— y podría irse a Berna aquella misma noche y comunicar con el oficial de servicio a través del codificador de la embajada. Luego, silenciosa y discretamente, el Banco de Inglaterra congelaría las cuentas de Goldfinger en todo el mundo y tal vez, al día siguiente por la mañana, la Sección Especial de la policía suiza llamara a la puerta de las Entreprises Auric. A continuación, pedirían la extradición, Goldfinger iría a Brixton y habría un juicio tranquilo y bastante complicado en uno de los tribunales para el contrabando, como los de Maidstone o Lewes. A Goldfinger le caerían unos cuantos años, sería revocada su nacionalización y todo el oro acumulado, exportado ¡legalmente, volvería poco a poco a las cámaras acorazadas situadas debajo del Banco de Inglaterra. Y SMERSH rechinaría sus dientes teñidos de sangre y añadiría otra página a la ya cargada *zapiska* de Bond.

Había llegado la hora de iniciar la última etapa. Bond pagó su cuenta, salió y se metió en el coche. Cruzó el Ródano y condujo lentamente por el reluciente *quai* a través del tráfico vespertino. Era una noche mediana para sus propósitos. Había tres cuartas partes de luna brillante para poder ver, pero ni un soplo de aire que ocultara su aproximación por los bosques hacia la fábrica. Bueno, no había prisa. Probablemente trabajaban toda la noche. Tendría que tomárselo con calma y con mucho cuidado. La geografía del lugar y la ruta que se había trazado pasaron ante los ojos de Bond como una película, mientras el piloto automático que hay en todo buen conductor llevaba el coche por la ancha autovía que discurría junto al lago dormido.

Bond siguió su ruta de la tarde. Cuando hubo dejado la carretera principal continuó conduciendo sólo con las luces de posición.

Sacó el coche de la vereda en un claro del bosque y paró el motor. Se quedó quieto, escuchando. En el pesado silencio sólo se oía el apagado tintineo del metal caliente bajo el capó y la carrera apresurada del reloj del tablero. Bond salió, cerró con cuidado la puerta y bajó suavemente por el sendero entre los árboles.

Hasta él llegaba el sordo y profundo latido del generador... bum... bum... bum... Parecía un ruido vigilante y bastante amenazador. Bond se acercó al hueco en los barrotes de hierro, se deslizó por él y se detuvo, aguzando sus sentidos hacia delante, a través de los árboles, moteados de luna.

BUM... BUM... BUM. Los grandes resoplidos de hierro estaban por encima de él, dentro de su cabeza. Bond sintió aquel cosquilleo en la piel de la ingle que se remonta a la primera vez que se juega al escondite en la oscuridad. Sonrió para sí ante

aquella señal animal de peligro. ¿Qué primitiva cuerda había sido pulsada por aquel inocente ruido de motor que salía de la alta chimenea de cinc? ¿El aliento de un dinosaurio en su cueva? Bond tensó los músculos y siguió adelante muy despacio, paso a paso, apartando con sumo cuidado de su camino las ramas pequeñas, dando cada paso con tanta precaución como si estuviera cruzando un campo de minas.

Los árboles se aclaraban. Pronto llegaría al gran tronco que había empleado antes como refugio. Lo buscó y se quedó helado, con el pulso desbocado. Bajo el tronco de su árbol, despatarrado en el suelo, había un cuerpo.

Bond abrió mucho la boca y respiró hondo poco a poco para aliviar la tensión. Con cuidado se secó las sudorosas palmas de las manos en los pantalones. Se dejó caer poco a poco como un gato y miró fijamente hacia delante, con los ojos dilatados como objetivos fotográficos.

El cuerpo bajo el árbol se movió, colocándose cautelosamente en una nueva posición. Un soplo de viento susurró en las copas de los árboles. Los rayos de luna bailaron con rapidez por el cuerpo y se quedaron quietos. Hubo una visión fugaz de un espeso cabello oscuro, un jersey negro y unos estrechos pantalones también negros. Y algo más, el rotundo destello de metal a lo largo del suelo. Empezaba bajo la mata de cabello y pasaba junto al tronco del árbol hasta la hierba.

Bond inclinó la cabeza y miró el suelo entre sus manos separadas. Era la chica, Tilly. Estaba observando los edificios de más abajo. Tenía un fusil, arma que debía llevar entre los inocentes palos de golf, listo para disparar. ¡Condenada y estúpida zorra!

Bond fue tranquilizándose poco a poco. No importaba de quién se trataba ni qué pretendía. Midió la distancia, planeó cada zancada, la trayectoria del salto final, la mano izquierda hacia su cuello; la derecha hacia el arma. ¡Ya!

El pecho de Bond resbaló por el promontorio de las nalgas femeninas y cayó con ruido sordo sobre la parte más estrecha de la espalda. El impacto hizo que expulsara el aire con un gruñido suave. Los dedos de su mano izquierda volaron hacia la garganta de la chica y encontraron la arteria carótida. Su mano derecha estaba en el cuello de la culata del fusil. Tanteó con los dedos, notó que el seguro estaba puesto y apartó el arma a un lado.

Bond aligeró el peso de su pecho en la espalda de la chica y, retirando los dedos de su cuello, se los acercó con suavidad a la boca y los puso sobre la misma. Debajo sintió agitarse el cuerpo de la muchacha, con los pulmones luchando por respirar. Seguía inconsciente. Con cuidado, Bond juntó las manos de la chica tras su espalda y las sostuvo con la derecha. Las nalgas empezaron a retorcerse debajo suyo. Las piernas se sacudían. Bond se las sujetó contra el suelo con el estómago y los muslos, sintiendo los fuertes músculos apretujados bajo su peso. El aliento de la chica salía

con áspero ruido a través de sus dedos. Unos dientes royeron su mano. Bond avanzó un poco a lo largo de la chica. Puso la boca junto a su oreja, a través del cabello.

—Tilly —susurró en tono apremiante—, por lo que más quieras. ¡Estáte quieta! Soy yo, Bond. Soy amigo. Esto es muy importante, no sabes de qué va. ¿Quieres estar quieta y escuchar?

Los dientes dejaron de buscar sus dedos. El cuerpo se relajó y se quedó blando debajo de él. Tras un momento, la cabeza asintió una vez.

Bond se apartó de encima suyo. Quedó tendido a su lado, aprisionándole aún las manos detrás de la espalda.

—Respira... —susurró—. Pero, dime, ¿ibas detrás de Goldfinger?

El pálido rostro lo miró de lado y luego apartó la vista. La chica susurró con fiereza hacia el suelo:

—Iba a matarle.

Una chica que quizás Goldfinger había dejado embarazada. Bond le soltó las manos. Tilly las levantó y apoyó la cabeza en ellas. Todo su cuerpo se estremecía de agotamiento y tensión liberada. Los hombros empezaron a agitarse suavemente. Bond alargó una mano y le alisó el cabello despacio, casi con ritmo. Su mirada se dirigió a la pacífica e invariable escena de abajo. ¿Invariable?

Algo había cambiado. El artilugio de radar en el sombrerete de la chimenea. Ya no giraba. Se había detenido con su boca rectangular apuntando en su dirección. Eso no tenía ningún significado especial para Bond. La chica había dejado de llorar. Bond puso la boca acariciadora cerca de su oreja. Su pelo olía a jazmín.

—No te preocupes —susurró él—, yo también voy tras él. Y pienso perjudicarlo mucho más de cuanto tú hubieras podido hacer. Me han enviado de Londres para perseguirlo. Lo buscan. ¿Qué te hizo a ti?

—Mató a mi hermana —dijo ella en un susurro, casi para sí misma—. Tú la conocías: Jill Masterton.

—¿Qué sucedió? —preguntó Bond con ferocidad.

—Él tiene una mujer una vez al mes. Jill me lo contó cuando aceptó ese trabajo. Las hipnotiza. Después las... las pinta de oro.

—¡Cielo santo! ¿Por qué?

—No lo sé. Jill me dijo que estaba obsesionado con el oro. Supongo que, de alguna manera, así él cree que está poseyendo al oro. Quiero decir, casándose con él. Tiene un criado coreano que las pinta. El hombre debe dejar toda la espina dorsal sin pintar. Jill no sabía el porqué. Yo descubrí que si se hacía, morirían. Si sus cuerpos quedasen totalmente cubiertos con pintura de oro, los poros de la piel no podrían respirar y morirían. Después, el coreano las limpia con resina o algo así. Goldfinger les da mil dólares y las manda a casa.

Bond se imaginó al temible *Chapuzas* con su bote de pintura de oro, mientras los

ojos de Goldfinger sonríen a la vista de la reluciente estatua, la furiosa posesión.

—¿Qué le sucedió a Jill?

—Me cablegrafió para que se reuniera con ella. Se hallaba en un hospital de Miami en urgencias, Goldfinger la había echado. Se estaba muriendo. Los médicos no sabían qué le ocurría. Me contó lo que le había pasado, lo que él le había hecho. Murió aquella misma noche. —La voz de la joven era monótona, impersonal—. Cuando regresé a Inglaterra fui a ver a Train, el dermatólogo. El me explicó todo eso de los poros de la piel. Le había sucedido a una chica de cabaret que tuvo que posar como estatua de plata. Me enseñó detalles del caso y el resultado de la autopsia. Entonces supe qué le había ocurrido a Jill. Goldfinger la había pintado por completo. La había asesinado. Debió ser como venganza por... por irse contigo. —La joven se interrumpió. Luego prosiguió con voz apagada—: Me habló de ti. Tú le... le gustabas. Me dijo que si alguna vez te encontraba te diera este anillo.

Bond cerró con fuerza los ojos, luchando contra una oleada de náusea mental. ¡Más muerte! Más sangre en sus manos. Esa vez como consecuencia de un gesto descuidado, una baladronada que le había proporcionado veinticuatro horas de éxtasis con una belleza que le había cogido cariño y, al final, mucho más que cariño. Y aquel insignificante golpe de refilón al ego de Goldfinger había sido devuelto por éste multiplicado por mil, por un millón. «Dejó el empleo», fueron sus palabras bajo el sol de Sandwich dos días antes. ¡Cómo debió disfrutar Goldfinger pronunciándolas! Las uñas de Bond se clavaron en las palmas de sus manos. Por Dios que haría pagar a Goldfinger aquel crimen aunque fuese lo último que hiciera en su vida. ¿Y con respecto a él mismo...? Bond conocía la respuesta. No podría excusar aquella muerte como parte de su trabajo. Tendría que llevarla siempre sobre su conciencia.

La joven daba tirones de su dedo, del anillo de Claddagh (las manos enlazadas alrededor del corazón de oro). Se metió el nudillo en la boca. El anillo salió y ella se lo ofreció a Bond. El pequeño círculo de oro, destacándose contra el tronco del árbol, brilló a la luz de la luna.

Para los oídos de Bond, el ruido fue algo entre un siseo y un silbido estridente. Hubo un golpe sordo, seco y vibrante. Las plumas de aluminio de la flecha de acero temblaban como las alas de un colibrí frente a los ojos de Bond. El astil de la flecha se enderezó. El anillo de oro bajó tintineando por el mismo hasta chocar contra la corteza del árbol.

Con lentitud, casi sin interés, Bond volvió la cabeza.

A diez metros de distancia —a medias entre la luz de la luna y las sombras—, la negra figura de cabeza en forma de melón estaba agazapada, con las piernas bien separadas en la típica posición del judoca. Mantenía el brazo izquierdo, adelantado con respecto al reluciente semicírculo del arco, recto como el de un duelista. La mano derecha, sosteniendo las plumas de una segunda flecha, permanecía rígida contra la

mejilla del mismo lado. Cerca de la cabeza, el tenso codo derecho se proyectaba hacia atrás en un suspense congelado. La punta plateada de la segunda flecha apuntaba exactamente entre los dos pálidos perfiles que se elevaban.

—No te muevas ni un centímetro —le dijo Bond a la muchacha; pronunció las palabras en un suspiro. Luego, en voz alta, se dirigió al coreano—: Hola, *Chapuzas*. Ha sido un tiro condenadamente bueno.

Chapuzas elevó la punta de la flecha.

Bond se puso de pie, protegiendo a la joven.

—No tiene que ver el fusil —susurró por la comisura de los labios para después decir a *Chapuzas*, hablando con tono despreocupado y tranquilo—: Bonito lugar el que tiene aquí el señor Goldfinger. Me gustaría intercambiar unas palabras con él en algún momento. Tal vez hoy sea un poco tarde. Dile que vendré mañana. —Bond se volvió hacia la chica—: Vamos, querida, ya hemos dado nuestro paseo por el bosque. Ya es hora de que volvamos al hotel. —Avanzó un paso en dirección contraria a *Chapuzas*, hacia la cerca.

El coreano dio un fuerte golpe en el suelo con su pie adelantado. La punta de la segunda flecha pasó a apuntar el centro del estómago de Bond.

—Oargn. —*Chapuzas* agitó la cabeza de lado y hacia abajo, en dirección a la casa.

—¿Ah, opinas que le gustará recibirnos ahora? Muy bien. ¿No crees que le molestaremos? Vamos, querida. —Bond pasó delante, hacia la izquierda del árbol, lejos del fusil que descansaba entre la hierba en sombras.

Mientras bajaban por la cuesta a paso lento, Bond hablaba en voz baja a la chica, dándole instrucciones.

—Eres mi novia. Te he traído de Inglaterra. Simula estar sorprendida e interesada por nuestra pequeña aventura. Nos encontramos en un mal paso. No intentes nada. —Bond movió la cabeza hacia abajo—. Este hombre es un asesino.

—Si no te hubieses metido... —replicó ella airada.

—Lo mismo digo —repuso Bond, seco. Se arrepintió—: Lo siento, Tilly, no quería decir eso. Pero no creo que te hubieras salido con la tuya.

—Lo tenía todo bien planeado. Habría estado al otro lado de la frontera a medianoche.

Bond no respondió. Había vislumbrado algo por el rabillo del ojo. En la parte superior de la alta chimenea, la boca rectangular del artilugio de radar giraba de nuevo. Eso era lo que los había visto u oído. Debía tratarse de algún tipo de detector sónico. ¡Menuda colección de trucos tenía aquel hombre! Bond no había pretendido subestimar a Goldfinger. ¿Cómo se las habría arreglado para hacer algo decisivo? Tal vez si tuviese su revólver... No. Bond sabía que ni en su fracción de segundo en sacar el arma habría derrotado al coreano y tampoco podía hacerlo en ese momento. Había

algo absolutamente mortífero en aquel hombre. Tanto si Bond hubiese estado armado o desarmado, sería como un hombre enfrentándose con un tanque.

Cuando llegaron al patio, se abrió la puerta trasera de la casa. Dos coreanos más, que podrían ser los dos sirvientes de Reculver, corrieron hacia ellos bañados por la cálida luz eléctrica a su espalda. Llevaban sendos garrotes pulidos de muy mal aspecto.

—¡Alto! —Ambos tenían la expresión salvaje y vacía que los hombres de la estación J, que habían estado en campamentos de prisioneros japoneses, habían descrito a Bond—. Registramos. No problemas o... —El coreano que había hablado cortó el aire con un latigazo sibilante de su garrote—. ¡Manos arriba!

Bond levantó las manos con gesto lento.

—No reacciones... —susurró a la joven—, hagan lo que hagan.

Chapuzas se adelantó y permaneció, amenazador, vigilando el registro. La búsqueda era experta. Bond observaba fríamente las manos sobre la chica, los rostros sonrientes.

—Muy bien. ¡Vengan!

Les hicieron entrar y seguir un pasadizo de losas de piedra hasta el pequeño vestíbulo de entrada en la parte delantera de la casa. Esta olía como Bond había imaginado: a moho, fragante y veraniego. Las puertas tenían los entrepaños blancos. *Chapuzas* llamó con los nudillos a una de ellas.

—¿Sí?

El coreano abrió la puerta. Y ellos fueron empujados al interior.

Goldfinger estaba sentado detrás de un gran escritorio, ordenadamente atestado de documentos de aspecto importante y flanqueado por archivadores de metal grises. Junto al escritorio, al alcance de la mano de Goldfinger, se encontraba una emisora de radio de onda corta sobre una mesa baja. Había una consola de operador y un aparato que producía un ruidoso tictac, como el de un barógrafo. Bond supuso que tenía algo que ver con la antena de la chimenea que los había interceptado.

Goldfinger vestía su chaqueta de esmoquin de terciopelo púrpura sobre una camisa blanca de seda con el cuello abierto, por el cual asomaba una mata de vello anaranjado. Se sentaba muy erguido en una silla de respaldo alto. Apenas miró a la joven. Los grandes ojos azul claro estaban enfocados hacia Bond. No mostraban sorpresa alguna. No tenían expresión, salvo una penetrante rudeza.

—Oiga, Goldfinger —fanfarroneó Bond—, ¿qué diablos es todo esto? Me puso a la policía detrás por aquellos diez mil dólares y yo le he seguido la pista hasta aquí con mi novia, la señorita Soames. He venido a enterarme de qué pretende. Hemos escalado la cerca (ya sé que es allanamiento de morada) porque quería verle antes de que se me vaya a otro lugar. Entonces ha llegado ese mono suyo y el muy animal casi nos mata con su arco y sus flechas. Dos más de sus condenados coreanos nos han

detenido y registrado. ¿Qué demonios ocurre? Si no puede darme una respuesta civilizada y todas sus excusas, pienso denunciarle a la policía.

La mirada llana y dura de Goldfinger permaneció impasible. Parecía no haber oído el arranque de Bond de caballero agraviado. Los finamente cincelados labios se abrieron.

—Señor Bond —dijo—, en Chicago tienen un proverbio: «Una vez es casualidad; dos, coincidencia, y la tercera vez... una acción hostil». Miami, Sandwich y ahora Ginebra. Me propongo arrancarle la verdad. —La mirada de Goldfinger resbaló lentamente por encima de la cabeza de Bond—. *Chapuzas*, la sala de interrogatorios.

Tercera parte
ACCIÓN HOSTIL

Capítulo 15

La sala de interrogatorios

La reacción de Bond fue automática y sin pensar. Dio un rápido paso hacia delante y se lanzó sobre Goldfinger por encima del escritorio. Su cuerpo, disparado en una zambullida horizontal, chocó contra el escritorio y se abrió paso a través de un mar de papeles. Hubo un fuerte golpe sordo cuando la parte superior de su cabeza se incrustó en el esternón de Goldfinger. La inercia del golpe hizo que Goldfinger se tambaleara en su silla. Bond retrocedió hasta el borde del escritorio, lo utilizó como apoyo y cargó de nuevo hacia delante. Al tiempo que la silla se volcaba hacia atrás y los dos cuerpos caían envueltos en astillas, los dedos de Bond buscaron la garganta de su enemigo y sus pulgares fueron a su base y hacia abajo con todas sus fuerzas.

Entonces la casa entera se abatió sobre él, una viga de madera le golpeó en la base del cuello y cayó lentamente de Goldfinger al suelo, donde se quedó inmóvil.

El vórtice de luz en el que Bond daba vueltas se aplanó poco a poco en un disco, en una luna amarilla y luego en el ardiente ojo de un cíclope. Había algo escrito alrededor de aquel globo ocular encendido. Era un mensaje, un mensaje importante para él. Tenía que leerlo. Con dificultad, de una en una, Bond descifró las minúsculas letras. El mensaje decía: *Societé Anonyme Mazda*. ¿Cuál era su significado? De forma cruel e inesperada, el agua golpeó su rostro, escociéndole en los ojos y llenándole la boca. Vomitó y trató de moverse. No pudo. Se aclararon sus ojos y su cerebro. Tenía un dolor pulsante en la nuca. Se encontraba mirando hacia arriba una gran pantalla esmaltada con una potente bombilla. Estaba en una especie de mesa, con los tobillos y las muñecas atados a sus bordes. Palpó con los dedos: metal pulido.

Una voz, la de Goldfinger, sin inflexiones, indiferente, sonó a su lado:

—Podemos empezar.

Bond volvió la cabeza hacia la voz, pero estaba deslumbrado por la luz. Apretó con mucha fuerza los párpados y luego los abrió. Vio a Goldfinger sentado en una silla de lona. Se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa. Tenía unas marcas rojas alrededor de la base del cuello. En una mesa plegable junto a él había diversos utensilios, instrumentos metálicos y un panel de control. Al otro lado de la mesa, Tilly Masterton estaba en otra silla, atada con correas a la misma por las muñecas y los tobillos. Se sentaba muy erguida, como si se encontrara en la escuela, increíblemente bella, pero conmocionada, remota. Sus ojos miraban a Bond sin verlo. Estaba drogada o hipnotizada.

Bond volvió la cabeza a la derecha. A uno o dos metros se hallaba el coreano. Todavía con el sombrero hongo, pero sin ropa de cintura para arriba. La amarilla piel

de su enorme torso brillaba de sudor. Era totalmente lampiño. Tenía los músculos pectorales tan anchos como platos y el estómago cóncavo bajo el gran arco de las costillas. Los bíceps y antebrazos, también sin vello, eran gruesos como muslos. Las aceitosas manchas de los ojos, que parecían marcar las dos menos diez, reflejaban alegría y avidez. El puñado de dientes negruzcos formaba una oblicua sonrisa de anticipación.

Bond levantó la cabeza. La rápida mirada a su alrededor le dolió. Estaban en uno de los talleres de la fábrica. La luz blanca resplandecía alrededor de las puertas de hierro de dos hornos eléctricos. Había láminas de metal azuladas apiladas en bastidores de madera. En algún lugar sonaba el zumbido de un generador. Se oía un distante ruido apagado de martilleo y, detrás de éste, el remoto latido de hierro de la central eléctrica.

Bond miró hacia abajo la mesa en que lo habían despatarrado. Dejó caer de nuevo la cabeza hacia atrás con un suspiro. En el centro de la mesa de acero pulido había una ranura, por cuyo extremo más alejado, como en un segundo plano enmarcado por la ue de sus pies separados, sobresalían los brillantes dientes de una sierra circular.

Bond se quedó quieto mirando el pequeño mensaje de la bombilla. Goldfinger empezó a hablarle en un tono de tranquila conversación. Bond echó el telón sobre el horrible espectáculo de su imaginación y escuchó.

—Señor Bond, la palabra «pena» viene del latín *poena* y significa «multa», lo que hay que pagar. Usted ahora tiene que pagar por la curiosidad que, como demuestra su ataque sobre mí y yo ya sospechaba, es poco amistosa. La curiosidad, como dicen, mata al gato. Esta vez tendrá que matar a dos gatos, porque me temo que me veré obligado a contar también a la chica como enemiga. Me dice que se aloja en el Bergues. Una llamada telefónica ha demostrado que eso es falso. He mandado a *Chapuzas* al lugar donde ustedes se habían escondido y ha recuperado su fusil, así como un anillo que da la casualidad que conozco. Bajo hipnosis ha salido el resto. Esta chica ha venido a matarme. Quizás usted también. Ambos han fracasado. Ahora viene la *poena*. Señor Bond —la voz sonaba a aburrimiento—, he tenido muchos enemigos en mi vida. Soy muy afortunado e inmensamente rico, y «la riqueza (si me permite que le imponga otro de mis proverbios) puede que no te haga ganar amigos, pero incrementa enormemente la clase y variedad de tus enemigos».

—Le ha quedado muy bien.

Goldfinger ignoró la interrupción.

—Si estuviese usted en libertad, con su talento para las pesquisas, podría encontrar por todo el mundo los restos de los que me han deseado desgracias o que han tratado de enfrentarse conmigo. Ha habido, como he dicho, mucha gente así y descubriría, señor Bond, que sus restos parecen esos erizos aplastados en las carreteras en verano.

—Una metáfora muy poética.

—Por casualidad, señor Bond. Soy un poeta en los hechos, no a menudo en las palabras. Pero todo esto es marginal. Me gustaría hacerle entender que fue nefasto para usted el día en que se cruzó por primera vez en mi camino y, aunque fuese de manera insignificante, frustró un minúsculo proyecto en el cual yo estaba metido. En aquella ocasión, otra persona sufrió la *poena* que se le tendría que haber impuesto a usted. Fue ojo por ojo, pero no fue el suyo. Tuvo suerte, y si entonces hubiese consultado un oráculo, éste le habría dicho: «Señor Bond, ha sido muy afortunado. Manténgase alejado del señor Auric Goldfinger. Es un hombre muy poderoso. Si el señor Goldfinger quisiese aplastarle, sólo tendría que darse la vuelta mientras duerme para hacerlo».

—Se expresa usted con mucha elocuencia. —Bond volvió la mirada. La gran cabeza como un balón de fútbol parda y anaranjada estaba inclinada ligeramente hacia delante. El redondo rostro de luna llena estaba tranquilo, indiferente. Despreocupada, una mano fue al panel de control y pulsó un interruptor. En el extremo de la mesa en que se encontraba Bond sonó un lento gruñido metálico. Cambió de tono a un gemido áspero y luego a un estridente silbido tan agudo que apenas era audible.

Bond apartó la vista con fatiga. ¿Con qué rapidez conseguiría morir? ¿Estaría en su mano acelerar la muerte de alguna manera? Un amigo suyo que había sobrevivido a la Gestapo le explicó que en una ocasión trató de suicidarse reteniendo la respiración. Por medio de una fuerza de voluntad sobrehumana, tras unos minutos sin respirar se sumió en la inconsciencia. Pero con el apagón de los sentidos, la voluntad y la intencionalidad también abandonaron el cuerpo. Instantáneamente, la razón cayó en el olvido. El instinto de vivir del organismo hizo funcionar las bombas y entrar aire de nuevo al cuerpo. Pero Bond lo intentaría. No había nada más que pudiese ayudarlo a salvar la barrera del dolor situada antes de la bendición de la muerte. Porque la muerte era la única salida.

Sabía que no podía cantarle a Goldfinger y volver a vivir consigo mismo, incluso en el improbable caso de que fuera capaz de comprar a Goldfinger con la verdad. No, tenía que aferrarse a su endeble historia y esperar que quienes le sucediesen en la persecución de Goldfinger tuvieran mejor suerte. ¿A quién designaría M? Tal vez a 008, el segundo agente autorizado a matar en la pequeña sección de tres. Era muy bueno, más cuidadoso que él. M sabría que Goldfinger había matado a Bond y autorizaría a 008 a matarlo a su vez. En Ginebra, 258 le pondría en el rastro que terminaría en las pesquisas de Bond sobre las Empresas Auric. Desde luego, el destino alcanzaría a Goldfinger si Bond conseguía mantener la boca cerrada. Pero si dejaba escapar lo más mínimo, Goldfinger se escabulliría. Eso era impensable.

—Bueno, señor Bond —la voz de Goldfinger fue enérgica—, ya está bien de

amabilidades. Cante, como dicen mis amigos de Chicago, y morirá rápidamente y sin dolor. También la chica. No cante, y su muerte será un largo chillido. Luego le daré la chica a *Chapuzas*, como hice con el gato, para cenar. ¿Qué prefiere?

—No sea estúpido, Goldfinger —replicó Bond—. Les dije a mis amigos de Universal adonde iba y por qué. Los padres de la chica saben que me acompañaba. Hice preguntas sobre esta fábrica suya antes de venir. Nos seguirán la pista hasta aquí muy fácilmente. Universal es poderosa. Tendrá a la policía pegada a sus talones a los pocos días de nuestra desaparición. Voy a proponerle un trato. Déjenos ir y nunca más se oirá nada del asunto. Responderé de la chica. Está cometiendo un error estúpido, somos dos personas totalmente inocentes.

—Me temo que no lo entiende, señor Bond —dijo Goldfinger en tono aburrido—. Sea lo que sea lo que ha conseguido descubrir de mí, que sospecho que es muy poco, sólo puede ser un ápice de toda la verdad. Estoy metido en empresas gigantescas. Correr el riesgo de dejar salir vivo de aquí a cualquiera de los dos sería bastante ridículo. Está fuera de toda consideración. En cuanto a preocuparme por la policía, estaré encantado de recibirles si vienen. Aquellos de mis coreanos que saben hablar, no lo harán, ni tampoco las bocas de mis hornos eléctricos, que les habrán vaporizado a los dos y a sus pertenencias a dos mil grados centígrados.

»No, señor Bond, haga su elección. Quizás pueda animarle. —El ruido de una palanca que movía los dientes de acero se dejó oír—. La sierra está acercándose a su cuerpo a unos dos centímetros por minuto. Mientras tanto —miró al coreano y levantó un dedo—, un pequeño masaje de *Chapuzas*. Para empezar, sólo el primer grado. Los grados dos y tres son aún más persuasivos.

Bond cerró los ojos. El nauseabundo olor a zoo del coreano lo envolvió. Unos dedos grandes y ásperos se pusieron manos a la obra con cuidado y delicadeza. Una presión aquí, combinada con otra allá, un apretón repentino, una pausa y luego un rápido y fuerte golpe. Las duras manos tenían siempre una precisión quirúrgica. Bond apretó los dientes hasta pensar que se le romperían. El sudor provocado por el dolor empezó a formar charcos en las cuencas de sus ojos cerrados. El estridente gemido de la sierra se hizo más audible. Le recordó los sonidos con olor a serrín de atardeceres de verano, mucho tiempo atrás, en su hogar, en Inglaterra. ¿Hogar? Aquél era su hogar, aquel capullo de peligro en que había escogido vivir. Y allí quedaría enterrado, «en algún rincón de un alto horno extranjero que siempre está a dos mil grados centígrados». ¡Dios conceda reposo a los valientes caballeros del Servicio Secreto! ¿Qué epitafio desearía? ¿Cuáles serían sus «famosas últimas palabras»? ¿Que no se puede escoger la forma de nacer, pero sí la forma de morir? Sí, quedaría bien en una lápida; no *Savoir vivre*, sino *Savoir mourir*.

—Señor Bond. —La voz de Goldfinger contenía un indicio de perentoriedad—. ¿Es necesario todo esto? Limítese a decirme sólo la verdad. ¿Quién es usted? ¿Quién

lo ha enviado aquí? ¿Qué sabe? Entonces todo será tan fácil. Les daré sendas píldoras. No habrá dolor, como si hubieran tomado una pastilla para dormir. De lo contrario, será tan sucio, tan sucio y doloroso... Además, ¿está usted siendo justo con la chica? ¿Es ésta la conducta propia de un caballero inglés?

La tortura de *Chapuzas* se había interrumpido. Bond volvió lentamente la cabeza hacia la voz y abrió los ojos.

—Goldfinger —dijo—, nada puedo decirle porque no lo hay. Si no acepta mi primera oferta, le haré otra. La chica y yo trabajaremos para usted. ¿Qué le parece? Somos personas muy competentes. Podríamos serle de mucha utilidad.

—¿Y encontrarme con un cuchillo..., dos cuchillos clavados en mi espalda? No, gracias, señor Bond.

Este decidió que ya había llegado la hora de dejar de hablar. Era hora de empezar a darle cuerda al resorte de fuerza de voluntad que no tenía que acabarse hasta estar muerto.

—En ese caso... —dijo Bond con tono educado—, ¡jódase! —Expulsó todo el aire de sus pulmones y cerró los ojos.

—Ni siquiera yo soy capaz de hacer eso, señor Bond —repuso Goldfinger con buen humor—. Y ahora, ya que ha escogido la senda pedregosa en lugar de la suave, debo extraer todo el interés que pueda de su situación haciéndole la ruta tan impracticable como me sea posible. *Chapuzas*, grado dos.

La palanca de la mesa se movió entre los dientes de acero. Bond sintió el aire que producía la sierra entre sus rodillas. Las manos volvieron.

Bond contaba el pulso que martilleaba por todo su cuerpo. Era como el enorme latido de la central eléctrica del otro lado de la fábrica, pero en su caso iba disminuyendo lentamente el ritmo. Ojalá disminuyera con más rapidez. ¿Qué significaba esa ridícula voluntad de vivir que rehusaba escuchar al cerebro? ¿Quién hacía funcionar el motor, si el depósito de gasolina estaba vacío? Pero tenía que vaciar su mente de todo pensamiento al mismo tiempo que su cuerpo de oxígeno. Tenía que convertirse en un vacío, un profundo agujero de inconsciencia.

A través de sus párpados cerrados aún veía el color rojo de la luz encendida. Todavía sentía la presión a punto de estallar en sus sienes, y el lento golpe de tambor de la vida latir en sus oídos.

Un chillido trató de abrirse paso por los apretados dientes.

«Muere maldito seas muere maldito seas muere maldito seas muere maldito seas muere maldito seas muere...»

Capítulo 16

La última y la mayor empresa

Las alas de una paloma, el coro celestial, el canto de los heraldos angélicos, ¿qué más tenía que recordar del Paraíso? Todo era tal y como le habían dicho de niño: aquella sensación de volar, la oscuridad, el zumbido de un millón de arpas. Tenía que tratar de recordarlo todo sobre aquel lugar. A ver, estaban las Puertas de Nácar...

Una profunda voz paternal dijo, casi en su oído:

—Les habla el capitán. —(Bien, bien. ¿Quién sería ése?, ¿San Pedro?)—. Estamos a punto de aterrizar. Por favor, abróchense los cinturones y apaguen sus cigarrillos. Gracias.

Debía ser todo un grupo, subiendo juntos. ¿Estaría Tilly en el mismo viaje? Bond se revolvió, incómodo. ¿Cómo la presentaría a las demás, a Vesper por ejemplo? Y cuando llegara el momento, ¿cuál de ellas le gustaría más? Pero quizás fuese un lugar grande, con ciudades y pueblos. Probablemente no habría más motivos para toparse con una de sus antiguas amigas allí que en la tierra. Pero de todas formas había un montón de gente que sería mejor evitar hasta estar instalado y descubrir cómo actuar. Quizás, con tanto amor por todas partes, esas cosas no importaran. Tal vez amase a todas las chicas que se encontrase. Hum. ¡Difícil asunto!

Con unos pensamientos tan indignos en la mente, Bond se sumió de nuevo en la inconsciencia.

La siguiente cosa que experimentó fue una ligera sensación de balanceo. Abrió los ojos. El sol le cegó y los cerró otra vez. Una voz sonó por encima y detrás de su cabeza.

—Cuidado, colega —dijo la voz—, esta rampa es más empinada de lo que parece. —Casi de inmediato se produjo una fuerte sacudida. Una malhumorada voz se oyó al frente:

—¡A mí me lo cuentas! ¿Por qué demonios no pondrán goma?

Bond pensó, enfadado: «Vaya una forma de hablar aquí arriba. Sólo porque soy nuevo y creen que no hay nadie escuchando...».

Se oyó el portazo de una puerta automática. Algo golpeó con fuerza a Bond en un codo sobresaliente.

—¡Ay! —gritó, y trató de llegar al codo y frotárselo, pero sus manos no se movían.

—Y yo qué sé. ¡Eh! Sam, será mejor que llames al doctor. Éste ha vuelto en sí.

—¡Claro! Venga, ponlo al lado de la otra. —Bond sintió que lo bajaban. Se estaba más fresco. Abrió los ojos. Un gran rostro redondo de Brooklyn se inclinaba sobre él. Su mirada se encontró con la de él y sonrió. Los soportes metálicos de la camilla tocaron el suelo.

—¿Cómo va eso, señor? —preguntó el hombre.

—¿Dónde estoy? —Hubo pánico en la voz de Bond. Intentó levantarse, pero no pudo. Notó que el cuerpo se le cubría de sudor. ¡Cielos! ¿Formaba todo aquello parte de la antigua vida? Sólo de pensarlo, una oleada de aflicción lo invadió. Las lágrimas quemaron sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

—¡Eh, eh! Cálmese, señor. Está usted bien. Esto es Idlewild, Nueva York. Ahora está en América. Se acabaron sus problemas. —El hombre se enderezó. Creía que Bond era un refugiado de alguna parte—. Muévete, Sam. Este tipo tiene un shock nervioso.

—Vale, vale. —Las dos voces se alejaron, murmurando ansiosamente.

Bond vio que podía mover la cabeza. Miró a su alrededor. Se hallaba en una sala pintada de blanco, probablemente dependiente del departamento de sanidad del aeropuerto. Había una hilera de camas bien ordenadas. El sol entraba por unas altas ventanas, pero se estaba fresco debido al aire acondicionado. Se encontraba echado en una litera, en el suelo. Había otra persona a su lado. Estiró el cuello para mirar. Era Tilly. Estaba inconsciente. Su pálido rostro, enmarcado por el negro cabello, estaba vuelto hacia el techo.

La puerta del extremo de la sala se abrió con un susurro. Un médico en bata blanca la sostuvo. Goldfinger, con aspecto enérgico y alegre, se movió rápidamente entre las camas. Le seguía *Chapuzas*. Bond cerró los ojos con cansancio. ¡Cielos! Así que ésa era la situación.

Varios pies se reunieron alrededor de su camilla.

—Bueno, verdaderamente parecen en buena forma —dijo Goldfinger con jovialidad—, ¿no le parece, doctor? Ésta es una de las bendiciones de tener dinero. Cuando un amigo o un empleado se pone enfermo, se le pueden dar los mejores cuidados médicos. Los dos con una crisis nerviosa. ¡Y en la misma semana! ¿Quién lo creería? Pero la culpa es mía por haber hecho que trabajaran demasiado. Ahora me siento obligado a ponerlos en pie de nuevo.

»El doctor Foch, por cierto, el mejor médico de Ginebra, fue muy categórico. Dijo: «Necesitan reposo, señor Goldfinger. Reposo, reposo y más reposo.» Les dio sedantes y ahora van camino del Pabellón Harkness del Hospital Presbiteriano. — Goldfinger emitió una risita pedante—. Siembra y recogerás, ¿eh, doctor? Cuando hice donación al Harkness de un millón de dólares en equipos de rayos X, desde luego no esperaba nada a cambio. Pero fíjese ahora. Sólo hube de llamar y ya tienen dos magníficas habitaciones esperándoles. —Hubo un crujido de billetes—. Debo agradecerle su ayuda con los de Inmigración. Por fortuna, sus visados eran válidos y creo que los agentes de Inmigración se quedaron convencidos de que el señor Auric Goldfinger es garantía suficiente de que ninguno de ellos quiere derrocar al Gobierno de Estados Unidos, ¿no?

—Sí, desde luego, y gracias, señor Goldfinger. Cualquier cosa que yo pueda hacer... Me ha parecido entender que tiene una ambulancia particular esperando fuera.

Bond abrió los ojos y miró en la dirección de donde sonaba la voz del médico. Vio un hombre agradable y serio, con gafas sin montura y cabello cortado a cepillo.

—Ni a mí ni a esta chica nos pasa absolutamente nada —dijo tranquilo y con desesperada sinceridad Bond—, doctor. Nos han drogado y traído aquí en contra de nuestra voluntad. Ninguno de los dos trabaja, ni ha trabajado nunca, para Goldfinger. Le advierto que hemos sido secuestrados. Solicito ver al jefe de Inmigración. Tengo amigos en Washington y en Nueva York. Ellos responderán por mí, le ruego que me crea. —Bond sostuvo la mirada del hombre en la suya, deseando que le creyera.

El médico pareció preocupado y se volvió hacia Goldfinger. Este sacudió la cabeza, discretamente como para no ofender a Bond. Levantó una mano con disimulo y se dio unos golpecitos en la sien, fuera de la vista de Bond. Goldfinger enarcó las cejas con impotencia.

—¿Ve, doctor, lo que quiero decir? Lleva días así. Una postración nerviosa total combinada con manía persecutoria. El doctor Foch dijo que a menudo iban juntas. Es posible que necesite estar semanas en el Harkness, pero pienso ayudarle a reponerse aunque sea lo último que haga. Es el shock producido por este escenario desconocido. Quizá una inyección intravenosa de sodio...

El médico se inclinó sobre su maletín negro.

—Creo que tiene razón, —señor Goldfinger. Puesto que Harkness ya se ocupará del caso... —Hubo un tintineo de instrumentos.

—Es algo muy triste —dijo Goldfinger— ver a un hombre desmoronarse tan por completo, un hombre que ha sido uno de mis mejores colaboradores. —Se inclinó sobre Bond con una dulce y paternal sonrisa—. Te pondrás bien. James. Relájate y duerme un rato. Ya tenía miedo de que el vuelo fuese demasiado duro para ti. Relájate y dejámelo todo a mí.

Bond sintió el roce del algodón en el brazo. Intentó levantarse. Contra su voluntad, un torrente de insultos salió de sus labios. Luego sintió la aguja, abrió la boca y chilló y chilló; mientras, el médico se arrodilló a su lado y con delicadeza y paciencia le enjugó el sudor de la frente.

Cuando despertó, se encontró en la cama pintada de gris de una habitación. No había ventanas. La luz procedía de una única lámpara de globo en el centro del techo. Alrededor de la lámpara había unas ranuras concéntricas en el encalado y se notaba el olor neutro y el zumbido amortiguado del aire acondicionado. Bond vio que podía sentarse y lo hizo. Se sentía amodorrado, pero bien. De repente se dio cuenta de que tenía un hambre y una sed desahoradas. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Dos,

tres días antes? Apoyó los pies en el suelo. Estaba desnudo. Examinó su cuerpo. *Chapuzas* había sido cuidadoso. No encontró señales de daños, salvo un grupito de marcas de aguja en su antebrazo derecho. Se levantó, venciendo el vértigo, y dio unos pasos por la habitación. Vio que había estado echado en una litera de barco con cajones debajo. Los únicos otros muebles de la habitación eran una simple mesa de madera de pino y una silla de madera recta. Todo era limpio, funcional, espartano.

Bond se arrodilló frente a los cajones de la litera y los abrió. Contenían todos los enseres de su maleta, excepto el reloj y la pistola. Incluso los pesados zapatos que llevaba puestos en su expedición a las Empresas Auric estaban allí. Hizo girar uno de los tacones y tiró. El ancho cuchillo de doble filo salió suavemente de su vaina en la suela. Con los dedos alrededor del tacón cerrado se convertía en una eficaz daga para apuñalar. Bond verificó que el otro zapato tenía su cuchillo y volvió a colocar los tacones en su sitio. Sacó ropa y se la puso. Encontró la pitillera y el mechero y encendió un cigarrillo. Había dos puertas, una de las cuales tenía manija. La abrió. Daba a un pequeño y bien equipado cuarto de baño. Sus utensilios para lavarse y afeitarse estaban pulcramente colocados. Junto a ellos había utensilios femeninos. Bond abrió con suavidad la otra puerta del cuarto de baño. Daba a una habitación similar a la suya. Se veía el cabello negro de Tilly Masterton sobre la almohada de la litera. Bond se acercó de puntillas y miró. Dormía pacíficamente, con una media sonrisa en la hermosa boca. Bond regresó al cuarto de baño y cerró con cuidado la puerta. Fue hasta el espejo del lavabo y se miró: la negra barba parecía tener tres días, más que dos. Se dispuso a afeitarse.

Media hora más tarde se hallaba sentado en el borde de su litera, pensando, cuando la puerta sin manija se abrió de repente. *Chapuzas* estaba en el umbral. Miró a Bond sin curiosidad. Sus ojos recorrieron cuidadosamente la habitación parpadeando.

<—em>Chapuzas —dijo Bond con aspereza—, quiero mucha comida, y rápido. Y una botella de bourbon, soda y hielo. También un cartón de Chesterfield largo y mi reloj, u otro tan bueno como el mío. ¡En marcha! ¡Uno, dos! Y dile a Goldfinger que quiero verle, pero no hasta después de comer algo. ¡Venga! ¡Espabila! No te quedes ahí como un pasmarote, tengo hambre.

Chapuzas lo miró con ira como preguntándose qué hueso romperle. Abrió la boca, profirió un ruido entre un ladrido rabioso y un eructo, escupió despectivamente a sus pies y se fue, cerrando la puerta como un torbellino. Cuando tenía que haberse producido el portazo, la puerta se frenó de golpe y se cerró con un suave y decidido doble clic.

El encuentro puso a Bond de buen humor. Por alguna razón, Goldfinger había decidido no matarles. Los quería vivos. Pronto sabría por qué los quería con vida, pero mientras así fuera, Bond pensaba seguir vivo bajo sus propias condiciones. Dichas condiciones incluían poner a *Chapuzas* y a cualquier otro coreano en su lugar,

el cual, en la consideración de Bond, se encontraba bastante por debajo de los monos en la jerarquía de los mamíferos.

Cuando uno de los criados coreanos entró con una comida excelente y todo lo demás que había pedido, incluido el reloj, Bond no había descubierto nada más de sus circunstancias, excepto que su habitación se hallaba cerca del agua y no muy lejos de un puente de ferrocarril. Suponiendo que la habitación estuviese en Nueva York, se encontraría en el Hudson o en el East River. La vía férrea era eléctrica y sonaba como un metro, pero los conocimientos geográficos de Bond sobre Nueva York no bastaban para situarlo. Su reloj estaba parado. Cuando preguntó la hora no obtuvo respuesta.

Bond había comido todo lo que había en la bandeja y estaba fumando y saboreando un excelente bourbon con soda, cuando se abrió la puerta. Entró Goldfinger, solo. Vestía como un típico hombre de negocios y parecía tranquilo y alegre. Cerró la puerta tras de sí y permaneció con la espalda apoyada en la misma. Observó a Bond con mirada escrutadora. Éste dio una chupada a su cigarrillo y, cortés, devolvió la mirada.

—Buenos días, señor Bond —dijo Goldfinger—. Ya veo que vuelve a ser usted mismo. Espero que prefiera estar aquí que muerto. Para ahorrarle la molestia de formular un montón de preguntas convencionales, le diré dónde se encuentra y qué le ha sucedido. Luego le haré una proposición a la que exijo una respuesta inequívoca. Usted es una persona más razonable que la mayoría, así que basta con que sólo le haga una breve advertencia. No intente ningún golpe de teatro. No me ataque con un cuchillo, un tenedor o esa botella. Si lo hace, lo mataré con esto. —Del puño derecho de Goldfinger surgió, como un pulgar negro, una pistola de pequeño calibre. Volvió a meterse la mano del arma en el bolsillo—. Utilizo estas cosas muy raramente. Cuando he tenido que hacerlo, nunca he necesitado más de una bala del calibre 25 para matar. Disparo al ojo derecho, señor Bond, y nunca fallo.

—No se preocupe —repuso Bond—, no soy tan preciso con una botella de bourbon. —Se alzó un poco una pernera del pantalón y, cruzando la pierna sobre la otra, permaneció sentado, tranquilo—. Adelante.

—Señor Bond —la voz de Goldfinger sonó amistosa—, soy un experto en muchos otros materiales además de los metales y tengo un aprecio especial por todo lo que es de mil milésimas, como decimos hablando del oro más puro. Comparado con este grado de pureza, de valor, el material humano tiene realmente una calidad muy baja. Pero de vez en cuando se encuentra un elemento de esta clase que por lo menos se puede utilizar para las tareas inferiores. *Chapuzas* es un ejemplo de lo que quiero decir: simple arcilla sin refinar, susceptible de una explotación limitada. En el último momento mi mano vaciló en destruir un utensilio con la resistencia que he observado en usted. Puede que haya cometido un error reteniendo mi mano. En todo caso, ya tomaré todas las medidas necesarias para protegerme de las consecuencias de

mi impulso.

»Algo que usted dijo le salvó la vida: sugirió la posibilidad de que usted y la señorita Masterton trabajaran para mí. Normalmente no me servirían de nada ninguno de los dos, pero resulta que estoy a punto de llevar a cabo cierta empresa en la cual los servicios de ambos constituirían una mínima ayuda. Así que hice la apuesta. Les di los sedantes necesarios. Sus cuentas en el Bergues, donde la señorita Masterton resultó estar registrada con su verdadero nombre, fueron liquidadas y sus cosas recogidas. Envié un telegrama en su nombre a Universal Export. Le habían ofrecido un empleo en Canadá y usted iba allí a estudiar las perspectivas. Se llevaba a la señorita Masterton como secretaria. Ya escribiría dando más detalles. Un telegrama tosco, pero servirá para el corto período en que quiero sus servicios.

«No ocurrirá eso —pensó Bond—, a menos que el texto incluyera una de las frases inocentes que le dijeran a M que el telegrama es auténtico; a estas alturas el Servicio sabrá ya que me encuentro bajo control enemigo. Las ruedas deben estar girando muy aprisa.»

—En caso de que crea, señor Bond —seguía diciendo Goldfinger—, que mis precauciones han sido insuficientes, que le seguirán el rastro, déjeme decirle que ya no estoy en absoluto interesado en su verdadera identidad, ni en la fuerza y recursos de sus patrones. Usted y la señorita Masterton han desaparecido por completo, señor Bond, así como yo y todo mi personal. El aeropuerto remitirá las pesquisas al Pabellón Harkness, del Hospital Presbiteriano. Dicho hospital nunca habrá oído hablar del señor Goldfinger ni de sus pacientes. El FBI y la CIA no tienen datos míos, porque carezco de antecedentes. Sin duda las autoridades de inmigración tendrán detalles de mis idas y venidas a lo largo de los años, pero eso de nada les servirá.

»En cuanto a mi paradero presente, y al suyo, señor Bond, estamos en el almacén de la Corporación de transporte de alta velocidad por carretera, una empresa respetable que poseo a través de otras personas y que ha sido equipada a conciencia como cuartel general secreto del proyecto del que le hablaba. Usted y la señorita Masterton quedarán confinados en dicho cuartel. Vivirán y trabajarán allí y posiblemente, aunque tengo mis dudas sobre las inclinaciones de la señorita Masterton al respecto, hagan el amor.

—¿Y en qué consistirá nuestro trabajo?

—Señor Bond —dijo Goldfinger (por primera vez desde que Bond lo conocía, el gran rostro suave, siempre vacío de expresión, mostró signos de vida), con una mirada casi arrebatada que iluminó sus ojos, mientras los finamente cincelados labios se curvaban en una delgada línea beatífica—, he estado enamorado toda mi vida. He estado enamorado del oro. Adoro su color, su brillo, su peso divino. Adoro su textura, esa suave viscosidad del oro que he aprendido a calibrar con tal precisión al tacto que soy capaz de estimar la pureza de un lingote con un margen de error de un quilate. Y

adoro el sabor cálido que rezuma cuando lo fundo en un jarabe auténticamente dorado. Pero, sobre todo, señor Bond, adoro el poder que sólo el oro da a su poseedor, la magia que controla la energía, obtiene trabajo, cumple todos sus deseos y caprichos y, cuando es preciso, compra cuerpos, mentes e, incluso, almas. Sí, señor Bond, toda mi vida he trabajado para el oro y, a cambio, él ha trabajado para mí y para todos los proyectos que he emprendido. Le pregunto —Goldfinger miró con toda seriedad a Bond—: ¿hay alguna otra sustancia en la tierra que dé tantas satisfacciones a su poseedor?

—Mucha gente se ha hecho rica y poderosa sin poseer ni un gramo de ese metal, pero entiendo su punto de vista. ¿Cuánto oro ha conseguido acumular y qué hace con él?

—Poseo el equivalente a veinte millones de libras esterlinas, tanto como un país pequeño. Ahora está todo en Nueva York. Lo guardo donde lo necesito. Mi tesoro en oro es como un montón de abono. Lo muevo de un lugar a otro por toda la faz de la tierra, y allí donde lo esparzo, aquel sitio florece y prospera. Recojo la cosecha y me voy. En este momento me propongo fortalecer cierta empresa norteamericana con mi abono dorado. Por eso los lingotes de oro están en Nueva York.

—¿Cómo escoge las empresas? ¿Qué le atrae de ellas?

—Me adhiero a cualquier empresa que incremente mis reservas de oro. Invierto, hago contrabando, robo. —Goldfinger hizo un ligero gesto con las manos, abriéndolas con persuasión—. Si sigue el símil, mire la historia como un tren que circula a toda velocidad por el tiempo. A los pájaros y otros animales les perturba el ruido y el tumulto del paso del tren, y vuelan apartándose de él, huyen a la carrera o buscan un abrigo creyendo que se ocultan. Yo soy como el halcón que sigue al tren (sin duda los ha visto haciendo eso, en Grecia por ejemplo), listo para abalanzarse sobre cualquier cosa que levante el paso del tren, el paso de la historia.

»Para ponerle un ejemplo sencillo: el progreso de la historia produce un hombre que inventa la penicilina. Al mismo tiempo, la historia crea una guerra mundial. Mucha gente muere o tiene miedo de morir. La penicilina los salvará. Por medio de sobornos en ciertos estamentos militares europeos, obtengo partidas de penicilina. Las diluyo con algún polvo o líquido inofensivo y las vendo con un enorme beneficio a quienes anhelan ese producto. ¿Entiende lo que quiero decir, señor Bond? Hay que acechar la presa, vigilarla con cuidado y saltar. Pero, como digo, yo no busco estas empresas. Permito que el tren de la historia las azuce hacia mí.

—¿Cuál es la próxima? ¿Qué tenemos que ver la señorita Masterton y yo con ella?

—La próxima, señor Bond, será la última. También la mayor. —La mirada de Goldfinger estaba vacía, dirigida hacia el interior. Su voz bajó de tono, se hizo casi reverente cuando dijo—: El hombre ha escalado el Everest y ha arañado las

profundidades del océano. Ha lanzado cohetes al espacio exterior y dividido el átomo. Ha inventado, diseñado, creado en todos los dominios del empeño humano y en todas partes ha triunfado, batido récords, logrado milagros. He dicho en todos los dominios, pero hay uno en que ha sido descuidado, señor Bond. Se trata de la actividad humana conocida en sentido amplio como el crimen. Las llamadas proezas criminales cometidas por individuos humanos (desde luego no me refiero a sus estúpidas guerras, a su torpe destrucción mutua) son de dimensiones miserables: pequeños atracos a bancos, minúsculas estafas, falsificaciones de poca monta.

»Y no obstante, al alcance de la mano, a unos centenares de kilómetros de aquí, la oportunidad de cometer el mayor crimen de la historia está aguardando. El escenario se halla dispuesto, y el gigantesco premio, ofrecido. Sólo faltan los actores. Pero por lo menos el productor está aquí, señor Bond —Goldfinger levantó un dedo y se golpeó el pecho—, y ha escogido el reparto. Esta misma tarde se leerá el guión a los actores principales. Luego empezarán los ensayos y, dentro de una semana, se levantará el telón para la única y extraordinaria representación. Después vendrá el aplauso, el aplauso por el mayor golpe fuera de la ley de todos los tiempos. Y, señor Bond, el mundo se agitará con ese aplauso durante siglos.

Un fuego apagado ardía en los grandes ojos pálidos de Goldfinger y había un ligero toque adicional de color en sus mejillas pardo-rojizas. Pero se mantenía calmado, tranquilo, profundamente convencido. No había rastro, reflexionó Bond, del loco, del visionario. Goldfinger tenía alguna fantástica proeza en mente, pero había calibrado las posibilidades y descubierto que eran favorables.

—Bueno, venga —dijo Bond—. ¿De qué se trata y qué tenemos que hacer nosotros?

—Es un atraco, señor Bond. Un atraco sin oposición, pero que precisará una ejecución meticulosa. Habrá mucho papeleo, muchos detalles administrativos que supervisar. Iba a hacer esto yo mismo hasta que me ofreció sus servicios. Ahora lo hará usted, con la señorita Masterton como secretaria. Ya ha sido retribuido en parte por ese trabajo con su vida. Cuando la operación se complete con éxito, recibirá un millón de libras esterlinas en oro. La señorita Masterton recibirá medio millón.

—Ahora nos entendemos —dijo Bond con entusiasmo—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Robar el final del arco iris?

—Sí. —Goldfinger asintió—. Eso es exactamente lo que vamos a hacer. Nos apoderaremos de un cargamento de oro por valor de quince mil millones de dólares, más o menos la mitad de las existencias del oro extraído en todo el mundo. Señor Bond, vamos a tomar Fort Knox^[21].

Capítulo 17

El Congreso de los hampones

—Fort Knox. —Bond sacudió la cabeza con gesto grave—. ¿No es un poco exagerado para dos hombres y una muchacha?

Goldfinger se encogió de hombros con impaciencia.

—Le ruego que se guarde su sentido del humor durante una semana, señor Bond. Después ríase cuanto quiera. Tendré bajo mi mando a un centenar de hombres y mujeres aproximadamente. Serán personas escogidas entre las seis bandas de gangsters más poderosas de Estados Unidos. Esta fuerza representará la unidad de combate más dura y compacta jamás reunida en tiempo de paz.

—Muy bien. ¿Cuántos hombres guardan la cámara acorazada de Fort Knox?

Goldfinger sacudió lentamente la cabeza. Llamó una vez a la puerta tras él, que se abrió de inmediato. *Chapuzas* estaba en el umbral, agazapado, alerta. Cuando vio que la reunión seguía siendo pacífica se enderezó y esperó.

—Tendrá muchas preguntas que hacer, señor Bond —dijo Goldfinger—. Serán respondidas esta tarde. Empezaremos a las dos y media. Ahora son las doce en punto. —Bond miró su reloj y lo puso en hora—. Usted y la señorita Masterton asistirán a la reunión en que se hará la propuesta a los jefes de las seis organizaciones que he mencionado. Sin duda, dichas personas harán las mismas preguntas que se le ocurren a usted. Todo se explicará. A continuación se pondrá a efectuar el trabajo de detalle con la señorita Masterton. Pida lo que quiera. *Chapuzas* se cuidará de su bienestar y estará siempre vigilándoles. No se desmanden o serán inmediatamente eliminados. Y no pierdan tiempo tratando de escapar o de ponerse en contacto con el mundo exterior. He contratado sus servicios y voy a exigir hasta el último átomo de los mismos. ¿Acepta el trato?

—Siempre he querido ser millonario —contestó secamente Bond.

Goldfinger se estudiaba las uñas. Luego le echó a Bond una última mirada, salió y cerró la puerta tras de sí.

Bond se quedó mirando hacia ella y luego se pasó ambas manos por el pelo y el rostro.

—Bueno, bueno —dijo en voz alta a la habitación vacía. Se levantó y, a través del cuarto de baño, se dirigió a la habitación de la chica y llamó a la puerta de separación.

—¿Quién es?

—Yo. ¿Estás visible?

—Sí. —La voz no reflejó entusiasmo alguno—. Entra.

Estaba sentada en el borde de la cama, poniéndose un zapato. Llevaba la misma

ropa con que Bond la conoció. Parecía fría, sosegada y poco sorprendida por lo que la rodeaba. Volvió la cabeza hacia Bond. Su mirada era reservada, desdeñosa.

—Tú nos has metido en esto. Sácanos —dijo fría y escuetamente.

—Puede que lo consiga —repuso Bond, amable—. Ya nos he sacado de nuestras tumbas.

—Después de meternos en ellas.

Bond miró pensativo a la chica. Decidió que sería poco galante darle unos azotes, por así decirlo, con el estómago vacío.

—Así no iremos a ninguna parte, Till. Estamos juntos en esto, nos guste o no. ¿Qué quieres para desayunar o almorzar? Son las doce y cuarto y yo ya he comido. Pediré que te traigan tu comida y luego vendré a explicarte la situación. Esto sólo tiene una salida y *Chapuzas*, ese mono coreano, la vigila. Entonces, ¿desayuno o almuerzo?

Ella se suavizó un poco.

—Gracias. Huevos revueltos y café, por favor. Y tostadas con mermelada.

—¿Cigarrillos?

—No, gracias. No fumo.

Bond regresó a su habitación y golpeó a la puerta. Esta se abrió un par de centímetros.

—Muy bien, *Chapuzas* —dijo—, no voy a matarte de momento.

La puerta se abrió un poco más. El rostro del coreano permanecía impassible. Bond hizo el pedido y la puerta se cerró. Se sirvió un bourbon con soda y, sentado en el borde de la cama, se preguntó cómo conseguiría que la muchacha se pusiera de su lado. Desde el principio estaba resentida con él. ¿Era sólo a causa de su hermana?

¿Por qué había hecho Goldfinger aquella enigmática observación acerca de las «inclinaciones» de la joven? En ella había algo que él mismo también notaba, algo reservado, adverso. Era hermosa, deseable, pero había en ella un núcleo frío y duro que Bond no podía entender o definir. De todos modos, lo principal era conseguir que colaborase; de lo contrario, la vida en prisión se les haría intolerable.

Bond volvió a la habitación de ella. Dejó ambas puertas abiertas para poder escuchar. Aún estaba sentada en la cama, envuelta en una recogida inmovilidad. Observó atentamente a Bond. Éste, apoyado en la jamba de la puerta, dio un largo trago a su whisky.

—Es mejor que sepas que soy de Scotland Yard —dijo, mirándola a los ojos; el eufemismo bastaría—. Vamos detrás de ese Goldfinger. Pero no le importa. Cree que nadie nos encontrará como mínimo durante una semana. Tal vez tenga razón. Ha salvado nuestras vidas porque quiere que trabajemos para él en un crimen; en un asunto muy gordo. Está bastante chiflado, pero tiene un montón de trabajo de planificación y papeleo preparado. Debemos ocuparnos de esa parte. ¿Sabes

taquigrafía y mecanografía?

—Sí. —Sus ojos brillaban—. ¿Cuál es el crimen?

Bond se lo explicó.

—Desde luego —dijo luego—, suena completamente ridículo y no me sorprendería que unas cuantas preguntas y respuestas bien planteadas hagan ver a esos gangsters, si no se lo hacen ver a Goldfinger, que todo el asunto es imposible. Pero no sé. Goldfinger es un hombre extraordinario. Por lo que sé de él, nunca se mueve hasta que las posibilidades le son favorables. Y no creo que esté loco, por lo menos no más loco que otros genios, como científicos y todo eso. Y no hay duda de que es un genio en su campo concreto.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Bond bajó la voz.

—Qué vamos a hacer *nosotros*, querrás decir —la corrigió él—. *Nosotros* le seguiremos el juego. Y hasta el final. Nada de gandulear ni de hacer cosas raras. Estaremos ansiosos por el dinero y le daremos un servicio absolutamente de primera. Aparte de salvar nuestras vidas, que nada significan para él, es la única esperanza de que nosotros o, mejor dicho, yo (*porque ésta es mi especialidad*) tenga la oportunidad de chafarle la guitarra.

—¿Cómo piensas conseguir tal cosa?

—No tengo ni la más remota idea. Ya saldrá algo.

—Y tú esperas que yo esté de tu lado.

—¿Por qué no? ¿Alguna otra sugerencia?

Ella frunció los labios con obstinación.

—¿Por qué tendría que hacer lo que tú digas?

Bond suspiró.

—No es el momento de reivindicaciones feministas. O eso o te matan después del desayuno. Tú decides.

La boca se curvó hacia abajo con repugnancia. Se encogió de hombros y dijo, descortés:

—Oh, bueno, de acuerdo. —De repente, sus ojos llamearon—. Pero no se te ocurra tocarme, nunca, o te mataré.

Se oyó el clic de la puerta de la habitación de Bond. Este miró con dulzura a Tilly Masterton.

—El reto tiene su atractivo; pero no te preocupes, no voy a aceptarlo. —Dio media vuelta y salió tranquilamente de la habitación.

Uno de los coreanos pasó por su lado llevando el desayuno de la joven. En su habitación, otro coreano había dejado una mesa de mecanógrafa, una silla y una máquina de escribir Remington portátil. Las dispuso en el rincón opuesto a la cama. *Chapuzas* estaba en el umbral de la puerta tendiéndole una hoja de papel. Bond se le

acercó y la cogió.

Era una hoja de memorándum. La letra, escrita con bolígrafo, era pulcra, cuidada, legible e impersonal. Decía: *Preparar diez copias de este orden del día.*

Reunión bajo la Presidencia del Sr. **Gold**

Secretarios:

J. Bond

Srta. **Tilly Masterton**

Asistentes:

Helmut M. Springer: *La Banda Púrpura.* (Detroit)

Jed Midnight: *Sindicato de la Sombra.* (Miami y La Habana)

Billy (Sonrisas) Ring: *La Máquina.* (Chicago)

Jack Strap: *La Pandilla de las Lentejuelas.* (Las Vegas)

Sr. **Solo:** *Unione Siciliana.*

Srta. **Pussy Galore:** *Las Mezcladoras de Cemento.*
(Harlem, Nueva York)

Orden del día:

Proyecto con el nombre clave de OPERACIÓN GRAN SLAM.

(Refrescos)

Al pie Goldfinger había escrito: *Le recogerán a usted y a la Srta. Masterton a las 2:20 horas. Vayan ambos preparados para tomar notas. Traje de etiqueta, por favor.*

Bond sonrió. Los coreanos abandonaron la habitación. El se sentó a la mesita, metió el papel carbón entre varios folios y comenzó a escribir a máquina. Al menos demostraría a la chica que estaba dispuesto a hacer su parte. ¡Cielos, menuda tripulación! Hasta la Mafia había acudido. ¿Cómo les había persuadido Goldfinger para que acudieran? Y ¿quién demonios era aquella señorita Pussy Galore?

Bond tuvo listas las copias a las dos. Fue a la habitación de Tilly y se las dio, junto con un cuaderno de taquigrafía y lápices. También le leyó la nota de Goldfinger.

—Es mejor que se meta esos nombres en la cabeza —le dijo—. Seguramente no será muy difícil identificarles. Si tenemos dudas, podemos preguntar. Voy a ponerme mi traje de etiqueta. —Le sonrió—. Quedan veinte minutos.

Ella asintió.

Mientras andaba por el pasillo detrás de *Chapuzas*, Bond oyó los sonidos del río: el chapoteo del agua contra los pilotes bajo el almacén, el largo y lúgubre toque de sirena de un transbordador despejando su ruta, el lejano ruido sordo de los motores diesel. En algún lugar bajo sus pies un camión arrancó, aceleró y se alejó gruñendo, probablemente hacia la autovía del West Side. Debían estar en la planta superior de un largo edificio de dos. La pintura gris del pasillo olía a reciente. No había puertas laterales. La luz procedía de globos en el techo. Llegaron al final del pasillo. *Chapuzas* llamó a la puerta. Se oyó el ruido producido por una llave Yale girando en la cerradura y el de dos juegos de cerrojos descorriéndose. La puerta se abrió y pasaron a una gran sala brillantemente iluminada por el sol.

La sala se encontraba al final del almacén y un amplio ventanal, que ocupaba casi toda la pared frontal, enmarcaba el río y la distante confusión parda de Jersey City. La sala había sido preparada para la conferencia. Goldfinger se sentaba de espaldas a la ventana ante una gran mesa circular con un tapete verde, jarras llenas de agua, blocs de notas amarillos y lápices. Había nueve cómodos sillones, y sobre seis de los blocs, unos paquetes blancos rectangulares sellados con cera roja. A la derecha, contra la pared, había una larga mesa de bufet resplandeciente de plata y cristal tallado. Las botellas de champán estaban en cubiteras de plata y había una hilera de otras botellas. Entre los diversos alimentos, Bond distinguió dos latas de dos kilos de caviar Beluga y varias terrinas de *foie-gras*. En la pared opuesta al bufet colgaba una pizarra sobre una mesa en la cual había papeles y una gran caja de cartón cuadrangular.

Goldfinger les observó acercarse por la espesa alfombra color burdeos. Hizo un gesto señalando el sillón de su izquierda para Tilly Masterton y el de su derecha para Bond. Tomaron asiento.

—¿El orden del día? —Goldfinger cogió las copias, leyó el encabezamiento de una de ellas y las devolvió a la joven. Hizo un gesto circular con la mano y ella se levantó y distribuyó las copias por la mesa. Luego él metió la mano debajo de la mesa y pulsó un timbre oculto. La puerta del fondo de la sala se abrió y uno de los coreanos entró y se quedó esperando—. ¿Está todo listo? —El coreano asintió—. Ya sabéis que nadie puede entrar en esta sala excepto las personas que aparecen en la lista. Bien. Alguno de ellos, quizás todos, traiga un acompañante. Los acompañantes se quedarán en la antesala. Ocúpate de que tengan todo lo que deseen. Allí hay cartas y dados. *Chapuzas*. —Goldfinger miró al coreano, que se había quedado detrás del sillón de Bond—, Vete a tu puesto. ¿Cuál es la señal? —*Chapuzas* levantó dos dedos—. De acuerdo, dos timbrazos. Puedes irte. Ocúpate de que todo el personal lleve a

cabo su labor a la perfección.

—¿Con cuánto personal cuenta? —preguntó Bond con indiferencia.

—Veinte. Diez coreanos y diez alemanes. Son hombres excelentes, escogidos uno por uno. En este edificio suceden cosas muy importantes. Es como bajo cubierta en un buque de guerra. —Goldfinger puso las manos planas sobre la mesa, delante de él—. Y ahora, con respecto a sus tareas. Señorita Masterton, usted tomará nota de cualquier cuestión práctica que surja, lo que a veces es probable que exija una acción de mi parte. No se moleste en la discusión y la charla, ¿entendido?

Bond se alegró de ver que Tilly Masterton tenía ahora un aspecto inteligente y serio. Ella asintió enérgicamente.

—Desde luego.

—En cuanto a usted, señor Bond, me interesan las reacciones que le produzcan los asistentes. Sé muchas cosas de todas esas personas. En sus territorios, son los jefes supremos. Están aquí sólo porque los he sobornado para que vinieran. No saben nada de mí y tengo que convencerles de que sé de qué hablo y que los conduciré al éxito. La codicia hará el resto. Pero puede haber uno (o más) que quiera retirarse. Probablemente me lo harán saber. Ya he tomado medidas especiales para esos casos. Pero pueden surgir casos dudosos.

»Durante la discusión, haga garabatos con el lápiz en este orden del día. Con naturalidad, vaya poniendo un más o un menos junto a cada nombre según considere a cada uno en favor o en contra del proyecto. Tiene que hacer que yo vea el signo que les pone. Su opinión puede ser de utilidad. Y no olvide, señor Bond, que si hay un traidor entre ellos o un reticente, podríamos estar rápidamente muertos o en la cárcel de por vida.

—¿Quién es esa Pussy Galore de Harlem?

—La única mujer al frente de una banda en Norteamérica. Necesitaré algunas mujeres para esta operación. Es por completo de fiar. Era trapecista. Tenía una compañía llamada «Pussy Galore y sus Gatas». —Goldfinger no sonrió—. Cuando la compañía no triunfó, ella las entrenó como ladronas, ladronas de balcón. El grupo se convirtió en una banda de extraordinaria crueldad. Es una organización lesbiana que ahora se llama a sí misma «Las Mezcladoras de Cemento». Incluso las grandes bandas norteamericanas las respetan. Es una mujer notable.

Un timbre emitió un débil sonido bajo la mesa. Goldfinger se irguió. La puerta del fondo de la sala se abrió de golpe y entraron cinco hombres. Goldfinger se levantó de su sillón y los saludó con una inclinación de cabeza. Dijo:

—Me llamo Gold —se presentó—. Hagan el favor de sentarse.

Se produjo un ligero murmullo. En silencio, los cinco hombres se reunieron en torno a la mesa, separaron los sillones y se sentaron. Cinco pares de ojos miraron con fría y cautelosa expectación a Goldfinger. Este se sentó.

—Caballeros —dijo con voz pausada—, en el paquete que tienen cada uno de ustedes encontrarán un lingote de oro de veinticuatro quilates valorado en quince mil dólares. Les agradezco la cortesía de su asistencia. El orden del día se explica por sí solo. Quizás, mientras esperamos a la señorita Galore, podríamos repasar sus nombres para información de mis secretarios, el señor Bond y la señorita Masterton, aquí presentes. No se tomarán notas de esta reunión, excepto de las acciones que ustedes quieran que se lleven a cabo, y les puedo asegurar que no hay micrófonos. Así pues, señor Bond, a su derecha está el señor Jed Midnight, del «Sindicato de la Sombra», que opera en Miami y La Habana.

Midnight era un hombre grande y de aspecto vividor, de rostro jovial, pero con una mirada lenta y cautelosa. Vestía un traje tropical azul claro y una camisa de seda blanca adornada con palmeras verdes. El complicado reloj de oro que llevaba en la muñeca debía de pesar un cuarto de kilo.

—Qué hay —saludó a Bond con una sonrisa tirante.

—Luego tenemos al señor Billy Ring, que controla la famosa «Máquina» de Chicago.

Bond pensó que nunca había visto a nadie que mereciera menos el nombre de «Billy». Era un rostro de pesadilla, y como él lo sabía, mientras se volvía hacia Bond, observaba la reacción de éste. Era el pálido rostro de un niño en forma de pera, de piel blanda y un tejado de cabello color pajizo, pero los ojos, que debían haber sido azul claro, eran de color marrón tostado. El blanco de los ojos se veía alrededor del iris dando a su dura y pensativa mirada fija una cualidad hipnótica, no suavizada por un tic en el párpado derecho que le hacía guiñar el ojo con el ritmo de los latidos del corazón. En algún momento en los comienzos de la carrera del señor Ring, alguien le había cortado el labio inferior —tal vez había hablado demasiado—, y eso le confería una falsa sonrisa permanente, como la mueca de una calabaza de Halloween. Tendría unos cuarenta años. Bond lo evaluó como un asesino despiadado.

Esbozó una alegre sonrisa dirigida a la dura mirada fija del ojo izquierdo del señor Ring y miró al siguiente hombre, que Goldfinger le presentó como el señor Helmut Springer, de la «Banda Púrpura de Detroit».

Springer tenía la mirada vidriosa de quien está o muy forrado o muy muerto. Los ojos eran canicas opacas azul claro que inspeccionaron brevemente a Bond y volvieron a dirigirse hacia adentro en una introversión total. El resto del señor Springer era «distinguido»: traje a rayas llevado con naturalidad, camisa de Hathaway y loción *Aqua Velva*. Daba la impresión de ser alguien fuera de lugar, como el que lleva un billete de primera clase en un compartimiento de tercera, un hombre con butaca de platea, que por error ha sido colocado en el gallinero.

El señor Midnight se puso la mano delante de la boca y dijo en voz baja, sólo para Bond:

—No se deje engañar por el *Duque*. Mi amigo Helmut fue quien introdujo la camisa de piqué en el hampa. Su hija estudia en Vassar, pero es el dinero a cambio de «protección» el que paga sus bastones de hockey. —Bond le dio las gracias con la cabeza.

—Y el señor Solo, de «Unione Siciliana».

El señor Solo tenía un rostro pesado y oscuro, melancólico por la conciencia de muchas culpas y muchos pecados. Sus gruesas gafas de concha lanzaron un breve reflejo en dirección a Bond, y luego se inclinó de nuevo para seguir con su ocupación de limpiarse las uñas con una navaja de bolsillo. Era un hombre grande y fornido, medio boxeador, medio maître de restaurante, y resultaba imposible saber qué pasaba por su cabeza o dónde residía su fuerza. Pero sólo hay un jefe de la Mafia en Norteamérica, y si el señor Solo ocupaba aquel puesto, pensó Bond, se lo habría ganado por la fuerza y el terror. Y era el ejercicio de ambos lo que lo mantenía ahí.

—¿Qué hay?

El señor Jack Strap, de la «Pandilla de las Lentejuelas», tenía el encanto artificial de un presentador de casino de Las Vegas, pero Bond supuso que había sido el heredero de los llorados y desaparecidos hermanos Spang gracias a otras cualidades. Era un hombre expansivo, vestido de manera llamativa, de unos cincuenta años. Estaba terminando un puro. Se lo fumaba casi como si se lo comiera, masticándolo con hambre. De vez en cuando volvía la cabeza a un lado y escupía discretamente un fragmento del mismo en la alfombra detrás suyo. Tras esta forma compulsiva de fumar debía esconderse una gran tensión. El señor Strap tenía rápidos ojos de prestidigitador. Parecía saber que sus ojos asustaban a la gente porque en ese momento, no queriendo asustar a Bond, les confería amabilidad frunciéndolos en los bordes.

Se abrió la puerta del fondo de la sala. Una mujer con un traje negro de corte masculino y una alta pechera de encaje color café estaba en el umbral. Cruzó lenta y desenfadadamente la sala y se quedó detrás del sillón vacío. Goldfinger se había levantado. Ella lo examinó cuidadosamente y luego paseó la mirada alrededor de la mesa. Pronunció un aburrido «hola» colectivo y se sentó.

—Hola, Pussy —la saludó Strap, y los demás, salvo el señor Springer, que se limitó a inclinar la cabeza, emitieron discretos sonidos de saludo.

—Buenas tardes, señorita Galore —dijo Goldfinger—. Justamente terminábamos con las formalidades de las presentaciones. El orden del día está delante de usted, junto con el lingote de oro de quince mil dólares que les he pedido que acepten para compensarles los gastos y molestias por asistir a esta reunión.

La señorita Galore cogió su paquete y lo abrió. Después de sopesar en su mano el reluciente ladrillo amarillo, dirigió una mirada directa y suspicaz a Goldfinger.

—¿Es todo de lo mismo?

—Todo.

Ella le sostuvo la mirada.

—Discúlpeme por preguntárselo —dijo con el tono seco de una compradora difícil en una tienda.

A Bond le gustó su aspecto. Notaba el desafío sexual que todas las lesbianas hermosas provocan en los hombres. Le divertía su actitud inflexible, que decía a Goldfinger y a la sala: «Todos los hombres sois unos hijos de puta y unos tramposos. No intentéis ningún truco masculino conmigo, no me interesan. Soy de una clase distinta.» Bond calculó que tendría unos treinta y pocos años. Tenía una palidez atractiva que recordaba a Rupert Brooke^[29], pómulos altos, una mandíbula bellamente dibujada, y los únicos ojos violeta que Bond había visto nunca. Eran del auténtico violeta oscuro de una flor de pensamiento y miraban con franqueza al mundo desde debajo de unas rectas pestañas negras. Sus cabellos, tan negros como los de Tilly Masterton, estaban cortados desordenadamente a la *garçon*. La boca era una firme cuchillada de bermellón oscuro. Bond hubo de reconocer que era una mujer espléndida y lo mismo, según se percató, pensó Tilly Masterton, que miraba a la señorita Galore con ojos embelesados y labios anhelantes. Bond decidió que ya estaba todo aclarado con respecto a Tilly Masterton.

—Ahora tengo que presentarme yo —dijo Goldfinger—. No me llamo Gold. Éstas son mis credenciales. Por medio de operaciones diversas, la mayoría ilegales, he acumulado una gran suma de dinero en veinte años. En la actualidad, dicha suma es de sesenta millones de dólares. —En la mesa se produjo un murmullo respetuoso—. Mis operaciones, en su mayor parte, se han limitado a Europa, pero quizás les interese saber que fundé y posteriormente me deshice de los «Distribuidores de la Amapola Dorada» que operaba en Hong-Kong. —El señor Jack Strap silbó suavemente—. La agencia de viajes «Aterrizaje Feliz», que tal vez alguno de ustedes haya utilizado en una emergencia, fue organizada y poseída por mí hasta que la disolví.

Helmut Springer se encajó un monóculo sin aro en uno de sus ojos vidriosos para examinar a Goldfinger más de cerca.

—Menciono estos pequeños negocios para mostrarles que, aunque es posible que ustedes no me conozcan, en el pasado he actuado en muchas ocasiones, creo, en beneficio de todos ustedes.

—¡Bueno, lo que hay que saber! —murmuró Jed Midnight con algo parecido al respeto en su voz.

—Así, señores... y..., esto, señora, es cómo les conocí y por qué he invitado aquí esta noche a lo que sé por propia experiencia que es la aristocracia, si me permiten la expresión, del crimen en América.

Bond estaba impresionado. En apenas tres minutos, Goldfinger había puesto la

reunión de su lado. Ahora todo el mundo lo miraba con profunda atención. Hasta los ojos de Pussy Galore estaban arrebatados. Bond no sabía nada de los «Distribuidores de la Amapola Dorada» o de la agencia «Aterrizaje Feliz», pero debían haber funcionado como relojes a juzgar por las expresiones de sus antiguos clientes. Ahora todo el mundo estaba pendiente de las palabras de Goldfinger como si éste fuera Einstein.

El rostro de Goldfinger no mostró emoción alguna. Hizo un gesto con la mano derecha como quitando importancia al asunto.

—He mencionado dos de mis proyectos que tuvieron éxito. Eran pequeños. Ha habido muchos otros de mayor calibre. Ninguno de ellos ha fracasado y, por lo que yo sé, mi nombre no está en los archivos policiales de ningún país. Digo esto para demostrarles que conozco a fondo mi (su) profesión. Y ahora, señores y señora, les propongo que se asocien conmigo en una empresa que, con toda seguridad, dentro de una semana pondrá en cada una de sus tesorerías la suma de un billón de dólares. — Goldfinger levantó la mano—. En Europa y en América tenemos distintos puntos de vista del significado de la expresión matemática «un billón». He empleado la palabra en el sentido de mil millones. ¿Me explico?

Capítulo 18

El crimen de los crímenes

La sirena de un remolcador sonó en el río. Otra respondió. El frenesí de ruidos de motores disminuyó.

Jed Midnight, a la derecha de Bond, se aclaró la garganta.

—Señor Gold, o como se llame —dijo con énfasis—, no se preocupe por las definiciones. Un billón de dólares es un montón de dinero de cualquier forma que lo diga. Continúe.

Solo levantó lentamente unos ojos negros y miró a través de la mesa a Goldfinger.

—Es mucho dinero, sí. ¿Pero cuánto su tajada, *signore*?

—Cinco billones.

Jack Strap, de Las Vegas, soltó una carcajada, breve y fuerte.

—Oíd, tíos, ¿qué son unos cuántos billones más o menos entre amigos? Si el señor Como-se-llame es capaz de llevarme hasta un billón de dólares, estaré encantado de pasarle una comisión, o quizás incluso una megacomisión, por sus desvelos. No seamos estrechos ni mezquinos en esto, ¿vale?

Helmut Springer dio unos golpecitos con su monóculo en el ladrillo de oro que tenía delante. Todo el mundo lo miró.

—Señor, hum, Gold. —Era la voz grave del abogado de la familia—. Son cantidades grandes las que menciona. Según entiendo, hay implicados un total de once billones de dólares.

—La cantidad exacta estará más próxima a los quince billones —repuso Goldfinger—. Por razones de conveniencia me he referido sólo a la cantidad que he considerado factible que podremos llevarnos.

Billy Ring soltó una seca risita de excitación.

—De acuerdo, de acuerdo, señor Gold. —Springer volvió a ajustarse el monóculo en el ojo para observar las reacciones de Goldfinger—. Pero cantidades de metales preciosos o de dinero de este orden sólo se encuentran juntas en tres depósitos de Estados Unidos: la Casa Federal de la Moneda, en Washington, el Banco de la Reserva Federal, en Nueva York, y Fort Knox, en Kentucky. ¿Pretende que nosotros, ejem, «limpiemos» uno de ellos? Y si es así, ¿cuál?

—Fort Knox.

Entre el coro de gemidos que se alzó, Midnight dijo resignadamente:

—Señor, nunca me he encontrado a nadie que no fuera de Hollywood que tuviera lo que usted tiene. Allí se llama «visión». Y la visión, señor, es la capacidad de confundir manchas en los ojos con proyectos fabulosos. Tendría que tener unas palabras con su comecocos o tomar meprobamato. —Midnight sacudió la cabeza con tristeza—. Qué pena. Aquel billón se sentía bien conmigo.

Pussy Galore dijo en un tono grave y aburrido:

—Lo siento, señor, ninguna de mis pequeñas tortilleras podría coger esa clase de hucha. —Empezó a levantarse.

—Permítanme terminar, señores y, hum, señora —pidió Goldfinger, con afabilidad—. Su reacción no es inesperada. Déjenme decirlo de esta forma: Fort Knox es un banco como cualquier otro. Pero es un banco mucho mayor y sus dispositivos de seguridad también son más fuertes e ingeniosos. Salvarlos exigirá una fuerza y un ingenio equivalentes. Ésa es la única novedad de mi proyecto, que es grande. Nada más. Fort Knox no es más inexpugnable que otras fortalezas. Sin duda, todos pensábamos que la organización Brink era invencible hasta que media docena de hombres decididos atracaron un coche blindado de Brink llevándose un millón de dólares en 1950. Se supone que es imposible fugarse de Sing Sing, y no obstante ha habido hombres que han encontrado la forma de hacerlo. No, señores, no. Fort Knox es un mito como otros. ¿Me permiten pasar a explicarles el plan?

Billy Ring siseaba por los dientes al hablar, como los japoneses. Dijo con aspereza:

—Escuche usted, tal vez no lo sepa, pero la Tercera División Blindada tiene su base en Fort Knox. Si eso es un mito, ¿por qué no vienen los *russkis* y toman Estados Unidos la próxima vez que tengan por aquí un equipo de hockey sobre hielo?

Goldfinger esbozó una ligera sonrisa.

—Si me permite corregirle sin quitar fuerza a su argumento, señor Ring, el orden de batalla de las unidades militares actualmente acuarteladas en Fort Knox es el siguiente: de la Tercera División Blindada sólo está la Brigada de choque, pero también se encuentran allí el 6º Regimiento Blindado de Caballería, el 15º Grupo Blindado, el 160º Grupo de Ingenieros y aproximadamente media división de entre todas las unidades del Ejército de Estados Unidos que en la actualidad pasan por el Centro de Entrenamiento de Repuestos Blindados y la Unidad de Investigación de Medios Humanos Militares nº 1. También hay un considerable conjunto de hombres asociados al Comité de Mando Blindado Continental nº 2, al Comité de Mantenimiento del Ejército y a diversas actividades relacionadas con el Centro Blindado. Además, hay una fuerza de policía consistente en veinte oficiales y unos cuatrocientos números. En resumen, de una población total de unas sesenta mil personas, casi veinte mil son tropas de combate de uno u otro tipo.

—¿Y quién va a hacerles «uuuh»? —se burló Jack Strap a través de su puro. Sin esperar una respuesta, se quitó con expresión de disgusto los fragmentos hechos jirones de la boca y los aplastó en el cenicero.

A su lado, Pussy Galore se chupaba los labios con la mordacidad de un loro escupiéndolo.

—Lárgate a comprar tabaco mejor, Jacko —dijo—. Esto apesta como si quemaras

el taparrabos de un luchador.

—Guárdate la lengua, Pussy —repuso Jack Strap con poca elegancia.

La señorita Galore estaba decidida a decir la última palabra.

—¿Sabes, Jacko? —preguntó con dulzura—. Podría volverme loca por un machote como tú. Precisamente escribí una canción sobre ti el otro día. ¿Quieres saber el título? Era *Si tuviese que hacerlo todo otra vez, lo haría encima tuyo*.

Midnight soltó una carcajada y Ring una risita aguda. Goldfinger dio unos golpecitos para poner orden.

—Por favor —dijo, paciente—, ahora escúchenme hasta el final.

Se levantó, fue hasta la pizarra y desenrolló un mapa que estaba encima de la misma. Era un plano urbano detallado de Fort Knox que incluía el aeropuerto militar de Godman y las carreteras y vías férreas que iban a la ciudad. Los asistentes a la reunión de la derecha de la mesa hicieron girar sus sillones. Goldfinger señaló el Depósito de Oro. Estaba en la esquina izquierda, dentro de un triángulo formado por la autovía Dixie, el bulevar Bullion y la carretera de Vine Grove.



—Les enseñaré un plano detallado del depósito dentro de un momento. —Hizo una pausa—. Ahora, señores, permítanme señalarles los principales rasgos de este municipio bastante simple. Por aquí —deslizó el dedo que fue bajando desde la parte superior central del plano a través de la ciudad y hasta más allá del Depósito de Oro— discurre el Ferrocarril Central de Illinois desde Louisville (cincuenta y seis kilómetros más al norte), cruza la ciudad y sigue hacia Elizabethtown, veintinueve kilómetros al sur. No nos interesa la estación Brandenburg, en el centro de la ciudad, sino este complejo de vías muertas contiguas a la cámara acorazada del oro. Es una de las naves de carga y descarga del oro de la Casa de la Moneda de Washington.

»Otros métodos de transporte a la cámara acorazada, que varían sin seguir ningún turno regular por razones de seguridad, son llevando un convoy de camiones por la autovía Dixie, o por medio de un avión de carga hasta el aeropuerto Godman. Como

pueden ver, la cámara acorazada se halla aislada de todas estas rutas y está sola, sin ninguna clase de abrigo natural, en el centro de unos doscientos mil metros cuadrados de pradera. Sólo una carretera va a la cámara acorazada, una avenida de cincuenta metros que cruza unas puertas fuertemente armadas en el bulevar Bullion. Una vez dentro del recinto acorazado, los camiones van por esta carretera circular que rodea la cámara acorazada hasta su entrada trasera, donde el oro en barras es descargado. Esta carretera circular, señores, está hecha de planchas de acero móviles. Dichas planchas van insertadas en goznes de modo que, en caso de emergencia, toda la superficie de acero de la carretera puede levantarse por medios hidráulicos para crear un segundo parapeto interno de acero. Aunque no se observa nada, yo sé que un túnel subterráneo de descarga corre por debajo del llano, entre el bulevar Bullion y la carretera de Vine Grove. Sirve de acceso adicional a la cámara acorazada a través de puertas de acero que conducen de la pared del túnel al primer nivel subterráneo del depósito.

Goldfinger hizo una pausa y se apartó del plano. Miró alrededor de la mesa.

—Muy bien, señores. Eso es la cámara acorazada y sus principales vías de acceso, con excepción de la puerta delantera, que es la mera entrada al vestíbulo de recepción y a las oficinas. ¿Hay preguntas?

No las había. Todas las miradas estaban fijadas en él, expectantes. La autoridad de sus palabras había captado de nuevo su atención. Aquel hombre parecía conocer más sobre los secretos de Fort Knox que cuanto se sabía en el mundo exterior al mismo.

Goldfinger volvió a la pizarra y desplegó un segundo plano sobre el primero. Era el plano detallado de la cámara del oro.

—Bien, señores —prosiguió—, como pueden ver, se trata de un edificio de dos plantas extremadamente sólido, algo así como un pastel cuadrado de dos capas. Observarán que el techo se ha escalonado como protección contra las bombas, y que hay sendos fortines a nivel del suelo en las cuatro esquinas. Son de acero y están conectados con el interior del edificio. Las dimensiones exteriores de la cámara acorazada son de tres mil doscientos por tres mil seiscientos noventa metros. La construcción es de granito de Tennessee revestido de acero. Los componentes exactos son: cuatrocientos cincuenta metros cúbicos de granito, tres mil metros cúbicos de hormigón, setecientas sesenta toneladas de acero reforzado y setecientas setenta toneladas de acero estructural. ¿De acuerdo? Bien.

»En el interior del edificio hay una cámara acorazada de acero y hormigón de dos pisos dividida en compartimientos. Su puerta pesa más de veinte toneladas y el revestimiento de la cámara es de planchas de acero, vigas de acero en I y cilindros, también de acero, unidos con abrazaderas y todo ello revestido de hormigón. El techo es de construcción similar y es independiente del techo del edificio. Un pasillo rodea la cámara en ambos niveles y da acceso tanto a la cámara como a las oficinas y los almacenes albergados por la pared exterior del edificio. No hay ni una sola persona a

quien le haya sido confiada la combinación de la puerta de la cámara. Distintos miembros superiores del personal del depósito tienen que formar por separado combinaciones que sólo conoce cada uno de ellos. Por supuesto, el edificio está equipado con los últimos y mejores dispositivos de seguridad. Hay un fuerte puesto de guardia dentro del edificio, y en todo momento están disponibles refuerzos de enorme potencia en el Centro Blindado, a poco más de un kilómetro de distancia. ¿Me siguen?

«Respecto al contenido real de la cámara, consiste, como ya he dicho antes, en el equivalente a quince billones de dólares en lingotes de acuñación estándar de mil milésimas de pureza. Cada lingote tiene un tamaño doble del que hay frente a ustedes y contiene cuatrocientas onzas troy, equivalentes a doce kilos y medio. Están almacenados sin envolturas en los compartimientos de la cámara. —Goldfinger paseó la mirada por la mesa—. Y esto, señores y señora —concluyó terminante—, es cuanto puedo decirles, y creo que todo lo que necesitamos saber, sobre la naturaleza y contenido del depósito de Fort Knox. A menos que haya preguntas sobre ello, pasaré a explicarles brevemente cómo penetraremos en ese depósito y nos apoderaremos de su contenido.

Se produjo un silencio. Las miradas alrededor de la mesa estaban ensimismadas, absortas. Con gestos nerviosos, Jack Strap sacó un puro mediano del bolsillo de su chaleco y lo hundió en un ángulo de su boca.

—Si le pegas fuego a eso —dijo Pussy Galore con severidad—, te juro que te dejo KO con mi ladrillo de oro. —Y, amenazadora, cogió el lingote.

—Calma, muñeca —dijo Strap con el ángulo de la boca.

Jed Midnight comentó con resolución:

—Señor, si usted puede manganar ese garito, le doy un sobresaliente *cum laude*. Continúe y explíquese. Eso será un pinchazo o el Crimen de los Crímenes.

—Muy bien, señores —prosiguió Goldfinger con indiferencia—. Vamos a oír el plan. —Hizo una pausa y miró atentamente cada par de ojos por turno—. Pero espero que comprenderán que ahora debe prevalecer una total seguridad. Si lo que les he comentado hasta ahora sale de aquí, sería considerado como las divagaciones de un lunático. Lo que voy a decir nos incluirá a todos nosotros en una de las mayores conspiraciones de tiempo de paz de la historia de Estados Unidos. ¿Puedo dar por sentado que estamos todos ligados por un juramento de secreto absoluto?

Algo instintivo hizo que Bond mirara a los ojos de Helmut Springer, de Detroit. Mientras se oían las voces afirmativas en varios tonos de los demás, sus ojos se cubrieron con un velo.

—Tiene mi solemne palabra —dijo con voz estentórea, tan hueca que, para Bond, su franqueza fue tan falsa como la de un vendedor de coches de segunda mano. Con disimulo, trazó el corto signo del menos al lado del nombre de Springer en el orden

del día.

—En ese caso, prosigamos. —Goldfinger volvió a su sitio en la mesa. Se sentó y, cogiendo el lápiz, empezó a hablar como si se dirigiera al mismo en un tono pensativo y familiar—. En primer lugar, y en algunos aspectos que también suponen una dificultad, está el problema del traslado. Un billón de dólares en lingotes de oro pesa unas mil toneladas. Para transportar dicha cantidad se necesitarían cien camiones de diez toneladas, o unos veinte vehículos industriales pesados de seis ruedas. Recomiendo estos últimos. Tengo una lista de las compañías que alquilan ese tipo de vehículos y recomiendo que, si acabamos asociándonos, procedan inmediatamente después de esta reunión a contratar las compañías disponibles en su territorio. Por razones obvias, tendrán ustedes que contar con sus propios conductores y esto tengo que dejarlo en sus manos.

Goldfinger se permitió el espectro de una sonrisa.

—Sin duda —prosiguió—, la Unión de Camioneros resultará un fructífero suministro de hombres de confianza, y tal vez quieran considerar el reclutamiento de antiguos conductores del Expreso Negro de la Bola Roja, que sirvieron en las fuerzas norteamericanas durante la guerra. Sin embargo, éstos son detalles que exigen una planificación y una coordinación precisas.

»También habrá un problema con el control de tráfico, y sin duda podrán tomar las disposiciones oportunas entre ustedes para compartir las carreteras existentes. Los aviones de transporte serán una fuente secundaria de movilidad y se tomarán las medidas oportunas para mantener abierta la pista norte-sur del aeropuerto Godman. Su traslado posterior del oro será, por supuesto, asunto suyo. —Goldfinger miró fríamente alrededor de la mesa—. Por mi parte —continuó— utilizaré, en principio, la vía férrea y, puesto que tengo un problema de transporte de mayor envergadura, confío en que me permitirán reservarme para mí esta salida.

Goldfinger no esperó los comentarios y prosiguió en un tono uniforme:

—En comparación con este problema de transporte, las demás disposiciones serán bastante sencillas. Para empezar, el día «D -1» me propongo inactivar temporalmente a toda la población de Fort Knox, tanto militar como civil. Se han tomado disposiciones precisas que sólo esperan mi orden. En pocas palabras: todos los suministros de agua potable y para otros usos de la ciudad proceden de dos manantiales y de dos estaciones depuradoras que proporcionan unos treinta millones de litros al día. Están bajo el control del ingeniero encargado. Este caballero se ha mostrado muy complacido de recibir la visita del superintendente y del vicesuperintendente de la Compañía Municipal de Aguas de Tokio, a quienes gustaría estudiar el funcionamiento de una central depuradora de ese tamaño para instalarla en un barrio nuevo planeado para las cercanías de Tokio. El ingeniero encargado se ha sentido muy halagado por esta petición y proporcionará a los visitantes japoneses

todas las facilidades. Esos dos caballeros, que son, por supuesto, miembros de mi personal, llevarán consigo pequeñas cantidades de un narcótico altamente concentrado, puesto a punto por especialistas alemanes en guerra química para ese mismo propósito durante la última guerra.

»Dicha sustancia se difunde con rapidez en un volumen de agua de esa magnitud y, en su forma diluida resultante, tiene como efecto una narcosis instantánea, pero temporal, en toda persona que beba medio vaso del agua contaminada. Los síntomas son un sueño profundo e instantáneo del que la víctima se despierta muy descansada al cabo de unos tres días.

Goldfinger levantó una mano con la palma hacia arriba.

—Señores, en el mes de junio, en Kentucky, considero incuestionable que ni un solo habitante puede pasarse veinticuatro horas sin beber ni medio vaso de agua. Quizás un puñado de alcohólicos recalcitrantes quede en pie el día «D», pero preveo que entraremos en una ciudad en que casi toda la población habrá caído en un sueño profundo allí donde estuvieran.

—¿Cuál era aquel cuento de hadas? —Los ojos de la señorita Galore resplandecían imaginándolo.

—*El gato con botas* —dijo Jack Strap en tono hosco—. Continúe, señor. Eso está muy bien, pero ¿cómo iremos nosotros a la ciudad?

—Iremos —prosiguió Goldfinger— en un tren especial que habrá salido de Nueva York la noche del día «D -1». Seremos unos cien e iremos vestidos de trabajadores de la Cruz Roja. La señorita Galore proporcionará, espero, el contingente de enfermeras necesario. Para que lleve a cabo este pequeño, pero importante, papel ha sido invitada a esta reunión.

—¡Entendido, procedo, corto y cierro! —exclamó ella con entusiasmo—. Mis chicas estarán preciosas almidonadas. ¿Qué dices, Jacko? —Se inclinó a un lado y dio un codazo a Strap en las costillas.

—Digo que estarían mejor con abrigos de cemento —replicó él con impaciencia—. ¿Por qué tienes que continuar interrumpiendo? No se detenga, señor.

—En Louisville, a cincuenta y seis kilómetros de Fort Knox, yo y un ayudante pediremos que nos dejen ir en la locomotora diésel. Llevaremos instrumentos delicados. Diremos que necesitamos tomar muestras del aire a medida que nos vayamos acercando a Fort Knox; para entonces, la noticia del mal que se habrá abatido sobre sus habitantes habrá llegado al mundo exterior, y es probable que haya algo de pánico en los alrededores y, por supuesto, en el conjunto de toda la región.

»Es de esperar que se acerquen aviones de salvamento poco después de nuestra llegada al alba, y una de nuestras primeras tareas será controlar la torre de control del aeropuerto Godman, declarar cerrada la base y redirigir todos los vuelos a Louisville. Pero, volviendo atrás por un momento, poco después de dejar Louisville, mi ayudante

y yo nos encargaremos del maquinista y del fogonero por los métodos más humanos que nos sea posible.

«¡Y tanto!», pensó Bond.

—Yo conduciré personalmente el tren (debo decir que tengo los conocimientos necesarios sobre estas locomotoras) y cruzaré Fort Knox hasta las vías muertas situadas junto al depósito. —Goldfinger hizo una pausa para observar con mirada lenta y grave a sus oyentes. Satisfecho al parecer con lo visto, continuó en el mismo tono uniforme—. En ese momento, señores y señora, deberán estar llegando los convoyes de sus medios de transporte. El controlador de tráfico los distribuirá por las cercanías del depósito según un plan preestablecido, el personal del aeropuerto irá en camión al aeropuerto Godman y lo tomará, y entraremos en el depósito, haciendo caso omiso de los cuerpos dormidos que..., hum, decorarán el paisaje. ¿De acuerdo?

Los oscuros ojos de Solo llameaban a través de la mesa.

—De acuerdo —dijo con suavidad—, seguro, hasta aquí. Entonces quizás usted —se interrumpió e hinchó las mejillas y soltó un fuerte soprido en dirección a Goldfinger— hará así y la puerta de veinte toneladas caerá, ¿sí?

—Sí —respondió Goldfinger, afable—. Casi exactamente así. —Se levantó y fue hasta la mesa situada bajo la pizarra, levantó la gran caja tosca de cartón, la llevó con cuidado y la colocó sobre la mesa, delante de él. Parecía muy pesada.

Se sentó y prosiguió:

—Mientras diez de mis ayudantes entrenados están preparando la apertura de la cámara acorazada, equipos de camilleros entrarán en el depósito y llevarán a lugar seguro a tantos ocupantes como puedan localizar.

Bond creyó notar un susurro subyacente traicionero en las siguientes palabras de Goldfinger.

—Estoy seguro que todos ustedes, señores y señora, convendrán conmigo en que debemos evitar toda pérdida de vidas innecesaria. Espero que se hayan dado cuenta de que hasta ese momento no ha habido víctimas, con la excepción de dos empleados del Ferrocarril Central de Illinois a los cuales hemos dado dolor de cabeza. —Goldfinger siguió adelante sin esperar comentarios—. Ahora bien —alargó la mano y la puso sobre la caja—, señores, cuando ustedes y sus socios han necesitado otras armas que no fueran las armas portátiles convencionales, ¿dónde las han encontrado? En los establecimientos militares, caballeros. De los oficiales de intendencia de bases militares próximas han adquirido metralletas y equipo pesado, por medio de la fuerza, el chantaje o el dinero. Yo he hecho lo mismo. Sólo hay un arma lo bastante potente como para reventar la cámara del oro de Fort Knox y yo la conseguí, tras mucho buscar, en cierta base militar aliada en Alemania. Me costó un millón de dólares, ni más ni menos. Esto, caballeros, es una ojiva^[30] atómica diseñada para ser montada en un misil de alcance medio teledirigido.

—¡Me cago en la puta! —Las manos de Jed Midnight se agarraron al borde de la mesa, junto a Bond.

Todos los rostros habían palidecido. Bond sintió la piel tirante en su propia mandíbula apretada. Para aliviar su tensión sacó un Chesterfield del bolsillo de su chaqueta y lo encendió. Apagó lentamente la llama de un soplido y volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo. ¡Dios Todopoderoso!, ¿dónde se había metido? Bond repasó todo el panorama de sus conocimientos sobre Goldfinger. El primer encuentro con el desnudo cuerpo bronceado en el club Cabana del Floridiana. La forma despreocupada en que le había echado un rapapolvo. La entrevista con M. La cita en el banco, en la cual se habló de seguir las huellas de un contrabandista de oro —uno grande, de acuerdo, y que trabajaba para los rusos, pero al fin y al cabo sólo un criminal de estatura humana—, alguien a quien Bond se esforzó en batir al golf y al que después persiguió de una manera fría y eficaz, pero siempre pensando en él como en una presa más, como tantas otras. ¡Y surgía aquello! Ya no era un conejo en su madriguera, ni siquiera un zorro, era una cobra real, ¡el mayor y más mortífero habitante del mundo! Bond lanzó un suspiro de fatiga. ¡Otra vez en la brecha, amigos! Esa vez se trataba realmente de san Jorge y el dragón. Y valía más que san Jorge se moviera y pensara en algo antes de que el dragón rompiera la cáscara del pequeño huevo que estaba incubando con tanta confianza. Bond sonrió con tirantez. Hacer ¿qué? ¿Qué demonios podía él hacer?

Goldfinger levantó la mano.

—Señores y señora, créanme, este objeto es una masa de maquinaria inofensiva. No está armada. Si lo golpease con un martillo, no explotaría. Nada puede hacerlo explotar hasta que esté armada, y eso no sucederá hasta El Gran Día.

El pálido rostro de Billy Ring brillaba de sudor. Sus palabras temblaron ligeramente al salir siseando de su falsa sonrisa.

—Señor, ¿qué... qué hay de eso que llaman..., hum, lluvia radiactiva?

—La lluvia radiactiva será mínima, señor Ring, y por demás localizada. Este es el último modelo, la llamada bomba atómica «limpia». Pero se suministrarán trajes de protección al pelotón que entre primero en las ruinas del edificio. Formarán el primer eslabón de la cadena humana que sacará los lingotes de oro y los trasladará a los camiones que estarán esperando.

—¿Y los escombros que vuelen, señor? ¿Trozos de hormigón y acero y todo eso? —La voz de Midnight salía de algún lugar de su estómago.

—Nos refugiaremos tras el parapeto exterior del depósito, señor Midnight. Todo el personal llevará tapones para los oídos. Tal vez algún camión sufra algún daño, pero hay que aceptar este riesgo.

—¿Los tipos dormidos? —Los ojos de Solo brillaban codiciosos—. ¿Quizás sólo duerman un poco más? —Evidentemente, a Solo no le preocupaban mucho los tipos

dormidos.

—Trasladaremos a todos los que podamos a lugar seguro. Tenemos, me temo, que aceptar pequeños daños en la ciudad. Calculo que el número de víctimas entre la población equivaldrá al de las que se producen en tres días en las carreteras de Fort Knox. Nuestra operación servirá sólo para mantener en un nivel constante las estadísticas de accidentes de tráfico.

—¡Qué condenadamente buenos somos! —exclamó Midnight, que había recuperado los nervios.

—¿Hay más preguntas? —La voz de Goldfinger fue suave. Había expuesto las cifras y calculado las perspectivas del negocio.

Era hora de hacer votar a la reunión—. Quedan detalles para ser puestos a punto con exactitud. En eso, mi personal aquí presente —se volvió primero hacia Bond y luego hacia Tilly— me ayudará. Esta sala será nuestro centro de operaciones, al cual todos ustedes tendrán acceso día y noche. La palabra en clave del proyecto es «Operación Gran Slam», que se utilizará siempre que se haga referencia al mismo. Yo sugeriría que aquellos de ustedes que deseen participar informen a uno, y nada más que a uno, de sus lugartenientes de máxima confianza. El resto del personal puede ser entrenado para realizar sus funciones como si se tratara del atraco a un banco corriente y moliente. El día «D -1» será preciso informar con algo más de detalle al personal.

»Sé que puedo confiar en que ustedes, señores y señora, si deciden participar, tratarán todo este proyecto como si de una operación bélica se tratara. Por supuesto, hay que cortar la ineficacia o la inseguridad con decisión. Y ahora, señores y señora, voy a pedirles que respondan en nombre de sus respectivas organizaciones. ¿Quiénes de ustedes quieren participar en esta carrera? El premio es gigantesco. Los riesgos, mínimos. ¿Señor Midnight? —Goldfinger volvió la cabeza un par de centímetros a su derecha. Bond vio como la abierta mirada de rayos X devoraba a su vecino—. ¿Sí? —hubo una pausa—, ¿o no?

Capítulo 19

Apéndice secreto

—Señor Gold —pronunció Jed Midnight sonoramente— usted es sin duda lo más grande en crimen desde que Caín inventó el asesinato y lo empleó contra Abel. —Hizo una pausa y añadió con énfasis—: Considero un honor estar asociado con usted en esta empresa.

—Gracias, señor Midnight. ¿Y usted, señor Ring?

Bond tenía dudas con Billy Ring. Había garabateado el signo de más junto a todos los nombres, excepto los de Ring y Helmut Springer. A Ring le había puesto un cero, y a Springer, un signo menos. Había llegado a estas conclusiones observando ojos, bocas, hombros, pero la fija mueca de *Sonrisas* no había dejado traslucir nada. El parpadeo del ojo derecho había sido tan regular como un metrónomo y había mantenido las manos fuera de su vista.

Billy Ring sacó las manos de debajo de la mesa y las entrelazó sobre el tapete verde. Durante un momento miró sus pulgares, que hacía girar entre sí, y luego levantó su rostro de pesadilla hacia Goldfinger. El tic de su ojo derecho se había detenido. Las dos hileras de dientes empezaron a moverse como las de un muñeco de ventrílocuo.

—Caballero —dijo con algo de dificultad, ya que le costaba mucho pronunciar las bes, las emes y las pes y lo hacía bajando el labio superior sobre sus dientes como un caballo cuando coge un terrón de azúcar de una mano—, hace ya tiempo que mis amigos y yo actuamos dentro de la legalidad. Quiero decir, que los viejos tiempos en que dejábamos el terreno sembrado de cadáveres terminaron con los años cuarenta. Yo y mis asociados nos defendemos bien con las chicas, el hachís y los hipódromos, y cuando vamos escasos de dinero, siempre tenemos a nuestros buenos amigos de los Sindicatos para desviarnos unos billetes.

»Verá, señor —*Sonrisas* abrió las manos y las volvió a entrelazar—, pensamos que los viejos tiempos se han ido. *Big Jim Colossimo*, *Johnny Torrio*, *Dion O'Bannion*, *Al Capone*..., ¿dónde están todos esos tipos hoy? Señor, todos están criando malvas junto a la cerca. Puede que usted no se encontrara por aquí en los días en que solíamos ocultarnos entre batalla y batalla en Little Bohemia, detrás de Milwaukee. Pues bien, señor, en aquellos días, los hombres se disparaban unos a otros tan deprisa que a menudo se necesitaba el programa para distinguir a los actores de los espectadores. Así que la gente se hartó de aquello (los que todavía no estaban mortalmente hartos, si entiende lo que quiero decir) y cuando llegaron los años cincuenta y yo me hice cargo del equipo, decidimos salimos por unanimidad del negocio de los fuegos artificiales. Y ahora, ¿qué, señor? ¡Ahora usted viene y me dice que yo y mis amigos le ayudemos a hacer estallar el mayor petardo de la historia!

¿Qué se supone que debo contestar a su proposición, señor, hum, Como-se-Llame?

»Bien, se lo diré, señor. Todo el mundo tiene su precio, ¿no es así?, y por un billón de dólares es un buen negocio. Guardaremos las canicas y sacaremos los tirachinas. Estamos dentro.

—*Sonrisas*, desde luego necesitas un tiempo un poco largo para decir que sí —comentó Midnight con acritud.

—Gracias por su interesantísima declaración, señor Ring —dijo Goldfinger cordialmente—. Estoy muy contento de darle la bienvenida a usted y a sus socios. ¿Señor Solo?

Solo prologó su réplica sacando del bolsillo de su chaqueta una máquina de afeitar a pilas y poniéndola en marcha. La sala se llenó del ruido de avispas furiosas. El señor Solo echó la cabeza hacia atrás y empezó a pasar concienzudamente la máquina por el lado derecho de su cara, mientras sus ojos dirigidos hacia arriba buscaban una decisión en el techo. Súbitamente, apagó la máquina de afeitar, la dejó en la mesa enfrente suyo y movió la cabeza hacia abajo y hacia delante como una serpiente cuando acomete. Las negras bocas de cañón de sus ojos apuntaron amenazadoras a Goldfinger a través de la mesa y su mirada recorrió cada uno de los rasgos de la gran cara de luna. La mitad del rostro de Solo parecía desnuda. La otra mitad estaba oscura por el típico color moreno italiano causado por un crecimiento incontrolable de la barba. Bond supuso que necesitaría afeitarse cada tres o cuatro horas. Finalmente, Solo decidió hablar, y cuando lo hizo, su tono heló la sala.

—Señor —dijo suavemente—, le he estado observando y he visto que tiene una gran tranquilidad para hablar de cosas tan grandes. El último hombre que conocí tan tranquilo como usted, se quedó totalmente tranquilo de unos cuantos navajazos rápidos. De acuerdo, de acuerdo. —Solo se recostó en el sillón y separó las palmas abiertas como en una rendición de mala gana—. Voy a ir, sí. Pero, señor —hizo una breve pausa para dar mayor énfasis a sus palabras—, o conseguimos ese billón o usted morirá. ¿Está de acuerdo?

Los labios de Goldfinger se doblaron con ironía.

—Gracias, señor Solo. Sus condiciones son bastante aceptables. Siempre me ha gustado estar vivo. ¿Señor Helmut Springer?

Los ojos de Springer parecían más muertos que nunca.

—Todavía estoy considerando plenamente este asunto —dijo ampulosamente—. Le ruego que consulte al resto de mis colegas mientras me decido.

—El mismo Hel de siempre —comentó Midnight con impaciencia—. Espera lo que él llama inspiración. Recibe guía; mensajes del Todopoderoso en la frecuencia de los ángeles. Me parece que no ha oído una voz humana en veinte años.

—¿Y el señor Strap?

Jack Strap miró a Goldfinger entrecerrando los ojos.

—Señor, supongo que conoce las probabilidades —dijo con tono uniforme— y, desde luego, paga el mejor precio desde que una de nuestras máquinas de Las Vegas cogió cagarrinas y daba continuamente el premio gordo. Puede contar conmigo. —Strap desconectó la amabilidad. Sus ojos, que volvían a infundir temor, se volvieron, con los de Goldfinger, hacia Pussy Galore.

Ésta veló sus ojos violeta para no tener que mirar a ninguno de ellos.

—Los negocios no han ido muy bien en mi rincón del bosque —dijo con indiferencia, dirigiéndose a la sala en general—. Dio unos golpecitos al lingote de oro con unas largas uñas pintadas de plata—. Entendedme, no digo que esté en números rojos, sino que voy un poco corta de liquidez. Por supuesto que voy. Yo y mis chicas tenemos que comer.

Goldfinger se permitió media sonrisa de simpatía.

—Esto es una noticia excelente, señorita Galore. Y ahora —dijo volviéndose para mirar al otro lado de la mesa—, señor Springer, ¿podemos preguntarle si ya se ha decidido?

Lentamente, Springer se levantó. Inició el bostezo contenido de un aficionado a la ópera aburrido. El bostezo fue seguido de un pequeño eructo. Después sacó un delicado pañuelo de hilo y se tocó los labios con él. La mirada de sus vidriosos ojos se movió siguiendo el contorno de la mesa y finalmente se posó en Goldfinger. Lentamente, su cabeza se movió de lado a lado como si tratase de ejercitar los músculos del cuello. Luego habló con gravedad, como un director de banco negando un crédito.

—Señor Gold, me temo que su proposición no encontraría el favor de mis colegas de Detroit. —Hizo una pequeña reverencia que incluía a todo el mundo—. Sólo me queda darle las gracias por esta interesantísima oportunidad. Buenas tardes, señores y señora. —En medio de un gélido silencio, Springer se metió cuidadosamente el pañuelo en la manga izquierda de su immaculado traje a rayas, giró sobre sus talones, se dirigió con paso lento hacia la puerta y salió.

La puerta se cerró tras él con un golpecito seco. Bond observó que la mano de Goldfinger se deslizaba disimuladamente bajo la mesa. Supuso que *Chapuzas* estaría recibiendo la señal. ¿La señal para qué?

—Me alegro de que se haya ido —dijo grosero Midnight—. No es más que un hombre con cuatro úlceras. Bueno —añadió levantándose enérgicamente y volviéndose luego hacia Bond—, ¿qué tal si ahora tomamos unas copas?

Todos se levantaron y se reunieron alrededor del bufet. Bond se encontró entre Pussy Galore y Tilly Masterton. Les ofreció champán. La señorita Galore lo miró con frialdad.

—Apártate —dijo—, guapo. Las chicas queremos contarnos secretos, ¿no es verdad, bomboncito?

Tilly Masterton se ruborizó y luego se puso muy pálida.

—Oh, sí —susurró con adoración—, por favor, señorita Galore.

Bond sonrió con acritud a Tilly Masterton y se cambió a otro lugar de la sala.

Jed Midnight, que había presenciado el desaire, se acercó a Bond.

—Señor, si es su gachí —le dijo con toda seriedad—, será mejor que la vigile. Pussy consigue todas las chicas que quiere. Las devora a puñados, como si fuesen uvas, no sé si me entiende. —Midnight suspiró con hastío—. ¡Jesús, cómo me fastidian esas lagartas! Ya verá cómo pronto tiene a esa flaca bebiendo los vientos por ella.

—Ya vigilaré —repuso Bond—. Aunque no podré hacer gran cosa. ¡Es una chica muy independiente!

—¿Ah, sí? —dijo Midnight con una chispa de interés—. Bueno, quizá trate de separarlas. —Se arregló la corbata—. Intentaré ligarme a esa Masterton. Seguro que está llena de recursos naturales. Ya nos veremos. —Le dirigió una sonrisa y se alejó.

Bond estaba atiborrándose tranquilamente de caviar y champán y pensando en lo bien que había manejado la reunión Goldfinger, cuando la puerta del fondo de la sala se abrió y uno de los coreanos entró corriendo en dirección de Goldfinger. Este inclinó la cabeza hacia las palabras susurradas. Su rostro se puso serio. Dio unos golpecitos con un tenedor en su vaso de agua mineral de Saratoga.

—Señores y señora —dijo, mirando con expresión triste a todo el grupo—. Acabo de recibir malas noticias. Nuestro amigo, el señor Helmut Springer, ha tenido un accidente. Se ha caído por las escaleras. La muerte ha sido instantánea.

—¡Ja, ja! —La risa de Ring no era una risa, sino un agujero en su cara—. ¿Y qué tiene que decir sobre esto ese Slappy Hapgood, su matón?

—Por desgracia —repuso Goldfinger—, el señor Hapgood ha caído también por la escalera y ha sucumbido a las lesiones.

Solo miró a Goldfinger con un respeto nuevo.

—Señor —dijo con suave voz—, será mejor que haga arreglar esas escaleras antes de que yo y mi amigo Giulio las utilicemos.

—Ya se ha encontrado el fallo —le replicó Goldfinger—. La reparación se efectuará de inmediato. —Su expresión se tornó pensativa—. Temo que estos accidentes se interpreten mal en Detroit.

—No lo piense más, señor —dijo Jed Midnight alegremente—. Allí les encantan los funerales. Y les quitará un peso de encima. El viejo Hel no habría durado mucho. Han estado avivando el fuego debajo de él estos últimos doce meses. —Interpeló a Strap, que se encontraba a su lado—: ¿No tengo razón, Jacko?

—Claro, Jed —dijo Strap, con mirada sabia—. Estabas al loro. A Helmut M. Springer iban a alcanzarle.

«Alcanzarle», asesinarle en la terminología del hampa. Cuando Bond por fin se acostó aquella noche, no podía borrar la palabra de su mente. *Chapuzas* recibió la señal, un timbrado doble, y Springer y su escolta fueron «alcanzados». Bond no habría podido hacer nada al respecto aunque lo hubiese querido, y Helmut Springer no significaba nada para él, quien, además, era probable que mereciera con creces ser alcanzado; pero 59.998 personas más iban a ser alcanzadas a menos que él, y sólo él, hiciera algo para evitarlo.

Cuando la reunión de los hampones prominentes se disolvió para llevar a cabo las diversas tareas, Goldfinger dejó marchar a la chica, pero hizo que Bond se quedara en la sala. Dijo a Bond que tomara notas y entonces, durante más de dos horas, repasó la operación hasta el más mínimo detalle. Cuando llegaron a la intoxicación de los depósitos (Bond tenía que calcular un horario exacto para asegurarse de que la gente de Fort Knox estuviera toda «sonada» a la hora adecuada), Bond pidió detalles a Goldfinger sobre la droga y su velocidad de acción.

—No tiene que preocuparse por eso.

—¿Por qué no? Todo depende de esto.

—Señor Bond —dijo Goldfinger con una mirada distraída, ausente—. Voy a decirle la verdad porque usted no tendrá ocasión de transmitirla. Desde ahora, *Chapuzas* no se separará más de un metro de su lado y sus órdenes serán estrictas y precisas. Por ello puedo decirle que la totalidad de la población de Fort Knox estará muerta o incapacitada de por vida a medianoche del día «D -1». La sustancia que se verterá en el suministro de agua, pasada la planta depuradora, será una forma muy concentrada de GB.

—¡Está loco! ¡No dirá en serio que piensa matar a sesenta mil personas!

—¿Por qué no? Los automovilistas norteamericanos lo hacen cada dos años.

Bond se quedó mirando fijamente a Goldfinger, fascinado por el horror. ¡No podía ser cierto! ¡No podía estar hablando en serio!

—¿Qué es eso del GB? —preguntó con voz tensa.

—El GB es el más poderoso de los venenos nerviosos del grupo del trilone. Fue perfeccionado por la *Werhmacht* en 1943, pero nunca se usó por miedo a las represalias. De hecho, es un instrumento de destrucción mucho más eficaz que la bomba de hidrógeno. Su desventaja está en la dificultad de aplicarla al populacho. Los rusos se apoderaron de todas las existencias alemanas en Dyhernfurth, en la frontera polaca. Unos amigos míos me proporcionaron la cantidad necesaria. Su aplicación por medio del suministro de agua es un método ideal de repartirlo a un área densamente poblada.

—Goldfinger —exclamó Bond—, ¡es usted un asqueroso hijo de puta!

—No sea infantil. Tenemos mucho que hacer.

Más tarde, después de estudiar el problema del traslado de toneladas de oro fuera de la ciudad, Bond hizo un último intento.

—Goldfinger, no se saldrá con la suya. Nadie podrá sacar sus cien toneladas del lugar, para no hablar ya de quinientas. Se encontrará arrastrándose por la autovía Dixie en un camión, con unos cuantos lingotes de oro saturados de rayos gamma y el Ejército de Estados Unidos pegado a sus talones. ¿Y con qué objeto habrá matado a sesenta mil personas? Todo esto es absurdo. Aun en el caso de que consiguiese sacar una o dos toneladas, ¿dónde diablos cree que va a esconderlas?

—Señor Bond —repuso Goldfinger, cuya paciencia era infinita—, resulta que justamente un crucero soviético de la clase *Sverdlovsk* estará de visita en Norfolk, Virginia, en un viaje de buena voluntad por esas fechas. Zarpa de Norfolk el día «D +1». Primero por tren y después en un convoy de transporte, mi oro llegará a bordo del crucero a medianoche del Día D. Me iré en él hasta Kronstadt. Todo ha sido planeado con sumo cuidado, previniendo cada posible obstáculo. He estado viviendo con esta operación durante cinco años. Y ha llegado el momento de ejecutarla. He puesto mis cosas en orden en Inglaterra y en Europa. Dejo los pequeños fragmentos que queden de mi vida anterior para los carroñeros que dentro de poco estarán husmeando mi rastro. Yo ya me habré ido. Habré emigrado y me habré llevado el dorado corazón de América conmigo, señor Bond.

»Naturalmente, esta proeza única no será inmaculada —Goldfinger se mostraba indulgente—. No ha habido tiempo suficiente para ensayos. Necesito a esos torpes gangsters con sus pistolas y sus hombres, pero no podía introducirlos en el plan hasta el último momento. Cometerán errores. Es probable que tengan serias dificultades para llevarse su botín. A algunos los cogerán, a otros los matarán. No pueden importarme menos. Esos hombres son como los extras que se necesitaban, por así decirlo, para las escenas de multitudes. Son extras, señor Bond, sacados del arroyo. Lo que les suceda después del plan no tiene interés para mí en absoluto. Y ahora, al trabajo. Necesitaré siete copias de todo esto a medianoche. ¿Dónde estábamos...?

De modo que en realidad, reflexionó Bond febril, no se trataba sólo de una operación de Goldfinger con SMERSH como telón de fondo. SMERSH había metido en el juego hasta el Presidium Supremo. ¡Era Rusia contra Estados Unidos con Goldfinger como punta de lanza! ¿Constituía una acción de guerra robar algo de otro país? Pero ¿quién sabría que Rusia tenía el oro? Nadie, si el plan discurría como Goldfinger pretendía. Ninguno de los gangsters sospechaba nada. Para ellos, Goldfinger era sólo uno más, otro gángster, de tamaño algo mayor de lo corriente. ¿Y los empleados de Goldfinger, sus conductores para el convoy del oro hasta la costa? ¿El mismo Bond y Tilly Masterton? Algunos serían asesinados, como él y la chica. Otros, los coreanos por ejemplo, embarcarían sin duda en el crucero. No quedaría ni rastro, ningún testigo. Era piratería moderna con todos los detalles de los viejos

tiempos. Goldfinger saquearía Fort Knox como Morgan *el Sanguinario* había saqueado Panamá. No existía diferencia alguna, excepto que las armas y las técnicas habían sido puestas al día.

Y sólo un hombre en el mundo podía detenerlo, pero ¿cómo?

El día siguiente fue una interminable tempestad de papeleo. Cada media hora llegaba una nota de la sala de operaciones de Goldfinger pidiendo programas de esto, copias de lo otro, cálculos, horarios, listas de repuestos. Se trajo otra máquina de escribir, mapas, libros de referencia, todo cuanto Bond solicitaba. Pero ni una sola vez se relajó *Chapuzas* en el cuidado extremo con que abría la puerta a la llamada de Bond, ni una sola vez sus ojos vigilantes se desviaron de los ojos, manos y pies de Bond cuando entraba en la habitación para dejar comida, notas o suministros. De ningún modo Bond y la chica formaban parte del equipo. Eran esclavos peligrosos y nada más.

Tilly Masterton seguía mostrándose reservada. Trabajaba como un reloj: rápida, servicial, precisa, pero no comunicativa. Respondió con fría cortesía a los primeros intentos de Bond de hacer amistad, de compartir sus pensamientos con ella. Por la noche nada nuevo sabía de ella, salvo que había sido una buena patinadora sobre hielo aficionada mientras trabajaba de secretaria para Unilevers. Luego empezó a conseguir papeles destacados en espectáculos sobre hielo. Su afición había sido el tiro de salón con pistola y rifle y había pertenecido a dos clubs de tiro. Tenía pocos amigos. Nunca había estado enamorada ni prometida. Vivía sola en dos habitaciones de Earls Court. Contaba veinticuatro años. Sí, se daba cuenta de que estaban en un mal paso, pero ya sucedería algo. Aquel asunto de Fort Knox no tenía sentido. Con toda seguridad saldría mal. Pensaba que Pussy Galore era «divina». De alguna forma, parecía contar con ella para que la sacase de aquel embrollo. Las mujeres con olfato se desenvolvían bastante bien en las situaciones que exigían astucia. El instinto les decía cómo actuar. No debía preocuparse por ella. Estaría bien.

Bond llegó a la conclusión de que Tilly Masterton era una de esas chicas con las hormonas mezcladas. Conocía bien el tipo y pensaba que ellas y sus contrapartidas masculinas eran una consecuencia directa de haber concedido el voto a las mujeres y de la «igualdad de sexos». Como resultado de cincuenta años de emancipación, las cualidades femeninas estaban agonizando o eran transferidas a los varones. Había invertidos de ambos sexos por todas partes, todavía no homosexuales del todo, pero confusos, sin saber qué eran. El resultado: una multitud de infelices inadaptados sexuales, estériles y llenos de frustraciones, con mujeres que querían dominar a los hombres y hombres que sólo buscaban niñeras. Le daban lástima, pero no tenía tiempo que perder con ellos. Bond sonrió amargamente para sí cuando recordó sus fantasías con aquella chica mientras cruzaban el valle del Loira. ¡Entre-Deux-Seins!

¡Vaya ojo! Al final del día, hubo una última nota de Goldfinger:

Los cinco jefes principales y yo saldremos del aeropuerto de La Guardia mañana a las 11.00 de la mañana en avión alquilado y pilotado por personal mío para reconocimiento aéreo de Gran Slam. Usted nos acompañará. Masterton se quedará.

G.

Bond se sentó en el borde de la cama mirando la pared. Luego se levantó y fue hasta la máquina de escribir. Trabajó durante una hora, mecanografiando, a un espacio y por ambas caras de la hoja, los detalles exactos de la operación. Dobló la hoja, la enrolló en un cilindro pequeño del tamaño aproximado de su dedo meñique y lo pegó cuidadosamente con goma. Luego, en una tira de papel, mecanografió:

URGENTE Y VITAL. SE GARANTIZA UNA RECOMPENSA DE CINCO MIL DÓLARES SIN HACER PREGUNTAS AL PORTADOR QUE ENTREGUE ESTE MENSAJE SIN ABRIR A FELIX LEITER. DE LA AGENCIA DE DETECTIVES PINKERTON. CALLE NASSAU, 154. NUEVA YORK. COBRO INMEDIATO CONTRA ENTREGA.

Bond enrolló el mensaje alrededor del cilindro, escribió 5.000 \$ de recompensa con tinta roja en el exterior y pegó el paquetito en el centro de un trozo de ocho centímetros de cinta adhesiva. Luego se sentó de nuevo en el borde de la cama y se adhirió cuidadosamente los extremos de la cinta adhesiva en la parte interior del muslo.

Capítulo 20

Viaje al holocausto

—Señor, nos llaman de Control Aéreo. Quieren saber quiénes somos. Dicen que estamos en espacio aéreo restringido.

Goldfinger se levantó de su asiento y fue a la cabina del piloto. Bond le vio coger el micrófono de mano. Su voz le llegó con claridad por encima del apagado zumbido del Beechcraft Executive de diez plazas.

—Buenos días. Habla el señor Gold, de Paramount Pictures Corporation. Estamos llevando a cabo un reconocimiento autorizado del territorio para una próxima superproducción de la famosa incursión de los Confederados en 1861, que acabó con la captura del general Sherman en Muldraugh Hill. Sí, eso es. Cary Grant y Elizabeth Taylor son los protagonistas. ¿Cómo dice? ¿Autorización? Por supuesto que tenemos autorización. Déjeme ver un momento —Goldfinger no consultó nada—. Sí, aquí está. Firmada por el jefe de Servicios Especiales del Pentágono. Claro, por supuesto, el comandante del Centro Acorazado debe de tener una copia. De acuerdo y gracias. Espero que le guste la película. Hasta luego.

Goldfinger borró la expresión jovial de su rostro, devolvió el micrófono y abandonó la cabina. Permaneció en pie, apuntalándose, mirando a sus pasajeros.

—Bien, señores y señora, ¿creen que ya han visto bastante? Supongo que me darán la razón en que está todo muy claro y que lo de ahí abajo coincide con sus copias del plano de la ciudad. No quisiera descender a menos de los dos mil metros. Quizás podríamos dar una última vuelta y marcharnos. *Chapuzas*, saca los refrescos.

Se produjo un murmullo de comentarios y preguntas que Goldfinger atendió uno a uno. El coreano se levantó del lado de Bond y fue a la parte trasera. Bond fue tras él y, bajo su mirada dura y suspicaz, entró en el pequeño lavabo, cerró la puerta y se sentó con calma.

No había tenido oportunidad alguna en el viaje a La Guardia. Se acomodó con *Chapuzas* en el asiento posterior de un discreto Buick. Las portezuelas habían sido cerradas desde fuera por el conductor y las ventanillas también estaban bien ajustadas. Goldfinger viajó delante, con un panel de separación detrás. *Chapuzas* se sentó un poco ladeado, con sus manos provistas de crestas córneas sobre los muslos como pesadas herramientas. No apartó los ojos de Bond hasta que el coche rodeó el límite de los hangares particulares y llegó junto al avión privado. Flanqueado por Goldfinger y *Chapuzas*, Bond no tuvo más alternativa que subir al avión y sentarse, con *Chapuzas* a su lado. Diez minutos más tarde llegaron los demás. No hubo comunicación con ellos, salvo un intercambio de secos saludos. Habían cambiado: no hacían observaciones agudas ni charlaban sin necesidad. Eran hombres en pie de guerra. Incluso Pussy Galore, con un impermeable de dacrón negro y un cinturón de

cuero también negro, parecía un joven guardia de las SS. Una o dos veces se volvió en el avión y miró a Bond bastante pensativa, pero no respondió a su sonrisa. Quizás simplemente no entendía dónde encajaba Bond, quién era.

Cuando volviesen a La Guardia, seguirían la misma rutina. Era en ese momento o nunca. Pero ¿dónde? ¿Entre las hojas de papel higiénico? Pero podrían ser manipuladas demasiado pronto, o no tocadas durante semanas. ¿Vaciarían el cenicero? Tal vez no. Pero había algo que seguro que sí moverían.

La manija de la puerta traqueteó. *Chapuzas* se impacientaba. Quizás Bond estaba pegando fuego al avión.

—Ya va, mono —dijo Bond—. Se puso de pie y levantó el asiento. Se arrancó el paquetito de la parte interior del muslo y lo pegó en el borde del asiento debajo de la parte delantera. Tendrían que levantar el asiento para poder aplicar los productos de limpieza, y eso lo harían tan pronto como el avión volviera al hangar. Las palabras 5.000 \$ DE RECOMPENSA le miraban intensamente. Ni la limpiadora más apresurada dejaría de verlo, siempre y cuando no se le adelantara alguien. Pero Bond no creía que ninguno de los pasajeros levantara el asiento. El pequeño cubículo era demasiado estrecho para estar cómodo. Bajó con cuidado el asiento, hizo correr un poco de agua en el lavabo, se lavó la cara, se atusó un poco y salió.

El coreano lo esperaba con cara de pocos amigos. Empujó a Bond a un lado, miró por todo el lavabo y salió de nuevo, cerrando la puerta. Bond volvió a su asiento. Ahora el mensaje de SOS estaba en la botella y la botella había sido confiada a las olas. ¿Quién lo encontraría? ¿Cuánto tardarían en hacerlo?

Todos, hasta el piloto y el copiloto, fueron al maldito lavabo antes de aterrizar. Cada vez que uno de ellos salía, Bond esperaba sentir la fría boca del cañón de una pistola en su cuello, las ásperas palabras de sospecha, el crujido del papel al ser desenrollado. Pero finalmente estuvieron de nuevo en el Buick, cruzando a toda velocidad Triborough y las afueras de Manhattan, para luego seguir el río por la avenida, hasta cruzar las bien guardadas puertas del almacén, y de nuevo al trabajo.

Ahora se trataba de una carrera, una carrera entre la calmada, parsimoniosa y eficiente máquina de Goldfinger y el diminuto reguero de pólvora que Bond había encendido. ¿Qué estaría sucediendo afuera? A cada hora de los tres días siguientes, la imaginación de Bond se representaba lo que podría estar ocurriendo: Leiter hablando con su superior, la conferencia, el rápido vuelo a Washington, el FBI y Hoover^[31], el Ejército, el presidente. Leiter insistiendo en respetar las condiciones de Bond de que no se hiciese ningún movimiento sospechoso, que no se iniciara ninguna investigación, que nadie se moviera ni un centímetro, salvo acordar algún plan rector que se ejecutaría el mismo día para meter a toda la pandilla en el saco, de manera que ninguno de ellos escapara. ¿Aceptarían las condiciones de Bond o no querrían correr ese riesgo? ¿Habrían hablado a través del Atlántico con M? ¿Habría insistido M en

que Bond debía ser sacado de allí de algún modo? No, M lo entendería. Estaría de acuerdo en que había que prescindir de la vida de Bond. En que nada debía poner en peligro la gran limpieza. Desde luego, tendrían que coger a los dos «japoneses» y, de alguna manera, sacarles el mensaje cifrado que Goldfinger estaría esperando para el día «D -1».

¿Era así como estaría sucediendo o sólo habría confusión? Leiter ausente en otra misión. «¿Quién es ese 007? ¿Qué representa? Algún chiflado. Eh, Smith, comprueba esto, ¿quieres? Vete al almacén y echa un vistazo. Lo siento, señor, no hay cinco de los grandes para usted. Aquí tiene, para un taxi hasta La Guardia. Me temo que le han engañado.»

¿O si, aún peor, no había ocurrido nada de todo eso? ¿Y si el avión seguía aún en un rincón del aeropuerto, desatendido?

Día y noche, el tormento de esos pensamientos pasaba por la cabeza de Bond mientras se despachaba el trabajo, las horas transcurrían y la mortífera máquina seguía zumbando tranquilamente. Con un torbellino de febril actividad final el día «D -1» llegó. Luego, por la noche, la nota de Goldfinger:

Primera fase de la operación cumplida. Tomar el tren a medianoche, como está planeado. Llevar copias de todos los planos, programas y órdenes de operaciones.

G.

En formación cerrada, con Bond y Tilly Masterton —él con bata de cirujano blanca, ella vestida de enfermera— inmovilizados en el centro, el contingente de Goldfinger atravesó rápidamente el vestíbulo casi vacío de la estación Pennsylvania hasta el tren especial que aguardaba. Todos, incluido Goldfinger, vestían las ropas blancas convencionales y los brazaletes de un destacamento médico de campaña y el débilmente iluminado andén estaba atestado con las fantasmagóricas figuras de los miembros de las bandas de gangsters que esperaban. El silencio y la tensión encajaban con los de un destacamento de emergencia acudiendo a toda prisa al escenario de un desastre, y las camillas y trajes protectores que se cargaban en los departamentos añadían dramatismo a la escena. El jefe de estación estaba hablando tranquilamente con Midnight, Strap, Solo y Ring en forma de jefes médicos. Cerca estaba Pussy Galore con una docena de enfermeras de rostro pálido que esperaban con la mirada baja, como si estuviesen junto a una tumba abierta. Sin maquillaje y con los exóticos peinados remetidos en los gorros azul oscuro de la Cruz Roja, se habían entrenado bien. Estaban efectuando una excelente representación: obedientes,

compasivas, con una gran dedicación al alivio de los sufrimientos humanos.

Cuando el jefe de estación vio a Goldfinger y a su grupo acercándose, se apresuró.

—¿Doctor Gold? —preguntó con expresión preocupada—.

Me temo que las noticias que llegan no son muy buenas. Supongo que esta noche saldrá en los periódicos. Todos los trenes están retenidos en Louisville y no tenemos respuesta de la estación de Fort Knox. Pero los llevaremos allí. ¡Dios Todopoderoso, doctor! ¿Qué está sucediendo? La gente que viene de Louisville habla de que los rusos han esparcido algo desde el aire. Por supuesto, yo no me creo *esa* clase de rumores, pero ¿de qué se trata? —El jefe de estación miró intensamente a Goldfinger—. ¿Alimentos envenenados?

La expresión de Goldfinger fue solemne.

—Amigo, eso es lo que tenemos que descubrir —dijo con voz amable—. Por eso vamos allá a toda prisa. Si quiere que haga una conjetura, pero le advierto que no es más que una conjetura, yo creo que nos encontramos ante una forma de la enfermedad del sueño; tripanosomiasis la denominamos.

—¿Usted cree? —El jefe de estación estaba impresionado por el nombre de la enfermedad—. Bueno, créame, doctor, todos nos sentimos muy orgullosos de usted y de sus muchachos de las Fuerzas de Emergencia. —Tendió la mano a Goldfinger y éste se la estrechó—. Mucha suerte, *doc* y ahora, si sus hombres y enfermeras suben al tren, haré que salga a toda velocidad.

—Gracias, señor. Mis colegas y yo no olvidaremos su ayuda. —Goldfinger hizo una breve reverencia. Su contingente se puso en marcha.

—¡Pasajeros al tren!

Bond se encontró en un coche-cama con Tilly Masterton al otro lado del pasillo y los coreanos y alemanes a su alrededor. Goldfinger estaba en la parte delantera del vagón hablando alegremente con sus sátrapas. Pussy Galore paseaba. Ignoró el rostro vuelto hacia arriba de Tilly Masterton, pero lanzó hacia Bond su habitual mirada escrutadora. Se oyeron los golpes de las puertas al cerrarse. Pussy Galore se detuvo y puso un brazo en el respaldo del asiento delante de Bond y lo miró.

—Hola, guapo. Tiempo sin verte. Tu tío parece que no te deja ir mucho sin correa.

—Hola, belleza —dijo Bond—. Este vestido te cae de maravilla. Me siento algo débil. ¿Por qué no me cuidas un poco?

Los ojos violeta oscuro lo examinaron atentamente.

—¿Sabes, señor Bond? Tengo la impresión de que hay algo falso en ti. Mi instinto me lo dice. ¿Qué estáis haciendo exactamente tú —echó la cabeza hacia atrás de una sacudida— y esa muñeca en este tinglado?

—Todo el trabajo.

El tren empezó a moverse. Pussy Galore se enderezó.

—Quizá sí. Pero si alguna cosilla va mal en este follón, apuesto a que el *Guapo* sabrá por qué. ¿Me sigues?

No esperó la respuesta de Bond, sino que siguió hacia delante y se sumó a la reunión de jefes de estado mayor.

Fue una noche confusa y agitada. Debían guardar las apariencias ante los ojos curiosos y benévulos de los revisores. Las conferencias de última hora en uno u otro extremo del tren tenían que revestir la apariencia de serios cónclaves médicos: nada de fumar puros, blasfemar o escupir. Los celos y rivalidades entre las bandas debían mantenerse bajo un control rígido. La fría suficiencia de la Mafia, en especial en relación con Jack Strap y su blanda pandilla de vividores del Oeste, habría desembocado en un tiroteo si los jefes no hubiesen estado preparados para detectar los asuntos y en alerta constante para evitarlos. Todos esos pequeños problemas psicológicos habían sido previstos por Goldfinger, que había tomado sus medidas.

Las mujeres de las «Mezcladoras de Cemento» viajaban aparte, no había bebida y los jefes de banda mantuvieron a sus hombres ocupados con instrucciones adicionales, ejercicios simulados con planos y largas discusiones sobre sus planes de huida con el oro. Había un disimulado espionaje de los planes de los demás, y Goldfinger era llamado a menudo para juzgar a quién debían corresponder tal ruta a la frontera mexicana, al desierto o Canadá. Bond encontraba sorprendente que se pudiese mantener tan tranquilo a un centenar de los peores maleantes de Norteamérica, con los nervios a flor de piel por la excitación y la codicia. Era Goldfinger el que había conseguido aquel milagro. Además de su sosegada y peligrosa apariencia, la minuciosidad de la planificación y la confianza que traslucía calmaba la batalla de nervios y creaba una especie de espíritu de equipo entre las bandas rivales.

Cuando el galope de acero del tren alcanzó las llanuras de Pennsylvania, los pasajeros fueron cayendo en una modorra inquieta y sobresaltada. Pero no Goldfinger, ni *Chapuzas*. Permanecieron despiertos y vigilantes, y pronto Bond abandonó cualquier idea que pudiera tener de utilizar uno de sus cuchillos ocultos contra el coreano y hacer una tentativa de escapar cuando el tren pasase por una estación o en una curva.

Bond dormitó a intervalos, considerando, imaginando, sopesando las palabras del jefe de estación. Con toda seguridad, éste las consideraba ciertas, sabía que en Fort Knox había una emergencia. ¿Eran sus noticias de Louisville ciertas o formaban parte del gigantesco plan de cobertura que se necesitaría para meter en el saco a todos los miembros de la conspiración? Si se trataba de un plan de cobertura, ¿con qué meticulosidad habría sido preparado? ¿Metería alguien la pata? ¿Se produciría alguna

horrible chapuza que pondría sobre aviso a Goldfinger a tiempo? Y si las noticias eran auténticas, si el veneno había tenido éxito, ¿qué quedaba que él pudiera hacer?

Bond había tomado una decisión sobre un punto. De alguna forma, en la confusión de la Hora H, se acercaría a Goldfinger y le cortaría el cuello con uno de sus cuchillos ocultos. ¿Qué conseguiría con ello, aparte de ser un acto de venganza personal? ¿Aceptaría la gente de Goldfinger las órdenes de otro hombre para armar la ojiva y dispararla? ¿Quién sería lo bastante fuerte y frío como para tomar el relevo? ¿El señor Solo? Quizás sí. La operación quizás tendría éxito sólo a medias, se largarían con gran cantidad de oro, pero los hombres de Goldfinger estarían perdidos sin él para guiarlos. Y mientras tanto, fuese lo que fuese lo que Bond pudiera hacer luego, tenían ya sesenta mil personas muertas. ¿Había podido hacer algo para evitarlo? ¿Había tenido alguna posibilidad de matar a Goldfinger? ¿Hubiera servido de algo hacer una escena en la estación de Pennsylvania? Bond se quedó mirando su reflejo en el cristal de la ventanilla, oyó el agradable tintineo de los timbres en los pasos a nivel y el aullido del silbato de la locomotora abriéndose paso, mientras se destrozaba los nervios con dudas, preguntas y reproches.

Capítulo 21

El Hombre Más Rico de la Historia

La aurora roja rompió lentamente sobre las interminables llanuras de hierba negra que fue cambiándose en el famoso azul de Kentucky a medida que el sol definía las sombras. A las seis, el tren empezó a aflojar el paso y pronto estuvieron deslizándose apaciblemente por los suburbios a medio despertar de Louisville para acabar deteniéndose con un suspiro de los frenos hidráulicos en la resonante, casi desierta, estación.

Un pequeño y respetuoso grupo los esperaba. Goldfinger, con ojeras por falta de sueño, llamó por señas a uno de los alemanes, cogió su autoritario maletín negro y bajó al andén. Hubo un corto y serio cónclave, en el cual el jefe de estación de Louisville hablaba y Goldfinger intercalaba unas cuantas preguntas y asentía con gravedad ante las respuestas. Goldfinger volvió fatigadamente al tren. Solo había sido designado para escuchar su informe. Estaba de pie ante la puerta abierta, al final del vagón. Bond oyó a Goldfinger hablando apesadumbrado:

—Me temo, doctor, que la situación es tan mala como creíamos. Iré delante, en la máquina, con esto —dijo, levantando el maletín—, y nos internaremos lentamente en el área afectada. ¿Tiene la bondad de indicar a todo el personal que se ponga la máscara? Dispongo de máscaras para el maquinista y el fogonero. El resto del personal ferroviario abandonará el tren aquí.

Solo asintió, solemne.

—De acuerdo, profesor. —Cerró la puerta. Goldfinger anduvo por el andén, seguido de su matón alemán y del grupo que sacudía respetuoso la cabeza.

Hubo una pequeña pausa y luego, en silencio, casi con reverencia, el largo tren salió susurrando de la estación dejando al pequeño grupo de funcionarios, reforzado ahora con cuatro consternados revisores, con las manos levantadas bendiciéndoles.

¡Cincuenta y seis kilómetros para llegar! ¡Media hora! Las enfermeras distribuyeron café y donuts, y —Goldfinger estaba en todo— para aquellos cuyos nervios lo necesitaban, dos granos de dexedrina. Las enfermeras estaban pálidas, silenciosas. No había bromas ni comentarios agudos. El tren se hallaba saturado de electricidad por la tensión.

Diez minutos después se produjo una súbita disminución de velocidad y el brusco siseo de los frenos. Se derramó café. El tren casi se detuvo. Luego hubo una sacudida y volvió a ganar velocidad. Una nueva mano había cogido la palanca que manejaba el hombre que acababa de morir.

Unos minutos más tarde Strap recorrió el tren a toda prisa.

—¡Diez minutos para llegar! ¡Todos a punto, muchachos! Pelotones A, B y C, poneos el equipo. Todo marcha bien. Mantened la calma. Recordad vuestras tareas.

—Se dirigió corriendo al siguiente departamento y Bond le oyó repetir el mensaje.

Bond se giró a *Chapuzas*.

—Escucha, mono, voy al lavabo y la señorita Masterton es probable que también lo haga. —Se volvió hacia la chica—. ¿Qué te parece, Tilly?

—Sí —dijo ella con indiferencia—, supongo que será mejor que vaya.

—Bien, pasa delante —le indicó Bond.

El coreano del lado de la joven miró interrogativamente a *Chapuzas*. Este negó con la cabeza.

—Si no la dejas ir sola —dijo Bond—, empezaré una pelea. A Goldfinger no le gustará. —Se volvió hacia la chica—. Adelante, Tilly, yo me ocuparé de estos monos.

Chapuzas emitió una serie de ladridos y gruñidos que el otro coreano pareció entender. El guardián se levantó.

—De acuerdo —dijo—, pero sin cerrar por dentro. —Siguió a la chica al otro lado del vagón y se quedó esperando que saliera.

Chapuzas siguió el mismo procedimiento con Bond. Una vez dentro, éste se quitó el zapato derecho, hizo salir el cuchillo y lo deslizó dentro de la pretina del pantalón. Llevaría un zapato sin tacón, pero nadie iba a darse cuenta esa mañana. Bond se lavó. El espejo reflejó su pálido rostro y los ojos azul grisáceos, oscuros por la tensión. Salió y volvió a su asiento.

Un reflejo lejano apareció a la derecha y una señal de edificios bajos elevándose como un espejismo en la neblina matutina que subía del suelo. Lentamente se definieron como hangares con una achaparrada torre de control. ¡El aeropuerto Godman! El suave bramido rítmico del tren disminuyó su velocidad. Pasaron unos cuantos elegantes chalés modernos, parte de una nueva urbanización. Parecían desocupados. A la izquierda se veía la negra cinta de la carretera de la estación de Brandenburg. Bond estiró el cuello. La reluciente y moderna extensión de Fort Knox parecía casi blanda en la ligera neblina. Por encima de su mellada silueta, el aire era transparente como el cristal, sin ni rastro de humo, ¡nadie cocinaba para el desayuno! El tren desaceleró hasta media marcha.

En la carretera de la estación se había producido un grave accidente de circulación. Dos coches parecían haber chocado de frente. El cuerpo de un hombre estaba medio fuera, desmadejado en una puerta aplastada. El otro coche estaba volcado como un escarabajo muerto. El corazón de Bond tuvo un sobresalto. Pasó la garita principal de señales. Sobre las palancas había algo colgado. Era una camisa de hombre. Dentro de la misma colgaba el cuerpo, con la cabeza por debajo del nivel de la ventanilla.

Una hilera de modernos chalés. Un cuerpo en camiseta y pantalones echado de bruces en medio de un elegante césped. Las líneas de hierba segada eran decorativamente rectas hasta que, cerca del hombre, la segadora había dibujado una

fea rúbrica y luego se había quedado detenida, caída de costado, en la tierra recién removida del borde. Una cuerda con ropa tendida que se había roto cuando la mujer se había agarrado a ella. La mujer yacía en un montón blanco, en un extremo de la cuerda que había cedido, de ropa interior familiar, manteles y toallas.

Ahora el tren entraba al paso en la ciudad y por todas partes, en cada calle, en cada acera, había figuras despatarradas: solas, en grupos, en mecedoras bajo los porches, en medio de cruces en que los semáforos continuaban emitiendo sin prisas sus señales de colores, en coches que habían conseguido pararse y en otros que habían chocado contra los escaparates de los comercios. ¡Muerte! Personas muertas por todas partes. Ningún movimiento, ningún sonido, salvo el taconeo de los pies de hierro del asesino mientras su tren se deslizaba a través del cementerio.

Había bullicio en los vagones. Billy Ring pasó con una enorme sonrisa y se detuvo junto a la butaca de Bond.

—¡Eh, muchacho —dijo con entusiasmo—, el viejo Goldie les ha echado una buena purga desde luego! Es una lástima que algunos estuvieran dando una vuelta cuando cayeron. Pero ya sabe lo que dicen de las tortillas: no se pueden hacer sin romper ningún huevo, ¿verdad?

Bond sonrió con tirantez.

—Es verdad.

Billy Ring lanzó su carcajada en forma de O muda y continuó su camino.

El tren rodó a través de la estación Brandenburg. Allí se veían muchos cuerpos: hombres, mujeres, niños, soldados... El andén estaba lleno de ellos, boca arriba mirando el cielo, boca abajo en el polvo, encogidos de lado... Bond los escrutó buscando algún movimiento, una mirada, una mano espasmódica. ¡Nada! ¡Un momento! ¿Qué era aquello? Débilmente, a través de la ventanilla llegó un suave gemido de queja. Había tres cochecitos de niño contra la taquilla, con sus madres desplomadas a su lado. ¡Claro! Los bebés de los cochecitos habían bebido leche, no la mortífera agua.

Chapuzas se puso en pie, lo mismo que todo el equipo de Goldfinger. Los rostros de los coreanos mostraban indiferencia, eran inmutables, sólo sus ojos parpadeaban sin cesar como animales nerviosos. Los alemanes estaban pálidos, ceñudos. Nadie miraba a nadie. En silencio, desfilaron hacia la salida y se alinearon, esperando.

Tilly Masterton tocó la manga de Bond. Su voz temblaba.

—¿Seguro que sólo están dormidos? He creído ver una especie de..., una especie de espuma en algunos labios.

Bond también lo había visto. La espuma era rosada.

—Espero que algunos estuvieran comiendo caramelos o algo cuando cayeron dormidos. Ya sabe que estos norteamericanos siempre están mascando algo. —Pronunció las siguientes palabras en voz inaudible, casi articulándolas—. Aléjate de

mí. Puede que haya tiros. —La miró fijamente para ver si le había entendido.

Ella asintió en silencio, sin mirarlo.

—Estaré cerca de Pussy —susurró por la esquina de la boca—. Ella me protegerá.

Bond le sonrió

—Muy bien —dijo en tono alentador.

El tren traqueteó lentamente en algunos puntos más y acabó deteniéndose. La locomotora hizo sonar una vez el silbato. Las puertas se abrieron de golpe y los distintos grupos se reunieron en el andén del apartadero del Depósito de Oro.

Todo funcionaba con precisión militar. Los distintos pelotones formaron en su orden de batalla: primero un grupo de asalto con metralletas; luego los camilleros, para sacar a los guardias y demás personal de la cámara acorazada (verdaderamente, un refinamiento ya innecesario, pensó Bond); después, el equipo de demolición de Goldfinger —diez hombres con su abultado paquete cubierto de lona embreada—; luego un grupo mixto de conductores de reserva y de controladores de tráfico, y, por último, el grupo de enfermeras, todas ellas armadas con pistolas, que deberían permanecer en la retaguardia junto con un grupo de reserva fuertemente armado, que se ocuparía de toda interferencia inesperada de cualquiera que, en palabras de Goldfinger, «pudiera despertarse».

Bond y la chica habían sido incluidos en el Grupo de Mando formado por Goldfinger, *Chapuzas* y los cinco jefes de banda. Tenían que instalarse en los techos planos de las dos locomotoras diesel que ahora estaban, como se había planeado, más allá de los edificios del apartadero y con una visión completa del objetivo y sus accesos. Bond y la chica tenían que controlar los mapas, los horarios y el cronometraje, y aquél debía vigilar atascos y retrasos y ponerlos en conocimiento de Goldfinger para que éste los corrigiese por *walki-talki* con los jefes de pelotón. Cuando fueran a explotar la bomba, se protegerían tras las locomotoras.

El silbato sonó dos veces y, mientras Bond y la chica trepaban a su posición en el techo de la primera locomotora, el pelotón de asalto, seguido por las demás secciones, cruzó a paso ligero los veinte metros de terreno abierto entre la vía férrea y el bulevar Bullion. Bond se acercó tanto como pudo a Goldfinger. Este miraba a través de unos prismáticos, la boca cerca del micrófono que llevaba en el pecho. Pero *Chapuzas* se mantenía entre ambos como una sólida montaña de carne y su mirada, desinteresada por el desarrollo del asalto, nunca se apartaba de Bond y la chica.

Bond, simulando examinar el estuche de plástico de los planos, pero pendiente del cronómetro, medía distancias y ángulos. Miró al grupo vecino de cuatro hombres y la mujer. Estaban observando fijamente, con una atención inmóvil, la escena que tenían ante ellos.

—Han pasado la primera puerta —dijo Jack Strap muy excitado. Bond, con la mitad de su atención trabajando en sus planes, echó una rápida mirada al campo de

batalla.

Era una escena extraordinaria. En el centro estaba el enorme mausoleo achaparrado, con el sol centelleando en el pulido granito de sus muros. En el exterior del gran campo abierto en que se encontraba, en las carreteras —la autovía Dixie, la Vine Grove y el bulevar Bullion—, se alineaban los camiones y vehículos de transporte de dos en fondo, con los banderines identificativos de las bandas ondeando en el primer y en el último vehículo de cada convoy. Sus conductores se amontonaban resguardándose en la parte exterior del muro de defensa que rodeaba la cámara acorazada mientras, por la puerta principal, entraban los ordenados y disciplinados pelotones desde el tren. Aparte de aquel mundo de movimiento, una quietud y un silencio absolutos reinaban por doquier, como si el resto de Norteamérica estuviera conteniendo la respiración ante la ejecución de aquel gigantesco crimen. Y por el suelo del exterior se encontraban los cuerpos de los soldados, despatarrados donde habían caído, los centinelas en sus fortines, agarrando aún sus pistolas automáticas y, en el interior del muro de protección, dos desordenados pelotones de soldados en uniforme de campaña. Descansaban en montones desiguales y confusos, con algunos cuerpos de través o sobre sus vecinos. Fuera, entre el bulevar Bullion y la puerta principal, dos coches blindados habían chocado entre sí y estaban incrustados uno con otro, con sus ametralladoras pesadas apuntando, una hacia el suelo y la otra al cielo. El cuerpo de un conductor sobresalía por la torreta de uno de los vehículos.

Casi con desesperación Bond buscó algún signo de vida, de movimiento, un indicio de que todo aquello era una cuidadosa emboscada. ¡Nada! No se movía ni un gato, ni un solo sonido salía de los atestados edificios que hacían de telón de fondo del escenario. Sólo los pelotones se apresuraban en sus tareas o esperaban en las posiciones planeadas.

Goldfinger habló a su micrófono con voz tranquila:

—Que salga el último camillero. Pelotón de la bomba, listo. Preparados para cubrirse.

Las tropas de cobertura y los camilleros corrieron hacia la salida, poniéndose a cubierto detrás del muro de protección. Habría un margen de cinco minutos para salir del área antes de que el pelotón de la bomba, que esperaba reunido en la puerta principal, entrara.

—Llevan un minuto de adelanto sobre el tiempo previsto —dijo Bond con eficiencia.

Goldfinger miró por encima del hombro de *Chapuzas*. Los pálidos ojos llameaban. Se posaron en Bond. La boca de Goldfinger se torció en un áspero gruñido.

—Ya lo ve —dijo entre dientes—, señor Bond. Usted estaba equivocado y yo no.

Diez minutos más y seré el hombre más rico del mundo, ¡el hombre más rico de la historia! ¿Qué me responde a eso? —Su boca escupía las palabras.

—Ya se lo diré cuando hayan pasado esos diez minutos —replicó Bond, ecuánime.

—¿Lo hará? —dijo Goldfinger—. Puede ser.

Miró su reloj y habló rápidamente a través del micrófono. El pelotón de Goldfinger cruzó a paso ligero la puerta principal, con su pesada carga suspendida de cuatro hombros en una red de malla.

Goldfinger miró más allá de Bond al grupo del techo de la segunda locomotora.

—Dentro de cinco minutos, señores —gritó con voz triunfante—, tendremos que cubrirnos. —Giró los ojos hacia Bond y añadió suavemente—: Y entonces nos diremos adiós, señor Bond. Y gracias por la ayuda que usted y la chica me han prestado.

Por el rabillo del ojo, Bond vio que algo se movía en el cielo. Algo negro que giraba. Alcanzó el punto más alto de su trayectoria, hizo una pausa y luego llegó el estampido ensordecedor de un cohete de señales.

El corazón de Bond dio un brinco. Un rápido vistazo le mostró las filas de soldados muertos volver a la vida, las ametralladoras de los coches blindados incrustados girando para cubrir las puertas. Un altavoz rugió desde alguna parte:

—Quédense donde están. Tiren las armas.

Pero se produjo el vano chisporroteo del arma de fuego de un miembro del grupo de cobertura de retaguardia y se desencadenó el infierno.

Bond cogió a Tilly por la cintura y saltó con ella. Era un salto de tres metros hasta el andén. Bond amortiguó la caída con la mano izquierda y puso en pie a la chica con un golpe de cadera. Cuando empezó a correr, pegado al tren para protegerse, oyó a Goldfinger gritar:

—Cógelos y mátalos.

Una lluvia de plomo de la automática de Goldfinger azotó el cemento a su izquierda. Pero Goldfinger no sabía disparar con la izquierda. Era a *Chapuzas* a quien Bond temía. Mientras se precipitaba por el andén con la mano de la chica en la suya, oyó el roce vertiginoso de sus pies corriendo.

La mano de la chica daba tirones.

—No, no. ¡Para! —chilló irritada—. Quiero estar cerca de Pussy. Con ella estaré segura.

—¡Calla, estúpida! —gritó enfurecido Bond—. ¡Y corre como el demonio!

Pero ella tiraba de él, retrasándole. De súbito se desprendió de su mano y se lanzó hacia la puerta abierta de un vagón. ¡Mierda! Bond pensó que aquello lo echaba todo a perder. Arrebató el cuchillo de su cinturón y dio media vuelta para enfrentarse a *Chapuzas*.

Éste, diez metros más allá, apenas pudo frenar su carrera. Con una mano se quitó el ridículo y mortífero sombrero, una mirada para apuntar y la media luna de negro acero silbó en el aire. Su borde alcanzó a la chica justo en la nuca. Esta se desplomó, sin un sonido, de espaldas sobre el andén, en el camino de *Chapuzas*. Su obstáculo fue justo el suficiente para hacer que fallara el puntapié volador que *Chapuzas* había empezado a lanzar a la cabeza de Bond. Convirtió la patada en un salto, con la mano izquierda cortando el aire como una espada en dirección a Bond. Este la esquivó y golpeó hacia arriba y de lado con el cuchillo. Alcanzó su objetivo en algún lugar cerca de las costillas, pero la inercia del cuerpo en el aire le arrancó el cuchillo de la mano. Hubo un tintineo en el andén. *Chapuzas* se volvió hacia él, ileso al parecer, con los brazos extendidos y los pies separados, listo para otro salto o un puntapié. Estaba encolerizado. Tenía los ojos rojos y un reguero de saliva bajaba de su boca abierta y jadeante.

Por encima del estruendo y tableteo de las armas fuera de la estación, el silbato de la locomotora sonó tres veces. *Chapuzas* gruñó airadamente y saltó. Bond se echó a un lado. Algo le dio un golpe tremendo en el hombro y lo mandó por los aires. «Ahora —pensó al tocar el suelo—, ¡ahora el golpe mortal!» Se revolvió torpemente para ponerse en pie, con el cuello hundido entre los hombros para amortiguar el impacto. Pero no llegó ningún golpe y los aturridos ojos de Bond captaron la figura de *Chapuzas* huyendo por el andén.

La locomotora delantera ya estaba en movimiento. El coreano la alcanzó y saltó hacia el estribo. Se quedó colgando por un instante, con los pies buscando un punto de apoyo. Luego desapareció en la cabina y la enorme máquina aerodinámica ganó velocidad.

Detrás de Bond se abrió bruscamente la puerta de la oficina del inspector. Se oyó el martilleo de pies corriendo y un grito:

—¡Santiago! —El grito de guerra de Hernán Cortés que Leiter le había asignado a Bond un día, bromeando.

Bond se volvió. El tejano de cabello pajizo, vestido con su uniforme de campaña de la Infantería de Marina, corría estrepitosamente por el andén seguido por una docena de hombres de caqui. Llevaba un bazuca individual colgando del garfio de acero que tenía en lugar de mano derecha. Bond corrió a reunirse con él.

—No me mates mi zorro, cabrón —dijo—. Dame eso. —Le arrebató el bazuca y se echó en el andén, con las piernas separadas. La locomotora estaba a unos doscientos metros de distancia y a punto de cruzar el puente sobre la autovía Dixie—. ¡Apartaos! —gritó para que los hombres salieran de la línea del fogonazo de retroceso, quitó el seguro y apuntó con cuidado. El bazuca tembló ligeramente y el cohete antiblindaje de cuatro kilos y medio salió despedido. Hubo un fogonazo y una bocanada de humo azul. Algunos fragmentos de metal salieron despedidos de la parte

trasera de la locomotora que huía. Pero luego cruzó el puente y, tomando la curva, desapareció.

—No está mal para un novato —comentó Leiter—. Puede que le hayas destrozado el motor trasero, pero esos trastos son simétricos y puede arreglárselas con el delantero.

Bond se puso de pie. Sonrió cálidamente a los ojos de halcón color gris pizarra.

—Especie de zoquete —dijo con sarcasmo—, ¿por qué demonios no has bloqueado esa vía?

—Escucha, polizonte. Si tienes alguna queja sobre la dirección de la obra puedes presentársela al presidente. Tomó personalmente el mando de esta operación y es un encanto. Hay un avión de observación ahí arriba. Localizará la locomotora y tendremos al viejo Rizos de Oro en la trena a mediodía. ¿Cómo íbamos a adivinar que se quedaría en el tren? —Se interrumpió y golpeó a Bond entre los omóplatos—. Demonios, estoy contento de verte. Estos hombres y yo hemos sido destacados para protegerte. Hemos estado yendo de un lado a otro en tu busca y recibiendo disparos de ambos bandos como recompensa. —Se volvió hacia los soldados—. ¿No es verdad, muchachos?

Ellos se echaron a reír.

—Claro que sí, capitán.

Bond miró con afecto al tejano con quien había compartido tantas aventuras.

—Te lo agradezco, Félix —dijo con seriedad—. Siempre has sido un experto en salvarme la vida. Esta condenada vez casi ha sido demasiado tarde. Me temo que lo ha sido para Tilly Masterton. —Subió al tren con Félix a sus talones. La pequeña figura seguía echada en el mismo sitio donde había caído. Bond se arrodilló a su lado. El ángulo de la cabeza, como el de una muñeca rota, era suficiente. Buscó el pulso. Se levantó.

—Pobre zorrita —dijo Bond suavemente—. No tenía en gran consideración a los hombres. —Miró defensivamente a Leiter—. Félix, habría podido sacarla de aquí si me hubiese seguido.

Leiter, que no le entendió, le puso la mano en el brazo.

—Claro, chico. Tómatelo con calma. —Se volvió a sus hombres—. Dos de vosotros, llevad el cadáver de la joven a la oficina del inspector, allí detrás. O'Brien, ve a buscar la ambulancia. Cuando la tengas, párate en el puesto de mando e informa de los hechos. Diles que tenemos al comandante Bond y que lo llevaremos en seguida.

Bond se quedó mirando aquella maraña vacía de miembros y ropas. Vio a la luminosa y orgullosa Tilly con el pañuelo a lunares alrededor del cuello en su veloz TR3. Ahora se había ido.

Muy arriba, por encima de su cabeza, algo que giraba se elevó en el cielo.

Alcanzó el punto más alto de su vuelo e hizo una pausa. Llegó el brusco estampido del cohete. Era el alto el fuego.

Capítulo 22

El último ardid

Habían pasado dos días. Félix Leiter serpenteaba ágilmente con el Studillac negro por entre el perezoso tráfico del puente de Triborough. Sobraba tiempo para tomar el avión de Bond, el Monarch vespertino de la BOAC a Londres, pero Leiter disfrutaba haciendo tambalear la pobre opinión que Bond tenía de los coches americanos. El garfio de acero que le hacía de mano derecha puso la segunda y el bajo coche negro saltó a un estrecho pasillo entre un gigantesco camión congelador y el culo de un Oldsmobile cuya ventanilla trasera estaba casi tapada por adhesivos turísticos.

El cuerpo de Bond fue lanzado violentamente atrás por el tirón de los 300 caballos y la boca se le cerró de golpe. Cuando la maniobra quedó ultimada, un airado toque de claxon se hubo desvanecido tras ellos.

—Ya es hora de que dejes los coches de niños —dijo tranquilamente Bond— y te compres uno de verdad. Tienes que empezar a ir deprisa. Eso de ir pedaleando envejece. Un día de éstos dejarás de moverte del todo, y cuando uno deja de moverse es cuando empieza a morir.

Leiter se echó a reír.

—¿Ves aquel semáforo en verde de allí delante? —preguntó—. Te apuesto a que soy capaz de llegar antes de que se ponga rojo. —El coche saltó hacia delante como si le hubiesen dado una patada. Hubo una breve laguna en la vida de Bond: la impresión de volar como una becada y la de un muro de acero de coches que de alguna manera se separaban delante del latigazo del claxon triple de Leiter; un centenar de metros en que el velocímetro llegó a marcar ciento cuarenta y cinco. Después se encontró con que habían pasado el semáforo y circulaban elegantemente por el carril central.

—Si te encuentras un agente de tráfico con malas pulgas —dijo Bond con calma—, ni este carné de Pinkerton que llevas será suficiente. No es tanto por lo lento que eres conduciendo, sino por retener a todos los coches detrás por lo que te multarán. La clase de coche que necesitas es un buen Rolls Royce Silver Ghost viejecito con grandes ventanillas panorámicas para disfrutar de las bellezas de la naturaleza. —Bond hizo un gesto señalando un coche que era un enorme montón de chatarra a su derecha—. Cincuenta como máximo y puede parar, y hasta ir marcha atrás si quieres. Bocina de pera. Encaja con tu estilo pausado. Precisamente supongo que pronto habrá uno en el mercado, el de Goldfinger. Y hablando de eso, ¿qué demonios ha pasado con Goldfinger? ¿Todavía no lo han pillado?

Leiter miró su reloj y se coló en el carril exterior. Redujo la velocidad del coche a sesenta y cinco.

—Para serte sincero —dijo con expresión seria—, todos estamos un poco

preocupados. Los periódicos nos agujijonean, o más bien a la gente de Edgar Hoover, sin dejarnos en paz. Primero se enfadan con esas restricciones de seguridad sobre ti. No podíamos decirles que no era culpa nuestra y que alguien de Londres, un viejo inglés llamado M, había insistido en esto. Así que vuelven a la carga. Dicen que nos movemos como caracoles, y esas cosas. Y te aseguro, James —la voz de Leiter era sombría y apenada—, que no tenemos pista alguna.

»Localizaron la locomotora. Goldfinger había fijado los controles a cincuenta por hora y la había dejado circulando por la vía. En algún lugar, él y ese coreano saltaron, y probablemente también la Galore y los cuatro hampones, porque todos ellos han desaparecido. Desde luego, encontramos aquel convoy de camiones esperando en la autovía que va hacia el este, en las afueras de Elizabethville. Pero ningún conductor. Aunque es probable que muy disperso, en algún lugar se esconden Goldfinger y un equipo muy peligroso.

»No subieron al crucero *Sverdlovsk* en Norfolk. Pusimos vigilantes vestidos de paisano distribuidos por los muelles e informaron que zarpó según lo previsto, sin embarcar ningún extraño. Ni un gato se ha acercado al almacén de East River, y nadie ha sido visto en Idlewild o en las fronteras de México o Canadá. Apuesto a que ese Jed Midnight se los ha llevado de alguna forma a Cuba. Si hubiesen cogido dos o tres camiones del convoy y corrido como locos, podrían haber llegado a Florida, a algún lugar como Daytona Beach, a primera hora del día «D +1». Y Midnight está endemoniadamente bien organizado por allí. La Guardia Costera y las Fuerzas Aéreas han puesto todos los medios disponibles, pero aún no ha salido nada. Pero podrían haberse escondido durante el día e ido a Cuba durante la noche. Tienen a todo el mundo muy preocupado, y no ayuda el hecho de que el presidente esté echando chispas.

Bond pasó el día anterior en Washington, pisando las mejores y más espesas alfombras rojas. Hubo discursos en la Casa de la Moneda, un gran almuerzo de homenaje en el Pentágono, un incómodo cuarto de hora con el presidente, y el resto del día un enorme trabajo con un equipo de taquígrafos en las oficinas de Edgar Hoover, con un colega de Bond de la estación A presente. Al término de aquello, tuvo un animado cuarto de hora de conversación con M a través del transmisor cifrado de la Embajada. M le contó lo sucedido en el extremo europeo del caso.

Como Bond había esperado, el telegrama de Goldfinger a Universal Export fue tratado como una emergencia. Se registraron las fábricas de Reculver y Coppet y se encontraron pruebas adicionales del contrabando fraudulento de oro. Se avisó al Gobierno indio acerca del avión de Mecca que ya estaba camino de Bombay y aquel extremo de la operación estaba en vías de limpiarse. La Brigada Especial suiza encontró casi de inmediato el coche de Bond y siguió la ruta por la que se habían

llevado a éste y a la chica a América, pero allí, en Idlewild, el FBI había perdido el rastro. M parecía complacido por la forma en que Bond había llevado la operación Gran Slam, pero dijo que el Banco de Inglaterra estaba importunándole acerca de los veinte millones de libras esterlinas en oro de Goldfinger. Este lo había reunido todo en el Paragon Safe Deposit Co., de Nueva York, pero lo había retirado el día «D -1». Él y sus hombres se lo habían llevado en un camión cubierto. El Banco de Inglaterra tenía preparado un Real Decreto para embargar el oro cuando fuera encontrado y entonces habría un proceso para probar que había sido sacado de contrabando de Inglaterra, o como mínimo que era oro originalmente sacado de contrabando y cuyo valor se había incrementado por diversos medios dudosos. Pero ese asunto lo llevaban ahora la Secretaría de Hacienda norteamericana y el FBI y, puesto que M no tenía jurisdicción en Estados Unidos, era mejor que Bond regresara a casa cuanto antes y ayudara a poner las cosas en orden.

Ah, sí —hacia el final de la conversación, la voz de M había sonado hosca—, había habido una amable solicitud al primer ministro para que se permitiera a Bond aceptar la Medalla al Mérito norteamericana. Por supuesto, M había tenido que explicar por medio del primer ministro que el Servicio no quería entrar en ese tipo de cosas, en especial si procedían de países extranjeros, por muy amigos que fueran. Una lástima, pero M sabía que aquello era lo que Bond habría esperado. Conocía las reglas. Bond dijo que sí, desde luego, y que muchas gracias, y que tomaría el siguiente vuelo de regreso.

Ahora, mientras circulaban sin prisas por la autopista Van Wyck, Bond se sintió vagamente insatisfecho. No le gustaba dejar cabos sueltos al final de un caso. No había caído en el saco ninguno de los peces gordos, y él había fracasado en las dos tareas encomendadas, coger a Goldfinger y sus lingotes de oro. La operación Gran Slam sólo fue abortada por un milagro. Pasaron dos días antes de que se ocupasen del Beechcraft, y la limpiadora que encontró la nota había ido a Pinkerton sólo media hora antes de que Leiter partiera hacia la Costa del Golfo para ocuparse de un gran escándalo en las carreras. Pero a partir de ahí, Leiter se movió realmente a toda marcha, con su superior, y luego en el FBI y en el Pentágono. La información del FBI sobre el historial de Bond, junto con el contacto con M a través de la CIA, bastaron para llevar el caso al presidente antes de transcurrida una hora. Después, se trató sólo de urdir el gigantesco farol en el que participaron todos los habitantes de Fort Knox de una u otra forma.

Los dos «japoneses» fueron capturados fácilmente y se confirmó, por parte de los expertos en guerra química, que los dos litros de GB transportados en su equipaje como ginebra habrían bastado para asesinar a toda la población de Fort Knox. Se hizo cantar rápidamente, y a la fuerza, a ambos hombres la versión del telegrama de confirmación a Goldfinger, y se envió dicho telegrama. Luego el Ejército declaró una

emergencia. Bloqueos de carreteras, ferrocarriles y del espacio aéreo desviaron todo el tráfico del área de Fort Knox, con excepción de los convoyes de los gangsters, a los cuales no se puso impedimento alguno. El resto fue puro teatro, incluidos la saliva rosa y los gemidos de los bebés, que se incluyeron para añadir bonitos toques de verosimilitud.

Sí, todo había sido muy satisfactorio por lo que respectaba a Washington, pero ¿qué decir del lado inglés? ¿A quién le importaba en Estados Unidos el oro del Banco de Inglaterra? ¿A quién le importaba que hubiesen asesinado a dos chicas inglesas en el curso de aquel asunto? ¿A quién le preocupaba realmente que Goldfinger estuviera todavía en libertad ahora que el oro norteamericano estaba de nuevo a salvo?

Cruzaron la gris planicie de Idlewild, pasando junto a los diez millones de dólares de esqueletos de acero y cemento que algún día serían un aeropuerto adulto, y salieron al grupo provisional de cajas de hormigón que Bond conocía tan bien. Ya les llegaban las educadas voces metálicas. «*Pan American World Airways anuncia la salida de su vuelo President PA 100*», «*Transworld Airways llamando al capitán Murphy. Capitán Murphy, por favor*». Y las vocales en forma de pera y la pronunciación aflautada de la BOAC: «*BOAC anuncia la llegada de su vuelo BA 491 procedente de Bermudas. Los pasajeros desembarcarán por la puerta número nueve*».

Bond cogió su maleta y se despidió de Leiter.

—Bueno, gracias por todo, Félix. Escríbeme todos los días.

Leiter le estrechó con fuerza la mano.

—Eso está hecho, chico. Y tómatelo con calma. Di a aquel viejo cabrito de M que te vuelva a mandar pronto. En la próxima visita nos tomaremos un poco de tiempo fuera del servicio. Ya es hora de que vengas a verme a mi Estado natal. Me gustaría presentarte a mi pozo de petróleo. Bueno, adiós.

Leiter se metió en su coche y aceleró, alejándose del vestíbulo de entrada. Bond levantó la mano. El Studillac hizo un derrapaje en seco en la carretera de acceso. Hubo un destello de respuesta del garfio de acero de Leiter por la ventanilla, y desapareció.

Bond suspiró. Recogió su maleta y entró para dirigirse al mostrador de la BOAC.

A Bond no le molestaban los aeropuertos siempre que estuviera solo. Le quedaba media hora de espera y le apetecía pasear por entre la multitud, tomarse un bourbon con soda en la cafetería y perder un poco de tiempo escogiendo algo para leer en el quiosco. Compró *Modern Fundamentals of Golf* de Ben Hogan y el último de Raymond Chandler y deambuló hasta la tienda de recuerdos para ver si encontraba algo divertido para su secretaria.

Una voz masculina sonó en el sistema de megafonía de la BOAC. Enunció una

larga lista de pasajeros del Monarch a los que se requería en el mostrador. Diez minutos después, Bond estaba pagando uno de los últimos y más caros bolígrafos del mercado, cuando oyó su propio nombre. «*Se ruega al señor James Bond, pasajero del vuelo Monarch nº 510 de BOAC a Gander y Londres, que se presente en el mostrador de la BOAC. Señor James Bond, por favor.*» Evidentemente se trataba de aquel infernal formulario de impuestos para decir cuánto había ganado durante su estancia en Estados Unidos. Por principio, Bond nunca iba a la oficina de Ingresos Internos de Nueva York para obtener la acreditación, y sólo una vez tuvo que discutir al respecto en Idlewild. Salió de la tienda y fue hasta el mostrador de la BOAC.

—¿Podría ver su certificado sanitario, por favor, señor Bond? —dijo, cortés, el empleado.

Bond extrajo el documento de su pasaporte y lo entregó.

El hombre lo examinó cuidadosamente.

—Lo siento mucho, señor —dijo—, pero ha habido un caso de tifus en Gander e insisten en que todos los pasajeros en tránsito que no se hayan vacunado en los últimos seis meses deben hacerlo. Resulta muy molesto, señor, pero Gander es muy meticuloso con estas cosas. Es una pena que no hayamos podido hacer un vuelo directo, pero hay un fuerte viento en contra.

Bond odiaba las vacunas.

—Mire —dijo con irritación—, estoy lleno de pinchazos de uno u otro tipo. ¡Me los han dado durante veinte años por una condenada razón u otra! —Miró a su alrededor. Al ver la zona próxima a la puerta de embarque de la BOAC curiosamente desierta, preguntó—: ¿Qué sucede con los demás pasajeros? ¿Dónde están?

—Todos han accedido, señor. Les están poniendo la vacuna.

No tardará ni un minuto, señor, si tiene la bondad de pasar por aquí.

—Oh, bueno, está bien. —Bond se encogió de hombros con impaciencia. Siguió al hombre detrás del mostrador por una puerta, a la oficina del director delegado de la BOAC. Había el acostumbrado médico con bata blanca y una mascarilla en la cara, con la jeringuilla a punto.

—¿Es el último? —preguntó al empleado de la BOAC.

—Sí, doctor.

—Bien. Quítese la chaqueta y arremánguese el brazo izquierdo, por favor. Es una pena que sean tan quiquillosos en Gander.

—¡Vaya un numerito! —exclamó Bond—. ¿De qué tienen miedo? ¿De que se extienda la peste negra?

Sintió el áspero olor a alcohol y el pinchazo.

—Gracias —dijo Bond malhumorado. Se bajó la manga y fue a coger su chaqueta del respaldo de la silla. Su mano bajó en su busca, falló y continuó bajando más y más hacia el suelo. Su cuerpo siguió el camino de la mano, abajo, abajo, abajo...

En el avión todas las luces estaban encendidas. Parecía haber muchas plazas libres. ¿Por qué tenía que estar pegado a un pasajero cuyo antebrazo acaparaba el apoyabrazos central? Bond se dispuso a levantarse y cambiar de asiento. Pero una oleada de náuseas lo invadió. Cerró los ojos y esperó. ¡Qué extraño! Nunca se mareaba. Sintió el sudor frío en el rostro. Pañuelo. Secarse. Abrió de nuevo los ojos y se miró los brazos. Tenía las muñecas atadas a la butaca. ¿Qué había sucedido? Le habían puesto la vacuna y se había desmayado o algo así. ¿Se habría puesto violento? ¿Qué demonios significaba todo aquello? Miró a su derecha y se quedó petrificado de horror. *Chapuzas* se sentaba a su lado. ¡*Chapuzas*! ¡*Chapuzas* con uniforme de la BOAC!

El coreano lo miró con indiferencia y pulsó el timbre de la azafata. Bond oyó el agradable din don en la zona de servicio. Le llegó el frufrú de una falda junto a él. Miró hacia arriba. ¡Era Pussy Galore, elegante y fresca con el uniforme azul de las azafatas!

—Hola, guapo —dijo dedicándole aquella mirada profunda y escrutadora que él recordaba tan bien..., ¿de cuándo? De hacía siglos, en otra vida.

—Por todos los diablos —dijo con desesperación Bond—, ¿qué está ocurriendo? ¿De dónde sales?

La chica le sonrió alegre.

—De comer caviar y beber champán. Desde luego vosotros, los ingleses, os dais la gran vida cuando subís a seis mil metros. No hay rastro de coles de Bruselas, y si hay té, todavía no me he tropezado con él. Ahora tómatelo con calma. Tu tío quiere hablar contigo. —Recorrió el pasillo con parsimonia, haciendo ondular las caderas, y desapareció por la puerta de la carlinga.

Ya nada podía sorprender a Bond. Goldfinger, con un uniforme de capitán de la BOAC que le iba bastante grande y la gorra en el mismo centro de su cabeza, cerró la puerta de la carlinga a su espalda y anduvo por el pasillo hacia Bond, a quien miró severo.

—Bueno, señor Bond, así que la Fortuna quería que jugáramos la partida hasta el final. Pero esta vez, señor Bond, ya no le queda ninguna carta en la manga. ¡Ja! —El seco ladrido sonó como una mezcla de ira, resignación y respeto—. Realmente, ha resultado usted ser un lobo en mi rebaño. —La gran cabeza negó lentamente—. ¿Por qué lo dejaría vivo? ¿Por qué no lo aplastaría como a una cucaracha? Usted y la chica me fueron útiles. Sí, estaba en lo cierto sobre eso. Pero fue de locos correr ese riesgo. Sí, de locos. —La voz bajó de tono y se hizo más lenta—. Y ahora, dígame, señor Bond, ¿cómo lo hizo? ¿Cómo se comunicó?

—Tendremos una conversación —repuso Bond muy tranquilo—, y le contaré ciertas cosas, pero no hasta que me hayan quitado estas ataduras y me haya traído una

botella de bourbon, hielo, soda y un paquete de Chesterfield. Entonces, cuando usted me haya dicho lo que yo quiero saber, decidiré qué le cuento yo. Como se suele decir, mi situación no es favorable o como mínimo no lo parece. Por consiguiente, nada tengo que perder, y si quiere sacarme algo, será bajo mis condiciones.

Goldfinger miró hacia abajo con rostro grave.

—No tengo ninguna objeción que hacer a sus condiciones. En consideración a sus habilidades como adversario, podrá pasar su último viaje cómodamente. *Chapuzas* — el tono era brusco—. Toca el timbre para llamar a la señorita Galore y desata estas correas. Ponte en el asiento de enfrente. No puede hacer ningún daño en la parte trasera del avión, pero no debe acercarse a la puerta de la carlinga. Si es preciso, mátalos de inmediato, pero prefiero que llegue a nuestro destino vivo. ¿Comprendido?

—Arrg.

Cinco minutos después Bond tenía lo que quería. La bandeja del respaldo de delante había sido bajada y en ella estaban la bebida y los cigarrillos. Se sirvió un bourbon bien cargado. Goldfinger se había sentado en la butaca del otro lado del pasillo, expectante. Bond cogió el vaso y le dio un sorbo. Iba a beber un trago mayor cuando vio algo. Dejó cuidadosamente el vaso sin tocar el pequeño posavasos redondo de papel que se había adherido al fondo del mismo. Encendió un cigarrillo, cogió de nuevo el vaso y le quitó los cubitos de hielo, echándolos en la cubitera. Se bebió el licor casi hasta el final. Así pudo leer las palabras a través del fondo del vaso. Volvió a dejarlo en la bandeja, sin tocar el posavasos. El mensaje decía:

«*Estoy contigo. Besos. P.*»

Bond se movió un poco y se puso cómodo.

—Bueno, Goldfinger —dijo—, vayamos al grano. En primer lugar, ¿qué está ocurriendo? ¿Cómo se hizo con este avión? ¿A dónde nos dirigimos?

Goldfinger cruzó una pierna sobre otra y desvió la vista de Bond al pasillo.

—Cogí esos camiones —dijo en un tono tranquilo, familiar— y fui campo a través hasta las cercanías del cabo Hatteras. Uno de los camiones llevaba mis reservas personales de oro en lingotes. Los otros dos llevaban a mis conductores, personal de reserva y aquellos gangsters. No necesitaba a ninguno de ellos, excepto a la señorita Galore. Retuve al grupo del personal que iba a necesitar, pagué a los demás unas sumas cuantiosas y los fui dispersando por el camino.

»En la costa, después de dejar a la señorita Galore en un camión con un pretexto, celebré una reunión con los cuatro jefes de bandas en un lugar desierto. Maté a los cuatro de la manera que acostumbro, una bala para cada uno. Volví a los camiones y

expliqué que habían preferido que les diera oro y actuar con independencia. Me quedaban seis hombres, la joven y el oro.

»Alquilé un avión y volé hasta Newark, Nueva Jersey: las cajas con el oro pasaron por plomo en los aparatos de rayos X. Una vez en Newark, fui solo a cierta dirección de Nueva York, desde la que hablé con Moscú por radio y les expliqué las desventuras de la operación Gran Slam. En el transcurso de la conversación mencioné su nombre. Mis amigos, a quienes creo que conoce —Goldfinger miró con dureza a Bond—, responden al nombre colectivo de SMERSH. Reconocieron el nombre de Bond y me informaron de quién es usted. De inmediato entendí muchas cosas que antes habían permanecido en la sombra para mí. Los de SMERSH dijeron que tendrían un enorme placer en interrogarle. Consideré la cuestión.

»En su momento, concebí el plan que ahora ve en ejecución. Haciéndome pasar por amigo de usted, no tuve problemas para averiguar en qué vuelo tenía hecha la reserva. Tres de mis hombres alemanes fueron miembros de la Luftwaffe. Me aseguraron que no tendrían dificultad en pilotar este avión. El resto son sólo cuestiones de detalle. Por medio del engaño, la suplantación y el uso de una cierta dosis de fuerza, a todo el personal de la BOAC en Idlewild, a la tripulación de este aparato y a los pasajeros, se les pusieron las inyecciones de las que ahora deben estar recuperándose. Nos pusimos la ropa de la inconsciente tripulación, cargamos el oro en el avión, a usted se le trajo en camilla, y, a su debido tiempo, la nueva tripulación de la BOAC, con su azafata, subió a bordo y despegamos.

Goldfinger se interrumpió y levantó una mano, con gesto resignado.

—Desde luego, tuvimos pequeños problemas. Se nos indicó «seguir la pista de acceso Alfa hasta la pista de aterrizaje cuatro», y sólo lo conseguimos a base de seguir un avión de la KLM. La rutina de Idlewild no es fácil de dominar y debemos haber parecido algo torpes e inexpertos, pero, señor Bond, con serenidad, nervios de acero y unos modales broncos e intimidatorios nunca es difícil imponerse a la mentalidad de unos funcionarios que, después de todo, son sólo empleados de poca importancia. Creo, por lo que mi operador de radio dice, que han puesto en marcha la búsqueda de este avión. Ya nos estaban haciendo preguntas antes de salir fuera del alcance del VHF en Nantucket. Luego, el sistema de Alerta Lejana nos interrogó por la alta frecuencia. Eso no me importó. Tenemos combustible suficiente.

»Ya hemos obtenido autorización de Moscú para ir a Berlín Oriental, Kiev o Murmansk. Tomaremos la ruta que la climatología nos dicte. No debería haber problema, pero si lo hubiese, me desembarazaría de él hablando por radio. Nadie derribará un valioso avión de la BOAC. El misterio y la confusión nos protegerán hasta que estemos bien metidos en territorio soviético y entonces, como es lógico, habremos desaparecido sin dejar rastro.

Bond pensó que no había nada fantástico o imposible para Goldfinger desde que

oyó los detalles de la operación Gran Slam. El robo de un Stratocruiser, tal como acababa de exponérselo Goldfinger, era absurdo, pero no más que sus métodos de contrabando de oro o su adquisición de una cabeza nuclear. Más tarde, cuando se analizaban esas Cosas, aunque tenían un toque de magia, incluso de genio, eran desempeños lógicos, aunque también raros, debido a su magnitud. Hasta la minúscula maniobra para estafar a Du Pont había sido brillantemente ideada. No le cabía la menor duda: Goldfinger era un artista, un científico del crimen tan grande en su campo como Cellini o Einstein en los suyos.

—Y ahora, señor Bond, del Servicio Secreto británico, hicimos un pacto. ¿Qué tiene que decirme? ¿Quién le puso tras mi pista? ¿Qué sospechaban? ¿Cómo se las ha arreglado usted para estropear mis planes? —Goldfinger se recostó en su asiento, se puso las manos sobre el estómago y se quedó mirando al techo.

Bond le dio una versión censurada de la verdad. No hizo mención alguna de SMERSH, ni de la localización del buzón, y nada dijo sobre los secretos del Homero, un dispositivo que podría ser nuevo para los rusos.

—Así que ya lo ve, Goldfinger —concluyó Bond su relato—, sólo se salió con la suya por muy poco. De no haber sido por la intervención de Tilly Masterton en Ginebra, a estas horas usted estaría en el saco, estaría sentado en una cárcel suiza hurgándose los dientes a la espera de ser enviado a Inglaterra. Usted subestima a los ingleses. Pueden ser lentos, pero llegan. ¿Cree que estará muy seguro en Rusia? Yo no las tendría todas conmigo. Incluso hemos sacado a gente de allí antes de ahora. Voy a darle un último proverbio para su colección, Goldfinger: «Nunca te hagas el listo con Inglaterra.»

Capítulo 23

Tratamiento CAT

El avión vibraba muy por encima de las nubes, por el gran paisaje iluminado por la luna. Llevaban las luces apagadas. Bond estaba sentado tranquilamente en la oscuridad, aunque sudaba de miedo pensando en lo que iba a hacer.

Una hora antes, la chica Je llevó la cena. Había un lápiz oculto en la servilleta. Ella hizo unas cuantas observaciones groseras en atención a *Chapuzas* y se fue. Bond comió un poco y bebió una buena cantidad de bourbon mientras su imaginación recorría todo el avión, preguntándose qué hacer para forzar un aterrizaje de emergencia en Gander, o en algún otro lugar de Nueva Escocia. Como último recurso, ¿le sería posible pegarle fuego al avión? Jugó con esa idea, y con la posibilidad de abrir a la fuerza la escotilla de entrada. Ambos intentos le parecieron impracticables y suicidas. Para ahorrarle la molestia de seguir considerándolos, el hombre que había tenido enfrente en el mostrador de la BOAC, uno de los alemanes, llegó y se sentó junto a la butaca de Bond.

Dedicó una sonrisa burlona a Bond.

—BOAC lo cuida bien, ¿no es cierto? El señor Goldfinger piensa que quizás se le ocurra alguna idea estúpida. Estoy aquí para mantener la vista clavada sobre la parte trasera del avión, así que siéntese cómodamente y disfrute del paseo, ¿de acuerdo?

Bond no contestó y el hombre se fue a la sección trasera.

Algo importunaba la mente de Bond, algo relacionado con sus anteriores pensamientos. Eso de forzar la escotilla. ¿Qué le sucedió a aquel avión que volaba sobre Irán el año 1957? Bond se quedó quieto un rato mirando fijamente, con grandes ojos que no veían, el respaldo que tenía delante. ¡Podría salir bien! ¡Había una posibilidad de que saliera bien!

Bond escribió en el interior del posavasos:

«Haré lo que pueda. Abróchate el cinturón. Besos. J.»

Cuando la chica volvió a llevarse la bandeja, Bond dejó caer la servilleta al suelo y luego la recogió para dársela. Le retuvo la mano y le sonrió directamente a los ojos escrutadores. Ella se inclinó para coger la bandeja.

—Te veré en mis sueños, guapo —dijo la mujer con rudeza y se fue a la zona de servicio.

El cerebro de Bond había tomado una decisión. Tenía calculadas con exactitud todas sus futuras acciones, sopesadas al máximo. El cuchillo de su tacón estaba

escondido bajo su chaqueta y se había enrollado alrededor de la muñeca izquierda el extremo más largo de su cinturón de seguridad. Todo lo que necesitaba era una señal de que el cuerpo de *Chapuzas* estaba de espaldas a la ventanilla. Sería demasiado esperar que el coreano se durmiera, pero al menos quizás se pusiera cómodo. La mirada de Bond no se apartaba del confuso perfil que veía reflejado en el rectángulo de plexiglás de la ventanilla del asiento de delante, pero *Chapuzas* permanecía impassible bajo la luz de lectura que, como medida de prudencia, había dejado encendida. Sus ojos miraban al techo; tenía la boca ligeramente entreabierta y las manos listas y tranquilas sobre los apoyabrazos de su asiento.

Una hora..., dos horas... Bond empezó a roncar con cierta fatiga rítmica, esperaba que hipnótica. Las manos de *Chapuzas* se habían trasladado a su regazo. Dio una cabezada y se enderezó, entonces se movió un poco para estar más cómodo, apartándose del ojo penetrante de la luz de lectura, ¡y apoyó la mejilla izquierda en la pared, lejos de la ventanilla!

Bond mantuvo sus ronquidos con una monotonía precisa. Eludir la guardia del coreano le resultaría tan difícil como pasar junto a un mastín hambriento. Con lentitud, centímetro a centímetro, se agazapó hacia delante, sobre las puntas de los pies, y alargó la mano del cuchillo entre la pared y el asiento de *Chapuzas*. Ya tenía la mano allí. El cuchillo, agudo como la punta de una daga, estaba dirigido hacia el centro del cuadrado de plexiglás que había elegido. Bond se agarró con fuerza al extremo de su cinturón de seguridad, hizo retroceder el cuchillo unos cinco centímetros y arremetió.

Bond no tenía ni idea de qué sucedería cuando atravesara la ventanilla. Todo lo que sabía del caso iraní por las informaciones de prensa era que la succión fuera de la cabina presurizada había aspirado al pasajero situado junto a la ventanilla a través de la misma. Cuando Bond retiró el cuchillo, se produjo un aullido fantástico, casi un chillido de aire, y se vio violentamente aspirado contra el respaldo del asiento de *Chapuzas* con una fuerza que arrancó el extremo del cinturón de seguridad de su mano. Por encima del respaldo, presencié un milagro. El cuerpo del coreano pareció alargarse hacia la negra abertura aullante. Hubo un gran estrépito cuando pasó la cabeza por ella y los hombros golpearon el marco. Luego, como si su cuerpo fuera pasta dentífrica, *Chapuzas* fue lentamente, palmo a palmo, succionado por un terrible ruido sibilante a través de la ventanilla, hasta la cintura. Entonces sus nalgas quedaron trabadas y la pasta humana avanzó sólo centímetro a centímetro. Finalmente, con un fuerte estampido, las nalgas pasaron y las piernas desaparecieron como disparadas por un cañón.

Después de eso llegó el fin del mundo. Con un espantoso estruendo de vajilla en la zona de servicio, el enorme avión se inclinó sobre el morro e inició el picado. Lo último que captó Bond antes de perder el conocimiento fue el agudo chillido de los

motores a través de la ventanilla abierta y una fugaz visión de almohadas y mantas de viaje pasando a toda velocidad frente a sus ojos. Luego, con un desesperado abrazo final al asiento de delante, su cuerpo falto de oxígeno se desvaneció con un punzante dolor en los pulmones.

Lo siguiente que sintió fue un fuerte puntapié en las costillas. Tenía sabor de sangre en la boca. Gruñó. El pie se estrelló de nuevo contra su cuerpo. Dolorosamente se levantó sobre las rodillas entre los asientos y miró hacia arriba, a través de una película roja. Todas las luces estaban encendidas y una tenue neblina llenaba la cabina. La brusca despresurización había hecho descender el aire de la misma por debajo del punto de condensación. El rugido de los motores a través de la ventanilla abierta era ensordecedor. Un viento helado lo abrasó. Goldfinger estaba de pie ante él, con un rostro diabólico a la luz amarilla. En la mano tenía una pequeña automática que sostenía con firmeza. Goldfinger tomó impulso con el pie y le golpeó de nuevo. Una oleada de rabia ciega inundó a Bond. Atrapó el pie y lo retorció con tanta brusquedad que casi le rompió el tobillo. Se produjo un chillido de Goldfinger, seguido de un estruendo que sacudió el avión. Bond saltó al pasillo y se echó de lado sobre el cuerpo caído. Hubo una explosión que le quemó una mejilla, pero luego su rodilla se hundió con un ruido sordo en la ingle de Goldfinger mientras su mano izquierda sujetaba el arma.

Por primera vez en su vida, Bond perdió los estribos. Con puños y rodillas aporreó el cuerpo que se debatía mientras estrellaba una y otra vez su frente contra el reluciente rostro. La pistola volvió a apuntarle, temblorosa. Casi con indiferencia, Bond hizo un movimiento cortante lateral con el canto de la mano y oyó el estrépito del metal entre los asientos. Las manos de Goldfinger agarraron su garganta; las suyas, la garganta de Goldfinger. Los pulgares de Bond fueron deslizándose hacia abajo, en busca de las arterias. Echó todo el cuerpo hacia delante, boqueando para respirar. ¿Perdería el conocimiento antes de que el otro muriese? ¿Lo perdería? ¿Resistía la presión de las fuertes manos de Goldfinger? El reluciente rostro de luna comenzó a cambiar. Bajo el bronceado asomaba un color morado oscuro. Los ojos empezaron a tener un brillo mortecino. La presión en la garganta de Bond se aflojó y las manos cayeron. La lengua salió y quedó colgando de la boca abierta con un terrible gorgoteo en lo más profundo de los pulmones. Bond se quedó sentado a horcajadas sobre el silencioso pecho y luego con lentitud, uno a uno, fue abriendo sus agarrotados dedos.

Lanzó un profundo suspiro y se arrodilló para levantarse muy despacio. Aturdido, miró a uno y otro lado el avión iluminado. En la zona de servicio, Pussy Galore se encontraba atada a su asiento como un montón de ropa de la colada. Más abajo, en medio del pasillo, el guardián yacía despatarrado, con un brazo y la cabeza en ángulos absurdos. Al no tener el cinturón de seguridad puesto, cuando el avión entró

en picado, debió de ser lanzado contra el techo como un muñeco de trapo.

Bond se pasó las manos por el rostro. Comenzó a sentir las quemaduras en las palmas y en las mejillas. Trabajosamente, se arrodilló de nuevo buscando la pequeña pistola. Era un Colt automático calibre 25. Sacó el cargador con un chasquido. Quedaban tres balas y una en la recámara. Bond fue, medio andando, medio a tientas, por el pasillo hasta donde se encontraba Pussy. Le desabrochó la chaqueta y puso la mano sobre el cálido pecho. El corazón se agitaba como una paloma bajo su palma. Desató el cinturón de seguridad, puso a la chica boca abajo en el suelo y se arrodilló a horcajadas sobre ella. Durante cinco minutos le bombeó rítmicamente los pulmones. Cuando empezó a gemir, se levantó y la dejó recuperándose. Recorrió de nuevo el pasillo y cogió una Luger cargada de la pistolera de hombro del guardián muerto. Cuando volvió a pasar junto al estropicio de la zona de servicio vio una botella intacta de bourbon rodando de un lado a otro entre los escombros. La recogió, le quitó el tapón y la inclinó en su boca abierta. El líquido quemaba como un desinfectante. La tapó de nuevo y siguió adelante. Se detuvo durante un minuto ante la puerta de la carlinga, pensando. Después, con una pistola en cada mano, dio un golpe para bajar el picaporte y entró.

Los cinco rostros, azules a la luz del panel de instrumentos, se volvieron hacia él. Las bocas eran agujeros negros y los ojos relucían de blanco. Allí, el rugido de los motores era menos intenso. Olía a sudor de pánico y a humo de cigarrillo. Bond se quedó con las piernas apuntaladas y las pistolas firmes.

—Goldfinger ha muerto —les comunicó—. Si alguien se mueve o desobedece una orden, lo mataré. Piloto, dígame posición, rumbo, altura y velocidad.

El piloto tragó saliva. Tuvo que hacer esfuerzos para poder hablar.

—Señor, estamos a unos ochocientos kilómetros al este de Goose Bay. El señor Goldfinger dijo que amerizaríamos tan cerca de la costa, al norte de allí, como pudiésemos llegar. Teníamos que reunimos en Montreal y el señor Goldfinger dijo que volveríamos a recuperar el oro. Nuestra velocidad en relación al suelo es de cuatrocientos kilómetros por hora, y la altura, de seiscientos metros.

—¿Cuánto tiempo puede mantenerse a esta altura? Debe de estar gastando combustible con mucha rapidez.

—Sí, señor. Calculo que nos queda para unas dos horas a esta altura y velocidad.

—Déme la hora exacta.

El navegante le respondió al instante.

—Acabamos de recibir una señal de Washington, señor. Las cinco menos cinco de la mañana. A esta altura, amanecerá dentro de una hora, aproximadamente.

—¿Dónde está el buque meteorológico *Charlie*?

—A unos cuatrocientos ochenta kilómetros al nordeste, señor.

—Piloto, ¿cree que puede llegar a Goose Bay?

—No, señor, por unos ciento sesenta kilómetros. Sólo podemos llegar a la costa al norte de allí.

—De acuerdo. Cambie el rumbo en dirección al buque meteorológico *Charlie*. Operador, llámeles y pásame el micro.

—Sí, señor.

Mientras el avión describía una amplia curva, Bond escuchaba los parásitos y fragmentos de voces que sonaban en el altavoz encima de su cabeza.

La voz del operador le llegó amortiguada:

—Estación Oceánica *Charlie*. Aquí Speedbird 510. G-ALGY llamando a C de *Charlie*, G-ALGY llamando a *Charlie*, G-ALGY...

Una voz cortante interrumpió.

—G-ALGY, dé su posición. G-ALGY, dé su posición. Le habla Control de Gander. Emergencia. G-ALGY...

Se oyó Londres muy débilmente. Una voz excitada empezó a parlotear. Comenzaron a llegarles voces desde todas partes. Bond podía imaginar cómo era rápidamente coordinado el embrollo en las estaciones de control aéreo, los ocupados hombres bajo los arcos de los auriculares desentrañando el curso aproximado, teléfonos sonando, voces apremiantes hablándose mutuamente de un lado a otro del mundo. La fuerte señal de Control de Gander ahogó todas las demás transmisiones.

—Hemos localizado a G-ALGY. Lo tenemos aproximadamente a 50 N y 70 E. Que todas las estaciones dejen de transmitir. Prioridad. Repito, tenemos la posición de G-ALGY...

De repente se oyó la tranquila voz de C de *Charlie*.

—Aquí Estación Oceánica *Charlie* llamando a Speedbird 510. *Charlie* llamando a G-ALGY. ¿Puede oírme? Adelante, Speedbird 510.

Bond deslizó la pistola pequeña en su bolsillo y cogió el micrófono que le ofrecían. Oprimió la tecla de transmisión y habló sosegadamente, observando a la tripulación por encima del rectángulo de plástico.

—C de *Charlie*, aquí C-ALGY Speedbird secuestrado la noche pasada en Idlewild. He matado al responsable e inutilizado parcialmente el aparato despresurizando. Estoy apuntando a la tripulación. No tenemos combustible suficiente para llegar a Goose Bay, por lo que me propongo amerizar tan cerca de ustedes como pueda. Por favor, coloquen línea de bengalas.

Una nueva voz, una voz autoritaria, quizás la del capitán, llegó por el aire:

—Speedbird, aquí C de *Charlie*. Mensaje recibido y comprendido. Identifíquese quien habla. Repito, identifíquese quien habla. Cambio.

Bond, sonriendo por la sensación que iban a causar sus palabras, dijo:

—Speedbird a C de *Charlie*. Habla el agente del Servicio Secreto británico Número 007, repito, Número 007. Radio Whitehall lo confirmará. Repito,

comprueben con Radio Whitehall. Cambio.

Hubo una pausa de aturdimiento. Voces de todo el mundo trataron de intervenir. Algún control, tal vez el de Gander, las eliminó del aire. Volvió a hablar C de *Charlie*.

—Speedbird, aquí C de *Charlie* alias el ángel Gabriel al habla. De acuerdo, comprobaré con Whitehall y OK para las bengalas, pero Londres y Gander quieren más detalles...

—Lo siento, C de *Charlie* —lo interrumpió Bond—. pero no puedo vigilar a cinco hombres y mantener una conversación educada. Límitese a darme las condiciones del mar, haga el favor, y luego cortaré hasta que llegemos para amerizar.

—Muy bien, Speedbird, entendido. Viento aquí, fuerza dos. Condiciones del mar, mar de fondo sin crestas que rompan; no debería haber problema. Le tendré pronto en el radar y nos mantendremos constantemente a la escucha en su longitud de onda. Tengo whisky para uno y grilletes para cinco esperando. Buena suerte. Cambio.

—Gracias, C de *Charlie* —dijo Bond—. Añada una taza de té a ese encargo, ¿quiere? Tengo una chica guapa a bordo. Aquí Speedbird. Cambio y corto.

Bond soltó la tecla y entregó el micrófono al oficial de radio.

—Piloto, allá abajo pondrán bengalas y se mantendrán constantemente a la escucha en nuestra longitud de onda. Viento fuerza dos, mar de fondo sin crestas rompiendo. Ahora tómeselo con calma y procure sacarnos vivos de aquí. En cuanto toquemos agua abriré la escotilla. Hasta entonces, si alguien sale de la carlinga, lo mato. ¿Comprendido?

En la puerta situada detrás de Bond sonó la voz de Pussy.

—Sólo venía a unirme al grupo, pero no lo haré. No me va que me maten a tiros. Pero puedes llamar otra vez a ese tipo y pedirle dos whiskies. El té me da hipo.

—Gatita —dijo Bond—, vuelve a tu cesta. —Dio una última mirada por la carlinga y retrocedió por la puerta.

Dos horas o dos años más tarde, Bond estaba tumbado en el cálido camarote del buque meteorológico *Charlie*, escuchando entre sueños un programa canadiense de radio de primera hora de la mañana. Le dolían varias zonas del cuerpo. Se había ido hacia la cola del avión y hecho que la chica se pusiera de rodillas, con la cabeza entre los brazos, sobre el asiento de una butaca. Entonces él se encajó detrás y sobre ella, cogiendo firmemente con los brazos su chaleco salvavidas y apuntalando su espalda contra el respaldo del asiento que tenía detrás.

Ella estaba haciéndole nerviosas observaciones sobre lo indecoroso de su posición, cuando el Stratocruiser golpeó pesadamente la primera ola montañosa a ciento sesenta kilómetros por hora. El enorme avión dio un salto y seguidamente

chocó de morro contra un muro de agua. El impacto rajó la parte posterior del avión. El gran peso del oro en la bodega partió el aparato por la mitad, arrojando a Bond y a la chica a las gélidas olas, iluminadas de rojo por la hilera de bengalas. Allí se habían quedaron flotando, medio aturcidos en sus chalecos salvavidas, hasta que llegó el bote de salvamento a recogerlos. Por entonces ya sólo quedaban unos fragmentos del avión en la superficie y la tripulación, con tres toneladas de oro alrededor del cuello, iba de camino hacia el lecho del Atlántico. El bote buscó por la zona durante diez minutos, pero cuando ningún cuerpo ascendió a la superficie, suspendieron la búsqueda y movieron trabajosamente el haz de luz del foco hasta la bendita pared de hierro de la vieja fragata.

Fueron tratados como una combinación entre miembros de la realeza y marcianos. Bond respondió a las primeras y más urgentes preguntas y luego, de repente, todo pareció demasiado para que su cansada mente se hiciera cargo.

Ahora estaba echado, deleitándose con la paz y el calor del whisky y preguntándose por Pussy Galore y por qué había escogido refugiarse bajo su ala en lugar de hacerlo bajo la de Goldfinger.

La puerta del camarote se abrió y entró ella. Sólo llevaba un jersey gris de pescador que era decente por un centímetro. Tenía las mangas arrolladas. Parecía un cuadro de Vertes.

—La gente —dijo Pussy— no para de preguntarme si me gustaría una friega con alcohol, y yo no ceso de decirles que si alguien tiene que frotarme, serás tú, y que si tienen que frotarme con algo, me gustaría que me frotaran contigo. —Terminó con poca convicción—. Para eso he venido.

—Cierra la puerta, Pussy —dijo Bond con firmeza—, quítate ese suéter y métete en la cama. Vas a coger frío.

Ella hizo lo que le decían, como una criatura obediente.

Descansaba en el hueco del brazo de Bond y lo miró.

—¿Me escribirás a Sing Sing? —preguntó, no con voz de gángster, ni de lesbiana, sino de mujer.

Bond contempló los ojos violeta oscuro que ya no eran duros ni arrogantes. Se inclinó y la besó levemente.

—Me habían dicho que sólo te gustaban las mujeres.

—Hasta ahora nunca había encontrado un hombre —repuso ella. Su voz recobró su antigua dureza—: Procedo del Sur. ¿Sabes cuál es allí la definición de virgen? *Una chica que corre más deprisa que su hermano*. En mi caso, no pude correr más aprisa que mi tío. Tenía doce años. Eso no está muy bien, James. Deberías poder hacerte cargo de esto.

El sonrió al pálido y hermoso rostro.

—Todo lo que necesitas es un curso de CAT —dijo.

—¿Qué es CAT?

—Las siglas del tratamiento a base de Cuidados de Amor y Ternura. Es lo que ponen en la mayor parte de recetas cuando llevan a una criatura abandonada a una clínica infantil.

—Me gustaría. —Miró la boca apasionada y algo cruel que esperaba encima de la suya. Se incorporó un poco y apartó el mechón de cabello negro que había caído sobre su ceja derecha. Miró los rasgados ojos intensamente grises—. ¿Cuándo va a empezar?

La mano derecha de Bond subió lentamente por los firmes y musculosos muslos y la blanda llanura lisa del estómago hasta el pecho derecho, cuyo pezón estaba rígido de deseo.

—Ahora —dijo con suavidad. Luego, su boca se abatió despiadadamente sobre la de ella.



IAN FLEMING, nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.

Notas

[1] En español, cabujón: Acabado pulido (opuesto al facetado) de una piedra preciosa o en este caso, cristal. (*N. del e.*) <<

[2] Du Pont menciona a dos famosos jugadores de bridge de la época, varias veces campeones del mundo. (*N. del t.*) <<

[3] Famosa agencia de detectives de Estados Unidos. (*N. del t.*) <<

[4] *Gold finger*: Dedo de oro. (N. del t.) <<

[5] Centro bursátil y financiero de Londres. (*N. del t.*) <<

[6] Antigua provincia de la República Sudafricana. (*N. del t.*) <<

[7] En 1959, fecha en que se escribió esta novela. En la actualidad habría que doblar ese valor. (N. del t.) <<

[8] Bancos de arena situados en el estrecho de Dover. (*N. del t.*) <<

[9] Banco de Alemania. (*N. del t.*) <<

[10] Órgano ejecutivo del Soviet Supremo en la antigua Unión Soviética. (*N. del t.*) <<

[11] Palo con que se ejecuta el golpe fuerte de salida. (*N. del t.*) <<

[12] Modalidad de golf en la que se juega un punto en los nueve primeros hoyos, otro en los nueve restantes y un tercero por el conjunto. (*N. del t.*) <<

[13] Aguardiente aromatizado con comino de origen báltico. (*N. del t.*) <<

[14] Soporte que se pone en el suelo para aguantar la bola. (*N. del t.*) <<

[15] Modalidad en la que el derecho a apostar por cada uno de los jugadores se subasta al alza entre los espectadores. (*N. del t.*) <<

[16] Zona delimitada donde se sitúa el hoyo, en la que el terreno está muy bien alisado y la hierba es fina y muy corta. (*N. del t.*) <<

[17] Palo cuyo uso se limita esencialmente a los golpes dentro del *green*. (N. del t.)

<<

[18] Golpes a la bola. (*N. del t.*) <<

[19] No se refiere a una calle convencional, sino al recorrido por el césped. La zona de hierba cortada en la que es más fácil el golpeo. (*N. del t.*) <<

[20] En el recorrido hacia el hoyo, es la superficie menos cuidada, de hierba más alta, a menudo simplemente natural, en la que golpear la bola es más difícil. (*N. del t.*) <<

[21] Alusión a la conocida frase latina «*Aliquando bonus dormitat Homerus*»: Incluso el gran Homero duerme de vez en cuando. (N. del t.) <<

[22] Walter Hagen, jugador de golf estadounidense de la época. (*N. del t.*). <<

[23] Lenguado; de ahí el posterior comentario respecto al pescado. (*N. del t.*). <<

[24] Entre dos senos (pechos). (*N. del t.*) <<

[25] Muelle. (*N. del t.*). <<

[26] Casa de campo. (*N. del t.*). <<

[27] *Silver Ghost*: Fantasma de plata; *Gold Ghost*: Fantasma de oro. (N. del t.). <<

[28] Depósito del oro de la Reserva Nacional de Estados Unidos. (*N. del t.*) <<

[29] Poeta inglés de principios del siglo XX. (*N. del t.*) <<

[30] Cabeza de un proyectil. (*N del t.*) <<

[31] J. Edgar Hoover, director del FBI de 1924 a 1972. (*N del t.*) <<